

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Hermenéuticas del pecado original [Hermeneutical original sin]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Thesis
Authors	Díaz, Mirta Nora
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-06 08:09:49
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/156829

HERMENEUTICAS **del** **PECADO** **ORIGINAL**

Aproximación desde tres vertientes:
la corporalidad, la mujer y el mal.

por
Mirta Nora Díaz

Tesis presentada en cumplimiento
de los requisitos para obtener
el título de
Licenciada en Teología

INSTITUTO SUPERIOR DE ESTUDIOS TEOLOGICOS
FACULTAD DE TEOLOGIA
Buenos Aires
1996

*A mis padres, Eloísa y Francisco.
A Eugenio, mi esposo y amigo.*

INDICE GENERAL

INDICE.....	III
MOTIVACION.....	1
INTRODUCCION.....	7
Capítulo 1. EL CUERPO.....	14
1. 1 El paraíso de los deseos voluptuosos y los “pecados de la carne”.....	14
1. 2 El cuerpo como instrumento y el alma como artífice; lo corporal como “imagen” y lo espiritual como “semejanza”.....	20
1. 3 La corporalidad como fruto de la “caída”, el matrimonio de la transgresión y la sexualidad como un sobreañadido a la esencia del hombre.....	26
1. 4 Adán y Eva en el “paraíso de la virginidad”, según Jerónimo.....	32
1. 5 Sólo el espíritu es lo auténtico, sólo el alma es pasible de redención.....	36
1. 6 Adán y Eva engendrando su prole “sin el morbo de la libido”, según Agustín.....	41
1. 7 Agustín y el pecado original como causa de la mortalidad.....	46
1. 8 El estado de inocencia primitiva, según Tomás: el cuerpo sometido al alma, ésta a la razón, y la razón a Dios.....	50
1. 9 El doble ardid de la tentación: sensual, a través de la mujer, e intelectual, ofreciéndole semejanza divina.....	54
1. 10 El orden de la creación, según Lutero: una conyugalidad moderada.....	59
1. 11 El pecado como seducción de la carne, del mundo y del diablo.....	63
1. 12 El hombre entero como “carne”.....	68
1. 13 El decreto tridentino, cristalizando la idea de “pecado original”, cometido y transmitido por Adán.....	71

Capítulo 2. LA MUJER..... 78

- 2. 1 El varón Adán y su compañera “vida”, lo intelectual y lo sensual..... 78
- 2. 2 Eva... la “virgen desobediente”, la inductora del pecado de Adán, la “puerta del diablo”..... 85
- 2. 3 Dios como “Gracia”, como “Ventre”, como “Madre de Todo”... pero la mujer deberá hacerse varón para salvarse..... 90
- 2. 4 Agustín, su amante innombrable, y Eva formada como ayuda para la procreación..... 93
- 2. 5 Agustín y la caída: Eva como inductora y Adán condescendiendo con ella por solidaridad..... 98
- 2. 6 Tomás de Aquino y la “producción” de la mujer como varón fallido..... 101
- 2. 7 Tomás de Aquino y la caída: Eva... una ayuda perversa..... 107
- 2. 8 La mujer vista a la luz de la Reforma de Lutero: ... poco cambia..... 113
- 2. 9 Eva en el Concilio de Trento: la gran ausente..... 117

Capítulo 3. EL MAL..... 120

- 3. 1 El diablo - serpiente y los ángeles perversos..... 120
- 3. 2 El hereje ángel apóstata que veja a la humanidad..... 123
- 3. 3 La lucha entre la luz y las tinieblas..... 126
- 3. 4 De la concupiscencia al orgullo, de la lascivia a la soberbia..... 127
- 3. 5 Una por delectación..., el otro por aspiración intelectual..... 128
- 3. 6 El diablo lanza dardos de fuego al corazón del hombre..... 130
- 3. 7 Arrastrados por el “enemigo perpetuo del humano linaje” al imperio de la muerte, según Trento..... 135

4. 1 Secuencia de ilustraciones.....	141
a. FIGURA 1. Adán y Eva (año 300/400).....	142
b. FIGURA 2. Adán y Eva (año 359).....	143
c. FIGURA 3. Escenas de Adán y Eva (año 850).....	144
d. FIGURA 4. La batalla de los vicios y las virtudes (± año 1090).....	145
e. FIGURA 5. La Scala delle Virtù (año 1100).....	146
f. FIGURA 6. La tentación de Eva (año 1120).....	147
g. FIGURA 7. Adán y Eva ante el árbol de la ciencia del bien y del mal (año 1130).....	148
h. FIGURA 8. La tentación de Adán y Eva (año 1270-80).....	149
i. FIGURA 9. La garganta del infierno (± año 1300).....	150
j. FIGURA 10. Adán y Eva cogiendo el fruto prohibido (± año 1400).....	151
k. FIGURA 11. Adán y Eva (año 1430).....	152
l. FIGURA 12. El Juicio Universal (± año 1450).....	153
m. FIGURA 13. Adán y Eva (año 1455).....	154
n. FIGURA 14. El Pecado Original (años 1468-1470).....	155
o. FIGURA 15. Adán - Eva (año 1507).....	156
p. FIGURA 16. La creación del hombre (años 1508-1512).....	157
q. FIGURA 17. Adán y Eva expulsados del paraíso (años 1508-1512).....	158
r. FIGURA 18. Adán y Eva (año 1531).....	159
s. FIGURA 19. Adán y Eva (± año 1515).....	160
t. FIGURA 20. Adán y Eva (± año 1550).....	161
4. 2 Descripción interpretativa.....	162
a. FIGURA 1. Adán y Eva (año 3400). <i>Mural al fresco del siglo IV,</i> <i>sito en la catacumbas de los santos Pedro y Marcelino, Roma.....</i>	162

b. FIGURA 2. Adán y Eva (año 359). <i>Talla en piedra del sarcófago de Junius Bassus, Grutas vaticanas, Roma</i>	163
c. FIGURA 3. Escenas de Adán y Eva (año 850). <i>Biblia de Carlos el Calvo, conservada en San Pablo Extramuros, Roma</i>	164
d. FIGURA 4. La batalla de los vicios y las virtudes (± año 1090). <i>Ilustración de un manuscrito de Ambrosio Autperto, Biblioteca Nacional, París. Manuscrito 2077, folio 170 r. y 173r</i>	165
e. FIGURA 5. La Scala delle Virtù (año 1100) o escalera de las virtudes. <i>Dibujo en miniatura de A. de Bastard d' Estaing, incorporado al texto del "Hortus deliciarum" o Jardín de las delicias, de Herrad de Hohenburg. Biblioteca Municipal de Estrasburgo</i>	166
f. FIGURA 6. La tentación de Eva (año 1120). <i>Atribuida a Gislebertus, es un relieve que se encuentra sobre la portada de la catedral de Saint Lazare, Autún. Actualmente lo conserva el Museo Rolin</i>	168
g. FIGURA 7. Adán y Eva ante el árbol de la ciencia del bien y del mal (año 1130). (498 x 450 cm.). <i>Pintura mural de la ermita de la Vera Cruz de Maderuelo, Segovia. Actualmente se encuentra en el Museo del Prado, Madrid</i>	169
h. FIGURA 8. La tentación de Adán y Eva (año 1270-80). <i>Miniatura de un Salterio. St. John's College, Cambridge. Manuscrito K 26 (213), folio 4r</i>	170
i. FIGURA 9. La garganta del infierno (± año 1300). <i>Detalle de un fresco del arco triunfal de la iglesia Santa María Maggiore, Viterbo, Toscana</i>	172
j. FIGURA 10. Adán y Eva cogiendo el fruto prohibido (± año 1400). <i>Miniatura del libro "Des cas des nobles hommes et femmes" de Giovanni Boccaccio, atribuida al Maître du champion des Dames, Carpentrás, Biblioteca Ingiumbertine</i>	173

k.	FIGURA 11. Adán y Eva (año 1430). <i>Fresco de la Capilla Brancacci, en la Iglesia del Carmen, Florencia. Autor: Masolino da Panicale (1383-1440)</i>	174
l.	FIGURA 12. El Juicio Universal (± año 1450). <i>Pintura, Pinacoteca Nacional, Siena. Autor: Giovanni di Paolo (1403-1482)</i>	175
m.	FIGURA 13. Adán y Eva (año 1455). <i>Una de las partes del Tríptico de la Redención, Museo del Prado, Madrid. Autor: Rogier van der Weyden (1397-1464)</i>	176
n.	FIGURA 14. El Pecado Original (años 1468-1470). <i>Tabla de 35,5 x 23 cm., Museo de Historia del Arte, Viena. Autor: Hugo van der Goes (1440-1482)</i>	177
o.	FIGURA 15. Adán - Eva (año 1507). <i>Dos obras equivalentes de tamaño natural (209 x 81 cm. cada una), Museo del Prado, Madrid. Autor: Alberto Durero (1471-1528)</i>	178
p.	FIGURA 16. La creación del hombre (años 1508-1512). <i>Detalle del fresco de la bóveda de la Capilla Sixtina. Autor: Miguel Angel Buonarroti (1475-1546)</i>	180
q.	FIGURA 17. Adán y Eva expulsados del paraíso (años 1508-1512). <i>Detalle de la bóveda de la Capilla Sixtina. Autor: Miguel Angel Buonarroti (1475-1546)</i>	181
r.	FIGURA 18. Adán y Eva (año 1531). (35 x 51 cm.) <i>Staatliche Museum, Berlín. Autor: Lukas Cranach (1472-1553)</i>	182
s.	FIGURA 19. Adán y Eva (± año 1515). (202 x 152 cm.) <i>Museo Regional, Brunswick. Autor: Palma el Viejo (1480-1528)</i>	183
t.	FIGURA 20. Adán y Eva (± año 1550). (240 x 186 cm.) <i>Museo del Prado, Madrid. Autor: Vecellio Tiziano (1477-1576)</i>	184

4. 3 Sinopsis iconográfica.....	185
a. Datos de identificación.....	186
b. Contenidos interpretativos.....	187
4. 4 Síntesis del recorrido iconográfico.....	188
SINTESIS CONCLUSIVA.....	194
BIBLIOGRAFIA.....	216

MOTIVACION

Resulta un hecho constatable como muy corriente en nuestra sociedad, la utilización de la imagen de la **manzana mordida**. Tiene tal aceptación y difusión, que es casi la **manera más concreta y sintética de aludir al pecado de los orígenes**. La manzana mordida no requiere explicación posterior, es por sí sola un símbolo reconocible en el universo judeo-cristiano donde habitamos.

Sintetizada en logotipo, la manzana mordida sirve para identificar desde la marca registrada de una empresa multinacional de computación¹, hasta una marca registrada local de una empresa confeccionista de ropa interior femenina².



La manzana mordida trasciende otros muchos ámbitos. En el medio audiovisual de la televisión por aire, de divulgación masiva, la supuesta manzana del paraíso perdido también prestó su imagen para servir de publicidad a un programa provocativo y sarcástico de humor feminista, como el producido y protagonizado por la actriz y humorista Gabriela Acher, emitido por la televisión argentina en 1991³.

¹ "Apple Computer Inc.", marca registrada.

² "Jaliné", marca registrada.

³ "Hagamos el humor", programa televisivo que parafraseando la expresión "hagamos el amor", de contenido claramente erótico, fue emitido por Televisión Canal 13 S. A. en el año 1991. Después de reiteradas emisiones fue levantado del aire por considerarlo osado y agresivo.

¿Quién mordió la manzana?

**Hoy 23 hs.
Hagamos el
humor**



*Si, Eva mostró la manzana.
y Adán la mordió. Y desde
ahí comenzaron las
diferencias y los
problemas.
Pero, ¿quién...
tuvo la culpa?*

Aviso publicitario del programa "Hagamos el Humor", publicado en el diario *Clarín* de fecha 26 de junio 1991.

B *muy bueno*

Pero, un medio donde la aplicación de este símbolo parece haber tenido una aceptación por demás complaciente, es la identificación y promoción publicitaria de edificios dedicados comercialmente a la función de "albergue transitorio", antes conocidos como "hoteles alojamiento"⁴.

⁴ Cabe aclarar que tales denominaciones corresponden, en Argentina, a aquellos locales o edificios destinados a ofrecer alojamiento por horas o por turnos, (no por días como sería la práctica hotelera habitual), a personas o parejas que hagan de la habitación y sus servicios anexos un uso transitorio y oculto a las miradas de la sociedad circundante. Los caracterizan la total privacidad, casi hasta el anonimato, que ofrecen a sus usuarios ocasionales.



Hotel *La Femme*, ubicado en el Acceso Oeste, sobre el cruce con la calle Santa Rosa, partido de Morón.



Albergue transitorio *Tú y Yo*, calle Yermal N° 4150, Capital Federal.

En un trayecto muy corto, recorriendo el eje oeste-este de nuestra metrópoli, desde la localidad de Morón hasta el barrio capitalino de Floresta, se localizan nada menos que dos edificios que cumplen las características enunciadas. Nos detendremos brevemente en ellos. (ver fotografías de las páginas 3 y 4)

El primero es un edificio suburbano, de textura exterior rústica, paredes de ladrillo a la vista y techumbres verdes, situado en un entorno abierto y bien forestado⁵. Ofrece gran hermeticidad visual y se presenta enmarcado con jardines, parque y frondosa vegetación tropical. Tal como se aprecia en su torre, es un hotel cuyo nombre es “La Femme” y cuyo símbolo identificador es una roja manzana. Para que no queden dudas acerca de la asociación de la mujer con la manzana, complementa el conjunto la imagen, en grandes dimensiones, de una mujer desnuda ofreciendo sensualmente la manzana con su brazo extendido.

El segundo ejemplo es un edificio urbano, construido entre medianeras en el barrio de Floresta y aledaño a las vías del ferrocarril⁶. Sólo se le ofrece un frente plano sobre la línea municipal para mostrarse y publicitar su presencia.

La síntesis visual lograda es total. Sobre un basamento de color terroso y textura rústica en ladrillo visto, se extiende un telón vertical color verde intenso. Lo surca horizontalmente una línea de vegetación natural, espesa y abundante. Un único elemento refiere su identidad de alojamiento transitorio: una roja y brillante manzana mordida. Sus autores consideraron que no hacía falta nada más, ninguna otra frase o palabra aclaratoria. Y lo lograron, puesto que cualquier persona que pasa frente al edificio entiende de qué se trata. Haciendo un acercamiento visual mayor al edificio puede constatarse que sobre la puerta de acceso peatonal se dibuja una pareja desnuda, enmarcada en una manzana mordida, y el nombre “Tú y yo”.

⁵ Hotel “La Femme”, situado sobre el Acceso Oeste, en su intersección con la calle Santa Rosa, partido de Morón.

⁶ Albergue transitorio “Tú y yo”, cito en la calle Yermal, N° 4150/60, Capital Federal.

Si nos detenemos a pensar en la fuerza simbólica y alegórica de estas imágenes, y las asociaciones de significación que conllevan, podemos quedar atónitos. Las referencias al jardín paradisíaco son innegables. La manzana mordida, en su alusión al pecado de los orígenes, queda asociada unívocamente con el ejercicio prohibido de la sexualidad clandestina. La mujer es la gran incitadora a esta falta.



Así el mito edénico, la escena paradisíaca de la tentación y la ~~tentación~~ ^{tentación} pueden actualizarse hoy en actividades dedicadas exclusivamente a saciar, en la más absoluta intimidad y ocultamiento, los “deseos voluptuosos de la carne”, en su versión clandestina. La clave de identificación y actualización es la manzana mordida.

Como mujer y como estudiante de teología, este “saber popular” no puede resultarme menos que alarmante y revulsivo. Me pregunto si con tantos siglos que nos preceden de quehacer teológico y de catequesis eclesial, estamos ante los resultados de una falsa comprensión del tema, de un mal aprendizaje o de una mala enseñanza. La respuesta no se ofrece de inmediato, seguramente es profunda y es lejana en el tiempo. La cuestión constituye en sí misma una provocación a pensar y a investigar, ... ¿y por qué no? ... apasionadamente. Este es el punto de partida de un trabajo de investigación más, sobre un tema tan viejo y a la vez tan nuevo como el PECADO ORIGINAL.

INTRODUCCION

"Nunca podrá exagerarse el daño que infligió a las almas durante los primeros siglos de la cristiandad, primero, la interpretación literal de la historia de Adán, y luego, la confusión de este mito, considerado como episodio histórico, con la especulación ulterior, y principalmente agustiniana, sobre el pecado original. Al exigir a los fieles fe incondicional en este bloque mítico-especulativo y al obligarles a aceptarlo como una explicación que se bastaba a sí misma, los teólogos exigieron indebidamente un 'sacrificium intellectus', cuando lo que tenían que hacer en este punto era estimular a los creyentes a comprender simbólicamente, a través del mito, su condición actual".

Paul Ricoeur ' .

A partir de esta advertencia de Ricoeur, y asumiendo el "sacrificio intelectual" que como cristianos hemos sido inducidos a realizar durante muchos siglos, afrontaremos el pesado "bloque mítico-especulativo" que nos transporta desde el relato genesíaco hasta la formulación dogmática del PECADO ORIGINAL. Pero conscientes de que se trata de una fuente de interrogantes y respuestas de tamaño y profundidad insondables, atestiguado esto por bibliotecas enteras de investigaciones, estudios y comentarios al respecto, limitaremos al extremo nuestro ángulo de observación, para poder hacer fructifera nuestra mirada inquisidora.

¿De dónde viene el mal? ... ¿en qué se manifiesta más explícitamente? ... ¿cómo entender el relato del Génesis? ... ¿cómo distinguir el protagonismo de uno u otro personaje en la escena de la ~~transgresión~~ ^{transgresión}? ¿de qué índole fue la falta que desencadenó esta condición "herida" y falible en la que estamos?... Es muy difícil articular respuestas claras y firmes, ante preguntas tan simples como vitales, precisamente por la amplitud de las cuestiones que entran en juego. Parece a las claras más sencillo y expedito el

⁷ Paul Ricoeur, *Finitude et culpabilité*, París, Ed. Montaigne, 1960. Traducido por C. Sánchez Gil como: *Finitud y Culpabilidad*. Libro segundo: "La Simbólica del Mal", Madrid, Ed. Taurus, 1982, pág. 389.

recortar ajustadamente un único problema bien delimitable, y luego desmenuzarlo hasta sus últimas consecuencias. Pero los grandes interrogantes de la vida no son precisamente asuntos de fácil delimitación. Han inquietado a muchas generaciones que nos anteceden, y aun hoy nos siguen involucrando. Porque del giro que tome su respuesta devienen muchas de nuestras actitudes ante la vida, ante los otros y ante nosotros mismos.

Frente a esta perspectiva sólo resta escapar o, de lo contrario, asumir humildemente todos los riesgos que implica el adentrarnos en un tema tan profundo y complejo como el que intenta explicar el PECADO ORIGINAL de la humanidad, sabiendo de antemano que no hay respuestas definitivas. Intentaremos abrir un camino propio en la espesa jungla de posibles respuestas, un camino cuya mediación sea hermenéutica y cuyas claves de lectura pasen por el cuerpo, la mujer y el mal, elementos que aparecieron tan ineludiblemente involucrados en la cuestión, según lo atestiguan las notas que anteceden a estas páginas⁸.

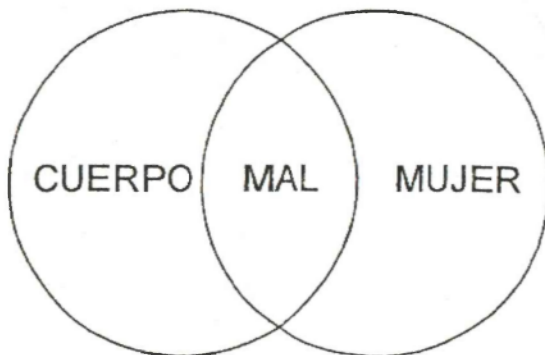
Apelaremos en general a fuentes extrabíblicas, puesto que nuestra preocupación no es exegética, sino hermenéutica. Intenta articular líneas de pensamiento presentes en las muchas y diversas maneras en que los cristianos han interpretado el mito de Adán y Eva y su caída, junto con sus racionalizaciones posteriores. Adhiriendo al decir de Ricoeur de que “toda hermenéutica es así, explícita o implícitamente, comprensión de sí por el desvío de la comprensión del otro”⁹, pensamos que las sucesivas interpretaciones de ese mito, que llegó a convertirse en dogma del magisterio eclesiástico católico, descubren el modo en que los cristianos de todos los tiempos han proyectado en él sus reflexiones sobre asuntos tan vitales como su misma existencia, la sexualidad, la libertad, la muerte y la vida. Quizás ningún texto bíblico haya sido objeto de tantas interpretaciones diversas y de tantas tergiversaciones como el tercer capítulo del libro

⁸ Ver “Motivación”, pp. 1-6.

⁹ Paul Ricoeur, *Le conflit des interprétations*, París, Ed. Du Seuil, 1969. Traducido por G. Baravalle y M. T. La Valle como: *Hermenéutica y estructuralismo*, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1975, p. 21.

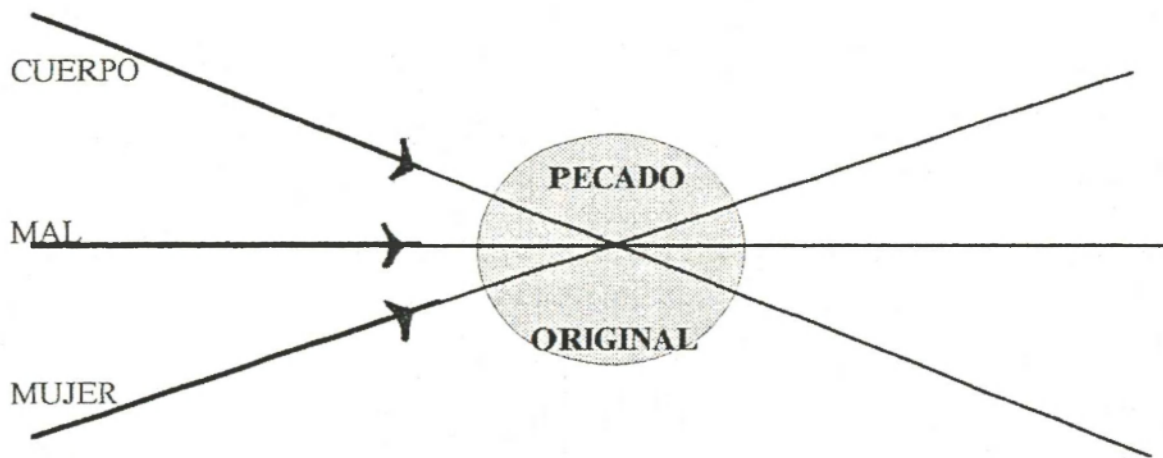
del Génesis, debiéndose tal vez a su profundidad existencial como también a su fuerza religiosa o teológica. En él se unen, tanto las dimensiones antropológica y ética universales, como el matiz trágico de la condición humana en situación de fracaso, de caída, de pecado. De él provienen estereotipos básicos de identidad, de autoridad, de relaciones intersexos y también de relaciones con la realidad y con el mundo. El simbolismo sexual, derivado de interpretaciones de este mito, resulta fundamental en la percepción del orden estructurante de las relaciones sobre las cuales se ha construido la cultura cristiana: la organización psíquica de la conciencia, la visión dualista del yo y del mundo, la construcción jerárquica de la sociedad, la relación entre humanidad y naturaleza, y, en fin, la relación entre Dios y su creación.

✕ Dentro del amplio espectro que abarcan las interpretaciones del mito adámico y sus posteriores racionalizaciones, cristalizadas en la formulación dogmática del PECADO ORIGINAL, nos circunscribiremos a una sola perspectiva: aquella que emite juicios de valor acerca de la corporalidad, acerca de la mujer, e, interceptándolas, acerca del origen del mal. Hablamos de “intersección” porque, siendo el tema del mal una cuestión tan extensa y compleja, que escapa totalmente a los límites de esta investigación, sólo indagaremos aquí aquellos aspectos del mal verificables como presencia en la corporalidad o en la mujer.



Esta decisión descarta de lleno cualquier otro aspecto o consideración acerca de la verdadera naturaleza del pecado original, acerca de si sería hereditario o dependería de una opción personal, de si debiera considerársele individual o socialmente, de si el comportamiento de Adán y Eva sería etiológicamente la causa o no del estado pecaminoso de la humanidad, de si el sacramento del bautismo destruiría o no la marca del pecado original, de si puede conceptuársele connatural a la condición humana o simplemente la dimensión colectiva que asumen los pecados personales, y tantos otros posibles acercamientos a la problemática que, por otra parte, han sido objeto de cuantiosa bibliografía.

En este trabajo de investigación sólo recorreremos tres surcos hermenéuticos, a los que consideramos de presencia segura y constante en las muchas interpretaciones del PECADO ORIGINAL, y que constituyen verdaderas representaciones acerca de la corporalidad, acerca de la mujer y acerca del mal.



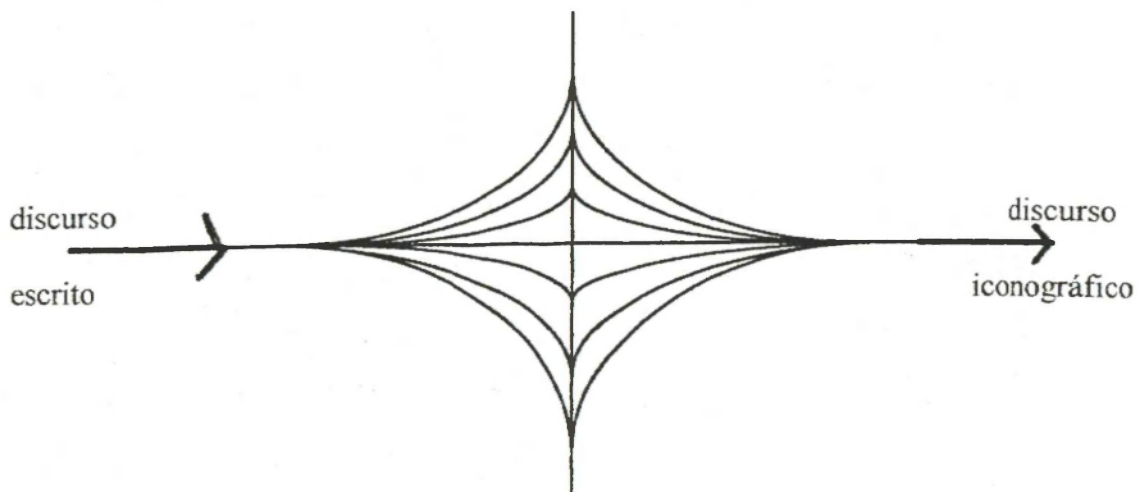
Arriesgamos *a priori* la hipótesis de que estas tres líneas hermenéuticas son convergentes en la intención de plasmar en el imaginario colectivo una representación global de lo humano donde lo "normativo" es lo masculino, donde el cuerpo es el subsuelo oscuro del alma y su fuente de perdición, donde el pecado es

básicamente de índole sexual, y donde la mujer, la pecadora por excelencia, la seductora del varón, se constituye en la depositaria nata de la culpa original.

Estas tres líneas interpretativas requieren ser descriptas en un arco temporal y geográfico suficientemente amplio como para poder extraer “sus constantes”, las ideas que se repiten o recrean en formas sucesivas. Dicho arco temporal intentará abarcar desde las primeras versiones míticas, que surgen como traducciones del texto bíblico hebreo a otras lenguas, hasta la cristalización del dogma del PECADO ORIGINAL, formulado por el Magisterio eclesiástico católico a mediados del siglo XVI. No es la finalidad de este trabajo el reinterpretar la historia de la iglesia. El recorrido histórico implícito en él, deberá ser necesariamente esquemático, pero suficiente como para identificar los rasgos representativos que perfilan las posiciones. No se trata aquí de recoger y comparar todas las opiniones vertidas en cada tiempo histórico, o todos los matices y variaciones de una misma idea, sino simplemente de recoger y analizar aquéllas que por su “peso” y por el reconocimiento posterior de sus autores, podríamos considerar que han “creado opinión”. Nos interesan aquellas aseveraciones que lograron aceptación y difusión amplia y segura, aquellas que “dejaron huella”, por lo cual siempre optaremos por citar autores conocidos por el público en general. Cuanto más fulgurantes o tenaces nos resulten los errores o los aciertos del pasado, tanto más interesante resultará analizarlos y cuestionarlos acerca de los motivos de su éxito y, por ende, de su pervivencia varios siglos después. Muchos de ellos aún nos acompañan y constituyen un sustrato interpretativo que se mantiene vigente. Estamos convencidos de que muchos estereotipos antiguos acerca de la corporalidad, de la mujer y del mal, han obsesionado y aún hoy siguen obsesionando al imaginario occidental cristiano.

Conjuntamente con la descripción de las interpretaciones se irán “deconstruyendo” los hilos conductores de cada discurso, cotejándolos en su coherencia. Consideraremos “discurso” sobre el tema no solamente a la palabra escrita, al texto docto, sino también a las representaciones iconográficas contemporáneas a dichos escritos, en el convencimiento de que conjuntamente aportan una representación más

completa y abarcan un mayor espectro de público destinatario. Lo que el discurso escrito es capaz de bifurcar en múltiples aspectos y consideraciones particulares -como un estuario-, el discurso pictórico es capaz de concentrarlo en una idea fuerza de gran síntesis, de enorme impacto emotivo. Uno y otro han sido por igual los grandes pedagogos de la cristiandad.



Puesto que no es posible separar totalmente representaciones de realidad, ni discursos de prácticas, creemos que cotejar, aproximar, comparar, tanto los discursos doctos como las manifestaciones artísticas, puede ser un medio apto para reconstruir el itinerario de las interpretaciones “operantes” acerca del PECADO ORIGINAL que la cristiandad occidental construyó y puso en práctica en su vida pública y privada, social, doméstica y religiosa.

Se requiere una actitud crítica, capaz de dilucidar en qué medida estas tradiciones hermenéuticas han contribuido a la deformación del mensaje bíblico y de la fe, y han consolidado la estructura patriarcal en la comunidad cristiana.

Las fuentes que vamos a utilizar, ya se trate de fuentes escritas o iconográficas, constituyen una mirada de varones cristianos sobre la diferencia de los sexos, sobre el cuerpo, sobre las mujeres y sobre la presencia del mal en el mundo. Las elegimos porque

pensamos que su expresión ha sido determinante en la representación resultante, perdurable durante siglos. En cuanto a las fuentes escritas, tratamos de recurrir en la mayoría de los casos a los textos más difundidos de sus autores, que han sido traducidos a varios idiomas incluido el castellano; en cuanto a las fuentes iconográficas, a aquellas que han sido reproducidas en los compendios de arte masivamente publicados. Ello nos asegura su influencia en la construcción del imaginario colectivo. Más que a un análisis de los autores, propendemos a rastrear el sedimento que sus ideas han incorporado a la cultura de manera incuestionable. No nos detendremos en profundidad en uno u otro autor, sino más bien utilizaremos el método de muestreo, para la obtención de denominadores comunes, de ideas repetidas, de variaciones acerca de un tema, de trazos semejantes, de rasgos fundantes. No pensamos ingenuamente que hayan sido la única vertiente posible. En cada periodo podrían citarse otros autores o corrientes de pensamiento con opiniones más matizadas, e incluso adversas. Pero si estamos seguros de que las posiciones aquí señaladas han sido las más hegemónicas, las que lograron una aceptación mayor y perduraron muchos siglos después.

El desarrollo del trabajo de investigación se realiza en cuatro capítulos. Los tres primeros están dedicados a la interpretación del discurso escrito, en cada una de las tres líneas hermenéuticas señaladas: el cuerpo, la mujer y el mal. El cuarto capítulo está dedicado a la hermenéutica iconográfica. Las conclusiones cierran el trabajo.

Por último, este párrafo final es propicio para agradecer a todos aquellos varones y mujeres de iglesia, en sentido ecuménico, que han contribuido a la experiencia personal y al pensamiento que se trasluce en las páginas siguientes. Son fruto de muchos años de inquietudes, de estudio y reflexiones. En especial cabe agradecer la acogida y el interés demostrados por las autoridades y el cuerpo docente del I.S.E.D.E.T., y muy particularmente a los doctores Beatriz Melano y José Míguez Bonino, por su inestimable apoyo, asesoramiento y dedicación para este trabajo de investigación.

CAPITULO 1

EL CUERPO

En este primer capítulo abordaremos la línea hermenéutica que pasa por el discurso escrito acerca de la corporalidad. El **cuerpo** será nuestro protagonista, involucrado en la cuestión del ~~tema~~ **tema** original de la humanidad.

Observaremos al pecado original a través del “cristal” discursivo acerca del cuerpo. Y lo haremos en un arco temporal que abarca desde el siglo III a.C., en la versión bíblica de los LXX, hasta el siglo XVI, en la formulación dogmática del Concilio de Trento. Iremos reuniendo una serie de afirmaciones teológicas, inspiradas en la corporalidad, que abonan la conceptualización del PECADO ORIGINAL.

1. 1 El paraíso de los deseos voluptuosos y los “pecados de la carne”

El judaísmo de la diáspora, al tomar contacto con la pujante cultura helenística extendida por toda la cuenca mediterránea, produjo un fenómeno intercultural conocido como “judaísmo helenístico”. La ciudad de Alejandría, en el Egipto griego, fue la cuna de una numerosa colonia judía que se desarrolló desde el siglo III a.C. en adelante. En este contexto cultural floreciente tuvo lugar un amplio desarrollo de la literatura judío helenística. Allí se produjo la primera Biblia en lengua griega popular o *koiné*, conocida como versión de los LXX o *Septuaginta*. Más que una traducción fue una verdadera producción bíblica, con variantes interpretativas y textos añadidos al original hebreo, como por ejemplo los libros deuterocanónicos. Su enorme difusión la convirtió en la Biblia mediterránea, primero judía y luego cristiana¹.

¹ Cfr. André Paul, *Intertestamento*, Estella, Ed. Verbo Divino, 1979, pp. 35-47.

La relectura que la *Septuaginta* hace del texto de Génesis 2-3 introduce la idea de “paraíso”, de lugar “fantástico”, primordial, suscitador de todo tipo de fantasías placenteras, de lugar utópico. Con ello le quita al jardín o la huerta del Edén connotaciones de realidad posible y primera, le quita concrecicidad, le quita “carnalidad”, pues nombrándolo como paraíso parece dejar de ser un simple, aunque primordial, lugar geográfico. El jardín del Edén parece ser una morada celestial², en lugar de una llanura fértil para ser cultivada por el hombre. La *Septuaginta* lo arranca del terreno de la laboriosidad campesina y lo pasa al placer voluptuoso y delicioso, de la órbita del trabajo a la órbita de los deseos saciados.

En la relectura del texto de Génesis 2-3, pueden señalarse algunas pequeñas variantes interpretativas que nos resultan de sumo interés. En principio, introduce la idea de “paraíso”, de gran poder evocativo en las mitologías antiguas, como lugar placentero y exótico, con animales y plantas, idea ausente en el texto hebreo que más bien habla de una simple huerta o quinta.

En Gn 2:8, el hebreo escribe:

וַיִּשַׁע יְהוָה אֱלֹהִים גַּן-בְּעֵדֶן⁸

que transliterado es: gan- b^e eden

y traducido: huerto o jardín o quinta en Edén

En su reemplazo la traducción de la Septuaginta ofrece en griego el vocablo:

παράδεισον ἐν Ἐδεμ

que transliterado es: parádeison en Eden

y traducido: paraíso en Edén³.

Más adelante en la traducción bíblica al latín, conocida como la *Vulgata*, Jerónimo también utiliza esta acepción: *paradisum voluptatis*⁴. Dada la difusión de ambas versiones, la griega y la latina, por todo el orbe cristiano podemos decir que esta representación del Edén es la que ha llegado hasta nosotros y la hemos incorporado acriticamente.

² Esto ya ha sido demostrado por José Severino Croatto, en: *Crear y amar en libertad. Estudio de Génesis 2:4 - 3:24*, pp. 60-61 y 187-189.

³ Cfr. SEPTUAGINTA, Alfred Rahlfs (editor), volumen I, Stuttgart, (5^o edición), 1952. Seguimos aquí a José Severino Croatto en: *ibid.*, cuyas sugerencias profundizaremos a continuación.

⁴ Cfr. *ibid.*, p. 62.

En uno de los libros deuterocanónicos que incorpora la *Septuaginta*, aparece una connotación positiva de la corporalidad. En el *Libro de la Sabiduría*, el ser creado por Dios es “incorruptible”, lo cual remite directamente a su ser corporal. Este cuerpo está hecho a imagen y semejanza de Dios; este hombre es una unidad indisoluble, no un compuesto de cuerpo y alma disociados, a la manera griega.

El libro de la *Sabiduría*, posterior a la traducción de los LXX y probablemente escrito en la segunda mitad del siglo I a.C., describe en su primera parte el rol de la sabiduría en el destino del hombre, comparando la suerte de los justos y la de los impíos, tanto en esta vida como después de la muerte⁵.

En 1:13-14a dice:

“... que no fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes; él todo lo creó para que subsistiera, las criaturas del mundo son saludables....”.

Y más adelante en el vs. 2: 23-24 afirma:

“Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo a imagen y semejanza de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen”.

En primer lugar cabe señalar el sentido positivo que da a la vida, a los vivientes y a las criaturas creadas por Dios, en sentido integral de totalidad espiritual-corporal, sin dualismos y, por tanto, a la manera hebrea. En segundo lugar llama la atención que, en un contexto griego de dualismo alma-cuerpo y de inmortalidad de las almas, se hable aquí de incorruptibilidad del hombre, que refiere directamente a la corporalidad.

Por su parte el filósofo *Filón de Alejandria*, maestro judío contemporáneo de Jesús (25 a.C.-50 d.C.), pero nacido en la diáspora, efectuó una reflexión filosófica entre los pensamientos hebreo y griego, tratando de hacer comprensible la tradición judía con los medios que le ofrecía la filosofía griega. Con respecto a la *Septuaginta*, Filón valorizó la labor de los míticos setenta traductores de la isla de Faros considerándolos “intérpretes de sagrados misterios y profetas”.

“Situados fuera de toda mirada [...], fueron realizando la traducción, cual inspirados por Dios, no unos de una manera y otros de otra, sino todos con las mismas palabras y frases, como si a cada uno se las dictara un oculto e invisible apuntador. [...] Estos traductores dieron con los términos adecuados a los asuntos, términos que eran

⁵ *Biblia de Jerusalén*, “Introducción al Libro de la Sabiduría”, pp. 925s.

los únicos o los que en mayor grado habrían de expresar lo que ellos querían manifestar."⁶

Afirma que, tanto judíos como griegos, contemplaban ambas versiones con gran respeto.

"... con gran asombro y admiración como si fueran hermanas, o más aún. una sola e idéntica tanto en el contenido como en las palabras; y proclaman que, más que simples traductores, aquellos fueron intérpretes de sagrados misterios y profetas a los que la pureza de sus pensamientos les permitió avanzar a la par del más puro de los espíritus, el de Moisés."⁷

No obstante estas aseveraciones, Filón se posiciona en forma contrapuesta a la que planteaba el *Libro de la Sabiduría* con respecto a la corporalidad. Filón interpreta la creación del hombre en instancias diferentes: la primera celestial y la segunda terrenal. Es su manera de explicar la característica corporal del hombre, a la que niega rotundamente poder asemejarse a Dios. La forma del cuerpo humano no puede tener ninguna similitud con Dios, pues, a su entender, sólo la "inteligencia", la parte "rectora del alma" puede asemejarnos a Dios. El cuerpo es sólo parte de esta segunda instancia creativa de Dios, y a partir de allí devienen la sexualidad y la procreación.

Entre la vasta obra literaria de Filón nos interesan particularmente su tratado "Sobre la creación del mundo según Moisés", conocida como *De opificio mundi* y su "Interpretación alegórica de las sagradas leyes contenidas en el Génesis II y III", conocida como *Legum allegoriae. Libri I, II, III*. El doble relato de la creación (Gn 1 y 2), no fue interpretado como dos maneras de referir un mismo hecho, sino como dos creaciones diferentes. Fiel a su esquema platónico de pensamiento, piensa que el doble relato representa una doble instancia en el acto creativo del hombre: Gn 1 refiere la creación del hombre "celeste", imagen y semejanza de Dios, en cambio Gn 2 refiere al hombre "terrestre", formado con arcilla del suelo y después vestido con túnicas de piel, hombre corruptible y mortal:

"...después de todas las otras criaturas fue creado el hombre a imagen y semejanza de Dios. Y lo dice con toda razón ya que ninguna criatura terrestre es más semejante a Dios que el hombre. Nadie, empero, imagina que la semejanza reside en las características corporales. Ni Dios tiene forma humana, ni el cuerpo humano se asemeja a Dios. El término 'imagen' se aplica aquí a la parte rectora del alma, la inteligencia."⁸

⁶ Filón de Alejandría, *Moisés II (De vita Mosis II)*, en: *Obras Completas de Filón de Alejandría* (trad. José María Triviño), tomo IV, § 37 y 39, Buenos Aires, Acervo Cultural Editores, 1975/6, pp. 90s.

⁷ *Ibid.*, § 40, p. 91.

⁸ Filón de Alejandría, *Sobre la Creación del Mundo según Moisés (De opificio mundi)*; en: *op. Cit.*, tomo I, § 69, XXIII, p. 92.

El cuerpo queda relegado a un lugar negativo y secundario, descartado de la primera creación del ser inteligible.

Dentro del conjunto de obras judías, o excepcionalmente judeocristianas, escritas entre los años 200 a.C. - 200 d.C., referidas a temáticas veterotestamentarias, caben destacarse algunas por sus referencias explícitas e interpretativas de los textos de Gn 1-3. Entre ellas el *Libro de los Jubileos*.

Producto de algún círculo protoeseno, y cuyo autor anónimo haya sido probablemente un sacerdote, puede ser datado en el siglo II a.C. (entre los años 160 a 100 a.C.). Perteneciente por su género a la literatura apocalíptica es un midrás que reinterpreta los libros de Génesis y Éxodo (Gn 1-Ex 12). También se lo conoce como "Pequeña Génesis". Según su versión, la historia se desarrolla entre dos extremos: el origen paradisiaco y el final del reino de Dios. La subdivide en periodos de 49 años o jubileos⁹.

Los capítulos 2 y 3 describen la creación, tentación y ~~transgresión~~ de Adán y Eva. Adán fue creado al final de la primera semana, mientras que Eva fue formada en la segunda semana. Al séptimo año de su permanencia en el Edén sobrevino la tentación:

El autor pone una especial dedicación en la temática de la desnudez corporal de Adán y Eva después de ~~la tentación~~. Reiteradamente menciona su necesidad de cubrirse, de ocultar las "partes verendas", también llamadas "sus vergüenzas", cubiertas con hojas de higuera, en uno y otro caso por separado. El hecho de "cubrir sus vergüenzas" se repite tres veces más en el relato de la expulsión del Jardín del Edén. Así añade un escrúpulo moral y religioso a la simple desnudez física. Las zonas genitales pasan a ser vergonzantes, a producir un sentimiento penoso de sentirse rebajado ante el otro, sometido a juicio, deshonorado. Cabe destacar, sin embargo, que las consecuencias que extrae el autor de ~~la tentación~~ son simplemente la expulsión perpetua y la pérdida del habla de todos los animales¹⁰. La consecuencia para ambos no es la muerte, sino la simple expulsión del jardín del Edén.

⁹ Cfr. F. Corriente - A. Piñero, "Libro de los Jubileos"; en: A. Díez-Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*. Tomo II, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1983, pp. 81-193.

¹⁰ *Ibid.*, § 3. 17-35; pp. 89s.

Fiel a su puritanismo religioso, esta obra proscribire con todo detalle la "fornicación", ya fuese por vía del incesto, la homosexualidad o el adulterio. Alerta sobre todos estos "pecados de carne". Su fijación en la sexualidad también se manifiesta cuando refiere el origen del mal en el mundo como la copulación entre los "ángeles perversos" y las mujeres, de cuyo fruto nacen los gigantes.

El *Libro de los Jubileos* es muy detallista en la proscripción de toda "fornicación, impureza y toda iniquidad"¹¹:

-los israelitas deben cubrir su desnudez como Adán, diferenciándose así de los gentiles que muestran su desnudez en lugares públicos como baños y gimnasios¹².

-los hijos de Sodoma y Gomorra son puestos como ejemplo de "maldad, fornicación, impureza y corrupción mutua", por lo cual fueron maldecidos¹³.

-con respecto al incesto de Rubén, dice: "no hay pecado mayor que la fornicación..."¹⁴.

El *Libro de los Jubileos* apela al relato genesiaco, en buena medida, para justificar las costumbres judías acerca de la purificación post-parto y la desnudez, como también las normas del comportamiento marital y las prohibiciones del incesto, el adulterio, la homosexualidad, la contracepción y la zoofilia.

Al igual que el anterior, el *Libro de Henoc*¹⁵ focaliza el origen del mal en el mundo en un acto sexual entre seres celestiales y mujeres terrenas.

Es en realidad un conjunto de libros, cuya datación abarca desde el siglo III a.C. hasta el siglo I a.C., que incluye fragmentos de una obra anterior conocida como *Libro de Noé*. El personaje central es Henoc, séptimo varón descendiente de Adán y padre de Matusalén, que aparece como intermediario entre los ángeles caídos y Dios. En su primera parte, conocida como *Libro de los Vigilantes*¹⁶, refiere la temática de los ángeles rebeldes, gigantes y demonios, causantes del mal en el mundo, dando acogida a un viejo motivo mítico. Estos ángeles, hijos de los cielos, abandonaron su lugar atraídos por la belleza de las hijas de los hombres, uniéndose sexualmente a ellas y engendrando a los gigantes. También les revelaron toda clase de "ensalmos y conjuros"¹⁷. Y a los hombres les enseñaron los secretos de la metalurgia, la astrología,

¹¹ *Ibid.*, § 7, 20; p. 101.

¹² *Ibid.*, § 3, 31; p. 90.

¹³ *Ibid.*, § 20, 5-6; p. 129.

¹⁴ *Ibid.*, § 33, 20; p. 159.

¹⁵ Cfr. F. Corriente - A. Piñero, "Libro 1 de Henoc (etiópico y griego)"; en: A. Díez Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, tomo IV, pp. 39- 143.

¹⁶ *Ibid.*, § 6, 36; pp. 42-65.

¹⁷ *Ibid.*, § 7, 1; p. 43.

la escritura, la medicina y otras artes, que corrompieron las costumbres¹⁸. Dios intervino, mediante sus arcángeles, encarceló a los ángeles rebeldes y acabó con sus hijos, los gigantes, matando sus cuerpos pero dejando a sus malos espíritus vagando por el mundo para tentar a los hombres¹⁹.

Este acto sexual es la puerta de todo mal y fuente de tentaciones perversas. Cuando los arcángeles intervinieron, de parte de Dios, se ocuparon de matar los “cuerpos” de los gigantes, dejando a sus espíritus malignos vagando sobre los hombres. Aquí los seres espirituales pueden ser buenos o malos, pero en todo caso son perfectamente independientes de los cuerpos. El motivo de la bajada de los ángeles rebeldes es “la belleza de las hijas de los hombres”, con lo cual toda belleza femenina a partir de aquí pasa a ser sospechosa de probable incitación al mal.

En el libro de la *Vida de Adán y Eva*²⁰, Dios promete la resurrección de los cuerpos, que serán elevados “hasta el tercer cielo”, a la espera de reunirse con su espíritu que viajó al encuentro de Dios. Ambos, Adán y Eva, recibieron este tratamiento.

A pesar de esconderse, fueron llamados por Dios que los acusó y ordenó a los ángeles su expulsión del paraíso. Adán pidió perdón y suplicó, y Dios le prometió la resurrección, donde “se te dará del árbol de la vida y serás inmortal para siempre.”²¹

El texto narra, después, la muerte de Adán, cuyo espíritu sale al encuentro de su Creador y cuyo cuerpo es elevado “al paraíso hasta el tercer cielo”²², en espera de la resurrección. Muerta Eva, y entregado su espíritu a Dios, su cadáver recibió idéntico tratamiento.

1. 2 El cuerpo como instrumento y el alma como artífice; lo corporal como “imagen” y lo espiritual como “ semejanza”

Los dos primeros siglos de nuestra era son testigos del desarrollo incesante de las primitivas comunidades cristianas a lo largo de la cuenca mediterránea. En un principio, este desarrollo se produjo tomando como apoyatura las comunidades judías de la

¹⁸ *Ibid.*, § 8, 1-4; p. 44 y § 69, 3-13; p. 91.

¹⁹ *Ibid.*, § 15, 8-12; pp. 52s.

²⁰ Cfr. N. Fernández Marcos, “Vida de Adán y Eva”; en: A. Díez Macho (editor), *Apócrifos de: Antiguo Testamento*, tomo II, pp. 325- 337.

²¹ *Ibid.*, § 28; pp. 332s.

²² *Ibid.*, § 32; p. 334; y § 37, p. 335.

díaspóra, pero muy pronto fueron diferenciándose y tomando distancia de las mismas. El conflicto entre judíos ortodoxos y cristianos se hizo inminente, generándose antagonismos, expulsión de las sinagogas y hostilidades recíprocas, ilustradas con epítetos descalificadores. En algunas ciudades, como Antioquía, incluso llegaban a yuxtaponerse comunidades judeo-cristianas con otras gentil-cristianas, manteniéndose separadas unas de otras, como lo atestigua la carta de Pablo a los Gálatas (Gal 2, 12-16).

Por otra parte, en su relación con el Imperio Romano, a fines del siglo I, las primitivas comunidades cristianas padecieron las consecuencias de su origen judaico, sufriendo martirios a causa de las guerras judías. Poco a poco fueron siendo diferenciadas de aquéllas, caracterizándolas como comunidades radicalizadas, marginales de la sociedad y propensas a levantarse contra las autoridades establecidas en nombre de excéntricos principios religiosos. También se las acusaba de ser ateas y de realizar en sus reuniones prácticas aberrantes, como devorar bebés en comidas comunitarias²³. Por todas estas razones la iglesia post-apostólica fue perseguida y martirizada, en un principio atacando a los miembros prominentes y luego con matanzas masivas e indiscriminadas.

Además de los ataques externos, del judaísmo y del paganismo imperial, el cristianismo primitivo debió afrontar las disensiones y rupturas internas de grupos sectarios influidos por la gnosis, el maniqueísmo y el montanismo, entre otras vertientes no-ortodoxas. Surgieron entonces escritores eclesiásticos abocados a refutar teológicamente sus errores y exponer la verdadera doctrina, heredada de los apóstoles, fiel a la escritura y a la tradición legítima. Entre ellos cabe mencionar a *Ireneo de Lyon*, oriundo de las comunidades cristianas de Asia Menor.

²³ Cfr. Jean Danielou, "Desde los orígenes al Concilio de Nicea"; en: J. L. Rogier y otros (dirección), *Nueva Historia de la Iglesia*, Tomo I, Madrid, Ed. Cristiandad, 1964, p. 127.

Dentro de los primeros escritores cristianos, considerados “padres de la iglesia”, *Ireneo de Lyon* expone su comprensión del hombre como un compuesto de alma y cuerpo en un orden jerárquico. El cuerpo ha sido modelado por el Creador a su semejanza y luego le insufló su Espíritu. El alma gobierna y domina el cuerpo, es el artífice frente a la materia. Pero al menos el cuerpo tiene dignidad de ser imagen de Dios. La corporalidad virtuosa está identificada con la inocencia infantil, con la castidad; mientras que la corporalidad pecaminosa lo está con la voluptuosidad y los placeres vergonzantes.

Ireneo es el primer gran teólogo cristiano que levantó los pilares apostólicos de la ortodoxia. Frente al exacerbado dualismo gnóstico, Ireneo proclamó la unidad esencial del hombre, cuerpo y alma, la bondad del mundo material y la unidad del designio de Dios sobre la creación, a través de la redención de su Hijo. Consideró al hombre entero, en cuerpo y alma, aunque jerarquizando el valor del alma sobre el cuerpo:

"El alma, o el espíritu, serán una parte del hombre, pero no son el hombre entero. El hombre completo es un compuesto y una unión del alma, que recibe en sí el Espíritu del Padre, combinada con la carne que ha sido modelada según la imagen de Dios..."²⁴. "El cuerpo no es superior al alma, ya que de ella recibe el aliento, la vida, el crecimiento y el movimiento: es el alma la que gobierna y domina al cuerpo, y la que en tanto se ve impedida en sus movimientos en cuanto participa en ellos el cuerpo. Pero no pierde sus conocimientos por causa del cuerpo. El cuerpo es semejante a un instrumento, mientras que el alma se comporta como un artífice."²⁵

Ireneo de Lyon imagina la escena del jardín del Edén como poblada por dos seres inocentes, desnudos pero sin vergüenza, afectuosos pero castos.

Ireneo describe así la relación de nuestros padres originales:

"Adán y Eva estaban desnudos, y no sentían vergüenza de ello, pues tenían una mente inocente y como de niño pequeño, y no podían representarse en espíritu ni pensar ninguna de las cosas que, bajo el dominio del mal, nacen en el alma a través de deseos voluptuosos y placeres vergonzosos. [...] Y por esta razón no tenían vergüenza alguna de besarse y de abrazarse castamente, como niños."²⁶

Después de esta descripción Ireneo se detiene en los taparrabos de hojas de higuera, pensando quizás en que Adán y Eva eligieron estas hojas cuyo anverso es rugoso e

²⁴ Ireneo, *Adversus Haereses* V, 6, 1; en: José Vives, *Los Padres de la Iglesia. Textos doctrinales del cristianismo desde los orígenes hasta San Atanasio* (selección y traducción de José Vives), Barcelona, Ed. Herder, 1988, p. 168.

²⁵ Ireneo, *Adversus Haereses* II, 33, 3; en: José Vives, *op. cit.*, p. 170.

²⁶ Ireneo, *Demostración de la predicación apostólica*, 14-16; en: José Vives, *op. cit.*, p. 163.

irritante, justamente para castigar a los órganos que los habían inducido a pecar. Ireneo apela al detalle minúsculo de la elección de las "rugosas" hojas de higuera... "cuando habían algunas otras hojas que hubieran irritado su cuerpo mucho menos."²⁷

En el polo cultural de la ciudad de Alejandría, un maestro cristiano que evita las interpretaciones radicales que pululaban en el Oriente y que se convierte en un autor muy prolífico es Clemente. Haciendo un uso extensivo de las fuentes griegas, *Clemente de Alejandría* propone un programa social y moral que apela a concepciones estoicas y a la metafísica platónica. El ideal planteado es una vida libre de pasiones, un estado de definitiva serenidad de propósitos²⁸. Inspirado en la Biblia, pero también en Platón, Clemente de Alejandría ofrece una conceptualización del hombre donde juegan dialécticamente el ser imagen y el ser semejanza de Dios: una por pura creación y otra por esfuerzo de perfección divinizante. Diferencia dos dimensiones del hombre: la corporal, que incluye los sentidos, lo sexual, lo anímico y el entendimiento, que interpreta como "imagen"; y la espiritual, que interpreta como "semejanza".

La concepción antropológica cristiana de Clemente, establece una dialéctica entre las nociones de imagen y de semejanza:

"¿No es que alguno entre nosotros expone que el hombre recibe la imagen desde su nacimiento y que debe obtener más tarde la semejanza por su perfección?".²⁹

Su visión compleja del hombre propone:

"En el hombre hay como una década [diez niveles]: los cinco sentidos, la voz, el instinto sexual y, en octavo lugar, lo anímico de la formación (*plásin*); el noveno es la facultad que tiene el imperio, y, en décimo lugar, el carácter propio del Espíritu Santo que se alcanza por la fe."³⁰

²⁷ Ireneo, *Adversus Haereses* III, 23, 5; citado por Elaine Pagels: *Adán, Eva y la serpiente*, Barcelona, Ed. Crítica, 1990, p. 58.

²⁸ Cfr. la descripción histórica desarrollada por Peter Brown, *El cuerpo y la sociedad. Los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo* (trad. Antonio J. Desmon:s), Barcelona, Muchnik editores, 1993, pp. 175-197.

²⁹ Clemente: *Stromata* II, 22, 131, 5; citado por Enrique D. Dussel, *El dualismo en la antropología de la cristiandad*, Buenos Aires, Ed. Guadalupe, 1974, p. 76.

³⁰ Clemente, *Stromata* IV, 23, 150, 4; citado por Enrique D. Dussel, *op. cit.*, p. 77.

1	vista	} 5 sentidos		
2	oído			
3	olfato			
4	gusto			cuerpo
5	tacto			o
6	voz		carne	
7	instinto sexual			
8	lo anímico			
9	entendimiento			
10	Espíritu		espíritu	semejanza

Clemente, que escribe para los cristianos moderados casados, considera positivamente la corporalidad. Mejor predispuesto a la vida de familia que otros ascetas contemporáneos suyos, de posturas radicalizadas, Clemente defendió la bendición de Dios al matrimonio y a la procreación, pero sin dejar de mostrarse ambivalente frente a la sexualidad.

Si bien Clemente distingue entre dos órdenes, el del cuerpo y el del espíritu, sus apreciaciones acerca del cuerpo son positivas:

"No son razonables los que la emprenden contra la creación material y vituperan al cuerpo. Los tales no observan que la postura del hombre ha sido hecha erecta a fin de que pueda contemplar el cielo, y que los órganos de los sentidos han sido hechos de tal manera que converjan al conocimiento [intelectual] y que los miembros y diversas partes [sexuales] están bien hechas en orden al bien, no en orden al placer [voluptuosidad]. De ahí que una tal morada esté dispuesta a recibir de Dios una alma valiosísima, y sea digna del Espíritu Santo para santificación del alma y del cuerpo, como coronamiento de la obra de restauración del Salvador..."³¹.

Rechaza la opinión de que la relación sexual es fruto del pecado de nuestros primeros padres, pero advierte contra su abuso "por placer" puesto que su finalidad es la procreación. Clemente acusa el doble impacto de los abusos sexuales de las sociedad pagana en tiempos del Imperio Romano y también, por contrapartida, de las reacciones

³¹ Clemente, *Stromata* IV, 168; en: José Vives, *op. cit.*, pp. 241s.

exacerbadas de las sectas radicales que cargaban a la sexualidad de graves asociaciones, convirtiéndola en el indicador privilegiado de la humanidad caída.

Con respecto al pecado de Adán y Eva, rechazó la opinión de algunos maestros cristianos, como Taciano el Sirio, de que se trataría de un pecado de orden netamente sexual, culpando a Adán de inventar el matrimonio. Según Taciano Adán y Eva habrían sido seres santos e inmortales pero al abandonar su intimidad con el Espíritu de Dios iniciaron sus relaciones sexuales, que eran propias del mundo animal³².

Ante una visión nefasta de la sexualidad, del matrimonio y de la sociedad humana, que exigía una renuncia total y absoluta, Clemente, en cambio, insistió en que el primer pecado fue desobedecer la orden de Dios, aunque admitía que esa desobediencia y su posterior ~~caso~~ adoptaron "forma" sexual. Clemente imaginó la escena de Adán y Eva como la de dos adolescentes impacientes que se precipitaron en relaciones sexuales antes del tiempo oportuno:

"Más bien el Señor vino a nosotros porque nos habíamos extraviado en nuestros pensamientos, los cuales se corrompieron a consecuencia de la desobediencia a los mandatos, ya que nosotros preferimos el placer. Es posible, quizás, que el primer hombre se anticipara al momento oportuno para nuestra raza y que antes del tiempo del don del matrimonio cediera al deseo y pecara..."³³.

Clemente escribe para la "mayoría silenciosa", formada por cónyuges e hijos de las comunidades cristianas de Oriente, una iglesia constituida por una confederación de familias creyentes. Aquellos de sus escritos, donde aplica los métodos de la educación griega a la construcción de la naciente moralidad cristiana, van dirigidos a los cabeza de familia casados y de posición económica holgada, que son quienes constituyen la base de apoyo y el sostén de las iglesias locales. En la polémica librada acerca del matrimonio, la sexualidad y la continencia, dentro de la iglesia cristiana, son ellos precisamente a quienes las posturas radicalizadas habían intentado desprestigiar. Los escritos de Clemente son un contrapeso ante el incremento desmedido de la mística de la virginidad y del ideal del "cuerpo intocado" como nexo directo entre el cielo y la tierra, tan difundidos en los siglos II y III.

³² Cfr. los conceptos acerca de Taciano y los encratitas, vertidos por Peter Brown, *op. cit.*, pp. 137-150.

³³ Clemente, *Stromata* III, 14, 94; en: José Vives, *op. cit.*, pp. 234s.

Oponiéndose a la hostilidad hacia el matrimonio, difundida por la gnosis, Clemente presenta al matrimonio como un bien, como algo querido por Dios. Pero, al hacer suyo el ideal de la imperturbabilidad, planteaba como finalidad primaria del matrimonio la procreación. Con respecto al matrimonio, Clemente opinaba:

"El matrimonio ha de tenerse por cosa legítima y bien establecida, pues el Señor quiere que los hombres se multipliquen. Pero no dice el Señor -entregaos al desenfreno, ni quiso que los hombres se entregaran al placer, como si hubieran nacido sólo para el coito [...]. Unirse con otro fin que el de engendrar hijos es hacer ultraje a la naturaleza [...]. El matrimonio es el deseo de procrear hijos, no una desordenada efusión de semen, contraria a la ley y a la razón..."³⁴.

Poco a poco la posesión de un "espíritu armonioso", que en la antigüedad pagana se demostraba con el comportamiento ejemplar en el ámbito público, ya fuese el foro, el banquete, el tribunal o el mercado, pasa a visualizarse en otro escenario de carácter privado e íntimo: la alcoba matrimonial. A partir de ello será la cama el lugar donde se libre la batalla entre la razón y las pasiones. Gran parte de la casuística estará en adelante dedicada a sus detalles más minúsculos.

1.3 La corporalidad como fruto de la "caída", el matrimonio de la transgresión y la sexualidad como un sobreañadido a la esencia del hombre

Proveniente de la misma escuela alejandrina, *Orígenes* concibe al hombre creado como una "naturaleza racional" o un espíritu angélico. Orígenes describe ^{la transgresión} el original como fruto de la "desidia", de la flaqueza en el esfuerzo de guardar el bien.

Orígenes intentó una síntesis entre el pensamiento helenista y la teología judeocristiana, cediendo en algunos aspectos ante la influencia neoplatónica. La creación del ser humano fue entendida por Orígenes como creación de seres espirituales o "naturalezas racionales", originalmente iguales, hechos a imagen de Dios y gozando de plena libertad:

"Las naturalezas racionales fueron creadas en un comienzo. [...] Porque el creador concedió a las inteligencias que había creado el poder de optar libre y voluntariamente, a fin de que el bien que hicieran fuera suyo propio, alcanzado por su propia voluntad. Pero la desidia y el cansancio en el esfuerzo que requiere la guarda del bien, y el olvido

³⁴ Clemente, *Paidagogos* II, 10, 83s.; en: José Vives, *op. cit.*, pp. 243s.

y descuido de las cosas mejores, dieron origen a que se apartaran del bien... [y] entregarse al mal...³⁵.

La corporalidad es fruto de la caída, entendida como materialización. Después del pecado de Adán y Eva el cuerpo material es el transmisor de la contaminación, de la mancha del pecado. La corporalidad es, más bien, un castigo por el cual un alma pecadora "entra en un cuerpo". No es la causa del mal, como en los gnósticos, pero sí es su castigo. El cuerpo es más bien "una cárcel", "un encadenamiento" que nos ha sobrevenido como consecuencia de la caída del alma pura. El cuerpo es un límite, una frustración, pero también plantea un desafío: es el lugar donde cada cristiano puede anidar la añoranza de Dios que posee su espíritu.

La caída de las "naturalezas racionales" o espíritus puros tiene carácter de materialización:

"...nuestra carne es carne pecadora, mientras que la de Cristo es 'semejante' a la carne pecadora, ya que Cristo no fue concebido mediante semen humano [...]. Nuestro cuerpo es, pues, cuerpo de pecado, ya que Adán, como dice la Escritura, no se unió con Eva, su mujer, para engendrar a Cain sino después de haber pecado..."³⁶.

Ya empiezan a mezclarse conceptos de mancha corporal, de impureza, de sexualidad pecaminosa, de contaminación material que se transmite de generación en generación mediante la procreación de los hijos por vía genital.

Orígenes describe la procreación como contaminante:

"Todo el que viene a este mundo viene afectado por una especie de contaminación, como dice Job. Por el hecho de que uno se encuentre en el vientre de su madre y de tener como principio material de su cuerpo el semen de su padre, uno ha de tenerse por contaminado a partir de su padre y de su madre..."³⁷.

Por otra parte, Orígenes duda de si el alma se propaga mediante el "semen corporal o bien tenga otro origen por generación o sin ella, o si es infundida en el cuerpo desde fuera..."³⁸. Duda que la procreación vía sexual pueda transmitir el alma. La concupiscencia y la ira son sólo tolerables en cuando favorecen la continuidad de la especie.

³⁵ Orígenes, *De Principiis* II, 9, 2; en: José Vives, op. cit., p. 277.

³⁶ Orígenes, *Comentario in Rom.* 5,9, en: José Vives, op. cit., p. 278.

³⁷ Orígenes, *Homilias in Levit.* XIII, 4; en: José Vives, op. cit., pp. 279s.

³⁸ Orígenes, *De Principiis* I, Praef. 5; en: José Vives, op. cit., pp. 276.

Orígenes se atreve a arriesgar opinión acerca de pasiones como la concupiscencia y la ira:

"...yo diría que la concupiscencia y la ira, que se encuentran en todas las almas, en cuanto que cooperan al pecado del hombre, son inevitablemente calificadas de impuras; pero en cuanto no podría mantenerse la prolongación de la especie sin la concupiscencia, ni podría haber enmienda e instrucción alguna sin la ira, se califican como necesarias y dignas de conservación."³⁹

Orígenes invitaba a sus discípulos a desarrollar una percepción espiritual de carácter sobrenatural, alertándolos sobre el peligro de toda experiencia sensual o sexual. Estaba convencido de que todos los placeres físicos embrutecían el espíritu. Su opinión acerca del matrimonio era mucho más sombría que la de Clemente. Como contrapartida Orígenes exaltaba la virginidad y la práctica de la continencia

Por su negación de la sociedad conyugal, el cuerpo aislado y virginal podía reflejar un alma inmaculada, convirtiéndose en verdadero "templo de Dios":

"No penséis que exactamente igual que el *vientre* está hecho *para la comida y la comida para el vientre*, del mismo modo está el cuerpo hecho para la copulación. Si queréis comprender el razonamiento del apóstol, por qué razón se hizo el cuerpo, entonces escuchad: fue hecho para que fuese un *templo para el Señor*, para que el alma, siendo sagrada y bendecida, actuase en su interior como un sacerdote que oficia en presencia del Espíritu Santo que mora en vosotros. De este modo, Adán tenía cuerpo en el Paraíso: pero en Paraíso no «conoció» a Eva."⁴⁰

En las antípodas, *Tertuliano*, nacido en el polo cultural del occidente latino, presenta una visión del hombre como totalidad, sin dualismo cuerpo-alma, sino en una íntima unión que no permite diferenciarlos.

Tertuliano intentó corregir el espiritualismo, de tradición platónica, defendiendo la corporalidad y llegando a considerar al alma como una sustancia:

"Mi propósito es vindicar para la carne todo aquel honor que le confirió el que la creó. Porque ya entonces la carne pudo gloriarse de que siendo tan poca cosa como es el limo de la tierra, llegó a encontrarse entre las manos de Dios..."⁴¹.

Sin dejar de lado el dualismo cuerpo-alma, intentó mostrarlos imbricados en una íntima unión:

"El barro fue hecho glorioso por la mano de Dios, y la carne todavía más gloriosa a causa de su soplo, por el cual perdió la rudeza de la carne y del barro y recibió la

³⁹ Orígenes, *Homilía in Gen. II, 6*; en: José Vives, op. cit., pp. 287.

⁴⁰ Orígenes, *Fragmentos sobre I Corintios*, 29; citado por P. Brown, op. cit., p. 244.

⁴¹ Tertuliano, *De carnis resurrectione*, 6; en: José Vives, op. cit., pp. 396s.

belleza del alma [...]. Tan íntimamente la entremezcló, que no puede darse como cierto si es la carne la que envuelve al alma o es el alma la que envuelve a la carne...⁴².

Esta unidad en la creación es también unidad en la transgresión, donde se confabularon tanto la concupiscencia del alma, como el placer del cuerpo. Será también unidad en la redención.

Con respecto al pecado de nuestros primeros padres, Tertuliano quiere afirmar que fue el hombre en su totalidad, sin escisión de partes, quien cometió la transgresión:

"Ciertamente todo [el hombre], ya que la transgresión, que fue la causa de la muerte del hombre, fue cometida tanto por el impulso del alma con su concupiscencia como por la acción de la carne con su placer [...]. Así pues, también el hombre entero será salvado, ya que el hombre entero cometió el delito..."⁴³.

La concupiscencia queda ligada al alma, y el placer al cuerpo.

Tertuliano señala que la actividad instintiva del cuerpo, las fantasías sexuales, las pasiones del corazón dejan una honda huella en el alma. Este maestro retórico latino formula la primera exposición racionalmente estructurada de que la continencia, la supresión de toda actividad sexual, es el medio más eficaz para la clarividencia del alma y para atraer la presencia del Espíritu Santo.

Tertuliano hace una asociación directa entre santidad y continencia:

"Mediante la continencia compraréis una gran provisión de santidad, mediante el ahorro en carne podréis invertir en el Espíritu."⁴⁴

Para Tertuliano el semen paterno es transmisor del cuerpo y del alma a sus descendientes. La procreación es rol exclusivo del varón.

Metido en elucubraciones acerca de la transmisión del alma a través del semen paterno, vía acto coital, Tertuliano apela a frondosas descripciones, de las cuales extrae curiosas conclusiones:

"Así, de todo el hombre, a impulsos de un estímulo único que proviene de ambos elementos [alma y cuerpo], surge la sustancia seminal, la cual recibe del elemento corporal su condición líquida, y del elemento psíquico su calor. [...] Pero en aquel ardor de la máxima delectación en que el humor genital es eyaculado, ¿no sentimos que sale de nosotros también algo de nuestra propia alma, de suerte que sentimos una postración y un desmayo que nos llega a oscurecer la vista? Este es el semen psíquico, segregado

⁴² Tertuliano, *De carnis resurrectione*, 7; en: José Vives, *op. cit.*, p. 395.

⁴³ Tertuliano, *De carnis resurrectione*, 34; en: José Vives, *op. cit.*, pp. 398.

⁴⁴ Tertuliano, *De exhortatione castitatis*, 10, 1-2; citado por P. Brown, *op. cit.*, p. 116. Resulta interesante también la descripción que el autor hace de Tertuliano, pp. 115-123.

por la misma alma, de manera semejante a como el humor corporal procede de la evacuación de la carne...⁴⁵.

Atanasio de Alejandría, por su parte, tiene una visión pecaminosa de la procreación por vía sexual, aun dentro del matrimonio. Piensa que sólo es consecuencia del pecado de Adán y Eva, aunque no alcanza a explicar de qué modo Dios la había previsto en su creación original.

En su comentario al Salmo 50, *Atanasio* vierte sus convicciones acerca del pecado primitivo, del matrimonio y de la mujer. Según sus propias palabras, la vida matrimonial es un castigo por la transgresión, y Eva es la pecadora por excelencia:

"He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y mi madre me concibió entre pecados' (salmo 50:7). El primer plan de Dios no era que nosotros viniéramos a la existencia a través del matrimonio y de la corrupción. Fue la transgresión del precepto lo que introdujo el matrimonio, a causa de la iniquidad de Adán, es decir, de su repudio a la ley que Dios le había dado. [...] Significa que Eva, madre de todos nosotros, fue la primera que concibió al pecado estando como llena de placer...⁴⁶.

En el polo cultural de Capadocia, *Gregorio de Nisa*, impregnado por el ideal de virginidad y castidad, imagina que el hombre ha sido creado como un ángel y que en segunda instancia tuvo lugar la diferenciación sexual, como una añadidura a su naturaleza. Perteneciente al cristianismo de cuño provinciano de la Anatolia oriental, arraigado en la continuidad de las grandes familias nobles de la región, que se preocupaba por acumular riqueza y engendrar sucesores, *Gregorio* contrajo nupcias⁴⁷.

Como otros cristianos ascetas, *Gregorio* idealizaba el celibato y la virginidad, retroproyectándolos en el paraíso original. Adán y Eva serían allí dos seres vírgenes, cuyo pecado y el consiguiente despertar sexual condujeron a la expulsión del Edén y a la vida matrimonial, con todos los sinsabores que conocemos. *Gregorio* imagina la vida en el paraíso, antes de la transgresión, como semejante a la de los ángeles, quienes se multiplicaban sin necesidad de procrear y sin mediar relación sexual alguna. Pero Dios, previendo de antemano la transgresión del hombre, le dotó de su sexualidad animal. Así el

⁴⁵ Tertuliano, *De Anima*, 27; en: José Vives, *op. cit.*, pp. 394.

⁴⁶ *Atanasio*, *In Ps. 50*, en: José Vives, *op. cit.*, p. 454.

⁴⁷ Cfr. la ambientación histórica y los conceptos de *Gregorio de Nisa* acerca del matrimonio y la mortalidad; en: P. Brown, *op. cit.*, pp. 387-412.

hombre, siendo creado originariamente como ángel, recibió, en segunda instancia, la diferenciación sexual - "Creó Dios al ser humano a imagen suya [...] Macho y hembra los creó"- (Gn. 1,27). La diferencia de los sexos en machos y hembras es resultado de la situación anómala de los seres humanos después de Es fruto de una acción misericordiosa de Dios que pone en las relaciones sexuales un mecanismo de defensa contra la extinción por obra de la muerte a que Adán y Eva quedaron sometidos por su pecado. La esencia auténtica del hombre recibió un sobreañadido

Después del pecado original se manifestó su condición animal en su modo de reproducción y en sus pasiones. Gregorio hace hincapié en explicar el pecado de Adán como un acto de desobediencia que le acarreó la pérdida de la inmortalidad, un deseo desmedido de poseer y controlar su mundo circundante, y no como fruto de un acto sexual. La diferenciación sexual no sería un castigo por el desliz, sino una adaptación secundaria para afrontar la continuidad generacional mediante la reproducción material. La contracara de la institución matrimonial era la virginidad. Si el matrimonio era el espejo de cómo una sociedad organizada se defendía de su miedo a la muerte y la extinción de la raza humana, la virginidad, por el contrario, expresaba la ruptura con la obsesión por la continuidad corporal de la humanidad. Expresaba simbólicamente el triunfo sobre la muerte.

Por lo tanto, el ejercicio de la sexualidad y con ella la reproducción son un lastre agregado a la naturaleza humana, y la conyugalidad es un estado inferior del cual debe liberarse el hombre nuevo para contemplar a Dios.

"El matrimonio, pues, es la última etapa de nuestra separación de la vida que se llevaba en el paraíso. El matrimonio, por tanto, [...] es la primera cosa que hay que dejar atrás, es la primera etapa de nuestro abandono a Cristo."⁴⁸

Entristecido por haber contraído matrimonio, Gregorio escribe:

"Tal como están las cosas, este conocimiento que yo tengo de la belleza de la virginidad es, en cierto modo, vano e inútil para mí [...]. Dichosos los que pueden escoger lo mejor y no están bloqueados por haberse entregado a la vida secular, como lo estamos nosotros, a quienes un abismo nos separa ahora de la gloria de la virginidad."⁴⁹

⁴⁸ Gregorio Niseno, *De Virginitate*, 12; citado por Elaine Pagels, *op. cit.*, p. 121.

⁴⁹ Gregorio Niseno, *De Virginitate*, 3; citado por Johannes Quasten, *Patrología*, Tomo II, Madrid, BAC, 1962, pp. 284s.

Para Gregorio ni siquiera la práctica de la castidad puede asemejar en belleza a la virginidad, el estado más glorioso. Pero recordemos que Gregorio no es un obsesivo en el tema de las tentaciones sexuales individuales, sino que centra su atención en el estado caído de la sociedad humana, en las raíces trágicas del orgullo, la avaricia, el honor familiar, el poder cívico y la batalla contra la muerte sin descendencia.

1. 4 Adán y Eva en el “paraíso de la virginidad”, según Jerónimo

En una línea paralela, pero latina, *Jerónimo* avanzó mucho más denigrando la sexualidad en su alabanza fanática de la virginidad. Al igual que algunos de sus contemporáneos del siglo IV, había partido hacia la experiencia solitaria del anacoreta, decidido a erradicar de sí el deseo carnal, suponiendo así poder saciar sus ansias de encuentro con Dios. En efecto, Jerónimo describe sus tentaciones solitarias como un alma “ardiente de deseos” y un cuerpo “incendiado de apetitos”, padeciendo además la obsesión recurrente del cuerpo femenino. No le preocupaban la avaricia, ni la soberbia, ni la ambición, sino que el centro de sus preocupaciones era su cuerpo, obstáculo intolerable para el encuentro con Dios.

De joven participó en el movimiento ascético, partiendo, como multitud de hombres y mujeres de su siglo hacia la experiencia de revivir el heroísmo de los mártires pasados mediante la estancia solitaria en el desierto y con la voluntad de dominar el cuerpo⁵⁰. En cuanto a su experiencia personal de asceta, en una cueva del desierto de Siria, Jerónimo realiza una patética descripción de sus tentaciones en una de sus cartas:

⁵⁰ Antonio, padre de los eremitas, retirado a la vida solitaria para evitar todo contacto social, había descubierto que esa soledad y ese silencio estaban poblados de la voz amplificada de los deseos humanos. En primer lugar descubrió la potencia dominante del deseo sexual y para dominarlos sometió a su cuerpo a todo tipo de privaciones: de comodidades, de alimento, de sueño, de agua. Sin embargo, el deseo sexual en lugar de disminuir seguía exasperándolo. Resuelto a olvidarse de su cuerpo, estos anacoretas terminaban colocándolo en el centro de sus preocupaciones. La desnutrición forzada, mediante la práctica de ayunos y un régimen alimenticio controlado (secante y de bajas calorías) eran considerados medios eficaces para la reducción de las pasiones sexuales. Incluso llegaban a medir el nivel alcanzado en su búsqueda de Dios de acuerdo a la frecuencia o ausencia de sus poluciones nocturnas. Antonio llegó a atribuir al demonio mismo sus poluciones genitales durante el sueño. Al respecto dirá Aline Rouselle: “Huidos al desierto para encontrar a Dios, lo primero que encontraron fue su cuerpo”. Cfr. Aline Rouselle, *Porneia. Del dominio del cuerpo a la privación sensorial*, Barcelona, Ed. Península, 1989, pp. 11 y 169-208.

"Así, pues, yo, que por miedo al infierno me había encerrado en aquella cárcel, compañero sólo de escorpiones y fieras, me hallaba a menudo metido entre las danzas de las muchachas. Mi rostro estaba pálido de los ayunos; pero mi alma, en un cuerpo helado, ardía de deseos y, muerta mi carne antes de morir yo mismo, sólo hervían los incendios de los apetitos. [...] No nos combate tanto la avaricia, ni nos hincha la soberbia, ni nos halaga la ambición. Fácilmente carecemos de los otros vicios; éste es el enemigo casero y de puertas adentro."⁵¹

Jerónimo se manifiesta con un cuerpo sometido por los ayunos, pero con un alma ardiente de deseos insatisfechos por el apetito sexual, convertido en enemigo por autonomasia. Aquí cuerpo y alma parecen sucumbir asociados frente a la sexualidad.

Jerónimo, en realidad, sabía poco acerca de la paciente disciplina de los Padres del Desierto, pero utilizó su erudición y sus pocos recuerdos experienciales para ganarse la adhesión de las mujeres consagradas de la nobleza romana, convertidas en sus pupilas espirituales. Se lo consideraba una autoridad del ascetismo militante⁵².

Su fanatismo por la virginidad lo lleva a imaginar como vírgenes a Adán y Eva en el paraíso, y que su unión sexual recién tuvo lugar después del pecado original y de su expulsión del paraíso de la virginidad, invirtiendo los datos bíblicos. Esto es inexplicable en un exegeta y traductor de la Biblia al latín como Jerónimo, o bien sólo se explica desde una interpretación deliberadamente tendenciosa y manipuladora del texto bíblico.

En esta misma carta, dirigida a la hija menor de una noble matrona romana, asidua asistente a las lecciones bíblicas que Jerónimo impartía en el palacio de una familia senatorial, Jerónimo hace una evocación de las escenas del jardín del Edén. Imagina a Adán y a Eva como destinados a ser vírgenes, y que se unieron sexualmente sólo después de haber pecado, por lo cual fueron expulsados del "paraíso de la virginidad":

"¿Acaso no hay razón para llorar y para gemir, cuando la serpiente me convida de nuevo con manjares ilícitos; cuando, después de echarme del paraíso de la virginidad, me quiere vestir de túnicas de pieles, las mismas que, al volver al paraíso, arrojó Elías a la tierra?. [...] Eva fue virgen en el paraíso. Las nupcias comenzaron después de las túnicas de pieles"⁵³.

Los mismos conceptos aparecen en su controversia contra el monje Joviniano:

"En cuanto a Adán y Eva, debemos sostener que antes de la caída eran vírgenes en el paraíso, pero después de pecar y ser expulsados del paraíso [Gn 3:24],

⁵¹ Jerónimo, Carta 22: *A Eustoquia*, § 7; en: *Cartas de San Jerónimo*, vol. I, Madrid, B.A.C., 1962, pp. 163-165.

⁵² Cfr. los conceptos acerca de los Padres del Desierto y, en especial, acerca de Jerónimo, vertidos por P. Brown, en *op. cit.*, pp. 293-328 y 491-518, respectivamente.

⁵³ Jerónimo, Carta 22: *A Eustoquia*, § 18 y 19; en: *op. cit.*, pp. 174 y 176.

inmediatamente se casaron. Entonces tenemos el pasaje: 'Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne'[Gn 2:24]."⁵⁴

Sus vastos conocimientos de la Biblia, no permiten eximirlo de esta interpretación errónea del texto genesiaco, donde altera el orden de los acontecimientos para hacer suponer que el matrimonio siguió al pecado, en lugar de estar presupuesto antes de la tentación y ~~transposición~~ como lo indica la cita bíblica (¿Gn 3:23 antepuesto a Gn 2:24?).

Jerónimo adhiere a una concepción corriente en su época, acerca de la existencia de diversos grados de perfección en la vida cristiana. La aceptación de esta idea de escala jerárquica, en función de la capacidad de renuncia a la actividad sexual, colocaba a los vírgenes en primer lugar, en segundo a las viudas y en tercer lugar a las personas casadas. Esta jerarquización se inscribe en la larga historia de la imposición del celibato perpetuo para los ministros de la iglesia cristiana latina, dando lugar a que determinados individuos "santificados" pudieran colocarse en un lugar equidistante entre el cielo y la tierra. Jerónimo considera la virginidad "cosa de la naturaleza", mientras que el matrimonio es "secuela del pecado", llegando a decir que el número par es "inmundo" mientras que el impar es "limpio".

Jerónimo se ocupa muy bien de dejar en claro que la virginidad es superior a las nupcias. En la carta anteriormente mencionada, fechada en el año 384 y dirigida a Eustoquia, una joven de la nobleza que ha decidido consagrarse a Dios por el voto de la virginidad, afirma:

"Gloriense las casadas, pues ocupan el segundo grado después de las vírgenes. [...] Cósanse túnicas los que perdieron la túnica inconsútil de alto abajo, los que gustan del vagido de los niños, [...]. Y he aquí un indicio de que la virginidad es cosa de la naturaleza y las nupcias secuela del pecado: La carne nace virgen de las nupcias, pagando en el fruto lo que perdiera en la raíz. [...] Lo mismo viene a significar el hecho de que los animales que metió Noé a pares en la arca son inmundos. El número impar, en cambio, es limpio"⁵⁵.

El único bien que descubre en el matrimonio es el de "producir vírgenes; yo recojo la rosa de entre las espinas, de la tierra el oro, de la concha la perla"⁵⁶.

⁵⁴ Jerónimo, *Adversus Jovinianum* 1, 16, citado por Elaine Pagels, *op. cit.*, p. 138.

⁵⁵ Jerónimo, Carta 22: *A Eustoquia* § 19; en: *op. cit.*, pp. 175s.

⁵⁶ *Ibid.*, § 20, pp. 180 ss.

Jerónimo es, sin duda, dentro de la patrística, quien más denigrantemente escribió sobre el matrimonio y quien mayor desprecio vertió sobre la sexualidad, en su fanática glorificación de la virginidad.

Los Padres muestran una conceptualización de la sexualidad y de la conyugalidad muy teñida de las apreciaciones de la cultura pagana dominante. La mayoría de ellos provenían de una formación totalmente pagana, eran conversos o bien tenían antecedentes familiares de a lo sumo una o dos generaciones de cristianos. Sin embargo, la misma cultura pagana de finales de la antigüedad ha sido exageradamente denigrada. Contemporáneamente cada vez se piensa con mayor certidumbre que es falsa la difundida noción de que el mundo romano de la antigüedad tardía era una sociedad cuyas clases cultivadas vivían en el desorden y la total corrupción moral. Asimismo se considera falsa su contrapartida: que el énfasis que el cristianismo de los primeros siglos puso en la renuncia sexual es una mera reacción a ese supuesto desorden. Si bien en los grandes festejos de los juegos públicos la crueldad y el erotismo eran características corrientes, las clases altas vivían según normas sexuales de contención y decoro, y conforme a códigos de moral muy bien detallados. El pensamiento culto consideraba negativamente la ira, la crueldad irracional, el insaciable apetito de los glotones, la volubilidad de los ebrios, como también la pasión sexual desmedida. En la cultura romana tardía, el cuerpo está para ser bien administrado⁵⁷.

Pero para los cristianos el cuerpo, al igual que el de Cristo, debía ser transformado. Y la renuncia sexual, después de finalizadas las persecuciones y el martirio, pasó a ser una poderosa herramienta para esa transfiguración, una alternativa drástica de oposición al orden social y moral de las ciudades del mundo romano tardío.

⁵⁷ Los estudios históricos acerca de la antigüedad romana tardía son múltiples. Cfr. al respecto a P. Brown, *op. cit.*, cap. 1, pp. 21-57; también los artículos de Paul Veyne, "El Imperio Romano", y del mismo Peter Brown, "La antigüedad tardía", en: Aries, Philippe - Duby, Georges (dirección), *Historia de la Vida Privada*, tomo 1: Imperio Romano y Antigüedad Tardía, Buenos Aires, Ed. Taurus, 1991, pp. 19-303.

Leyendo a muchos autores, parece que estuviéramos, en algunos de los casos, ante una propuesta que hace de la virginidad la cuestión central de la praxis cristiana. La virginidad es exaltada sobremanera, dándole una supremacía radical en desmedro del matrimonio como vía de perfeccionamiento y salvación.

La sexualidad en general y la genitalidad en particular son presentadas como fruto del pecado original. Esta negatividad y este pesimismo registra como antecedentes el desprecio dualista del cuerpo, proveniente de algunas filosofías y cultos griegos, y el rechazo a lo placentero, proveniente de las influencias estoicas. Pero los Padres le agregan un peso argumental enorme y lo incorporan a la cultura cristiana. A partir de allí, la conyugalidad quedó rebajada y desnaturalizada por nociones como: la pesadez innoble del “cuerpo”, frente a la dignidad sublime del “alma”; el pecado original quedó sospechado de ser de tipo carnal y sexual; el vestir la desnudez, con la vergüenza del ejercicio de la genitalidad; y se vislumbra la posibilidad de una vuelta a un imaginario estado “angélico”, mediante la práctica de la castidad. Así se construyó un edificio argumental de enormes proporciones.

A ello se suma toda la práctica ascética cristiana que ha insistido con tanta fuerza en la importancia de la penitencia corporal, como si el dolor o las privaciones causadas al cuerpo pudieran proveer un efecto benéfico para el control de las pasiones y de la concupiscencia carnal. En estas condiciones era necesario encontrar motivos que pudieran justificar el encuentro corporal intersexo para aceptarlo como lícito. Los posibles “hijos” se convirtieron en redentores.

1. 5 Sólo el espíritu es lo auténtico, sólo el alma es pasible de redención

En su rodar de los primeros siglos, la iglesia cristiana fue recibiendo en su seno a personas y grupos del más diverso trasfondo geográfico, cultural y religioso. En las distintas provincias en que otrora había estado organizado el Imperio Romano, prevalecían las modalidades y formas de organización propias de su cultura original: los

judíos conversos imitaban la estructura de la sinagoga, mientras que los paganos convertidos al cristianismo constituían unidades domésticas en sentido amplio. También, ya fuese que se localizasen en el occidente o en el oriente de tan vasto imperio, prevalecían las tradiciones religiosas afincadas en el lugar. Estas tradiciones facilitaban en los recién convertidos muy diversas interpretaciones de la nueva fe, y provocaban las más curiosas infiltraciones en el pensamiento semito-cristiano. La respuesta no se dejó esperar, y los "Padres" enrolados en la ortodoxia produjeron las primeras sistematizaciones o teologías, para configurar la "recta doctrina".

Fuera de su órbita, florecieron numerosas corrientes no-ortodoxas. Su sola enunciación es una ardua tarea, por lo cual nos abocaremos a mencionar algunas, cuya influencia en el medio religioso se hizo notar en el tema que nos preocupa.

Una tradición religiosa de muy lejano origen, fruto de un sincretismo múltiple, y que provocó la, quizá, más aguda crisis de la iglesia cristiana del siglo II, fue el *gnosticismo*. En sus múltiples variantes, se caracteriza por un marcado dualismo antropológico: devaluación del cuerpo y cualquier experiencia corporal, frente a lo espiritual de la persona. En la vida práctica, su moral repudiaba el cuerpo y sus placeres, negaba la bondad de las pasiones y propugnaba una ascesis rigurosa y desproporcionada.

El dualismo antropológico del gnosticismo es tal, que el cuerpo, la materia y aun la psique, entendida como mente y sensación, son residuos del pecado celeste del Eón Sofía y la causa de la condenación; en cambio, las almas espirituales de substancia divina preexisten a la creación y se salvan liberándose del cuerpo⁵⁸. Ninguna experiencia corporal puede ser considerada un hecho central de la vida humana. El cuerpo mismo es despreciable, por ser corruptible y degradable. Como ejemplo cabe mencionar al maestro gnóstico Valentín, quien sostiene que el mundo material no es sino una tentativa abortada de imitar un modelo infinitamente superior y lejano, es un espejo distorsionado de la Plenitud. Para Valentín el cuerpo procede de la materia, es

⁵⁸ Cfr. Enrique D. Dussel, *op. cit.*, pp. 109-115.

totalmente ajeno a la verdad, e incluso la psiquis es un subproducto tardío. Sólo el espíritu, el *pneuma*, es lo auténtico, lo vertebral que articula cuerpo y alma⁵⁹.

Los cristianos gnósticos sostenían posiciones que los cristianos ortodoxos aborrecían: dudaban de si los sufrimientos, trabajos y hasta la muerte misma provenían de algún pecado humano; interpretaban simbólicamente la Resurrección de Cristo; y denunciaban de jactanciosos a los cristianos ortodoxos que se consideraban a sí mismos portadores de la verdad.

La doctrina ortodoxa de la Resurrección de Cristo expresa simbólicamente la importancia dada a la experiencia corporal: volver a la vida de entre los muertos supone necesariamente un “volver físicamente”. Los gnósticos, en cambio se mofaban de la idea de resurrección corporal, devaluando con ello el cuerpo frente a lo “espiritual” de la persona. El *Evangelio de Tomás* pone en boca de Jesús:

“A decir verdad, me asombra ver cómo esta gran riqueza [el espíritu] ha construido su hogar en esta pobreza [el cuerpo].”⁶⁰

En otro orden de cosas, cuando los cristianos comenzaron a ser perseguidos, acosados, agredidos, tratados como enemigos públicos, y sacrificados por el régimen romano, los cristianos ortodoxos lo identificaban con la pasión y muerte de Cristo y por tanto aceptaban gozosamente el martirio. Frente a ellos los cristianos gnósticos se manifestaron escépticos, desestimaron que la muerte del mártir garantizara el perdón de sus pecados y su salvación y fuese una ofrenda a Dios, y expresaron su rechazo a semejante violencia y a todo “testimonio de sangre”. En esto se apartaron de la tradición ortodoxa que afirma la experiencia corporal como un hecho central de la vida humana, desdeñando toda experiencia física aunque fuese dolorosa, por considerarla una evasión de la verdadera realidad que es “espiritual”.

Otras corrientes gnósticas minoritarias, inquietas por la aproximación al misterio divino, asumían la postura opuesta de utilizar el cuerpo como vehículo hacia la eternidad. Para ello se procuraban las experiencias más ricas en el ámbito sexual,

⁵⁹ Cfr. P. Brown, *op. cit.*, pp. 156-160.

⁶⁰ *Evangelio de Tomás*; citado por Elaine Pagels, *Los evangelios gnósticos*, Barcelona/México, Ed. Crítica/Grijalbo, 1988, p. 67.

consideradas como aventuras del espíritu y del cuerpo. Partiendo de que el cuerpo puede ser, en particulares circunstancias, testimonio del éxtasis eterno y de que lo fugaz puede ser quizás un desgarramiento de la eternidad, asimilaban la experiencia del orgasmo a un transportarse fuera del aquí y ahora, hacia una bienaventurada eternidad. Con este trasfondo, estas sectas, incitaban a sus miembros a toda forma posible de goce sexual con la condición de evitar cosas tan “mundanas” como la emisión de esperma y la posibilidad de fecundación. Respecto a estas experiencias escribe Aline Rousselle:

“...el cuerpo es en determinados casos testimonio del éxtasis eterno. El estado delicioso del cuerpo saciado, la ebriedad que transporta, el orgasmo tan breve que deja la esperanza de semejantes maravillas en un mundo en que serán perdurables, también los alucinógenos, todas estas experiencias breves pero comunes, estados en los que el cuerpo es un mensaje del espíritu, deben ser repetidos para invocar la realidad de aquella que se espera.”⁶¹

Así, estas corrientes minoritarias se procuraban experiencias orgásmicas en busca de algún sucedáneo del éxtasis celestial, pero evitando la posibilidad de procreación.

El gnosticismo se difundió con gran rapidez, pero con muy diversas modalidades, y en oleadas sucesivas. Entre sus maestros más destacados pueden citarse a Simón el Mago, Basílides, Valentín, Carpócrates, y algunos incluyen también a Marción.

Los discípulos de *Marción* manifiestan su pensamiento dualista al distinguir al dios bueno, el dios creador, del dios vengativo de los israelitas. Sostienen que todo lo perteneciente al mundo material es necesariamente malo y que la redención es sólo para el alma y no para el cuerpo. Distinguen entre el dios supremo, dios bueno que reside en el tercer cielo, dios desconocido, dios del amor y de la gracia, y el segundo dios que creó el mundo, el dios justiciero y vengativo de los israelitas, dios de la Ley y de los profetas. Cristo no es el Mesías profetizado en el Antiguo Testamento, ni nació de la virgen María, puesto que no fue verdaderamente hombre sino que apareció repentinamente en la sinagoga de Cafarnaúm, con una "apariencia" humana (docetismo).

⁶¹ Aline Rousselle, *op. cit.*, p. 153.

Todo lo perteneciente a este mundo material es necesariamente malo, incluyendo el cuerpo y el sexo. La redención es sólo para el alma, puesto que el cuerpo está destinado a la destrucción. El mensaje de Marción exigía la renuncia a la vida matrimonial y la unión a una comunidad libremente elegida, sin determinaciones previas de linaje, ni de vínculos familiares, ni de lealtades a los cabeza de familia del mundo antiguo. La iglesia marcionita sacaba al individuo de la familia y de las estructuras sociales preestablecidas, para ingresarlo a una iglesia célibe y misionera.

Otro movimiento, de honda expectación escatológica, el *montanismo*, esperaba en forma inminente la destrucción del mundo y la venida de la Jerusalén Celestial, hecho que, suponían, acontecería en la aldea de Preputsa. Sus miembros se abocaban a una vida religiosa en retiro y el total alejamiento del mundo y sus placeres, con prácticas de un ascetismo riguroso: ayunos, entrega de bienes, celibato, y hasta la entrega al martirio como práctica aconsejable. Su fundador, Montano, se consideró a sí mismo poseído por el Espíritu Santo y llamado a profetizar, junto con tres de sus discípulas. Muerto Montano, una de ellas dirigió el movimiento. El montanismo acusaba a la iglesia cristiana de su secularismo, y lo contrarrestaba con su exagerado programa ascético.

El *maniqueísmo* es otra corriente que también manifiesta una antropología dualista, descalificadora del cuerpo por ser prisión del espíritu y sede de los apetitos libidinosos de la concupiscencia.

Su núcleo ancestral iraní es la existencia de dos principios originarios estrictamente opuestos entre sí: el dios de la luz, del bien, de la sabiduría; y el dios de las tinieblas, del mal, de la ignorancia. De aquí se derivan la positividad dada a la gnosis y al espíritu, y la negatividad otorgada al cuerpo y a la materia:

"El espíritu del mal, a fin de evitar que la luz pueda liberarse de las ligaduras de la materia, reunió toda la que pudo y la unió a un demonio femenino (*Namrale*), engendrando los dos primeros hombres: Adán (*Géhmurd*) y Eva (*Murdiyânag*). El cuerpo humano tiene la forma de los Arjontes demoníacos, siendo la libido las cadenas que aprisionan el alma y la mantienen unida a la materia (*Áz*, la concupiscencia, es una tendencia demoníaca)⁶².

⁶² Enrique D. Dussel, *op. cit.*, p. 125; haciendo referencia a la obra de H. Puech, "La religión de Mani", en: *Cristo y las religiones del mundo*, Tomo II, pp. 470s.

Para Manes, el fundador de esta nueva iglesia paralela, el cuerpo es una causa perdida, es un molde corrompido. La sexualidad es una fuerza poderosa pero maligna, es la causa de la extensión del Reino de las Tinieblas. Pero el cuerpo continente de los “elegidos”, sus oraciones, sus rituales, constituyen la vía de comunicación con el Reino de la Luz⁶³.

Esta antropología dualista, que desprecia el cuerpo precisamente por su característica de corruptibilidad, tuvo como consecuencia una moral donde la concupiscencia pasa a ser la principal esclavizadora del cuerpo y donde la procreación es mala por encarcelar partículas divinas en porciones de materia. Tuvo multitud de adeptos, entre ellos Agustín de Hipona.

De lo analizado precedentemente se desprende que las vertientes separadas de la ortodoxia no han aportado elementos positivos en su conceptualización de la corporalidad, sino que más bien han acentuado los rasgos negativos y descalificadores.

1. 6 Adán y Eva engendrando su prole “sin el morbo de la libido”, según Agustín

En el tránsito del siglo IV al siglo V, la iglesia cristiana sufrió profundas transformaciones. De haber sido considerada una secta subversiva y perseguida, el cristianismo pasó a ser la religión oficial del Imperio, y los cristianos pudieron profesar libremente su fe.

Los cristianos de los dos primeros siglos habían atacado, con su prédica, la construcción mítica de los orígenes del Imperio Romano, desacreditando su historia y negándose a ofrecer sus respetos a los dioses y a los gobernantes romanos. Constituyeron una verdadera amenaza para el sistema ético, social y político del mundo antiguo. Por ello fueron perseguidos y martirizados en espectáculos públicos, demostrando un coraje sobrehumano ante la muerte. La muerte cruenta no significaba para ellos una derrota sino, más bien, una victoria sobre el Estado injusto, sobre el propio paganismo y, por ende, el triunfo final del Señor ante las potencias demoníacas. Los mártires fueron objeto de veneración y de culto. Por otra parte, tanto las corrientes milenaristas de los primeros siglos, como la apocalíptica de la heterodoxia judía y también cristiana (como el Montanismo), habían ido madurando el clima de

⁶³ Cfr. P. Brown, *op. cit.*, pp. 273-280.

transitoriedad ante el desenlace de una parusía inminente. Ese sentimiento de lo transitorio invitaba a deshacerse de todo cuanto se hacía o se tenía, en ansiosa espera de los tiempos definitivos. Así, posesiones, nombre, matrimonio, status social, etc., dejaban de tener valor para ellos⁶⁴.

Para las primeras generaciones de cristianos, la "buena nueva" era de libertad, tanto frente a los gobiernos tiránicos y a las ataduras familiares, sociales y políticas, como ante el dominio de sí mismo (sexo, avaricia, odio, venganza) y la posibilidad de elección entre el bien y el mal. En este marco eran interpretados los tres primeros capítulos del Génesis. Los relatos de la creación fueron popularizados como expresión implícita del valor intrínseco y de la igualdad de todos los seres humanos. Además, frente a una sociedad como la romana, cargada de obligaciones sobre las que decidían los progenitores, el mayor margen de libertad lo ofrecía la renuncia cristiana al matrimonio y la opción por el celibato. Parecía simbolizar, de manera más acabada, el rechazo del mundo pagano y una mayor proximidad al Reino venidero que la opción matrimonial⁶⁵.

Cuando las persecuciones comenzaron a desactivarse (siglo II) y finalmente cesaron (siglo IV), el marco referencial forjado en torno al martirio quedó desactualizado. Su contraparte, el sentimiento de transitoriedad de este mundo, recibió todas las energías, y el estado virginal y celibatario fue identificado como la perfección suma de la vida cristiana. Ante el eclipse de la figura del mártir, se verificó el ascenso, sin competencia, de la figura del célibe-virgen. Estos fueron recibiendo, por parte de la comunidad, distinciones admirativas cada vez mayores, privilegios en los actos cúltricos y la adjudicación de recompensas especiales en la vida eterna. El ascetismo fue considerado un sustituto del martirio. Dicho ascetismo se identificaba preferentemente con la práctica de la continencia o la virginidad perpetua, como una manera de martirio prolongado durante toda la vida⁶⁶.

Paso a paso el ideal cristiano en el seguimiento de Cristo fue siendo puesto en los grados de "perfección" y "virtud", cada vez más distante del común de la gente, que vivía en sus hogares, en medio de trajines y dificultades propias de la vida familiar y social. Paralelamente se fue desarrollando una ponderación de la virginidad de María donde el concepto central, que era la concepción virginal de Jesucristo como expresión del milagro de la encarnación, fue quedando eclipsado por la preeminencia dada a la virginidad biológica de María, modelo de consagración virginal. Esta valoración negativa de la sexualidad y del matrimonio se fue extendiendo a todos los ámbitos de la iglesia. Así, a principios del siglo IV ya algunos obispos de la iglesia occidental comenzaron a dictar reglamentaciones que prohibían a los presbíteros legítimamente

⁶⁴ Cfr. Jean Daniélou, "Desde los orígenes al Concilio de Nicea", especialmente los capítulos VII- IX: en: *op. cit.*, pp. 121-164.

⁶⁵ Cfr. Elaine Pagels, *Adán, Eva y la serpiente*, especialmente los capítulos introductorio y cuarto, Barcelona, Ed. Crítica, 1990, pp. 15- 27 y 119- 142, respectivamente.

⁶⁶ Cfr. los conceptos antropológicos acerca del cuerpo, la sexualidad y el pecado, de José Comblin, *Antropología cristiana*, especialmente los capítulos 2, 6 y 7, Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1985, pp. 74- 113, 232- 234 y 253- 258, respectivamente

casados continuar realizando vida marital (en concreto, intimidad sexual con sus esposas), bajo pena de obligarlos a abandonar el ministerio si se resistían⁶⁷.

Aurelio Agustín, obispo de Hipona, ha ejercido una influencia enorme en toda la doctrina moral sexual. Ha sido un gran sistematizador cristiano de la repulsa al placer y a la sexualidad que ya se venía haciendo manifiesta en muchos de los escritos de los Padres de la iglesia. Pero Agustín detenta la autoría de agregarle una nueva sospecha, un temor íntimo y teológico: el ser la vía de transmisión del pecado original, y con él, la muerte eterna de todos los no bautizados.

Agustín, en sus *Confesiones*, no escatima adjetivaciones para describir su pubertad y su juventud como dominadas por las pasiones de la carne y rendidas en los brazos de la lujuria. No debe menospreciarse en esto la influencia que ejerció sobre él, en el momento de su conversión, la vida ascética de los eremitas, en particular de Antonio, y toda la tradición del Desierto.

Habiéndose descripto, ya desde adolescente, como dominado por la concupiscencia carnal, pasa más adelante, a identificar el duro proceso de su conversión a Dios como el liberarse del hábito de saciarla, optando por la ascesis de la continencia:

"Porque del fango de la concupiscencia carnal y del manantial de mi pubertad subía un vaho, que nublaba y ofuscaba mi corazón, tanto que no distinguía la serenidad del amor casto de la oscuridad de la lujuria. Ambos amores confundían sus llamaradas y arrebataban mi flaca edad por los despeñaderos de las pasiones..."⁶⁸.

Influyó también en esta actitud su conocimiento y admiración de la vida del eremita Antonio⁶⁹:

"Reteníanme frivolisísimas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías, y me tiraban de mi vestido de carne y me decían por lo bajo: -¿nos dejas?- [...] ¡qué suciedades me sugerían!"⁷⁰

⁶⁷ Cfr. Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos*, capítulo 7, donde expone su estudio acerca del desarrollo histórico del celibato, Madrid, Ed. Trotta, 1994, pp. 93-109.

⁶⁸ Agustín, *Confesiones*, libro II, cap. 2, § 2, México, Ed. Paulinas, 1979, p. 40.

⁶⁹ Antonio (251-356), considerado el padre de los eremitas anacoretas del desierto de Egipto, dejó sus posesiones, vendió sus pertenencias y distribuyó entre los pobres el dinero, retirándose a vivir en lugares solitarios cada vez más aislados y rigurosos. Según relata la "Vida de Antonio", atribuida a Atanasio de Alejandría, en sus casi 20 años de soledad resistió victoriosamente todos los asaltos del demonio. Este lo tentó en principio con el recuerdo de sus bienes, su familia y los variados placeres de la vida pero principalmente: "El diablo miserable acudía de noche tomando el aspecto de una mujer, imitando sus gestos con la única finalidad de seducir a Antonio, [...]". *Vida de Antonio*, 23; texto transcrito en: Jean Comby, *Para leer la Historia de la Iglesia*, Navarra, Ed. Verbo Divino, 1990, p. 89.

"Porque de la voluntad perversa nació la lujuria; y rindiéndome a la lujuria, se formó la costumbre; y no resistiendo a la costumbre, se creó la necesidad. Y con éstos como eslabones trabados entre sí me tenía aherrojado la dura esclavitud. Y aquella nueva voluntad que yo empezaba a tener, de serviros por amor [...], aun no tenía fuerzas para vencer a la primera, robustecida con la antigüedad."⁷¹

Aquella cadena era explícitamente constituida por "el deseo del acto carnal" y la "servidumbre de los negocios seculares"⁷². En su conversión, Agustín considera a "los deseos de sus miembros inferiores" como un obstáculo a la adquisición de la sabiduría y un impedimento a su unión con Dios. El ideal de perfección cristiana era una vida ascética y continente, alejada de cualquier tipo de unión con una mujer.

Agustín considera su propia experiencia vital como paradigmática de toda experiencia humana, y además, igual que los maniqueos con quienes tuvo afinidad por largos años, interpreta su tendencia al pecado como una energía interna opuesta a la voluntad de Dios y resistiéndole.

Agustín imagina el estado paradisiaco como de obediencia a Dios y de inmortalidad eterna. En algunos de sus escritos describe la relación de Adán y Eva, antes de la ~~caída~~ ^{caída}, como una unión casta y espiritual, sin relaciones sexuales. El sexo sería entonces una consecuencia del pecado original. Luego da un paso más y admite el vínculo genital previo, pero ordenado a la procreación y multiplicación de la especie humana. Pone la acentuación en que en el estado paradisiaco los miembros sexuales estarían completamente sometidos a la voluntad racional del hombre, y no "excitados por la libido", como pasaron a estar después. El placer y la concupiscencia son un castigo al pecado de desobediencia.

Agustín imagina la estancia paradisiaca como muy gozosa, abundante en alimentos, sin dolor alguno ni enfermedad, en una paz absoluta para "el alma", sin deseos insatisfechos ni temores, sin tristezas ni alegrías vanas.

"La sociedad conyugal estaba acompañada de un amor honesto. La mente y el cuerpo iban acordes y el mandato era fácil y hacedero. [...] Y en tamaña felicidad los hombres podrían engendrar sin el morbo de la libido. Esos miembros, como los demás, se moverían al arbitrio de la voluntad, y el marido se hundiría en el regazo de la esposa con tranquilidad de ánimo, sin el estímulo del ardor libidinoso y sin la corrupción de la integridad corporal. [...] Esas partes las dominaba la voluntad, no el ardor tempestuoso."⁷³

⁷⁰ Agustín, *Confesiones*, libro VIII, cap. 11, § 26; en: *op. cit.*, p. 236.

⁷¹ Agustín, *ibid.*, libro VIII, cap. 5, § 10, p. 219. El subrayado es nuestro.

⁷² Agustín, *ibid.*, libro VIII, cap. 6, § 13, p. 221.

⁷³ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 26; en: *Obras de San Agustín*, tomo XVI-XVII, *La ciudad de Dios*, Madrid, B.A.C., 1958, pp. 981s. El subrayado es nuestro.

Como vemos, la conceptualización de la relación entre Adán y Eva sufre en Agustín una evolución contradictoria, verificable a través de la lectura cronológica de sus obras. En ocasiones descarta la unión sexual en el paraíso, y en otras la admite como medio de cumplir el mandato divino de la multiplicación de la especie.

En *De Genesi contra Manichaeos* (años 388-389) habla de una fecundidad espiritual, afirmando que en el paraíso la relación del varón y la mujer era casta y el matrimonio entendido sólo espiritualmente. En el año 389 Agustín escribe con respecto a la relación de Adán y Eva en el paraíso: “Se nos puede permitir entenderla también espiritualmente, creyendo que se convirtió después del pecado en fecundidad carnal. La primera unión del varón y la mujer era, pues, casta...”⁷⁴. Y concluye que en el paraíso había entre el varón y la mujer una unión sin relaciones sexuales. En edad intermedia, en *De bono coniugali* (año 401), toma posición enfrentada contra el pensamiento maniqueo, que considera a la procreación como un mal y elogia la fecundidad ordenada a la multiplicación de la especie humana. Habla de la sociedad original del varón y la mujer como un vínculo matrimonial con “comercio y trato conyugal” v cuyo único “fruto honesto” son los hijos⁷⁵. En otra obra contemporánea, *De Génesi ad litteram* (año 401) reemprende la idea de que en el paraíso los hijos podrían ser fruto de un amor espiritual, “no corrompido por la concupiscencia”[3,21], pero finalmente llega a la conclusión de que la prole es fruto de la relación sexual de Adán y Eva.

En su edad madura, Agustín describe la relación de nuestros primeros padres en tiempos paradisiacos, como una relación conyugal donde tiene lugar la relación sexual y la fecundación, pero todo ello bajo el dominio de la voluntad racional, sin conflicto entre el cuerpo y el alma, y sin una pizca de libido morbosa. Se retracta de su posición anterior, y finalmente acepta la interpretación literal del “sed fecundos y multiplicaos” a través de la relación sexual.

Con respecto al placer, el Agustín antipelagiano sostiene que antes del pecado original la relación sexual se ejercía sin experimentar la excitación propia del placer erótico y que la voluntad dominaba los órganos sexuales:

“¿por qué no creemos que los órganos de la generación, en el acto de la misma, pudieran obedecer dócilmente a la voluntad humana, como los demás, de no existir la libido, justo castigo de la desobediencia?”⁷⁶.

⁷⁴ Agustín, *De Genesi contra Manichaeos*, libro I, cap. 19, § 30, y libro II, cap. 13, § 18 y 19; en: *Obras de San Agustín*, tomo XV, Madrid, B.A.C., 1957, p. 401 y pp. 453-45. El subrayado es nuestro.

⁷⁵ Agustín, *De bono coniugali*, cap. 1, § 1; en: *Obras de San Agustín*, tomo XII, Madrid, B.A.C., 1954, p. 41. El subrayado es nuestro.

⁷⁶ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 23, § 2; en: *op. cit.*, tomo XVI-XVII, p. 975.

El pensamiento de Agustín va sufriendo una metamorfosis, y el tercer capítulo del Génesis va siendo interpretado, unas veces alegóricamente, y otras literalmente. En *De Genesi contra Manichaeos*, Adán, Eva y la serpiente son interpretados como símbolos de la parte superior del alma o razón (Adán), de la parte inferior del alma o sensación y afectos (Eva) y de la incitación diabólica al mal (serpiente), vía sentidos o pensamiento. También la serpiente es identificada como símbolo de la herejía maniquea⁷⁷.

1. 7 Agustín y el pecado original como causa de la mortalidad

El pecado original es, para Agustín, la causa de la mortalidad del género humano y de su naturaleza definitivamente corrompida. Para Agustín, es la unión de Adán y Eva la que recibe la sentencia condenatoria de Dios. La procreación será de aquí en más la transmisora del desorden y de la condena a toda la descendencia.

Es también en su obra adulta, en *De civitate Dei* (años 413-426), donde su pensamiento se explaya sobre el tema. Comienza su capítulo XIII diciendo abordar allí "el problema de la caída del primer hombre, mejor, de los primeros hombres, y del origen y propagación de la muerte"⁷⁸. Arranca con una sentencia lapidaria respecto al primer pecado y sus consecuencias, considerándolo la causa de la mortalidad del género humano y de la corrupción de su naturaleza. También hace de ellos una personalidad colectiva. Pero lo más llamativo no deja de ser que endilgue a la unión conyugal una sentencia definitivamente condenatoria:

"Por eso es preciso admitir que los primeros hombres fueron creados en tal estado, que, de no pecar, no sufrirían género alguno de muerte, porque, en habiendo pecado, fueron castigados con una muerte que por eso mismo se haría extensiva a todos sus descendientes. [...] Todo el género humano, que había de pasar a la posteridad por medio de la mujer, estaba en el primer hombre cuando la unión de los cónyuges recibió de Dios la sentencia de su condena."⁷⁹

Agustín dramatiza sobre la "enormidad de la falta", y señala que la autonomía de la voluntad del hombre se trocó en tentación y caída. También atribuye a la procreación que sea la transmisora del desorden y la condena de la prole:

"El pecado en que ellos consintieron fue tan enorme, que, en virtud de él, la naturaleza humana empeoró y se transmite a los descendientes el pecado mismo y la necesidad de la muerte."⁸⁰

⁷⁷ Agustín, *De Genesi contra Manichaeos*, libro II, cap. 14-26; en: *op. Cit.*, tomo XV, pp. 455-485.

⁷⁸ Agustín, *De civitate Dei*, libro XII, cap. 1; en: *op. cit.*, tomo XVI_XVII, p. 858.

⁷⁹ Agustín, *ibid.*, libro XIII, cap. 3; en: *ibid.*, pp. 861s. El subrayado es nuestro.

⁸⁰ Agustín, *ibid.*, libro XIV, cap. 1; en: *ibid.*, p. 921. El subrayado es nuestro.

"Dios, autor de las naturalezas, no de los vicios, creó al hombre recto; pero él, depravado por propia voluntad y justamente condenado, engendró seres desordenados y condenados."⁸¹

La pasión de la carne, de los órganos sexuales, manifiesta la rebelión de los miembros inferiores frente a la parte superior del hombre. Los órganos, que antes de la ~~transgresión~~ el hombre gobernaba a voluntad, ahora se le revelan desobedientes, y por eso necesita cubrirlos para no avergonzarse.

Así como la autonomía del hombre fue vista como una verdadera rebelión contra el dominio de Dios, la pasión de la carne, de los miembros inferiores, plantean otra rebelión contra el dominio de la mente racional, de la parte superior del hombre:

"Tan pronto como se llevó a efecto la transgresión del precepto, desamparados de la gracia de Dios, se ruborizaron de la desnudez de sus cuerpos. De aquí que cubrieran sus vergüenzas con hojas de higuera [...]. Estos miembros los tenían ya antes, pero no eran vergonzosos. Sintieron, pues, un nuevo movimiento de su carne desobediente como castigo debido a su desobediencia."⁸²

Este "movimiento de la carne desobediente", o deseo sexual espontáneo, o pasión indomable e independiente de la voluntad, es, para Agustín, consecuencia clarísima del pecado.

Agustín dedica un capítulo entero del libro XIV de su obra *De civitate Dei*, a intentar demostrar la absurda idea de que el hombre en el paraíso terrenal controlaba perfectamente todos los órganos del sistema simpático con su voluntad. Así como "hay personas que pueden mover las orejas", o el cuero cabelludo, o el diafragma, los órganos genitales estarían igualmente controlados por la voluntad, en todos sus movimientos. Y se pregunta:

"¿ por qué no creemos que, antes de la desobediencia y de la corrupción, los miembros del hombre pudieron servir a la voluntad sin ninguna libido en lo relativo a la generación?. El hombre fue abandonado a sí mismo porque abandonó a Dios, complaciéndose a sí mismo, y, no obedeciendo a Dios, no pudo obedecerse a sí mismo."⁸³

Así, en la observación de que algunas personas pueden mover sus orejas, Agustín ve la evidencia de que en el paraíso la procreación tenía lugar bajo el dominio de la voluntad y sin placer morboso. Aparece también el tema de la desnudez vergonzante de los órganos genitales, activados por la libido en contra de la propia voluntad:

"Con razon nos avergonzamos de esta libido; con razón son llamados vergonzosos los miembros que ella mueve o no mueve en fuerza de cierto derecho propio, por decirlo así, no del todo sujeto a nuestro arbitrio. [...] Se dejó sentir en los movimientos

⁸¹ Agustín, *ibid.*, libro XIII, cap. 14; en: *ibid.*, p. 879. El subrayado es nuestro.

⁸² Agustín, *ibid.*, libro XIII, cap. 13; en: *ibid.*, p. 878. El subrayado es nuestro.

⁸³ Agustín, *ibid.*, libro XIV, cap. 24, § 2; en: *ibid.*, p. 979.

del cuerpo una desvergonzada novedad. Por eso la desnudez se tornó indecente, los hizo conscientes y los cubrió de confusión."⁸⁴

Pero además, Adán y Eva cubrieron sus genitales con taparrabos de hojas de higuera para que su rugosidad irritante castigara a los "miembros alborotados", a manera de control y castigo. Agustín, en esto, recrea las apreciaciones anteriormente vertidas por Ireneo de Lyon, amplificándolas.

Los taparrabos tejidos con hojas de higuera serían consecuencia del pudor que les provocaba la excitación involuntaria de sus genitales:

"El pudor les hacía cubrir los miembros que la libido movía desobedientemente contra la voluntad, condenada por su desobediencia. [...]

La libido surgió después del pecado, y después del pecado, nuestra naturaleza, ruborosa, privada del señorío que tenía sobre el cuerpo, sintió ese desorden, lo advirtió, se avergonzó de él y lo cubrió."⁸⁵

Ya en otras obras anteriores, Agustín se había detenido detalladamente en la consideración de los taparrabos de hojas de higuera y en el motivo de la elección de este material:

"... y como no eran ya inocentes se hicieron de hojas de higuera cinturones para cubrir sus vergüenzas, [...] las hojas de higuera significan cierta comezón [...]"⁸⁶. "No creo que tuvieran un motivo especial para elegir tales hojas que cubrieran sus miembros alborotados, sino que mediante un impulso interior fueron impelidos a esto por aquella conturbación, a fin de que sirviera su pena de prueba a los ignorantes, de señal de castigo a los pecadores y de instrucción al lector."⁸⁷

Agustín considera a la libido como el prototipo de todas las pasiones; su espontaneidad es precisamente la prueba de su incontrolabilidad. En palabras de Agustín, libido, a secas, es "la que excita las partes sexuales del cuerpo"⁸⁸. La considera la más representativa de todas las pasiones. La espontaneidad es, además, entendida como contraria a nuestra voluntad. El deseo sexual queda excluido de poder ser experimentado de acuerdo con la voluntad. El castigo del pecado original afecta, en primer lugar, a la sexualidad, la cual se constituye en el ámbito donde primordialmente

⁸⁴ Agustín, *ibid.*, libro XIV, cap. 17; en: *ibid.*, pp. 964s. El subrayado es nuestro.

⁸⁵ Agustín, *ibid.*, libro XIV, cap. 17 y 21; en: *ibid.*, p. 966 y 971. El subrayado es nuestro.

⁸⁶ Agustín, *De Genesi contra Manichaeos*, libro II, cap. 15, § 23; en: *op. cit.*, tomo XV, p. 459. El subrayado es nuestro.

⁸⁷ Agustín, *De Genesi ad litteram*, libro XI, cap. 32, § 42; en: *op. cit.*, p. 1163.

⁸⁸ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 16; en: *op. cit.*, p. 963.

éste queda de manifiesto. La sexualidad pasa a ser el reflejo de una fisura permanente del alma. El instinto sexual se convierte en la “luz investigadora del alma humana”.

La procreación, degradada desde ~~transmisión~~ a nivel de lo bestial, es la vía transmisora del pecado original, a través del semen viril. Así como para la perpetuación de la especie humana, Dios opera con la concurrencia de la acción generadora de los padres, de la misma manera el pecado original se transmite, para Agustín, a través del mecanismo de la procreación. Más específicamente, a través del semen viril, puesto que el varón es quien desempeña la función activa, mientras que la mujer, cuya función es simplemente receptiva, es la que sólo ofrece el medio adecuado para la nutrición y el crecimiento del embrión (metáfora agrícola del sembrador y la tierra fértil, ya aludida anteriormente).

La procreación humana, para Agustín, está degradada al nivel de lo animal después del pecado original, y el placer sexual está corrompido por el pecado y no deja de ser un “mal”:

“No obstante, aunque esta facultad [la generativa] se haya dejado al hombre, a pesar del pecado, no es tal cual hubiera sido de no haber pecado. Porque, después que el hombre elevado a honor, delinquiró, se asemejó a las bestias y engendra como ellas, conservándose siempre en él una centellica de razón que hace aparecer la imagen de Dios en él.”⁸⁹

Así, Adán es quien transmite el pecado original a toda su descendencia, mediante el acto de procreación.

“...por eso desde entonces todos los que aun no habían nacido con razón fueron condenados en la raíz prevaricadora, ya que la generación carnal sujeta al hombre a esa raíz culpable y condenada, de donde únicamente la regeneración espiritual puede rescatarlo.”⁹⁰

Cristo nació sin pecado original precisamente por ser concebido sin la concurrencia del semen paterno. Agustín se esfuerza en contraponer la acción condenatoria de Adán hacia su descendencia, con la acción regeneradora de Cristo.

Cristo, quien nació sin pecado original por ser concebido sin la concurrencia del semen viril, nos rescata del poder del diablo:

“Cautiva, pues, el diablo, rescata Cristo; cautiva el seductor de Eva, rescata el Hijo de María; cautiva el que por la mujer se introdujo en el hombre, rescata aquél que nació de mujer que no conoció varón; cautiva el que introdujo en la mujer la causa de la

⁸⁹ Agustín, *De civitate Dei*, libro XXII, cap. 24, § 2; en: *ibid.*, tomo XVI-XVII, p.1694.

⁹⁰ Agustín, *De la gracia de Jesucristo y del pecado original*, libro II, cap. 38, § 43; en: *Obras de San Agustín*, tomo VI, Madrid, B.A.C., 1949, p. 443.

concupiscencia, rescata aquél que fue concebido en la mujer exenta de concupiscencia."⁹¹

Para Agustín, la perfección cristiana requiere del dominio del alma racional sobre las fuerzas afectivas. Considera que la vida de continencia es indispensable para adquirir Sabiduría: le permite concentrarse en la actividad intelectual, desligándose de cuestiones seculares como la familia y la vida social.

Renegando de su concubinato de 13 años, al que nunca consideró un amor honesto y auténtico, fue acentuando su dualismo entre amor y actividad sexual, entre amistad y pareja. Por su experiencia personal, Agustín identifica su deseo de una vida ascética y continente como un llamado de Dios, y a partir de allí la conversión a Dios pasa a ser sinónimo de rechazo a unirse a una persona de sexo contrario, transformándolo en un ideal universal de perfección cristiana.

Las dos consecuencias del pecado original están ligadas a la actividad sexual: en el orden biológico, la transmisión hereditaria; y en el orden moral, la concupiscencia, como rebelión vehemente de la carne contra el espíritu. El matrimonio es concebido sólo como un medio de salvación para la concupiscencia, como un asilo para la debilidad del hombre. Toda dimensión interpersonal está excluida de antemano en el acto conyugal. La procreación es su fin absoluto.

Agustín puso un acento tan dramático en el miedo al placer sexual e identificó tan unívocamente concupiscencia con condenación que la relación conyugal varón-mujer quedó gravada con una hipoteca que los siglos posteriores aún no han podido levantar.

1. 8 El estado de inocencia primitiva, según Tomás: el cuerpo sometido al alma, ésta a la razón, y la razón a Dios

Tomás de Aquino es un gran sistematizador de las opiniones generales de la edad de oro de la Escolástica, apuntaladas por su conocimiento y recepción de las obras de Aristóteles. Si bien en este tema es un digno discípulo de su maestro Alberto Magno, las

⁹¹ Agustín, *ibid.*, libro II, cap. 40, § 45; en *ibid.*, p. 447.

explicaciones de Tomás, el “doctor angélico”, han sido determinantes y fuentes de “autoridad” para los siglos posteriores. Digno representante de la teología celibataria, Tomás sigue repitiendo en varias ocasiones lo que Jerónimo había calculado a fines del siglo IV: que la virginidad y el celibato aseguran el 100% del salario celestial⁹², la viudez el 60%, mientras que el matrimonio sólo ofrece el 30%⁹³, escala semejante a la que Agustín aplicaba a los mártires, las viudas y las casadas, respectivamente.

Tomás de Aquino, buen receptor de las obras de Aristóteles que fueron traducidas e incorporadas a la Europa cristiana hacia fines del siglo XIII de manos de los árabes, entiende la creación del hombre en dos instancias diferentes y simultáneas: creación del alma y formación del cuerpo, la primera es la forma y la segunda la materia.

La creación del hombre es abordada en la *Summa*, en la Primera Parte, cuestiones 90-91. Expresa que la misma se opera en dos actos diferentes pero realizados simultáneamente: un acto creador *ex nihilo* del alma, y un acto formador del cuerpo, a partir de una materia preexistente, y que el alma es la forma del cuerpo⁹⁴.

Puesto que todos los animales superiores tienen bipolaridad sexual, la humanidad también existe en dos potencias diferenciadas: la activa masculina y la pasiva femenina.

En cualquier nacimiento natural, esta “carne” provista por la mujer se constituye con el semen paterno, como principio activo, y la sangre materna, como principio pasivo. La potencia generadora de la mujer consiste sólo en proveer la nutriente del embrión:

“Pero esta materia, según el Filósofo, es la sangre de la mujer, no cualquiera, sino elaborada hasta cierta completa formación mediante la virtud generatriz para que sea materia apta para la concepción;...”⁹⁵

A lo antedicho agrega, apelando a la metáfora del padre escultor y la madre arcilla:

“Por lo tanto, así como en las artes el arte inferior dispone la materia y el superior da la forma [...]; así también la virtud generativa de la mujer prepara la materia y la virtud activa del hombre da forma a la materia preparada.”⁹⁶

La diferenciación sexual, que Tomás se ocupa muy bien de poner de relieve aludiendo a la formación posterior de Eva con respecto de Adán, tiene lugar en el

⁹² Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección II, II Parte, cuestión 152, art. 5; en: Tomo 3, Madrid, Ed. Moya y Plaza, 1880. p. 887.

⁹³ Tomás de Aquino. *Suma Teológica*, Sección I, II Parte, cuestión 70, art. 3; en: Tomo 2, p. 457.

⁹⁴ Tomás de Aquino. *Suma Teológica*, Ira. Parte, cuestiones 90-91; en: Tomo 1, pp. 736-749.

⁹⁵ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III Parte, cuestión 31, art. 5; en: Tomo 4, p. 409.

⁹⁶ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III Parte, cuestión 32, art. 4; en: Tomo 4, p. 419.

hombre únicamente para garantizar el proceso procreativo y la pervivencia de la especie humana.

A continuación, cuestión 92, aborda la “producción de la mujer”:

“...fue necesario que fuese hecha la mujer, como dice la Escritura, [...] para su cooperación en la generación...”⁹⁷.

Continúa su explicación acudiendo a Aristóteles:

“...en los animales perfectos la virtud activa de la generación compete al sexo masculino y la virtud pasiva al femenino...”

Pero el ejercicio de la sexualidad es peligroso para el varón, atenta contra su “ánimo viril”, le roba energía al alma, produce un embotamiento del espíritu que llega a “oprimir la razón”, aún mas que la gula.

Tomás opina que el alma del varón está proclive a la caída en proximidad de contacto con mujeres, puesto que pierde su energía. Adhiere a la opinión de Agustín en sus prevenciones al alma varonil de evitar contactos corporales con mujeres:

“... que las delectaciones venéreas son más vehementes y oprimen más la razón que las de los alimentos: y por esto necesitan más de castigo y de freno; porque, si se las consiente, la fuerza de la concupiscencia se acrecienta más por esto y el alma pierde su energía. Por esto dice San Agustín: ‘opino que nada derroca de su alcázar más al ánimo viril que los encantos femeniles y aquel contacto de cuerpos, sin el que no se puede tener mujer’.”⁹⁸

Si bien Tomás, al igual que Aristóteles, califica la relación sexual como un acto natural, sus comparaciones con el reino animal en lugar de contribuir a aminorar la aversión por lo sexual terminan colocándolo exclusivamente en la esfera de lo animal, o más bien en lo bestial. No demuestra una mínima sospecha de que en el hombre podría incluir algún tipo de comunicación interpersonal entre la pareja. Tomás compara frecuentemente, mucho más que otros teólogos, la vida sexual humana con la vida animal. El mensaje de la naturaleza, proveniente del reino animal, es transformado en elemento vinculante para la teología tomista. Puesto que los animales copulan para procrear (en opinión de los teólogos), ello explica por sí solo el sentido del acto sexual humano, es axiomático. De esta manera las afirmaciones biológicas o fisiológicas se convierten en verdades teológicas.

⁹⁷ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Ira. Parte, cuestión 92. art. 1; en: Tomo 1, p. 751.

⁹⁸ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección II, II Parte, cuestión 151, art. 3; en: Tomo 3, p. 878.

Tomás admite la relación sexual de Adán y Eva en el jardín del Edén, reconociendo en ellos vida animal. Pero este apetito inferior estaba sujeto por completo a la razón, excluyendo la pasión lujuriosa. El cuerpo estaba sometido al alma, el alma a la razón y la razón a Dios. Ese era el orden paradisiaco.

Con respecto al supuesto “estado de inocencia primitiva”, Tomás lo describe como un estado donde la naturaleza pura y la justicia original coinciden:

“Respondemos que el hombre en el estado de inocencia tuvo en algún modo todas las virtudes...[...]

... síguese que ni experimentaba Adán todas aquellas pasiones, que se refieren al mal, tales como el temor, el dolor y semejantes; ni tampoco las que miran al bien no poseído y que debiera entonces poseer, como la ardiente codicia; más las que afectar pueden al bien presente, como el gozo y el amor, o bien al futuro, que a su tiempo había de obtener, cuales son el deseo y la esperanza no aflictiva, existieron en el estado de inocencia, [...]

...porque en nosotros el apetito sensual, en el que residen las pasiones, no está del todo sujeto a la razón, [...] más en el estado de inocencia el apetito inferior estaba totalmente sumiso a la razón.”⁹⁹

Al menos deja lugar en el paraíso al gozo y al amor apasionado, pero no sin estar completamente regulados por la razón. Tomás admite en el paraíso la relación sexual, pero caracterizándola como el lugar “donde más se hace el hombre semejante a las bestias”. Reconoce en el cuerpo de Adán “vida animal” y de seguido agrega que “lo que en el coito hace al hombre bestial es el no poder refrenar por su razón el deleite del coito y la exaltación de la concupiscencia”¹⁰⁰. Es decir que solo excluyó del estado de inocencia primitiva “la exacerbación de la lujuria y la inquietud del ánimo”.

En una obra de carácter catequético menor, como lo es su *Brevis summa de fide* o compendio de teología, Tomás resume los preceptos dados a Adán:

“El hombre, según se dijo ya, fue constituido por Dios en su condición natural, de tal suerte, que el cuerpo estuviese totalmente sometido al alma; y con respecto a las partes del alma estuviesen sometidas a la razón sin repugnancia alguna, y la misma razón del hombre a Dios.”¹⁰¹

⁹⁹ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Ira. Parte, cuestión 95, art. 2-3; en: Tomo 1, pp. 179s.

¹⁰⁰ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Ira. Parte, cuestión 98, art. 2; en: Tomo 1, pp. 796s. El subrayado es nuestro.

¹⁰¹ Tomás de Aquino, *Compendio de Teología*, cap. 186, Madrid, Hyspamérica, 1985, p. 148.

1.9 El doble ardid de la tentación: sensual, a través de la mujer, e intelectual, ofreciéndole semejanza divina.

En cuanto a la configuración de la tentación, la serpiente remite a la sensualidad y a la concupiscencia, Eva es la razón inferior y Adán es la razón superior.

Tomás refiere la tentación de nuestros padres originarios en casi toda su obra literaria, especialmente en las *summas* o compendios, situando sus reflexiones en diversos contextos:

- en la *Suma Teológica* el pecado del primer hombre y las penas consecuentes están tratadas en el contexto de las virtudes cardinales y morales y sus vicios contrapuestos. Se lo cataloga como pecado de soberbia, opuesto a la humildad, que es una especie de modestia, y parte potencial de la templanza¹⁰².

- en la *Suma contra los Gentiles* habla de la transmisión del pecado original a partir de Adán dentro del contexto de la encarnación de Cristo, como redentor de ese pecado. Trata el tema en la última parte de su obra, titulada "Misterios divinos y postrimerías", una miscelánea de temas diversos¹⁰³.

- en el *Compendio de Teología* hace una exposición condensada del precepto del paraíso, de la seducción de Eva y los motivos de su caída, de la manera en que se extendió el pecado al hombre, y de las consecuencias del pecado original. También hace una descripción previa del mal y sus géneros. Ubica estos temas en la primera parte de su obra, antes de hablar de la encarnación de Cristo¹⁰⁴.

Tomás describe la escena paradisíaca de la tentación y transmisión de los primeros padres como una acción con tres protagonistas: el diablo, manifestado en la serpiente, la mujer y el hombre.

Describe el modo y orden de la tentación en tres estadios:

"... en cuanto precede en la sensualidad, que se significa por la serpiente, la concupiscencia del pecado;

en la razón inferior, que se significa por la mujer, la delectación;

en la razón superior, que se significa por el varón, el consentimiento del pecado..."¹⁰⁵.

¹⁰² Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección II, II Parte, cuestiones 163-165; en: Tomo 3, pp. 960-975.

¹⁰³ Tomás de Aquino, *Suma contra los Gentiles*, Libro 4, capítulos 50-52; en: Tomo II, pp. 788-801.

¹⁰⁴ Tomás de Aquino, *Compendio de Teología*, cap. 119-121 y 186-193.

¹⁰⁵ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*. Sección II, II Parte, cuestión 165, art. 2; en: Tomo 3, p. 973.

La debilidad de carácter de Eva la hizo fácil presa de la seducción del diablo, e instrumento de la caída de Adán. La seducción de Adán tiene dos fases: una intelectual, proponiéndole semejanza divina, y otra sensual, a través de la mujer.

El diablo emplea un doble excitante, dirigido al intelecto y, a su vez, a la sensibilidad del hombre:

“... el hombre está compuesto de doble naturaleza, a saber, intelectual y sensitiva; y por lo tanto el diablo en la tentación del hombre se valió de un doble ardid para que pecara: uno por parte del entendimiento, al prometerle la semejanza divina por la adquisición de la ciencia [...]; y otro por parte del sentido, y así se valió de estas cosas sensibles [...], tentando al hombre por la mujer; y [...] proponiéndole para comer la fruta del árbol prohibido.”¹⁰⁶

Las consecuencias del pecado original también son descriptas como pertenecientes a dos órdenes diversos: en el corporal, la enfermedad y la muerte; en el espiritual, la falibilidad intelectual y la turbación por los apetitos sensitivos. Distanciándose de Agustín, Tomás coloca al alma como protagonista del pecado original, y no a la carne. La concupiscencia de la carne sólo demuestra su castigo. El pecado original es formalmente la “falta de justicia original” y sólo materialmente es la “concupiscencia”.

La consecuencia del pecado original es un desorden de la naturaleza humana que Tomás califica como pérdida de la “justicia original” que es un don sobrenatural:

“El pecado original es formalmente la falta de justicia original, y materialmente es la concupiscencia.”¹⁰⁷

“Así pues el pecado del primer hombre [...] fue no solamente personal, en cuanto que privó a dicho primer hombre de un bien propio, sino también natural, en cuanto que perdió para sí y para sus descendientes la gracia concedida a toda la naturaleza humana.”¹⁰⁸

También enumera los signos visibles del pecado original en la humanidad caída, tanto corporales como espirituales:

“Entre los corporales, la primera es la muerte, con la cual se relacionan todas las demás, o sea, el hambre, la sed y otras semejantes. Entre las espirituales, sin embargo, la principal es la debilidad de la razón, por cuya causa sucede que el hombre llega con dificultad al conocimiento de la verdad y fácilmente cae en el error, y no puede superar

¹⁰⁶ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección II, II Parte, cuestión 165, art. 2; en: Tomo 3, pp. 973s.

¹⁰⁷ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección I, II Parte, cuestión 82, art. 3; en: Tomo 2, p. 547. El subrayado es nuestro.

¹⁰⁸ Tomás de Aquino, *Suma contra los Gentiles*, Madrid, B.A.C., 1953. Libro 4, cap. 52; en: Tomo II, p. 797. El subrayado es nuestro.

totalmente los apetitos de los sentidos, siendo más bien ofuscado con frecuencia por ellos.”¹⁰⁹

Tomás se distancia de Agustín a la hora de diferenciar pecado original de concupiscencia carnal. Pone al alma y sus potencias, y no a la carne, como sujeto del pecado original, mientras que la carne y su concupiscencia adquieren un rol puramente instrumental:

“... pero lo que llega a la carne no tiene razón de culpa, sino de pena: y por consiguiente el alma es sujeto del pecado original, y no la carne.”¹¹⁰

Con respecto al castigo a nuestros primeros padres, Tomás aduce que fueron castigados en el cuerpo y en el alma, pero de diferente manera según el sexo: al varón en el trabajo y a la mujer en dos aspectos, la generación de los hijos y la vida doméstica. La subordinación de la mujer, que estaba ya en el orden de la creación, resulta agravada por el pecado, convirtiéndose en una dominación compulsiva del poderoso sobre el débil, sin posibilidad de objeción.

“La sujeción empero de la mujer al marido debe entenderse haber sido establecida en castigo de aquella, no en cuanto al régimen (puesto que también antes del pecado el hombre habría sido el jefe de la mujer y su director), sino según que la mujer está ahora obligada a obedecer a la voluntad del hombre contra la suya propia.”¹¹¹

Después de pecar, Adán y Eva debieron cubrir “la fealdad de sus miembros”, transformados por el pecado en desagradables, ignominiosos y rebeldes al espíritu.

En cuanto a la vestimenta ofrecida por Dios a los primeros padres, Tomás la atribuye a dos motivos: en primer lugar, como protección ante las inclemencias del tiempo, y en segundo lugar, para cubrir la “ignominia” de los órganos sexuales.

“... para cubrir la ignominia, y que no se vea la fealdad de los miembros, en que principalmente se manifiesta la rebelión de la carne contra el espíritu.”¹¹²

La transmisión del pecado original de padre a hijos se realiza, según Tomás, simplemente por ser el mismo un “pecado de naturaleza”, un pecado que dañó la integridad humana original.

Constituimos con Adán una unidad orgánica por participar de una misma naturaleza humana.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 794.

¹¹⁰ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*. Sección I, II Parte, cuestión 83, art. 1; en: Tomo 2, p. 550.

¹¹¹ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección II, II Parte, cuestión 164, art. 2; en: Tomo 3, p. 970.

¹¹² *Ibid.*, p. 971. El subrayado es nuestro.

“El pecado original llegó desde el primer padre a todos, en cuanto todos estuvieron en él al pecar.”¹¹³

Y el modo de contraerlo se debe a “la virtud activa de la generación”, en este caso agente instrumental de la transmisión del pecado original.

Para Tomás, la transmisión de la vida a la descendencia tiene lugar a través del semen paterno. En el Medioevo, la existencia o no de un “semen femenino” daba lugar a controversias científicas y teológicas. La expresión “semen femenino” proviene de Hipócrates (siglo IV a.C.), pero siguió siendo sostenida por Galeno, médico griego del siglo II, aunque describiéndolo como más frío y húmedo que el masculino. Ambos lo consideran necesario para la procreación. Aristóteles, por el contrario, era un potente detractor de la idea, al sostener que sólo el semen masculino es el responsable de la procreación. Detrás de él se encolumna Tomás de Aquino. Cualquier mínima probabilidad procreativa por parte de la mujer podría suponer el riesgo fatal de una concepción sin participación del varón, lo cual atiza una vieja obsesión masculina¹¹⁴.

En el marco de un pensamiento, a la vez anatómico y filosófico, la civilización medieval, adherida a Aristóteles y en especial a Galeno, describe el cuerpo de la mujer por simetría inversa a los órganos masculinos: si el pene es un instrumento terminado y externo, la matriz que lo recibe es un órgano amenguado y retenido en el interior, una copia inferior e inversa. En las representaciones del vientre de la mujer circulaba la idea del desplazamiento de la matriz por todo su cuerpo. Algo así como si los órganos ejercieran una posible posesión, como si la interioridad corporal de la mujer escapara a todo posible control exterior¹¹⁵.

La Edad Media escenifica una dramatización de la pecaminosidad del placer y del poder seductor del instinto sexual. El matrimonio es visto como remedio contra la

¹¹³ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección I, II Parte, cuestión 81, art. 4; en Tomo 2, p. 543.

¹¹⁴ Cfr. Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos*, Madrid, Ed. Trotta, 1994, p. 159 y además Claude Thomasset, “La naturaleza de la mujer”; en: Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres*, tomo 3 (en adelante HM3), Madrid, Ed. Taurus, 1992, pp. 73-78.

¹¹⁵ *Ibid.*: pp. 64-76

peligrosidad de la concupiscencia, especialmente por los eclesiásticos célibes, quedando prisioneros de una insana fijación en el acto marital, ya que lo consideran pecado y a su vez medicina contra el pecado. Tomás de Aquino, gran representante de la Escolástica medieval, adhiere a los errores biológicos, fisiológicos y patriarcales de Aristóteles, acrecentando con su importante obra teológica toda la animosidad contra el placer y contra la sexualidad. Partiendo de una referencia de Aristóteles, donde cita a Homero diciendo que Afrodita, mediante la concupiscencia, robaba la inteligencia a los hombres, Tomás declara "...que la lujuria a causa de la vehemencia de la delectación y de la concupiscencia oprime totalmente a la razón..."¹¹⁶.

Con esta argumentación, Tomás pondera la vida célibe y la virginidad, capaces de facilitar una mente libre y bien dispuesta al ejercicio de la razón, eludiendo el deterioro intelectual causado por la práctica sexual conyugal. Así a la pretensión de una mayor gracia ante Dios, los célibes sumarían una mayor potencia intelectual; a su "cociente de santidad" sumarían un mejor "cociente intelectual".

Tomás recogió el pesimismo agustiniano frente a la sexualidad, calificando al placer sexual no como absolutamente pecaminoso pero sí como castigo por el pecado original. Necesitó por ello disculpar al matrimonio justificándolo como medio para la propagación de la especie humana. Tomás contribuye grandemente a afianzar la tradición eclesial que adjetiva a lo sexual como mancha, suciedad, corrupción, repugnancia, depravación, deshonor, enfermedad, etc. Los casados son siempre sospechados ante el peligro de la fornicación o del adulterio por aquellos teólogos que se consideran a sí mismos verdaderos especialistas en cuestiones conyugales y sexuales. Tomás descalifica el sacramento del matrimonio, argumentando:

"...contra la concupiscencia de los placeres de la carne fue menester aplicar especialmente un remedio por algún sacramento; en primer lugar, porque por esta

¹¹⁶ Tomás de Aquino, *Summa Teológica*, II parte, II sección, cuestión 55, art. 8; en: Tomo 3, p. 350.

concupiscencia no sólo se vicia la persona, sino también la naturaleza; y en segundo lugar por la vehemencia de ella. que absorbe la razón.”¹¹⁷

El sacramento del matrimonio ocupa, para Tomás, el último lugar ente los siete sacramentos, justamente porque “participa menos de la vida espiritual” y tiene un mínimo de espiritualidad y mucho de corporalidad.

1. 10 El orden de la creación, según Lutero: una conyugalidad moderada

En muchos de sus escritos, Lutero hace referencia al pecado de Adán y al pecado del hombre, tanto en sus sermones, como en sus prefacios a los textos bíblicos, en sus catecismos o bien en sus obras fundantes como los artículos de Esmacalda o el tratado del siervo arbitrio.

Martin Lutero recrea la escena del Jardín del Edén en un sermón sobre el estado matrimonial. Describe cómo, después de crear a Adán y en vistas de que no hallaba consorte, Dios creó a Eva y se la llevó ante él. El la aceptó y constituyeron un matrimonio. Adán experimentó hacia ella “un genuino amor conyugal” y la reconoció como esposa.

En su sermón de mayo de 1519, publicado como “Un sermón acerca del estado matrimonial”, comienza recreando el texto de Génesis 2 para describir que el hombre y la mujer provienen de Dios, que han sido unidos por él, que la mujer fue creada como auxiliar del varón en especial para la procreación, y que en el matrimonio debe prevalecer un amor puro y desinteresado:

“... aquí se indica que Adán no halló consorte, pero tan pronto como Dios hubo creado a Eva y la hubo llevado a Adán, éste sintió hacia ella un genuino amor conyugal y reconoció que ella era su esposa. Por lo tanto, a los que quieran entrar en el estado matrimonial debe enseñárseles que con toda seriedad imploren a Dios que él les dé un cónyuge. [...] Pero a Adán le hace una mujer especial y única tomada del hombre mismo, la lleva a él, se la da, y Adán consiente en ello y la acepta, y esto es entonces un matrimonio.”¹¹⁸

¹¹⁷ Tomás de Aquino, *Summa Teológica*, III sección, cuestión 65, art. 1; en: Tomo 4, pp. 675s.

¹¹⁸ Martín Lutero, “Un sermón acerca del estado matrimonial”; en: *Obras de Martín Lutero* (traducción de Erich Sexauer), tomo III, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1974, pp. 19s.

Lutero considera el matrimonio como un “estado divino y salvador” que fue instituido en primer lugar, antes que cualquier otro estado de vida, y por tanto los supera.

En su *Catecismo Mayor* (1529), Lutero hace una extensa disquisición acerca del sexto mandamiento: “No cometerás adulterio”. Lutero centra la atención en cómo honra y ensalza a Dios el estado matrimonial, preservándolo mediante su mandamiento:

“Despréndese de esto, que Dios quiere que también nosotros lo honremos, lo consideremos y lo adoptemos como un estado divino y salvador, ya que fue instituido antes que todos los demás estados y para tal fin creó Dios al hombre y a la mujer distintos, como está a la vista: no para la villanía, sino para que permanezcan unidos, se multipliquen, engendren hijos, los alimenten y los eduquen para la gloria de Dios.”¹¹⁹

Es el “estado más universal y más noble”. Sólo quedan excluidos de él unas pocas personas que, mediante un don sobrenatural, pueden vivir en castidad.

A continuación lo compara con otros estados de vida:

“Por eso he enseñado siempre que este estado no debe ser menospreciado o tenido en menos, como hace el ciego mundo y los pseudosacerdotes que conocemos, sino que hay que considerarlo conforme a la palabra de Dios, con la cual se engalana y se santifica. Esto no solamente iguala el matrimonio a los demás estados, sino que lo coloca ante ellos y los supera [...]. Se deduce de lo expuesto que no es un estado especial, sino el estado más universal y más noble que penetra toda la cristiandad y que se dirige y extiende por todo el mundo.”¹²⁰

“No obstante, quedan excluidos algunos, si bien muy pocos, que Dios mismo ha separado particularmente y que o no son aptos para el estado matrimonial o que ha liberado mediante un don grande y sobrenatural, de manera que sean capaces de guardar la castidad fuera del matrimonio. Pues, si la naturaleza humana sigue su curso tal como ha sido implantada por Dios, no es posible permanecer casto fuera del matrimonio; porque la carne y la sangre, permanecen carne y sangre, y las inclinaciones y apetitos naturales actúan irresistiblemente y sin que se pueda impedir, como cada uno lo ve y lo siente.”¹²¹

El fundamento del matrimonio es el “amor y la concordia”, y también la fidelidad recíproca.

Para terminar su sermón, Lutero funda en el amor y la concordia el vínculo matrimonial:

“En efecto, para que una castidad conyugal sea mantenida, es necesario ante todo que el hombre y la mujer convivan en amor y concordia, amándose el uno al otro de todo corazón y con toda fidelidad. Esta es una de las condiciones más esenciales que

¹¹⁹ Martín Lutero, “Catecismo Mayor”; en: *Obras de Martín Lutero* (traducción de Carlos Witthaus y Manuel Vallejo Díaz), tomo V, Buenos Aires, Ed. Paidós/Pub. El Escudo, 1971, p. 77. El subrayado es nuestro.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 77s.

¹²¹ *Ibid.*, p. 78.

nos hacen amar y desear la castidad; y donde tal condición impere, la castidad vendrá por sí sola, sin ningún mandamiento."¹²²

Es interesante comparar este pensamiento maduro de Lutero acerca del matrimonio con las ideas vertidas en sus primeros años de predicador, donde se mostraba muy sujeto a los doctores medievales y a Agustín. Allí aparecen los conceptos arcaicos de que el matrimonio cumple la función de contener la pasión de la carne, y de que los valores de pureza y castidad sólo son aplicables al estado celibatario.

Este es un aporte verdaderamente innovador de Lutero que, a diferencia del pensamiento medieval que valoraba el celibato y la virginidad como el estado más sublime y el que aseguraba el ciento por ciento de la salvación, tiene el poder de universalizar la dispensa de la gracia divina al común de la gente. Es una verdadera democratización de la gracia de Dios. Lutero apoya esta afirmación con su testimonio de vida, al abandonar su condición de monje agustino célibe y contraer matrimonio con Katharina von Bora. Paralelamente afirma su doctrina del "sacerdocio universal de los creyentes" con lo cual jerarquiza el status del cristiano común.

Pero Lutero no alcanza a escapar de la típica obsesión medieval contra el placer y la sexualidad. Acerca del matrimonio agrega que fue instituido por Dios para evitar "la impudicia", pues es casi imposible permanecer casto fuera del matrimonio. Cumple la función de contener la pasión de la carne, pues dentro de él "el pecaminoso placer carnal" deja de ser condenable.

" A fin de que se evite de modo más fácil y en cierta medida la impudicia, ha prescrito Dios el estado de matrimonio, dando a cada cual la parte modesta que le corresponde para que con ello se contente, aunque siempre la gracia de Dios es necesaria además para que el corazón sea casto."¹²³

En una segunda parte del sermón de 1519, conocido como "Un sermón acerca del estado matrimonial", Lutero se pronuncia acerca del valor del matrimonio como sacramento, dentro del cual el ejercicio de la sexualidad dejaría de ser condenable, porque Dios "cubre la vergüenza del pecaminoso placer carnal" y "hace alguna concesión al placer". Identifica al matrimonio como un "pacto de fidelidad" que restringe el abuso de una genitalidad indiscriminada y cuyo fruto es la procreación. También aconseja a los padres educar bien a sus hijos:

1) "...el matrimonio es un sacramento. [...]"

Vemos así que por el honor de que la unión entre hombre y mujer es elegida como señal de cosa tan grande, el estado matrimonial debe tener tal significación que en el

¹²² *Ibid.*, p. 79.

¹²³ *Ibid.*, p. 78.

débito conyugal el pecaminoso placer carnal de que nadie está exento no es condenable, si bien es cierto que fuera del matrimonio, la realización de este placer siempre es pecado mortal. Así la sagrada humanidad de dios cubre la vergüenza del pecaminoso placer carnal. Por eso toda persona debería tener plena conciencia de ese sacramento, dando el debido honor a las cosas sagradas y usando con moderación el débito conyugal, con el fin de que no se acceda insensatamente al placer carnal, como lo hacen los animales."¹²⁴

Recomienda a los esposos usar con moderación el débito conyugal para no parecerse a los animales y convertir al matrimonio en un “revolcadero de puercos”. El matrimonio protege de las “desenfrenadas correrías por la ciudad”, al asegurar “un compañero de cama único”.

En el mismo sermón Lutero aduce acerca del matrimonio:

2) "...el matrimonio es un pacto de fidelidad. [...] Por cuanto, pues, el uno se liga y se entrega al otro de tal manera que le corta a la carne todos los demás caminos y se contenta con un compañero de cama único, por tanto Dios toma en cuenta el hecho de que la carne es reprimida hasta el punto de no permitírsele hacer desenfrenadas correrías por la ciudad, y en su gracia consiente en que donde se guarda tal fidelidad, se le haga alguna concesión al placer, aún más allá de lo necesario para la procreación, pero siempre que uno se modere con toda seriedad y no convierta las relaciones matrimoniales en un estercolero y revolcadero de puercos."

3) "...trae frutos; pues ésta es la finalidad y principal función del matrimonio. [...]

Sean empero todos los esposos que la esmerada educación de sus hijos es la mejor obra y utilidad que ellos pueden ofrecer a Dios, a la cristiandad, al mundo entero, a ellos mismos y a sus hijos. [...]

Finalmente, si quieres expiar bien todos tus pecados y obtener la más alta indulgencia aquí y en el más allá, morir en la gracia de Dios y buscar también aquí en lo temporal el bien de tu descendencia, entonces presta seria atención a este tercer punto, es decir, el educar bien a tus hijos."¹²⁵

Como puede apreciarse, todo el texto está cruzado por la problemática de pecado-sexualidad, típica obsesión medioeval de monjes célibes. La novedad es, quizá, la acentuación puesta en la responsabilidad paterna acerca de la educación de sus hijos.

El placer es admitido solo en la medida necesaria que garantice la procreación, su principal finalidad. A lo cual añade una fuerte reconvención a los esposos acerca de la función de educar a sus hijos con esmero. Ello cualifica la responsabilidad paterna.

¹²⁴ Martín Lutero, “Un sermón acerca del estado matrimonial”; en: *op. cit.*, tomo III, pp. 21-24. El subrayado es nuestro.

¹²⁵ *Ibid.*, pp. 21- 4. El subrayado es nuestro.

1. 11 El pecado como seducción de la carne, del mundo y del diablo

En cuanto a su conceptualización del pecado de Adán y Eva en el Edén, Lutero advierte que si Adán hubiera contemplado con fe los árboles cuyo fruto podía comer, no hubiera considerado como el más hermoso y apetecible el que tenía prohibido. Ha sido su incredulidad la que incitó a su carne y la hizo “complacerse por las malas obras exteriores”.

En su obra publicada como *Prefacios a los libros de la Biblia* (1522-1541) Lutero apunta consideraciones de interés, especialmente en sus introducciones al Antiguo Testamento y al Nuevo Testamento. Una primera interpretación de lo que la Biblia entiende por pecado sería:

“La Sagrada Escritura llama *pecado*, no solamente a la obra exterior del cuerpo, sino a todas las actividades que impulsan o mueven hacia ella, es decir, lo íntimo del corazón con todas sus fuerzas. Por consiguiente, la palabrita “hacer” significa que el hombre se entrega completamente al pecado. Pues no se produce ninguna obra exterior del pecado a menos que el hombre se empeñe en ella con cuerpo y alma. La Escritura mira especialmente al corazón y a la raíz y a la fuente principal de todo pecado: la incredulidad en lo íntimo del corazón. Así como solamente la fe justifica, trayendo consigo el espíritu y el placer para las buenas obras exteriores, de la misma manera también solamente la incredulidad peca e incita a la carne y la hace complacerse por las malas obras exteriores, como ocurrió con Adán y Eva en el Paraíso, génesis 3 (Gn 3:6).”¹²⁶

Su pecado fue el entregarse por entero, en cuerpo y alma, con todas sus fuerzas. La incredulidad reside en “lo íntimo del corazón”, y de allí induce a realizar malas obras exteriores, como comer del fruto vedado y pecar. Lutero arranca con una visión integral del hombre, cuerpo y alma unidos, y guiado en sus decisiones desde “lo íntimo del corazón”. Pero poco a poco va deslizándose su argumentación, acusando a la incredulidad de “incitar a la carne”, pero describiendo a esta “lucha del espíritu con la carne” como la tarea de “subyugar nuestro cuerpo, matar sus apetitos y doblegar sus miembros”, con lo cual *carne* y *cuerpo* quedan asimilados conceptualmente. Adán nos trasmite por herencia el pecado mediante nuestro “nacimiento carnal”.

¹²⁶ Martín Lutero, “Prefacio al Nuevo Testamento”; en: *Obras de Martín Lutero* (traducción de Carlos Witthaus), tomo VI. Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1980, p. 132. El subrayado es nuestro.

Refiriéndose al texto de Génesis 3, interpretado por Pablo en su carta a los romanos, agrega:

"En el capítulo quinto se refiere a los frutos y obras de la fe: paz, alegría y amor a Dios y al prójimo; [...] y relata de dónde provienen ambos, el pecado y la justicia, la muerte y la vida, confrontando finalmente a ambos: Adán y Cristo. Quiere decir: por eso tuvo que venir Cristo, otro Adán, que nos dejara la herencia de su justicia, mediante un nuevo y espiritual nacimiento en la fe, así como aquel Adán nos dejó como herencia el pecado mediante el original nacimiento carnal. Pero se manifiesta y se confirma con ello que nadie puede con las obras liberarse a sí mismo del pecado y llegar a la justicia, así como tampoco puede evitar nacer corporalmente.

[...] En el capítulo sexto considera la obra especial de la fe, la lucha del espíritu con la carne, dirigida a matar completamente los pecados y placeres restantes que quedan después de la justificación y nos enseña que nosotros no estamos liberados por la fe, de manera que podamos estar ociosos, flojos y seguros, como si ya no existiera ningún pecado. El pecado sigue existiendo pero no conduce a la condenación a causa de la fe que lucha contra él. Por eso, durante toda nuestra vida tenemos bastante que hacer con nosotros mismos, para subyugar nuestro cuerpo, matar sus apetitos y doblegar sus miembros, de manera que sean obedientes al espíritu y no a los placeres, a fin de que seamos iguales a Cristo en su muerte y resurrección y realicemos nuestro bautismo que significa también la muerte de los pecados y una nueva vida en la gracia hasta que, totalmente puros de pecados, resucitemos en forma corporal con Cristo y vivamos eternamente. [...]

Por eso no es una libertad desordenada y corporal que no tenga que hacer nada, sino una libertad que hace muchas y muy diversas obras, pero que está libre de la exigencia y de la deuda de la ley. [...]

Así podemos ver que estos tres capítulos se dirigen hacia la misma obra de la fe, esto es, matar al viejo Adán y someter la carne.¹²⁷

En la obra temprana de Lutero, la noción de pecado permanece muy ligada a lo corporal. Casi identifica el término paulino "carne" con cuerpo, manteniendo la dicotomía cuerpo-espíritu. La lucha de la fe parece una lucha espiritual para doblegar los apetitos del cuerpo, inclinado por el pecado a los placeres. En todo esto Lutero queda adherido a la formulación agustiniana y a su aversión a lo corporal, a lo sexual y a lo placentero.

Madurando su razonamiento, en obras posteriores Lutero va ampliando la caracterización de la tentación en tres aspectos:

- **la carne**, que nos arrastra a la impudicia, la gula, la pereza, la avaricia y todo tipo de concupiscencias que nos despierta la vida social.

¹²⁷ *Ibid.*, pp. 137-139. El subrayado es nuestro.

- el **mundo** que nos impele a la cólera, a la impaciencia, al odio y la envidia, a la violencia, la injusticia, la deslealtad, la venganza, la maledicencia, y en fin, a la soberbia.
- el **diablo** que corroe la conciencia y las cosas espirituales.

En sus manuales orientadores de la predicación y la enseñanza cristianas, escritos en 1529 y publicados como *Catecismo Mayor* y *Catecismo Menor*, Lutero comenta y explica los mandamientos, las oraciones, los sacramentos, las fórmulas de bendición, los deberes cristianos, etc. Con respecto al pecado, interesan sus apreciaciones acerca de una de las peticiones del Padrenuestro, del sacramento del Bautismo y acerca del sexto mandamiento.

Comentando la oración del Padrenuestro, en su sexta petición: "y no nos dejes caer en la tentación", acota:

"Dios, en verdad, no tienta a nadie; pero con esta petición le rogamos que nos guarde y preserve, a fin de que el diablo, el mundo y nuestra carne no nos engañen y seduzcan, llevándonos a una fe errónea, a la desesperación y a otras grandes vergüenzas y vicios."¹²⁸

Al respecto agrega en su *Catecismo Mayor*:

"Empero, la tentación *-Bekörunge* (como nuestros sajones la denominan desde antiguo) [traducido: seducción] es triple: de la carne, del mundo y del diablo. En la **carne** habitamos y arrastramos con nosotros al viejo Adán, quien se mueve y diariamente nos excita a la impudicia, pereza, gula y borrachera, avaricia y fraude, y a engañar y aprovecharse del prójimo. En resumen, a toda clase de concupiscencias malas, ínsitas en nosotros por naturaleza, que se despiertan por la compañía con otros, por el ejemplo, el oír y ver, y que también a menudo hieren e inflaman un corazón inocente. Además, ahí está el **mundo** que nos injuria con palabras y obras y nos impele a la cólera y a la impaciencia. En suma, allí hay sólo odio y envidia, enemistad, violencia e injusticia, deslealtad, venganza, maldición, injuria, maledicencia, altanería y soberbia con adornos superfluos, como son: el honor, la gloria y el poder. Nadie quiere ser el último, sino sentarse en la cabecera de la mesa para que todos lo vean. A esto se agrega que viene el **diablo**, azuza y provoca por todas partes. Pero, principalmente se dedica a lo que concierne a la conciencia y a las cosas espirituales, es decir, que se arroje y se desprecie tanto la palabra como la obra de Dios. Así trata de arrancarnos de la fe, de la esperanza y de la caridad, de llevarnos a la superstición, falsa arrogancia y obstinación o, por otra parte, a la desesperación, a la renegación y blasfemación de Dios y a otras innumerables cosas aborrecibles. Son las sogas y redes, o más bien, los verdaderos "dardos de fuego" (Ef. 6:16) lanzados al corazón no por la carne y la sangre, sino por el diablo en la forma más ponzoñosa."¹²⁹

¹²⁸ Martín Lutero, "Catecismo Menor"; en: *op. cit.*, tomo V, p. 24. El subrayado es nuestro.

¹²⁹ Martín Lutero, "Catecismo Mayor"; en: *op. cit.*, tomo V, pp. 124s. El subrayado y la negrita son nuestros.

Lo complementa con un desarrollo cronológico, según la edad, agregando que el aspecto carnal sería aquél que ataca con mayor fuerza en la juventud de la persona.

[...] Algunos la sentirán más y con más fuerza: la juventud, principalmente por la carne; después, la edad madura y la ancianidad, por el mundo; mas los otros que se dedican a cosas espirituales, es decir, los cristianos fuertes, por el diablo."¹³⁰

Así Lutero va expandiendo su concepto de seducción o tentación más allá de la concupiscencia de la carne, abriéndola a la mundanidad y a la vida del espíritu. También busca su correspondencia predominante con las diferentes edades de la vida y la fortaleza de carácter.

Si bien la Gracia de Dios nos salva, mientras habitemos en este “vil cuerpo mortal”, o “bolsa de gusanos”, debemos evitar ceder a la concupiscencia y a la sensualidad.

En uno de sus últimos sermones, más específicamente en el pronunciado el 17 de enero de 1546. Lutero aduce:

"Más en las condiciones actuales sí que tenemos necesidad de amonestación, por cuanto todavía habitamos en este vil cuerpo mortal (-*Madensack*-, que traducido es: bolsa de gusanos) al cual a su tiempo lo comerán los gusanos [...].

... Pero no confíes demasiado en ti mismo; porque el pecado no ha sido aun sanado y expurgado por completo. Por esto tengo que decir, por ejemplo, a un joven o a una muchacha: 'No es posible que no *sientas* la enfermedad de tu padre y de tu madre. Pero si *das rienda suelta* a este deseo, caerás en fornicación y libertinaje'. Ahí es donde el evangelio nos exhorta: 'No lo hagas; no cedas a tu concupiscencia. Por cierto, el pecado está perdonado y expiado, pero sólo bajo la condición de que tú permanezcas en el estado de la gracia'. De igual modo nos está perdonada la restante iniquidad que aún reside en nuestra carne, pero todavía no desapareció del todo, todavía queda bastante inmundicia para expulsar, como sucedió con las heridas del hombre caído en manos de ladrones. En este sentido es que tengo que hablar de la sensualidad, ese grave mal que todos los hombres sienten."¹³¹

Pero, contraponiéndose a esta obsesión por la “carne”, Lutero agrega que también la idolatría de la razón oculta una impudicia mucho mayor que las pasiones sensuales.

De la misma manera que Lutero no da tregua en la lucha contra la sensualidad, tampoco deja de plantear la lucha contra la idolatría de la razón:

"Pero así como hablo del pecado de la sensualidad, cosa que todo el mundo entiende, así tengo que hablar también de la razón, porque ésta, en el terreno de lo

¹³⁰ Martín Lutero, "Catecismo Mayor"; en: *ibid.*, p. 126. La negrita es nuestra.

¹³¹ Martín Lutero, "La lucha permanente del cristiano contra sí mismo"; en: *op. cit.*, tomo IX, p. 238. El subrayado es nuestro.

espiritual, me arroja a ceguera y oprobio frente a Dios como lo hace la sensualidad con mi cuerpo, de modo que la razón oculta en sus entrañas una impudicia mucho más bochornosa y una pasión mucho más baja que una prostituta."¹³²

He aquí una página brillante del reformador, donde abre el juego de la lucha contra nuestras pasiones, incorporando a la racionalidad prostituida en idolatría.

Es decir que Lutero oscila entre intuiciones poderosas y revolucionarias, por una parte, y viejos lastres medievales, por otra. Por un lado queda atado a la hostilidad hacia el placer, sustentada por Agustín, y a la moral sexual formulada por la escolástica medieval, pero por otro avanza a pasos agigantados en la conceptualización del pecado y de la Gracia santificante. Puede recriminársele que su doctrina contribuye a la acentuación del quebranto hereditario del hombre caído y de su absoluta necesidad de redención. Pero, como contrapeso, su doctrina de la "justificación por la fe" desplaza la desesperación generalizada por la condenación y libera a los cristianos de la tortura de tener que distinguir con minuciosidad entre pecado grave y leve, tan prolijamente detallados por los teólogos medievales, especialistas en casuística. El concepto de individuo que peca gravemente y se condena por su accionar, es reemplazado por el concepto de pecador universal y gracia que se otorga gratuitamente, que nos incluye a todos los cristianos sin distinción de rangos. La Teología Moral que, en la órbita de lo sexual, había quedado enmarañada en un sin fin de elucubraciones acerca de las causales, de los valores compensatorios, de los bienes disculpantes, que distinguían si el placer carnal era aceptable, o admisible, o tolerable, o perdonable ... queda desactivada. La justificación por la fe es capaz de curar todas las angustias, de aliviar toda inquietud, de borrar toda desesperación por la condenación, reemplazándolas por la certeza de la Gracia concedida por un Dios generoso en su misericordia.

Por otro lado, su apoyatura exclusiva en la Biblia como criterio directriz de cualquier proposición lo exime de internarse en alegorizaciones acerca de un posible estado de inocencia primitiva, o la existencia de "dones preternaturales", o de un paraíso

¹³² *Ibid.*, . 239. El subrayado es nuestro.

virginal originario, o tantas otras imaginativas suposiciones a las que fueron proclives sus predecesores de la ciencia teológica.

El pecado original entró en el mundo, simplemente por la desobediencia de Adán, y a partir de él todos somos pecadores.

Con un lenguaje claro e inequívoco, Lutero precisa en los "Artículos de Esmacalda" sus conceptos sobre el pecado original:

"Tenemos que confesar aquí, como San Pablo lo hace en el capítulo 5 de las epístola a los Romanos, que el pecado ha entrado al mundo por un solo hombre, Adán, por cuya desobediencia todos los hombres han llegado a ser pecadores, sometidos a la muerte y al diablo. Esto es lo que se llama pecado original o capital."¹³³

Después de la caída, el amor entre Adán y Eva dejó de ser "puro y sin pecado" y cada uno pasó a buscar su propio placer en el otro. Así la vida conyugal se transformó en "un hospital para enfermos".

En su sermón acerca del estado matrimonial, de 1519, Lutero dice:

"Pero muy por encima de todos estos amores está el amor en el matrimonio, es decir el amor entre esposos; éste arde como el fuego y no busca más que a su consorte. [...] Y si Adán no hubiese caído en pecado, no habría habido cosa más sublime que esto: novia y novio. Pero ahora, tampoco este amor es puro; pues si bien un consorte quiere tener al otro, sin embargo el uno busca su placer en el otro, y esto introduce una nota falsa en este amor. Por eso el estado matrimonial ya no es puro y sin pecado, y la tribulación carnal ha llegado a ser tan grande y violenta que en adelante el matrimonio hace las veces de un hospital para enfermos, a fin de que los hombres no caigan en pecado aun más grave. Pues antes de la caída de Adán resultaba fácil conservar la virginidad y castidad, lo que ahora es harto difícil y hasta imposible sin una gracia especial de Dios."¹³⁴

1. 12 El hombre entero como "carne"

En su pensamiento maduro, Lutero afirma que el fruto de ese pecado es la falta de fe, la idolatría y el desprecio de Dios, a las cuales se adhieren, en segunda instancia, la mentira, el asesinato, el engaño, el robo y la impudicia. El pecado original es una corrupción profunda del ser humano, tal como está revelado en la Escritura.

¹³³ Martín Lutero, "Artículos de Esmacalda"; en: *op. cit.*, tomo V, pp. 177s. El subrayado es nuestro.

¹³⁴ Martín Lutero, "Un sermón acerca del estado matrimonial"; en: *op. cit.*, tomo III, pp. 20s. El subrayado es nuestro.

En los "Artículos de Esmacalda" define el pecado original a partir de Pablo y su carta a los romanos. Luego enumera los frutos de este pecado de Adán, tomando como referencia las prescripciones del Decálogo:

"Los frutos de este pecado son las obras malas que están prohibidas en el Decálogo como la incredulidad, la falsa fe, la idolatría, desconfianza frente a Dios, falta de temor a Dios, presunción, desesperación, ceguera y en resumen: no conocer o despreciar a Dios. Después viene el mentir, el jurar por el nombre de Dios, no orar, no invocar, despreciar la palabra de Dios, la desobediencia a los padres, el asesinar, la impudicia, el robar, el engañar, etc."

Luego lo caracteriza como una profunda corrupción del hombre, sólo comprensible a partir de la Escritura:

"Este pecado original es una corrupción tan profunda y perniciosa de la naturaleza humana que ninguna razón la puede comprender, sino que tiene que ser creída basándose en la revelación de la Escritura, como consta en el salmo 50, en el capítulo 5 de la epístola a los Romanos, en el capítulo 33 del Éxodo y en el capítulo 3 del Génesis."¹³⁵

Con esto niega que la naturaleza humana pueda poseer "una razón recta y una buena voluntad", libre para elegir entre el bien y el mal, capaz de cumplir los mandamientos y amar a Dios y al prójimo. Cristo no murió para redimir sólo nuestro cuerpo, sino también nuestra alma.

A continuación diferencia su posición de la sostenida por la mayor parte de los teólogos escolásticos:

"Por eso, no es más que error y ceguera lo que los teólogos escolásticos han enseñado en contra de este artículo:

1º A saber, que después de la caída original de Adán las fuerzas naturales del hombre quedaron íntegras e incorruptas y que el hombre, por naturaleza, tiene una razón recta y una buena voluntad, como lo enseñan los filósofos.

2º Igualmente, que el hombre posee una voluntad libre para hacer el bien y para abstenerse del mal y a su vez para abstenerse del bien y para hacer el mal.

3º Del mismo modo, que el hombre, por sus fuerzas naturales, puede cumplir y observar todos los mandamientos de Dios.

4º De la misma manera que puede, por sus fuerzas naturales, amar a Dios por encima de todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo.

5º Igualmente, que si el hombre hace todo lo que le es posible, Dios le otorga con toda certeza su gracia.

[...] Esas y otras afirmaciones semejantes han sido la consecuencia de la incompreensión y la ignorancia, tanto respecto del pecado como de Cristo nuestro Salvador. Son verdaderas doctrinas paganas que no podemos admitir. En efecto, si esta doctrina debe ser considerada correcta, entonces ha muerto en vano Cristo, porque no hay en el hombre ni daño ni pecado, por los cuales él habría tenido que morir o habría

¹³⁵ Martín Lutero, "Artículos de Esmacalda"; en: *op. cit.*, tomo V, p. 177. El subrayado es nuestro.

muerto solamente por [nuestro] cuerpo, pero no por el alma, ya que el alma estaría sana y sólo el cuerpo sometido a la muerte."¹³⁶

Finalmente Lutero afirma, frente a Erasmo, que el hombre entero es "carne" y que, como tal, debe morir y resucitar si quiere ser salvado¹³⁷. No admite el perfeccionamiento del hombre, evolucionando desde lo carnal a lo espiritual. El pecado original destierra al hombre de todo posible libre albedrío.

En cuanto a la concepción antropológica, los textos de Lutero y de Erasmo son irreconciliables. Para Erasmo las facultades superiores del hombre (mente, juicio, razón) son casi una "chispa" divina, oscurecida por la ignorancia, el egoísmo y los bajos instintos; para Lutero el hombre entero es "carne". No admite evolución posible de la existencia carnal a la existencia espiritual.

, sino solamente un "morir y resucitar":

"...nosotros podemos probar que en las Escrituras hay muchísimas indicaciones de que no solamente una porción o lo más excelente o la parte principal del hombre es carne, sino que el hombre entero es carne; y no sólo esto, sino que todo el pueblo es carne; y no suficiente con esto, que todo el género humano es carne [...]. Nosotros sabemos que en el género humano están implicados el cuerpo y el alma con todas sus facultades y obras, con todos sus vicios también y sus virtudes, con toda la sabiduría y necesidad, toda la justicia e injusticia. Todo es carne, porque todo se inclina hacia lo carnal, es decir, hacia lo suyo, y carece de la gloria de Dios y del Espíritu de Dios, como dice Pablo en Romanos cap. 3."¹³⁸

Lutero niega todo intento de idealizar al hombre ante Dios. Descubre detrás de todo acto virtuoso o heroico una ardiente sed de gloria personal, una verdadera apoteosis del hombre que intenta competir con Dios y arrebatarle la suya. Aquella parte superior del hombre no es más que "ladrón de la gloria divina", de manera que no puede por sí sola redimir a su parte inferior.

Lutero se interroga:

"¿qué clase de redentor, pregunto, hacemos entonces de Cristo? ¿Estimaremos que el precio de su sangre es tan bajo que sólo alcanzó para redimir lo de menos valor del hombre, y que en cambio, lo más excelente en el hombre tiene de por sí el valor suficiente para poder prescindir de Cristo, de modo que en lo sucesivo predicaremos a un Cristo que es el redentor no del hombre entero, sino de su parte de menor valor, a

¹³⁶ Martín Lutero, "Artículos de Esmacalda"; en: *op. cit.*, tomo V, pp. 177s

¹³⁷ Se trata aquí del escrito de Erasmo: "Diatribes seu collatio de libero arbitrio" (1524), y la respuesta de Lutero: "De servo arbitrio" (1525), publicado entre nosotros como "La voluntad determinada"; en: *Obras de Martín Lutero* (trad. Erich Sexauer), tomo IV, Buenos Aires, Ed. Paidós, 344 páginas.

¹³⁸ Martín Lutero, "La voluntad determinada"; en: *ibid.*, p. 257. El subrayado es nuestro.

saber, de la carne, mientras que el hombre mismo es su propio redentor en lo que respecta a su parte más noble?...¹³⁹.

Lutero increpa a Erasmo, alegando que el libre albedrío es una nada:

"Tú que te imaginas que la voluntad humana se halla colocada en un campo neutral y libre y está librada a sus propios impulsos, fácilmente te imaginas también que existe un esfuerzo de la voluntad tanto en dirección a lo bueno como en dirección a lo malo, puesto que en opinión tuya, tanto Dios como el diablo se hallan a enorme distancia, y no son más que simples espectadores de lo que hace aquella mutable y libre voluntad; en cambio, que precisamente ellos, tan enemistados entre sí, son los que impulsan y dirigen esta voluntad esclava (*serva*), esto no lo crees. Sin embargo, con sólo creer esto queda suficientemente respaldada nuestra opinión, y postrado en tierra el libre albedrío, como ya lo expusimos anteriormente. Pues o el gobierno de Satanás sobre los hombres es una nada y entonces mintió Cristo, o si su gobierno es tal como Cristo lo describe, el libre albedrío es una nada y no otra cosa que una bestia de carga de Satanás, cautiva y sin posibilidad de ser liberada, a menos que el diablo sea expulsado por el dedo de Dios."¹⁴⁰

En cuanto al pecado de Adán, expresa:

"Tampoco nosotros pecaríamos ni seríamos condenados por aquel pecado único de Adán, si aquel pecado no fuese el pecado nuestro. En efecto: ¿a quien se le condenará a causa de un pecado ajeno, máxime ante Dios? Este pecado empero llega a ser el nuestro no por que lo imitemos o lo cometamos [...], sino que llega a ser el nuestro por nacimiento.[...] Así que el mismo pecado inherente en nosotros por nacimiento (*originale peccatum*) no le deja al libre albedrío ninguna otra facultad y posibilidad que la de pecar y ser condenado."¹⁴¹

Ante Erasmo, Lutero exasperó su doctrina de la absoluta depravación del hombre, a la manera agustiniana, identificando al hombre como una creación caída. Frente suyo, Dios despliega toda su Gloria y Majestad, sin sombra de colaboración humana. Lutero tuvo aquí la oportunidad de "tocar fondo" en su doctrina, concibiendo una magnífica obra teológica en su réplica contra Erasmo.

1. 13 El decreto tridentino cristalizando la idea de “pecado original”, cometido y transmitido por Adán

Siguiendo una tradición de muchos siglos, y con varias asambleas conciliares como antecedentes, el Concilio de Trento sistematizó y vitalizó los conceptos de

¹³⁹ *Ibid.*, pp. 259s.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 268. El subrayado es nuestro.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 310.

pecado original. La base doctrinal que sostiene la existencia del pecado original quedó así constituida a perpetuidad.

El concepto de pecado original fue objeto de definiciones del magisterio eclesiástico en varias asambleas conciliares. El **Concilio provincial de Cartago**, reunido en el año 418, promulgó varios cánones presentando la concepción de la fe cristiana sobre la existencia del pecado original y la consecuente necesidad de la gracia. Fue una réplica a las tesis de Pelagio, a la manera agustiniana. Pocos años después, en el 431, el **Concilio Ecuménico de Efeso**, agregó algunas definiciones cristológicas y la condenación de las ideas de Celestio, discípulo de Pelagio en oriente.

Recién un siglo después, en el **Concilio provincial de Arausica** (actual Orange), de las Galias meridionales, en el año 529, el magisterio eclesiástico realizó nuevamente algunas declaraciones sobre el tema. Reafirmó lo antedicho en los concilios anteriores, interpretando al pecado original como falta de libertad y muerte del alma. Los concilios de Cartago y de Arausica fueron aprobados y ratificados por los papas Zósimo y Bonifacio II respectivamente, pasando al magisterio ordinario de la iglesia como expresión de la fe común.

Luego de varios siglos de ostracismo, la cuestión del carácter pecaminoso del pecado de Adán, transmitido a sus descendientes, volvió a ser tema de controversias. En el siglo XII, Pedro Abelardo sugirió que no heredamos la culpa sino simplemente la pena. Como réplica, el **Concilio provincial de Sens**, en el año 1140-41, afirmó que el pecado original es una culpa y merece un castigo, pero lo distinguió de los pecados personales. La consecuencia del pecado original es la carencia de la visión de Dios, mientras que el castigo por los pecados personales actuales es el tormento en el infierno.

El **II Concilio Ecuménico de Lyon**, en el año 1174, repitió con algunas matizaciones los mismos conceptos. Pero fue el Concilio Ecuménico de Trento, en el siglo XVI, el que reuniendo las enseñanzas de los concilios anteriores sistematizó y puntualizó los conceptos acerca del pecado original, constituyendo la base doctrinal que aún perdura¹⁴².

La asamblea conciliar, reunida en Trento, sesionó durante tres períodos, en un lapso total de dieciocho años. Durante el primero de ellos, en su sesión V (año 1546), promulgó el decreto sobre el pecado original¹⁴³. El documento se redactó con un proemio y varios capítulos, junto con los cuales se distribuyó una lista de errores sobre

¹⁴² Cfr. Piet Schoonenberg, "El hombre en Pecado: El pecado original", cap. X, sección cuarta; en: *Historia de la Salvación, MYSTERIUM SALUTIS*, Tomo II, Madrid, Ed. Cristiandad, 1969, pp. 1016-1018.

¹⁴³ Cfr. La Actas de las sesiones del concilio, publicadas en: *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento* (trad. Ignacio López de Ayala), París, Librería de Rosa y Bouret, 1860. Asimismo puede consultarse una extensa bibliografía al respecto.

el pecado original¹⁴⁴. En dicha “lista de errores” ya se evidencia el triunfo de la línea tomista sobre la agustiniana. Preocupados por refutar a los reformadores, se deja de identificar al pecado original con la concupiscencia carnal. Aquellos errores o peligros relevantes para el concilio quedaron evidenciados en la citada lista, la cual puede ser considerada una justificación de las condenaciones contenidas en los cánones.

Entre los errores señalados nos interesan particularmente:

-el primer error, según Pelagio, por el cual no nacemos pecadores.

-el quinto y el sexto errores consisten en afirmar, con Martín Lutero, que el pecado original puede ser identificado con la concupiscencia que permanece todavía en los bautizados.

-el séptimo es de Pelagio, quien afirma que el pecado original no es más que la imitación de la prevaricación de Adán.

-el octavo, también de origen pelagiano y reafirmado por Martín Lutero, que sostiene que el bautismo no es necesario para los niños a efectos de expiar el pecado original.

El texto tridentino describe a Adán en el paraíso, con lo cual la idea de “paraíso”, de lugar excepcional y primordial, queda definitivamente confirmada, en lugar de la acepción de simple huerta, quinta o jardín en Edén. Este lugar “delicioso” queda amplificado, pues en él Adán gozaba de una vida totalmente diferente a la actual: vivía en santidad y justicia y era inmortal. Cuando pecó, Adán provocó la ira de Dios, que lo castigó con la muerte y lo dejó en manos del demonio. Adán descendió de un estado ideal paradisiaco a un estado inferior en cuerpo y alma. Adán aparece personificado como una realidad personal e histórica precisa.

Canon 1º

“Si alguno no confiesa que Adán, el primer hombre, cuando quebrantó el precepto de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que fue constituido [*constitutus fuerat*], e incurrió por la culpa de su prevaricación [*praevaricationis*] en la ira e indignación de Dios, y consiguientemente en la muerte con que Dios le había antes amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder del mismo que después tuvo el imperio de la muerte, es a saber, del demonio; y no confiesa que todo Adán pasó por el pecado de su prevaricación [*praevaricationis*] a peor estado en el cuerpo y en el alma: sea excomulgado.”¹⁴⁵

¹⁴⁴ Cfr. Mauricio Flick - Zoltan Alszeghy, *El hombre bajo el signo del pecado. Teología del pecado original*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1972, pp. 166-185.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 39.

Este primer canon refiere la catástrofe de Adán en el paraíso y está redactado sobre la base del canon 1º del concilio de Orange (año 529)¹⁴⁶. Trata de la caída de Adán y de sus consecuencias: pérdida de la santidad y la justicia en que había sido constituido. Dios, airado, lo castigó con la muerte con que anteriormente lo había amenazado, y lo dejó bajo el poder del demonio.

Este Adán culpable traspasó la muerte y todas las penas corporales a toda su descendencia, a todo el género humano. También nos legó “el pecado, que es la muerte del alma”. El canon tridentino se ocupa en aclarar el sentido dual (para el alma y para el cuerpo) del castigo. La transmisión se realiza por generación hereditaria, pero no por ser ésta una vía sexual, sino por participación en una misma naturaleza pecadora.

Canon 2º

“Si alguno afirma que el pecado de Adán le dañó a él solo, y no a su descendencia; y que la santidad y justicia que recibió de Dios la perdió para sí solo y no también para nosotros; o que inficionado él mismo con la culpa de su desobediencia, solo traspasó la muerte y penas corporales a todo el género humano, pero no el pecado, que es la muerte del alma [*peccatum quod mors est animae*]; sea excomulgado: pues contradice al Apóstol que afirma: ‘Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte; y de este modo pasó la muerte a todos los hombres por aquél en quien todos pecaron’ (Rom 5, 12).”¹⁴⁷

Al igual que el anterior, este canon sigue aun con mayor fidelidad el texto del canon 2º de Orange, abordando la cuestión de la transmisión del pecado original. Reafirma que Adán transmitió a sus descendientes el pecado, las penas y la muerte, citando a Rom 5: 12 como fuente bíblica.

Mediante el uso del texto paulino indirectamente refuta al humanista Erasmo, quien negaba que en dicho versículo se encontrara la doctrina del pecado original¹⁴⁸. Configura la idea de que lo que se transmite a todos los hombres no es solamente un conjunto de penas sino un verdadero pecado, con retroceso a un estado peor.

Después de la consideración de la persona de Adán y de las consecuencias individuales de su pecado, el documento conciliar considera las implicancias para el destino del linaje de la humanidad entera, puesto que el pecado de Adán ha dejado

¹⁴⁶ Cfr. Decretos del concilio de Orange; en: Charles Baumgartner, *El pecado original*, Barcelona, Ed. Herder, 1981, p. 148.

¹⁴⁷ *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, op. cit., pp. 39s.

¹⁴⁸ “En Trento se tiene ante los ojos la opinión de Erasmo que, en su paráfrasis de la carta a los romanos, había aplicado este texto a los pecados personales [*Op* (Leida 1706) 7, 793.] y, a pesar de la censura de la universidad de París en 1536 [*op. cit.*, 9, 901 (tit. 21)] siguió afirmando que en ese texto no se trata del pecado original [*Loc cit.*, 903-904 (tit. 72)]: en: M. Flick - Z. Alszeghy, op. cit., p. 173.

consecuencias para sus descendientes. Su acto nos ha transmitido a nosotros las penas corporales, la muerte y el pecado. Así, después de hablar del *peccatum originale originans*, o pecado original "originante", refiere el *peccatum originale originatum*, o pecado original "originado", que es el pecado en nosotros, contraído por la persona humana desde el primer instante de su existencia, la condición pecadora que traemos al nacer y que es redimida por el bautismo¹⁴⁹.

El tercer canon define que el pecado de Adán es uno por su origen, se transmite por propagación y no por simple imitación, y finalmente se halla en cada uno como propio. Al hablar de "propagación" debe entenderse por transmisión genética, es decir por participación en una misma naturaleza heredada.

Canon 3º

"Si alguno afirma que este pecado de Adán, que es uno en su origen, y transfundido en todos por la propagación, no por imitación, se hace propio de cada uno; se puede quitar por las fuerzas de la naturaleza humana, o por otro remedio que no sea el mérito de Jesucristo, Señor nuestro, único mediador, que nos reconcilió con Dios por medio de su sangre, 'hecho justicia, santificación y redención para nosotros' [1 Cor 1, 30]; o niega que el mismo mérito de Jesucristo se aplica así a los adultos, como a los niños por medio del sacramento del bautismo, administrado según el uso y la forma de la Iglesia, sea excomulgado: porque 'no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado a los hombres, por el que debemos salvarnos' [Hech. 4, 12]. De aquí es aquella voz: 'He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo' [Jn. 1, 29]. Y también aquéllas: 'Todos los que fuisteis bautizados, os revestisteis de Jesucristo' [Gal 3, 27]."¹⁵⁰

Por tanto no se trata de un único pecado de Adán que a sus descendientes sólo se les imputa, ni tampoco deja abierta la posibilidad de tratarse de varios pecados originales hereditarios. Concluye afirmando que el pecado original únicamente se perdona por los méritos de Jesucristo, quien nos reconcilió con su sangre, y se nos confieren mediante el bautismo, tanto de adultos como de niños.

El pecado original se perdona mediante un acto litúrgico, el sacramento del bautismo, donde Jesucristo nos reconcilia con su sangre. El bautismo, afirma el decreto conciliar, nos quita el pecado original y no solamente, como dicen los reformadores, hace que deje de imputárenoslo. Por él pasamos a ser "inocentes, sin mancha, puros...".

¹⁴⁹ Cfr. Charles Baumgartner, *El pecado original*, Barcelona, Ed. Herder, 1981, pp. 21s.

¹⁵⁰ *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento, op. cit.*, pp. 40s. El subrayado es nuestro.

Trento utiliza todo un lenguaje corporal para referirse tanto al pecado original como a su perdón mediante el sacramento del bautismo.

Canon 5º

"Si alguno niega que se perdona el reato [delito] del pecado original por la gracia de nuestro Señor Jesucristo que se confiere en el bautismo; o afirma que no se quita todo lo que es propia y verdaderamente pecado; sino dice. que éste solamente se rae, o deja de imputarse [*radi aut non imputari*], sea excomulgado. Dios por cierto nada aborrece en los que han renacido: pues cesa absolutamente la condenación respecto de aquellos 'que sepultados en realidad por el bautismo con Jesucristo en la muerte [Rom 6, 4], no viven según la carne [Rom 8, 1], sino que despojados del hombre viejo, y vestidos del nuevo, que está creado según Dios [Ef 4, 22s; Col 3, 9s]. pasan a ser inocentes, sin mancha, puros, sin culpa y amigos de Dios, sus herederos, y partícipes con Jesucristo de la herencia de Dios [Rom 8, 17]; de manera que nada puede retardarles su entrada en el cielo. Confiesa no obstante, y cree este santo Concilio, que queda en los bautizados la concupiscencia, o fomes [vesca del fuego], que como dejada para ejercicio no puede dañar a los que no consienten, y la resisten varonilmente con la gracia de Jesucristo: por el contrario, será coronado aquél que legítimamente pelear [2 Tim 2, 5]. La santa Sínodo declara, que la Iglesia católica jamás ha entendido que esta concupiscencia, llamada alguna vez 'pecado' por el Apóstol Pablo [Rom 6, 12s; 7, 1.14-20], tenga este nombre, por que sea verdadera y propiamente pecado en los renacidos por el bautismo; sino porque dimana del pecado, e inclina a él. Si alguno sintiese lo contrario; sea excomulgado."¹⁵¹

Este quinto canon, que aborda el tema que suscitó la más intensa discusión de la sesión V, según advierten los historiadores, representa el aporte más original y propio de Trento. Está dirigido contra la Reforma luterana. Retoma el tema de la concupiscencia, tan remarcado por la corriente agustiniana.

En primer lugar, el concilio afirma que el bautismo perdona la culpa del pecado original y quita todo lo que tiene carácter de pecado. Aquí toma distancia de los reformadores que señalan que el pecado original permanece después del bautismo si bien Dios ya no lo imputa. Reconoce que la concupiscencia continúa presente en los bautizados, pero no ya con sentido propio y verdadero, sino que se la llama así por incitar a él. Sólo una cosa nos deja el bautismo: la concupiscencia, que si bien no "es" el pecado, proviene de él e inclina a él.

Resulta interesante observar cómo el concilio, al discutir acerca de la transmisión del pecado original, pone el acento en la transmisión hereditaria y no en la

¹⁵¹ *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento, ibid., pp. 42s.* El subrayado es nuestro.

concupiscencia y sus movimientos espontáneos, a la manera de Agustín. No pone en la concupiscencia la esencia del pecado original. Así se aparta de la teoría agustiniana de la transmisión del pecado original por intermedio de la concupiscencia carnal desordenada, que acompaña al acto sexual procreador, y deja paso a la influencia tomista según la cual el pecado original se transmite formalmente por la generación natural, es decir, por la participación en una misma "naturaleza pecadora".



CAPITULO 2

LA MUJER

Este segundo capítulo tendrá como protagonista a Eva, arquetipo de mujer. La mujer, lo femenino, constituyen en sí mismos toda una línea hermenéutica del pecado original. De los dichos pareciera desprenderse que su rol ha sido, y sigue siendo para algunos, de una importancia capital en la caída de la humanidad.

Observaremos al pecado original a través del “cristal” discursivo acerca de la mujer, en un arco temporal idéntico al del capítulo precedente (siglo III a. C.- siglo XVI).

La mujer primordial, y a partir de ella todas las demás, irán siendo descritas, adjetivadas, cualificadas por el discurso escrito, a partir de su participación activa en el PECADO ORIGINAL.

2.1 El varón Adán y su compañera “vida”, lo intelectual y lo sensual

La primera Biblia en lengua griega, conocida como *Septuaginta*, es una verdadera producción bíblica que interpreta el texto original hebreo del libro del Génesis e incorpora libros que estaban fuera del texto hebreo y que aluden al tema que nos ocupa.

En su relectura del texto del Génesis, la *Septuaginta* se manifiesta impaciente en la individuación de la figura del hombre, al citarlo como nombre propio -Adán- desde los comienzos del relato. No utiliza la acepción “ser humano”, “hombre” o “humanidad”, sino que repite la fonética hebrea y le antepone mayúscula, es decir que lo utiliza como nombre propio muy anticipadamente a cuando lo hace el relato genesiaco. Esta impaciencia por personificar a Adán como un individuo del sexo masculino, en el

origen mismo de la humanidad, se contrapone con el tratamiento que da a la figura femenina de Eva.

La *Septuaginta* se adelanta a individualizar la figura de Adán, citándolo como nombre propio desde el comienzo.

En Gn 2:7 el canon palestinese escribe en dos veces consecutivas:

וַיִּצְרֶה יְהוָה אֱלֹהִים אֶת-הָאָדָם

que transliterado es: hā 'ādām

y traducido puede ser: *el hombre, el ser humano*

puesto que antepone el artículo al sustantivo. Lo mismo se repite en 2:8, 2:15, 2:16, 2:18, 2:19, 2:20, 2:21, 2:22, 2:23, 2:25, 3:8, 3:9, 3:12, 3:17, 3:20, 3:22, 3:24 y 4:1. Recién mucho más adelante en el relato, en Gn 4:25, Adán aparece citado sin artículo antepuesto y, quizá, como nombre propio, refiriéndose a la relación con su mujer, cuyo fruto fue el hijo de ambos, Set. Sucede algo semejante en Gn 5:1, donde comienza a citar a los descendientes de Adán por sus nombres propios: Set, Enòs, Quenán, Mahalalel, etc., proveyendo la lista de todos los patriarcas antediluvianos.

La *Septuaginta*, en cambio, utiliza el vocablo: ἄνθρωπον

que transliterado es: ánthropon

y traducido puede ser: *hombre, ser humano*

solamente hasta el versículo 2:15 sin ninguna otra acepción. En cambio, en el 2:16 la *Septuaginta* incorpora el nombre propio: Ἀδάμ → Adán repitiéndolo a partir de 2:19 en 2:20, 2:21, 2:22, 2:23, 2:25, 3:8, 3:9, 3:12, 3:17, 3:20, 3:22, 3:24 y 4:1. El vocablo hebreo es leído tal cual está escrito en su lengua original y aparece escrito en mayúscula y con caracteres griegos que imitan la fonética hebrea. Así el hombre es personificado como Adán, un individuo de sexo masculino, desde muy temprano¹.

En cuanto a la figura de Eva, utiliza el camino inverso: demorar su individuación.

Cuando Adán nombra a su mujer, la *Septuaginta* traduce “Vida”, es decir que no escribe la fonética hebrea como nombre propio. Lo humano es una individuación masculina, la mujer es sólo la función biológica vital y procreativa.

En cuanto al vocablo “Eva”, el texto hebreo, en Gn 3:20, dice:

וַיִּקְרָא הָאָדָם שֵׁם אִשְׁתּוֹ הַזֶּה

que transliterado es: wayyiq ra ha 'ādām sēm 'istō jawwāh

y traducido: *Y llamó (el) nombre (de) su mujer Eva*

es decir, todo indica que alude al nombre propio de la mujer, llamada Eva.

Sin embargo, la *Septuaginta* traduce la frase en griego como:

Καὶ ἐκάλεσεν Ἀδάμ τὸ ὄνομα τῆς γυναικὸς αὐτοῦ Ζωή

que traducido es: *Y llamó (verbo καλεω) Adán el nombre de su mujer Vida.*

¹ Cfr. SEPTUAGINTA, *op. cit.*, y también el desarrollo que hace sobre el tema José Severino Croatto; en: *op. cit.*, p. 187.

es decir que, en este caso en que el texto hebreo está aludiendo directamente a un nombre propio, el de la mujer de Adán llamada Eva, la Septuaginta lo traduce como "Vida". Realiza el proceso inverso que en el caso anterior y no escribe con caracteres griegos la fonética hebrea, como corresponde a los nombres propios, sino que traduce la palabra, el sentido del vocablo empleado.

Esta inversión, que personifica a Adán, precipitándose más allá de toda concordancia con el texto original, y deja en una nebulosa orgánica a la mujer, a la cual el texto hebreo podríamos decir que se ocupaba de personificar con un nombre, muestra a las claras la intención de presentar a lo humano en un individuo de sexo masculino, mientras que la mujer queda rebajada a un simple sustantivo funcional biológico².

Tal es su preocupación por el protagonismo de Adán -individuo de sexo masculino- que cuando, más adelante, el texto hebreo menciona la relación sexual entre el hombre y Eva, la *Septuaginta* vuelve a citarlo como Adán.

Cabe hacer una breve mención acerca de la manera de citar a los dos miembros de la primitiva pareja humana. En Gn 4:1 el texto hebreo dice:

וַיִּזְכֹּר אֱדָם אֶת-עֵוָה אִשְׁתּוֹ
4:1 וַיִּזְכֹּר אֱדָם אֶת-עֵוָה אִשְׁתּוֹ

que transliterado es: w^ehā'ādam yada' 'et - jawwah 'istô

y traducido: *El hombre conoció a Eva, su mujer*

es decir, sigue usando el sustantivo genérico para el hombre y, en cambio, utiliza el nombre Eva para citar a la mujer.

La Septuaginta, en cambio, traduce citando a ambos por sus nombres propios:

Ἀδάμ δὲ ἔγνω Εὐάν τὴν γυναῖκα αὐτοῦ

que traducido es: *Adán conoció (verbo γινώσκω) a Eva, su mujer*

Aquí el hombre es nuevamente personificado como Adán. Por su parte Eva, que aparece en el texto hebreo exactamente igual que en el caso anterior, es citada en este caso por su nombre, imitando la traducción de la fonética hebrea, cosa que había eludido hacer en el primer caso³.

En el libro de *Ben Sirá o Eclesiástico*, la versión de los LXX se ocupa de subrayar muy bien el rol protagónico de la mujer en el acontecimiento de I pecado. Lo hace en un texto que dedica a describir la maldad de las mujeres como una recreación de aquella maldad original de Eva. Considera a la maldad de ^{la} mujer como la peor de las maldades, y caracteriza a la mujer con todas las adjetivaciones peyorativas posibles:

² Cfr. SEPTUAGINTA, *op. cit.*, y también José Severino Croatto, *op. cit.*, pp. 152-153 y 187.

³ Cfr. SEPTUAGINTA, *op. cit.*, y también José Severino Croatto, *op. cit.*, p. 187.

licenciosa, holgazana, vergonzante, charlatana, libertina. Como contratipo presenta a la mujer buena, la varonil, que es bella pero pudorosa, que cumple su tarea doméstica con dedicación y está bien educada en el silencio. Nada menos que Eva fue la causante de que todos nosotros muramos.

El libro conocido por su título latino como *Eclesiástico*, y que más bien se denomina Ben Sirá o Sirácida, medita sobre la historia pasada haciendo desfilar a las grandes figuras del Antiguo Testamento⁴. También hace una referencia a la transgresión de los orígenes que, curiosamente, sitúa en un texto relativo a la maldad de las mujeres (Eclo. 25:13 - 26:18). En su versículo 24 dice: "Por la mujer fue el comienzo del pecado, y por causa de ella morimos todos"⁵. Así, en medio de un texto donde se abomina de la maldad de mujer, "mayor que toda malicia", "blanco de deshonra y de vergüenza", "yugo mal sujeto", lujuriosa por naturaleza, aparece la acusación de ser nada menos que la culpable del pecado y de la muerte. Por el contrario, la mujer buena es la "varonil", "silenciosa", "pudorosa", que mantiene la "casa en orden", y que además tiene "bellas piernas sobre talones firmes".

La visión negativa también está presente en los maestros judíos de formación helenística. *Filón de Alejandría*, fiel a la filosofía griega, ve a la mujer como una mala compañía del hombre primordial. Sostiene que mientras Adán estaba solo en el jardín del Edén, su vida virtuosa lo asemejaba a Dios y percibía el mundo según su verdadera naturaleza. Pero, una vez creada la mujer y ofrecida en compañía, el placer corporal vicioso se apoderó de él, al punto de trocar su inmortalidad por la satisfacción de ese deseo.

Filón opina que la mujer fue el origen de la vida culpable del hombre y protagonista de su desventura, pues suscitó en él el deseo, de allí devino el placer y su consecuencia, la muerte:

"Y una mujer se convirtió para él en el principio de la vida reprochable. En efecto, mientras estaba solo, asemejábase en virtud de su soledad, al mundo y a Dios, y recibía en su alma las impresiones de la naturaleza de uno y Otro; [...] Pero, una vez que hubo sido modelada la mujer, al contemplar una figura hermana de la suya, una forma de su misma estirpe, se alegró ante la visión [...]. Y sobreviene el amor [...]. Mas este deseo engendró también el placer corporal, el placer que es origen de iniquidades y procederes ilegales, y a causa del cual los hombres truecan una vida inmortal y dichosa por la mortal y desdichada."⁶

⁴ *Biblia de Jerusalén*, Introducción al Libro Eclesiástico, pp. 955s.

⁵ Cfr. José Severino Croatto, *op.cit.*, p. 188.

⁶ Filón de Alejandría, *De opificio mundi*, en: *Obras completas*, Tomo I, § 151-152, p. 120.

El placer y su satisfacción están indisolublemente asociados a los sentidos, a la sensibilidad, siendo ésta la vía que utiliza la tentación para seducir al hombre. La intermediaria es la mujer, Eva, identificada en su rol simbólico como “sensación” (*aisthesis*), lo sensual, lo más bajo, fuente de toda pasión y víctima de los placeres. Adán, en cambio desempeña el rol simbólico de lo intelectual, la mente (*nous*), lo racional, lo noble. Así la razón se convierte de soberana en subordinada y lo inmortal en mortal.

Filón explica al respecto:

“El placer no se atreve a ofrecer sus seducciones y engaños al hombre, pero sí a la mujer, y por medio de ésta a aquél. Este procedimiento es apropiado y acertado en sumo grado. En efecto, en nuestro ser la inteligencia equivale al hombre, y la sensibilidad a la mujer; y el placer sale primeramente al encuentro de los sentidos, traba relación con ellos, y por mediación de ellos engaña también a la soberana inteligencia.[...] La razón es al punto atrapada y se convierte de soberana en subordinada, de ama en esclava, de ciudadana en desterrada, de inmortal en mortal.”⁷

Cuando Filón distingue el “intelecto” masculino de la “sensación” femenina, sintetiza la concepción helénica acerca de la diferencia sexual. A la diferenciación le agrega carácter de jerarquía de sexos. Puesto que sus contemporáneas no tienen en la vida real posibilidad de acceso a una educación intelectual, sólo les resta potenciar la capacidad receptiva de lo que podríamos llamar “sensibilidad intelectual”, potenciar su accesibilidad, su permeabilidad casi sin resistencia hacia “lo verdadero”, su posibilidad esperanzada de conocer la verdad.

Entre el conjunto de obras judías o judeocristianas del periodo intertestamentario que hacen algunas referencias al texto de Génesis 1-3 cabe mencionar, en primer lugar, el *Libro de los Jubileos*. Muy preocupado en la progresión cronológica de los períodos que constituían el jubileo (49 años), se ocupa en describir que si bien Adán y Eva fueron llevados al Paraíso después de creados, Adán entró primero, mientras que Eva lo hizo después para cumplir en todo con las costumbres judías de la purificación de la mujer.

⁷ *Ibid.*, § 165, p. 124.

Ni aún Eva, antes de todo pecado, escapa a las connotaciones peligrosas y negativas propias de su género.

Los capítulos 2 y 3 describen la creación, tentación y ~~luego~~ ^{luego} de Adán y Eva. En el sexto día de la primera semana, después de los animales, hizo Dios al hombre, acabando así su obra creadora. Luego de la institución del descanso sabático y de que Adán diera nombre a todos los animales, a los seis días de la segunda semana, Dios formó a la mujer como compañera. Adán había observado que todos los animales eran machos y hembras y en cambio él estaba solo⁸. Adán entró al Jardín del Edén a los 40 días de ser creado, mientras que "su mujer" (no se la nombra como Eva) fue llevada a los 80 días. Un total de siete años del primer Jubileo permanecieron en el Jardín del Edén cultivándolo y guardándolo⁹. Al séptimo año sobrevino la tentación y ~~de ahí~~ ^{de ahí}.

Por su parte, el *Libro de Henoc* da a Eva un funesto protagonismo: cuando los ángeles rebeldes bajaron de los cielos atraídos por la belleza femenina y enseñaron a los hombres todo tipo de actividades, el que sedujo a Eva fue el que les enseñó a fabricar armas mortíferas. A partir de aquí, y por culpa de Eva, la guerra se hizo práctica habitual en este mundo.

El libro de Henoc indica que el ángel caído llamado Gadreel fue el que sedujo a Eva y enseñó a los hombres la fabricación de armas mortales¹⁰.

Otro libro deuterocanónico, conocido como *Vida de Adán y Eva*, contiene una narración a manera de "memorias" de la vida de ambos en el Edén, pasado mucho tiempo después de la creación. Adán es el primero en enfermar mortalmente después de una vida de fatigas, culpando a Eva por ello. Eva asume su parte, autoculpándose reiteradamente. Eva ha internalizado su pecado culposo y su responsabilidad frente a Adán y a su descendencia.

El libro es una narración libre de la temática presente en los tres primeros capítulos del Génesis y algunas referencias posteriores, saturada de alusiones apocalípticas, y datada a mediados del siglo I dC.¹¹.

⁸ Cfr. F. Corriente - A. Piñero, "Libro de los Jubileos", § 2, 13 - 3, 7; en: A. Díez- Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo II, Madrid, Ed. Cristiandad, 1983, pp. 85-87.

⁹ *Ibid.*, § 3, 9-16, p. 88.

¹⁰ Cfr. F. Corriente - A. Piñero, "Libro 1 de Henoc (etiópico y griego)"; en: A. Díez- Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo IV, Madrid, Ed. Cristiandad, 1983, pp. 39-143.

¹¹ Cfr. N. Fernández Marcos, "Vida de Adán y Eva"; en: A. Díez-Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, tomo II, pp. 325-337.

La narración está interrumpida por un largo discurso de Eva ¹², donde cuenta a sus hijos y nietos los pormenores de su primer pecado, engañada por la serpiente. Estamos ante una narración simple, que apela a multiplicidad de imágenes, algunas casi poéticas.

Apartándose del texto bíblico, la obra comienza con Adán y Eva después de su salida del paraíso, con sus hijos, y retorna, a manera de "memorias", aquella estancia anterior, la caída y la expulsión. Enfermo de muerte, Adán explica a su hijo Set el motivo de su enfermedad y cansancio: comer la fruta prohibida. Culpa principalmente a Eva: "... por su culpa me estoy muriendo..."¹³. Ella le dio a comer, provocando la ira de Dios que los castigó con setenta calamidades y dolores.

Eva también se muestra muy arrepentida, echándose sobre sí la culpa: "dame la mitad de tu enfermedad, para que yo la lleve, puesto que te ha ocurrido por mi culpa: por mí te encuentras agotado y lleno de fatiga."¹⁴. Este gesto de autoculparse lo repite Eva varias veces más, con frases como "¡Ay de mí, ay de mí!...me maldecirán diciendo que Eva no guarda el mandamiento de Dios."¹⁵; y "he pecado, Señor, he pecado mucho, he pecado delante de ti, y todo pecado en la creación ocurrió por mi culpa."¹⁶

Ella dejó entrar en el huerto custodiado del Edén a la serpiente que la sedujo. Si bien, después de comer el fruto prohibido, se dio cuenta de la pérdida de la "justicia original" y de su desnudez, no obstante ello dio a comer a Adán para que también transgrediera el precepto divino. Aquí Eva no sólo es culpable de caer en la tentación sino que, totalmente consciente de sus consecuencias, sedujo deliberadamente a su esposo. Es doblemente culpable, por su tontería y por su maldad vengativa.

En su extenso discurso Eva relata como "el diablo habló a la serpiente [reconocida como un animal macho]"¹⁷, induciéndola a provocar que, junto con Adán, fueran expulsados del paraíso. Encaramándose en el muro del paraíso, comenzó a dialogar con Eva, que curiosamente se había asomado. Ella dejó entrar a la serpiente que la incitó a comer del árbol que permite conocer lo bueno y lo malo, siendo como dioses, no sin antes prometerle que también le daría a comer a su marido. Luego de comer, Eva supo al instante que "estaba desprovista de la justicia que me cubría" y "de la gloria que me cubría"¹⁸. Se tapó sus vergüenzas con hojas de higuera, puesto que las demás plantas las habían perdido. Repitiendo las frases de la serpiente convenció a Adán, que también comió e inmediatamente se descubrió "privado de la gloria de Dios"¹⁹. A pesar de esconderse, fueron llamados por Dios que los acusó y ordenó a los ángeles su expulsión

¹² *Ibid.*, § 15-30; pp. 328-333.

¹³ *Ibid.*, § 7; p. 326.

¹⁴ *Ibid.*, § 9; p. 327.

¹⁵ *Ibid.*, § 10; p. 327.

¹⁶ *Ibid.*, § 32; p. 333.

¹⁷ *Ibid.*, § 16; p. 329.

¹⁸ *Ibid.*, § 20; p. 330.

¹⁹ *Ibid.*, § 21; p. 331.

del paraíso. Adán pidió perdón y suplicó, y Dios le prometió la resurrección, donde "se te dará del árbol de la vida y serás inmortal para siempre."²⁰

Después el texto narra la muerte de Adán, cuyo espíritu sale al encuentro de su Creador y cuyo cuerpo es elevado "al paraíso hasta el tercer cielo"²¹, en espera de la resurrección. Muerta Eva, y entregado su espíritu a Dios, su cadáver recibió idéntico tratamiento.

Descubiertos y acusados ambos por Dios, Adán asumió el gesto humilde de pedir perdón y suplicar, en virtud de lo cual Dios, conmovido, le prometió la resurrección. Gracias a ello, muertos ambos sus cuerpos fueron elevados al cielo a la espera de la resurrección. Las mujeres, y todos en general, debemos pues agradecer a Adán la posibilidad de resucitar.

2. 2 Eva... la “virgen desobediente”, la inductora del pecado de Adán, la “puerta del diablo”

Las mujeres desempeñaron un rol importante en el imaginario de la iglesia primitiva. Muchos de los escritores cristianos de los primeros siglos dedicaron consideraciones acerca de la mujer, especialmente a partir de la lectura que hacían del texto genésico. Entre los considerados Padres de la iglesia latina, *Ireneo de Lyon* describe a Eva como una virgen desobediente, oponiéndole a María, una virgen obediente.

Ireneo desarrolla, como tantos otros, el paralelo entre Adán y Cristo, extendiéndolo a Eva y María (ya lo había hecho Justino con anterioridad). Aprovecha, de paso, a describir a Eva como una mujer "virgen":

"Y de la misma manera sucedió que el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María. Porque lo que la virgen Eva había fuertemente ligado con su incredulidad, la virgen María lo libertó con su fe."²²

Por otra parte, refuerza con una argumentación similar la causa de la mortalidad y su liberación:

"Y así como la raza humana quedó vinculada a la muerte por causa de una virgen, de igual manera es liberada por una virgen..."²³.

²⁰ *Ibid.*, § 28; pp. 332s.

²¹ *Ibid.*, § 32; p. 334; y § 37; p. 335.

²² Ireneo, *Adversus Haereses* III, 22, 4; en Johanes Quasten, *Patrología*, Tomo I, Madrid, BAC, 1961, p. 287.

²³ Ireneo, *Adversus Haereses* V, 19, 1; en *ibid.*

No se trata de una simple cualidad biológica de Eva, puesto que al considerarla transgresora del precepto divino siendo “virgen”, el autor da por sobrentendido que en el Edén, antes del pecado original, no tenía lugar la relación sexual conyugal. Esta deviene sólo como fruto del pecado.

En el polo cultural del delta del Nilo, *Clemente de Alejandría* manifiesta opiniones contradictorias respecto a su valoración de la mujer en relación al varón. Les reconoce igualdad en cuanto a las virtudes, al ser creaturas de Dios, discipulas de Jesucristo y miembros de una misma iglesia. Pero también describe la naturaleza de la mujer como “vergonzante” e inductora al pecado.

En cuanto a su opinión acerca del hombre y la mujer, Clemente tiene opiniones contrapuestas. Por un lado afirma la igualdad de ambos sexos, opinión muy poco común en su época:

“En lo que se refiere a la virtud, el hombre y la mujer son iguales. Ambos tienen a un mismo Dios, y uno es también el maestro de ambos [Jesucristo]. Participan de una misma iglesia, una misma sabiduría, una misma modestia, un mismo alimento. Comparten por igual el yugo del matrimonio. La respiración, la vista, el oído, el conocimiento, la esperanza, la obediencia, el amor, todo es igual para uno y para otra. Por tanto, los que tienen una misma vida, reciben también las mismas gracias y la misma salvación, y la misma ha de ser su virtud y su educación...”²⁴.

Pero por otra parte considera a las mujeres personas de segunda clase:

“...[en la mujer] la conciencia de su propia naturaleza tiene ya que provocar en ella sentimientos de vergüenza.”²⁵

Clemente no explica a las mujeres el motivo de su vergüenza pero les dice que por ella deben ir a los lugares sagrados cubiertas con un velo sobre su cara, “para no inducir a nadie al pecado”.

También reconoce para jóvenes de ambos sexos la necesidad de una formación física. pero propone para los varones la práctica de deportes (ocio recreativo) pero para las mujeres la realización de las tareas del hogar (servicio doméstico), en una clara asimetría de funciones: unos desarrollan alegremente su contextura corporal, mientras que las otras lo aplican al cumplimiento de sus deberes serviles.

Preocupado por el desarrollo físico de los jóvenes de ambos sexos, Clemente reclama campos de deportes para los jóvenes varones, proponiendo que “los

²⁴ Clemente, *Paidagogos* I, 4; en: José Vives, *op. cit.*, p. 247.

²⁵ Clemente, *Paidagogos* II, 33, 2; citado por Uta Ranke-Heinemann: *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, Madrid, Ed. Trotta, 1994, p. 119.

muchachos deben participar desnudos en combates o jugar a la pelota”²⁶. Con respecto a las mujeres jóvenes agrega: “Pero tampoco se debe excluir a las mujeres de la formación física. No se les puede pedir que luchen o que corran, sino que deben ejercitarse en hilar, en tejer y ayudar a cocer el pan si es necesario. Además las mujeres deben ir a la despensa a coger las cosas que nosotros necesitamos.”²⁷

Volviendo a la iglesia latina, *Tertuliano* es muy contundente en su conceptualización de la mujer. Sin dudar las describe como “puerta del diablo”, “desertoras de la ley divina”, “destructoras del hombre”, causantes de la muerte hasta del mismo Jesucristo. En cuanto a la valoración de las funciones de la mujer, Tertuliano no oculta su misoginia. No la hace partícipe de la transmisión de la vida, ya que, según su opinión, opera solamente el semen paterno en la transmisión del cuerpo y del alma, por vía de la procreación. También considera que la belleza natural de las mujeres debe ser “eludida por el ocultamiento y la negligencia”, por resultar peligrosa tentación de quienes las observan.

Tertuliano se atreve a reconvenir a sus “hermanas en Cristo”, previniéndolas como posibles conspiradoras:

“¿Sabéis que cada una de vosotras es también una Eva...? Vosotras sois la puerta del diablo, vosotras sois las que dais acceso a aquel árbol prohibido, vosotras fuisteis las primeras desertoras de la ley divina, vosotras convencisteis a aquél a quien el propio diablo era demasiado débil para atacar. ¡Cuán fácilmente habéis destruido al hombre, imagen de Dios!. A causa de la muerte que habéis traído sobre nosotros, aún el Hijo de Dios tuvo que morir...”²⁸.

Tampoco tiene ninguna duda de que la disciplina eclesiástica no debe admitir que mujer alguna desempeñe funciones jerárquicas en la comunidad, ni detente algún tipo de participación activa. De esa indisciplina acusa a los herejes.

En sus controversias con las corrientes gnósticas y sus prácticas eclesiales participativas, Tertuliano reaccionó atacando el comportamiento “indisciplinado” de los “herejes”, que no distinguía rangos entre los miembros de la comunidad.

“De manera que hoy es obispo un hombre y mañana otro; la persona que hoy es diácono mañana es lectora; la que es sacerdote hoy es laica mañana; ¡pues incluso al laicado imponen las funciones del sacerdocio!”²⁹

²⁶ Clemente, *Paidagogos* III, 50,1; citado por *ibid.*, P. 121.

²⁷ Clemente, *Paidagogos* III, 49,2; citado por *ibid.*, P. 121.

²⁸ Tertuliano, *De cultu feminarum*, 1, 1; citado por Paul K. Jewett, *El hombre como varón y como hembra*, Miami, Ed. Caribe, sff, p. 164.

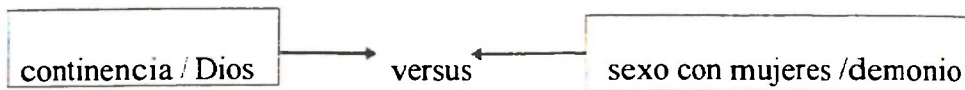
²⁹ Tertuliano, *De Praescriptione haereticorum*, 41; citado por E. Pagels, *op. cit.*, p. 85.

Tertuliano protesta especialmente contra “aquellas mujeres entre los herejes” que asumían una participación igualitaria con los varones, incluso compartiendo posiciones de autoridad:

“Enseñan, participan en las discusiones; exorcizan; curan. [...] Estas mujeres heréticas... ¡qué audaces son!. No tienen pudor: son lo bastante osadas como para enseñar, entablar discusiones, efectuar exorcismos, llevar a cabo curaciones. ¡y puede que incluso bautizar!”³⁰

Es decir que Tertuliano no tiene duda alguna en que la disciplina eclesiástica no puede admitir que ninguna mujer ose reclamar para sí algún tipo de participación en funciones que él considera exclusivamente masculinas.

Un siglo después *Jerónimo*, impregnado por el ideal ascético de la castidad, describe las tentaciones de su experiencia circunstancial de anacoreta en el desierto de Siria, como caracterizadas por la obsesión recurrente de los “cuerpos danzantes de las muchachadas”. Las imágenes de mujeres en múltiples ensoñaciones nocturnas perturbaban su vida solitaria, identificándolas con representaciones demoniacas que lo alejaban de su meta de encuentro cercano con Dios.



Estos términos contrapuestos pasan a conformar una imagen literaria que poco a poco se convierte en canónica dentro del mundo latino, ajena a la verdadera experiencia de los Padres del Desierto. Jerónimo la utiliza para humillar al clero romano, pues él se dedicaba a instruir a las damas nobles de la cristiandad de Roma.

Estas mujeres de la nobleza romana constituyeron un círculo de discípulas que utilizaban sus fortunas, según los consejos de Jerónimo, en fundar conventos en Tierra Santa. En esa experiencia monástica floreció un compañerismo espiritual poco común entre ascetas masculinos y femeninos. En estos años Jerónimo, siguiendo a Orígenes, sostuvo la similitud de las mentes femenina y masculina para el ejercicio ascético, especialmente de las mujeres maduras y bien educadas, lo cual le aseguraba el vivir cómodamente bajo su amparo, tanto en Roma como en Belén. Cuando, más adelante, las

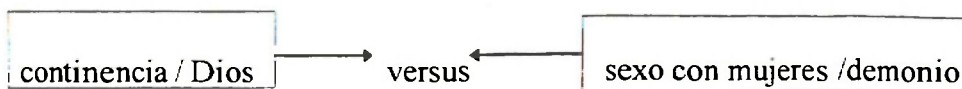
³⁰ *Ibid.*, pp. 85 y 104.

Tertuliano protesta especialmente contra “aquellas mujeres entre los herejes” que asumían una participación igualitaria con los varones, incluso compartiendo posiciones de autoridad:

“Enseñan, participan en las discusiones; exorcizan; curan. [...] Estas mujeres heréticas... ¡qué audaces son!. No tienen pudor; son lo bastante osadas como para enseñar, entablar discusiones, efectuar exorcismos, llevar a cabo curaciones, ¡y puede que incluso bautizar!”³⁰

Es decir que Tertuliano no tiene duda alguna en que la disciplina eclesiástica no puede admitir que ninguna mujer ose reclamar para sí algún tipo de participación en funciones que él considera exclusivamente masculinas.

Un siglo después *Jerónimo*, impregnado por el ideal ascético de la castidad, describe las tentaciones de su experiencia circunstancial de anacoreta en el desierto de Siria, como caracterizadas por la obsesión recurrente de los “cuerpos danzantes de las muchachadas”. Las imágenes de mujeres en múltiples ensoñaciones nocturnas perturbaban su vida solitaria, identificándolas con representaciones demoníacas que lo alejaban de su meta de encuentro cercano con Dios.



Estos términos contrapuestos pasan a conformar una imagen literaria que poco a poco se convierte en canónica dentro del mundo latino, ajena a la verdadera experiencia de los Padres del Desierto. Jerónimo la utiliza para humillar al clero romano, pues él se dedicaba a instruir a las damas nobles de la cristiandad de Roma.

Estas mujeres de la nobleza romana constituyeron un círculo de discípulas que utilizaban sus fortunas, según los consejos de Jerónimo, en fundar conventos en Tierra Santa. En esa experiencia monástica floreció un compañerismo espiritual poco común entre ascetas masculinos y femeninos. En estos años Jerónimo, siguiendo a Orígenes, sostuvo la similitud de las mentes femenina y masculina para el ejercicio ascético, especialmente de las mujeres maduras y bien educadas, lo cual le aseguraba el vivir cómodamente bajo su amparo, tanto en Roma como en Belén. Cuando, más adelante, las

³⁰ *Ibid.*, pp. 85 y 104.

opiniones de Orígenes, acerca de la posible superación de las diferencias entre los sexos, fueron consideradas heréticas, Jerónimo recurrió a su anterior tono sarcástico remarcando las permanentes diferencias entre los sexos y el riesgo de tentación sexual que constituían las mujeres. Los prejuicios más arraigados del mundo latino traicionaron su propio pasado de guía espiritual de mujeres nobles, como Marcela en Roma y Paula en Belén³¹.

El mundo mediterráneo romano de los primeros siglos da cuenta de una sociedad de roles sexuales bien delimitados y, además, irremediablemente expuesta a la muerte temprana. La ciudad tardorromana esperaba que sus ciudadanos dedicasen parte de sus energías a engendrar y criar hijos que reemplazaran a los muertos, en una reproducción de ritmo vertiginoso. Embarazos sucesivos, partos difíciles y a riesgo de muerte, enfermedades, temor a la esterilidad, constituían una pesada carga para los cuerpos femeninos. Por otra parte, el predominio del varón era incuestionable: las mujeres, los niños y los esclavos eran seres distintos e inferiores. Biológicamente los varones procedían de fetos que habían aprovechado todo su potencial, deviniendo en un ardiente “espíritu vital”, mientras que las mujeres eran varones defectuosos, provenían de fetos carentes del suficiente calor que asegurase un proceso perfecto. Su menstruación periódica se consideraba una demostración de que sus cuerpos eran incapaces de consumir los excedentes, que entonces se coagulaban en el interior de su cuerpo³².

Ya que las entidades “calor” y “espíritu vital”, en el momento de la gestación, eran elementos decisivos, se daba por supuesto *a priori* que el varón poseía esos dones preciosos más abundantemente que la mujer. Así se perfila la polaridad varón- mujer como un estereotipo indiscutible, que abarca todos los aspectos de la persona: lo somático, lo energético, lo caracterológico, lo espiritual.

³¹ Cfr. la descripción histórica, expuesta en el capítulo dedicado a *Jerónimo*, del autor Peter Brown: en: *op. cit.*, pp. 491-518.

³² Cfr. el capítulo introductorio de *ibid.*, pp. 21-57.

varón	mujer
mayor calor	menor calor:
mayor "espíritu vital"	frías, blandas, líquidas
solidez	fluidez
conformado	informe
disciplinado	indisciplinada, emocional
autodominio	descontrol, violencia convulsiva
moderación	desmesura
justicia, amabilidad	propensión a la ira
sencillez de corazón	dobleza de corazón

Frente a este legado cultural, los Padres manifiestan una clara tendencia a relacionar la polaridad sexual del ser humano, no con su condición original de creatura, sino más bien con su condición después de la caída. El mismo sexo femenino parece deber su existencia a que Dios, previendo el pecado original de sus creaturas, necesitó disponer de la mujer, además del varón, para hacer viable la procreación vía genital. Así Eva sería en realidad solo una anticipación del pecado, la corruptora de la virginidad ideal de Adán en el paraíso.

2.3 Dios como "Gracia", como "Ventre", como "Madre de Todo"... pero la mujer deberá hacerse varón para salvarse

Entre las corrientes no ortodoxas, el *gnosticismo* tuvo la osadía de retener el elemento femenino en su representación de lo divino. En su misma concepción de la divinidad, las fuentes gnósticas utilizan el símbolo sexual para describir a Dios de una

manera bivalente, incorporando elementos masculinos y otros femeninos, o bien interpretan la Trinidad como Padre, Hijo y Madre³³.

Algunos textos hablan de dos partes: el Inefable, el Profundo, el Padre Primero; y la Gracia, el Silencio, el Vientre, la Madre de Todo³⁴. Otros interpretaban el fenómeno de la Trinidad como Padre, Hijo y Madre, identificando el elemento neutro Espíritu, (*pneuma* en griego, y del femenino *ruah* en hebreo), como el elemento maternal en la Trinidad. También algunos otros caracterizaron lo maternal de Dios como Sabiduría, como poder de concepción, como poder creativo.

En cuanto a la creación del ser humano, los escritores gnósticos utilizan mayoritariamente para sus disquisiciones el texto de Génesis 1, interpretando que propone una creación andrógina, masculino-femenina, formada a imagen y semejanza de un Dios Padre y Madre. En esto se contraponen a la línea ortodoxa, que adopta preferentemente el texto de Génesis 2, donde Eva es creada a partir de Adán y para secundarlo³⁵.

Muchos de los cristianos gnósticos reconocen en María Magdalena el rol protagónico del cristianismo primitivo y el prototipo de discípula amada. Mientras que los ortodoxos afirmaban la tradición de que Pedro era el primer testigo válido de la Resurrección de Cristo, los gnósticos identificaban a María Magdalena como prototipo, desafiando la autoridad de aquellos obispos y sacerdotes que se afirmaban como sucesores de Pedro.

La rivalidad entre los discípulos y María Magdalena quedó expresada en el *Evangelio de Felipe*:

“La compañera del [Salvador es] María Magdalena. [Pero Cristo la amaba] más que [a todos] los discípulos y solía besarla [a menudo] en la [boca]. El resto de [los discípulos se sentían ofendidos por ello...].”³⁶

Algunas crónicas gnósticas refieren el relato del Jardín del Edén caracterizando al Dios Creador como un amo celoso, frente a cuya tiranía, la serpiente (símbolo de

³³ Cfr. el extenso desarrollo que Elaine Pagels efectúa en el capítulo 3: “Dios Padre/Dios Madre” de su obra *Los Evangelios Gnósticos*, *op. cit.*, pp. 91-115.

³⁴ *Hipóstasis de los Arcontes*; citado por E. Pagels, *op. cit.*, p. 93.

³⁵ *Ibid.*, p. 112.

³⁶ *Evangelio de Felipe*, citado por *ibid.*, p. 110.

sabiduría) invita a rebelarse, instruyendo a Eva. Describen a Eva como principio espiritual de la humanidad, como dadora de vida e instructora de Adán.

En la *Hipóstasis de los Arcontes* se describe a Eva como el principio espiritual de la humanidad que eleva a Adán de su condición material:

“Y la Mujer dotada de espíritu fue a [Adán] y habló con él, diciendo: ‘Levanta, Adán’. Y cuando él la vio dijo: ‘Tú eres la que me ha dado vida; serás llamada «Madre de los vivos», porque es ella la que es mi madre. [...] Entonces el Principio Espiritual Femenino entró en la Serpiente, la Instructora, y les enseñó, diciendo: ‘...no moriréis; pues fue por celos que os dijo esto. Más bien, vuestros ojos se abrirán y os haréis como dioses, reconociendo el mal y el bien’... Y el Gobernante arrogante maldijo a la Mujer...[y] ... a la Serpiente.”³⁷

Otros autores, en cambio, apuntan una caracterización despectiva de la mujer, ya que tendrá que hacerse varón para salvarse, o bien afirmando que Eva surgió de una polución nocturna de Adán. Una afirmación extrema ofrece el *Evangelio de Tomás*, al señalar que para llegar a convertirse en “espíritu viviente” es necesario que la mujer se transforme en varón: “Pues toda mujer que se haga varón entrará en el Reino de los Cielos”³⁸.

Entre los autores gnósticos que vinculan la creación de Eva con las poluciones nocturnas de Adán se cuenta Teodoto de Anatolia quien sostiene que la primera mujer ha nacido de una emisión espermática de Adán durante el sueño. Eva no proviene de la verdadera y buena “semilla viril, desbordamiento de semilla angelical”, puesta en el cuerpo de Adán sino únicamente del elemento femenino contenido en esa semilla y emitido durante el sueño como polución³⁹.

Entre los maestros gnósticos, Valentín apela muchas veces al uso de la polaridad masculino- femenino. Lo femenino es lo informe, lo fluido, lo abierto, mientras que lo masculino es lo dominante que da la forma, es lo nítido, lo conformado, lo delineado. Lo femenino tiende a desvanecerse y deberá ser absorbido por lo masculino. De la misma manera Eva, símbolo del alma atormentada, deberá insertarse en el lugar seguro de la costilla de Adán, el espíritu protector y originario. Así, lo femenino regresará a lo masculino⁴⁰.

³⁷ *Hipóstasis de los Arcontes*, citado por *ibid.*, p.71.

³⁸ *Evangelio de Tomás*, citado por *ibid.*, p.113.

³⁹ *Extractos de Teodoto*, citado por Aline Rouselle, *op. cit.*, p. 217.

⁴⁰ Cfr. los aportes de Peter Brown, *op. cit.*, pp. 161-165.

Algunos autores ortodoxos, han reproducido estas teorías, o bien han considerado a Eva “una ilusión de la noche”, “una fantasía nocturna”, “una parte eyaculada de su carne”⁴¹.

Muy dados a las interpretaciones alegóricas, los gnósticos dieron prueba de una gran creatividad en sus especulaciones.

2. 4 Agustín, su amante innombrable, y Eva... formada como ayuda para la procreación

Puesto que Agustín considera su propia experiencia de vida como paradigma de toda experiencia humana, es conveniente reflexionar acerca de las mujeres que desempeñaron algún papel de importancia en su vida y acerca de su relación con ellas. En primer lugar está Mónica, su madre, a quien describe en sus *Confesiones* como esposa ejemplar, con una sumisión y una paciencia para tolerar las infidelidades y los desbordes de su esposo que no conocen límites.

A diferencia de otros Padres de la iglesia, cuyo origen los sitúa en la élite de la sociedad de su tiempo, Agustín nació en el seno de una familia perteneciente a la burguesía del Bajo Imperio. Conocemos por su propia pluma cómo era su ambiente familiar y la relación de sus padres, Patricio y Mónica. Con respecto a su madre, dice:

"Educada pues, en honestidad y templanza y sujeta por vuestro amor a sus padres, más bien que por amor de ellos a Vos, luego que cumplidos los años llegó a ser núbil, entregada al marido, le sirvió como al Señor (Efes., 5, 22)[...]"

Con respecto a su padre, se desprende de sus dichos:

"De tal suerte soportó sus infidelidades conyugales, que jamás tuvo con su marido el menor altercado por ello: porque esperaba que vuestra misericordia había de venir sobre él, para que, creyendo en Vos, se hiciese casto.

Era él, además, si, por una parte, extremado en el cariño, por otra arrebatado en la ira. Más ella sabía no resistir al marido airado, no ya de obra, pero ni aun de palabra."⁴²

Y, por último, la relación de otros matrimonios amigos queda descripta a partir de los consejos que Mónica da a sus amigas:

"Finalmente, como muchas matronas que tenían maridos más mansos llevasen los rostros afeados con las señales de los golpes [dados por sus maridos], en conversación amistosa echaban ellas la culpa a la vida de sus maridos, y mi madre a la lengua de ellas; y en son de broma las amonestaba gravemente, que desde el punto que les leyeron

⁴¹ Cfr. las alusiones a Metodios de Olimpo y a Basilio, de Aline Rouselle, *op. cit.*, p. 217.

⁴² Agustín, *Confesiones*, libro IX, cap. 9, § 19, México, Ed. Paulinas, 1979, pp. 261s. El subrayado es nuestro.

las capitulaciones que se llaman matrimoniales, debieron juzgarlas como un documento que las constituía esclavas. Por tanto, que acordándose de su condición, les convenía no ensoberbecerse contra sus señores [...]”⁴³.

En conjunto, este ambiente familiar y social, de una madre sumisa y tolerante al extremo, de un padre iracundo e infiel, y de unas relaciones conyugales caracterizadas por el señorío de los esposos y la esclavitud de sus mujeres, muchas veces reprendidas con golpes, sirve de portal de acceso a las ideas que, más tarde, Agustín va a esbozar acerca de la conyugalidad, de la mujer y de la sexualidad.

El segundo lugar en su vida lo ocupa su concubina durante 13 años, la mujer que le dio un hijo, Adeodato, y de la cual no registra el nombre, perdiéndose en el olvido. A pesar de la perdurabilidad de la relación, Agustín no la legitimó en matrimonio, lo que hace presuponer que la “innombrada” era de una condición social inferior e impedimento para un buen matrimonio. Más importante que los “placeres del lecho” eran para el joven Agustín las posibilidades de un ascenso social que le podía ofrecer una educación esmerada, donde cualquier arreglo matrimonial temprano debería quedar excluido. Agustín elige entonces un concubinato monógamo, mejor visto que una serie de uniones promiscuas.

Más adelante, con 30 años ya cumplidos y una carrera hecha, estaba ya en condiciones de realizar una buena alianza matrimonial con una familia católica de Milán, para lo cual era necesario desprenderse de su concubina. Cuando Agustín la abandona, preparándose para esa boda, su amante es capaz de jurarle, a pesar de todo, eterna fidelidad. La descripción de su relación con ella -en boca de Agustín una relación de “amor lascivo” de donde nacen hijos no deseados- revela el minucioso cuidado en evitar la concepción, de acuerdo a los medios de la época. No obstante su aplicación, a los escasos 18 años de Agustín, esa relación le dio como fruto un hijo. Recordemos que durante los años de convivencia con su amante, Agustín adhería a la secta de los maniqueos, que propugnaban la contraconcepción a fin de evitar que un alma quedara

⁴³ Agustín, *ibid.*, p. 262. El subrayado es nuestro.

encarcelada en un cuerpo. Separado de su “amante innombrable”, con gran desgarramiento de su corazón, y ante una demora de dos años para recibir la esposa conveniente, elegida por su madre, Agustín se agencia otra amante ocasional, sintiéndose “esclavo de la lascivia”.

Por su parte, la vida personal de Agustín, descrita al detalle en sus *Confesiones*, da cuenta de su relación con distintas mujeres, una de las cuales le dio un hijo a los dieciocho años:

“En aquellos años tenía yo una mujer, no unida conmigo por legítimo matrimonio, sino buscada por mi ciega pasión, falta de prudencia. Pero una sola, a la cual yo guardaba lealtad como esposa. En ella experimenté por mí mismo la diferencia que hay entre la manera de ser del pacto conyugal, que se contrae por el fin de la generación, y la unión del amor lascivo, donde nacen los hijos contra la voluntad de sus padres, aunque después de nacidos obligan a quererlos.”⁴⁴

En sus comentarios autobiográficos acerca de estos hechos, Agustín desliza sus opiniones sobre el sentido del matrimonio, sobre la consagración a Dios en continencia de su ex-concubina y sobre su propia fragilidad “de mujer” que lo llevó a buscarse otra compañera de lecho:

“Entretanto, mis pecados se multiplicaban; y arrancada de mi lado, como estorbo para el matrimonio, la mujer con la que yo solía partir mi lecho, el corazón me quedó desgarrado por donde estaba adherido, y llagado y sangrante. Ella se volvió a África, haciéndonos votos de no conocer otro varón, dejando conmigo un hijo natural que tuve de ella. Más yo, desventurado, incapaz de imitar ni a una mujer, no pudiendo sufrir la dilación, pues sólo al cabo de dos años había de recibir la esposa que pretendía, como no era amante del matrimonio, sino esclavo de la lascivia, me procuré otra, no ciertamente esposa, para cebar y llevar adelante completa o aumentada la enfermedad de mi alma [...]”⁴⁵.

De ninguna de las dos mujeres que menciona como concubinas estables Agustín registra los nombres, que se pierden en el olvido. Sí lo hace de su hijo, bautizado Adeodato, no obstante de referirse a él como de origen pecaminoso: “Juntamos también con nosotros al niño Adeodato, nacido carnalmente de mí, fruto de mi pecado”⁴⁶.

Después del duro proceso de su conversión cristiana, Agustín toma posición en las antípodas: de la defensa del placer y el rechazo de la procreación, propias de su vida maniquea, pasa a la lucha fanática contra toda práctica contraceptiva. El propio

⁴⁴ Agustín, *ibid.*, libro IV, cap. 2, § 2, p. 83.

⁴⁵ Agustín, *ibid.*, libro IV, cap. 16, § 25, p. 168.

⁴⁶ Agustín, *ibid.*, libro IX, cap. 6, § 14, p. 255.

reconocimiento de su infidelidad a la mujer que amaba, su mismo abandono, se transforma en un desprecio total hacia el amor sexual y en una indisimulada fobia hacia la mujer. Ella constantemente le recordará su actitud miserable frente a la grandeza demostrada por quien, más allá de cualquier reproche, le juró fidelidad eterna. Asimismo lo arrastra a una ascesis rigurosa y a la desvalorización del matrimonio frente al celibato. La mujer, antes de su conversión, queda relegada a mero artículo de placer, y nunca llega a ser considerada como una posible compañera en la vida. Después de su conversión, pasa a ser una amenaza y una negación a su ascesis de continencia, alejada de cualquier tipo de contacto con mujeres.

Agustín lee en el relato de la creación de nuestros primeros padres, la posición subordinada y funcional de Eva, formada en segunda instancia. El rol de la mujer será pasivo y receptor de la semilla viril.

En su obra adulta, titulada *De civitate Dei*, Agustín repasa el orden de la creación, según los relatos de Gn 1 y 2, y también la tentación y la caída de nuestros primeros padres, esbozando sus principios antropológicos:

"Al hombre, llamado por creación natural a ocupar el medio entre los ángeles y las bestias, lo creó uno y solo. Pero lo creó de tal forma, que si, sujeto a su creador como a su Señor verdadero, cumplía piadosa y obedientemente sus preceptos, pasaría sin morir, [...] en compañía de los ángeles, a gozar de una inmortalidad feliz y eterna, y, en cambio, si, usando de su soberbia y desobedientemente de su libre albedrío, ofendía al Señor su Dios, sometido a la muerte, viviría bestialmente, esclavizado por la libido y destinado luego al suplicio eterno. [...] Y tan es verdad esto, que no quiso crear a la mujer que había de unirse al hombre como al varón, sino que la formó de él. para que todo el género humano se propagara de un solo hombre."⁴⁷

Un poco más adelante, da razones de la creación de Eva, diciendo que "... le dio una compañera como ayuda para la generación, formándola, como Dios, de una costilla de Adán..."⁴⁸. Agustín describe que toda la humanidad procede de un solo hombre, como para subrayar la unidad original. En cuanto a la formación de la mujer en una segunda instancia, y a partir de una costilla, Agustín infiere de ello una significación profética: su función subordinada en vistas a la procreación de la especie.

Refiriéndose a la relación de Adán y Eva en el paraíso, describe:

"Aquellos miembros [los sexuales] estarían sometidos a la voluntad como todos los demás. Así, el campo de la generación sería sembrado por los miembros creados para ese fin, como la tierra recibe la simiente de manos del hombre."⁴⁹

⁴⁷ Agustín, *De civitate Dei*, libro XI, cap. 21; en: *Obras de San Agustín*, tomo XVI-XVII, *La ciudad de Dios*, Madrid, B.A.C., 1958, p. 837. El subrayado es nuestro.

⁴⁸ Agustín, *De civitate Dei*, libro XI, cap. 23; en: *ibid.*, p. 839. El subrayado es nuestro.

⁴⁹ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 23, § 3; en: *ibid.*, p. 976. El subrayado es nuestro.

"Allí el hombre seminaría y la mujer recibiría el semen cuando y cuanto fuere necesario, siendo los órganos de la generación movidos por la voluntad, no excitados por la libido."⁵⁰

Utiliza la metáfora agrícola para explicar los roles del varón y de la mujer en la generación: él es activo y siembra, ella es pasiva y recibe la semilla.

Agustín avanza un poco más y llega a imaginar en el Edén una relación sexual sin romper el himen de Eva. La relación genital es, en cualquier circunstancia, aun en el Paraíso, una "violación" de la integridad original de la mujer.

Imagina para Adán y Eva una copulación de características muy especiales, donde el himen de Eva no sufriría deterioro alguno: "Entonces el semen viril pudo ser inyectado en la esposa sin romper su integridad, al igual que ahora la virgen puede tener la menstruación sin violarla."⁵¹

La creación de Eva obedece únicamente a la finalidad de ayudar al varón en la gestación de los hijos. Como ayuda laboral, amistosa, de consuelo y consejo, no hay mejor compañía que otro varón, dice Agustín sin dudar. A partir de él, muchos teólogos han adherido a esta opinión.

Arriba a esta conclusión por el camino de la infravaloración de Eva :

"Si la mujer no fue creada para ayudar al hombre en la generación de los hijos, ¿para qué otra ayuda fue creada? Si fue para trabajar la tierra, aun no existía trabajo que necesitara de ayuda, y si la necesitase mejor hubiera sido una ayuda de varón. Esto mismo puede decirse del solaz, si tal vez la soledad le apesadumbrase. ¿Pues cuánto más conveniente no es para convivir y hablar la reunión de dos amigos que la compañía del hombre y la mujer? [...]"⁵².

El hecho de que Eva fuese formada a partir de la costilla de Adán, establece una relación jerárquica de prioridad del varón y subordinación de la mujer, que Agustín entiende como armonía de la creación. Puesto que la formación de la mujer tuvo lugar dentro del tiempo (después de Adán), el sexo masculino es considerado como ejemplar por su carácter de primordial. A partir de aquí se fundamenta que es la mujer la que difiere del varón, considerado como norma, y no que hay simplemente una diferencia

⁵⁰ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 24, § 1; en: *ibid.*, p. 977. El subrayado es nuestro.

⁵¹ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 26; en: *op. cit.*, p. 982.

⁵² Agustín, *De Genesi ad litteram*, libro IX, cap. 5, § 9; en: *op. cit.*, tomo XV, p. 1017. El subrayado es nuestro.

concupiscencia de la carne, [...] sino por un mal entendido sentimiento de amistad [...]”⁵⁴.

Eva encarna la parte inferior de la sociedad humana, es la que está más próxima a entenderse con los animales y puede tomar por verdaderas las palabras de una serpiente. Adán no creyó estos engaños pero su grandeza lo llevó a acompañarla aún en el pecado. Ella pecó por falta de inteligencia, él por amor incondicional. Ella estuvo siempre más cerca del diablo, mientras que él siempre estuvo más cerca de Dios.

En cuanto al relato en sí mismo de la seducción y la caída, narrados por Gn 3, Agustín hace una curiosa interpretación de los roles de cada uno de los actores, en un orden jerárquico: narra como el ángel caído, "alejado de Dios por su orgullo", escogió a la culebra, "animal lúbrico que se mueve con tortuosos meneos", la que:

"... habló con falacia a la mujer. Comenzó por la parte inferior de la sociedad humana, para ascender gradualmente al todo, en la conciencia de que el varón no sería tan fácilmente crédulo y que no podría ser engañado por error de no ser accediendo al error ajeno. [...] Así estamos en nuestro derecho al suponer que aquel varón violó la ley de Dios, no porque creyera en la verdad aparente que le dijera su mujer y seducido por ella, uno a una, hombre a hombre, cónyuge a cónyuge, sino porque condescendió con ella por el amor que les unía. [...] Ella tomó por verdades las palabras de la serpiente, y él no quiso desgajar aquel único enlace ni aun en la comunión del pecado."⁵⁵

Reaparece aquí la imagen de una Eva inferior en todo a Adán, más próxima a entenderse con los animales, con apetitos que la hacen fácil presa de la seducción, con alguna falla intelectual que le quita lucidez, y con la miserabilidad de dejarse arrastrar por vanas promesas. Adán, por su parte, está descripto como incapaz de creer en verdades aparentes que pudiera pronunciar su mujer, pero, en cambio, capaz de actos de grandeza tales como acompañarla hasta la muerte "por amor", comulgando solidariamente en su pecado.

El orden original paradisiaco, vigente antes del pecado original, que fue quebrado por la transgresión de Adán y Eva, debe ser recompuesto reforzando jerárquicamente la autoridad del mejor cualificado: el varón, quién debe recomponer la concordia entre los que mandan y los que obedecen. Y esta premisa es aplicable tanto en el hogar como en la sociedad.

La "carne" en desobediente rebeldía, la "libido" dueña de los órganos genitales. la relación sexual con sentencia condenatoria y, además, la mujer por su inferioridad mental transformada en seductora, condensan para Agustín una realidad subversiva que requiere ser ordenada:

⁵⁴ Agustín, *De Genesi ad litteram*, libro XI, cap. 42, § 58-59; en: *op. cit.*, tomo XV, pp. 1179-1181. El subrayado es nuestro.

⁵⁵ Agustín, *ibid.*, libro XIV, cap. 11, § 2; en: *op. cit.*, pp. 952s. El subrayado es nuestro.

"La paz de la casa es la ordenada concordia entre los que mandan y los que obedecen en ella, y la paz de la ciudad es la ordenada concordia entre los ciudadanos que gobiernan y los gobernados. [...] Y la paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden."⁵⁶

Así, la política hogareña es un ejemplo minúsculo del orden social. El orden original paradisiaco, de autoridad divina y obediencia humana, de superioridad del varón y subordinación de la mujer, fue quebrado por el pecado de nuestros primeros padres. Dios, entonces, se vio obligado a reforzar la autoridad del mejor dotado: el varón.

Agustín explica la dominación masculina como un mal menor, que protege al marido, especialmente de las mujeres "altivas" que intentan dominarlo. Ve en las mujeres que han sido madres un peligro latente: "pues creen que han recibido una dignidad al ser madres y muchas veces se muestran aún más soberbias"⁵⁷.

Echando una mirada al Antiguo Testamento, Agustín ve con buenos ojos los ejemplos de poligamia, y afirma que la misma no va contra el orden natural de la creación. No opina lo mismo respecto a una posible poliandria, pues sólo las mujeres pueden considerarse esclavas de sus maridos:

"Y es que, por una oculta y misteriosa ley de la naturaleza, lo que es superior busca y requiere la singularidad, en tanto que las cosas inferiores no sólo están sometidas y subordinadas las unas a las otras, sino que también [...] resulta más decoroso y bello el que la muchedumbre de cosas esté subordinada a una sola. Porque por lo mismo que un súbdito solo no tiene diversos señores y, en cambio, un señor sí tiene diversidad de súbditos, semejantemente no hemos encontrado jamás en Escritura alguna que una sola de las mujeres santas y virtuosas haya tenido a la vez diversos maridos [...]. Por otra parte esto no repugna a la naturaleza del matrimonio..."⁵⁸.

Después de la creación cada cual fue castigado según su rol. En cuanto al castigo de trabajar con esfuerzo nadie puso en duda nunca en que atañe a todo el género humano (la realidad cotidiana ha sido y es la máxima evidencia de ello); pero Eva es castigada particularmente en su rol de auxiliar de su esposo (procreación dolorosa y dominación masculina) con lo cual recibe el agregado de un castigo suplementario.

⁵⁶ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIX, cap. 13, § 1; en: *op. cit.*, p. 1398.

⁵⁷ Agustín, *De Genesi contra Manichaeos*, libro II, cap. 19, § 29; en: *op. cit.*, p. 467. El subrayado es nuestro.

⁵⁸ Agustín, *De bono coniugali*, cap. 17, § 20; en: *op. cit.*, tomo XII, p. 89.

2. 6 Tomás de Aquino y la “producción” de la mujer como varón fallido

Durante la Edad Media, son los “hombres de iglesia” quienes protagonizan el dominio de la escritura, quienes transmiten la ciencia, y quienes formulan qué es la mujer y qué hay que pensar sobre ella. Los fantasmas, las certezas y las dudas de los clérigos han construido el discurso medioeval acerca de la mujer, han construido el imaginario de lo femenino. Para ello han superpuesto sucesivas capas arqueológicas de argumentaciones antiguas: las “certezas” médicas sobre la naturaleza física y fisiológica de la mujer, las aseveraciones biológicas y filosóficas de Aristóteles, la representación del cuerpo femenino como instrumento de perdición, la característica engañosa de la belleza femenina y la represión de la sexualidad.

Puesto que se da por sentado que el pecado original, y por él la muerte, el sufrimiento y el trabajo, ha sido inducido por la mujer y merced a las insinuaciones de su sexo, la tarea ineludible que los varones medievales se arrojan a sí mismos es controlar y castigar a las mujeres, en particular su cuerpo y su sexualidad. Se dedican a ello concienzudamente, concentrando sus esfuerzos en la producción del saber científico: proverbios, tratados médicos, sumas teológicas y manuales de moral. Al respecto reza un proverbio florentino del siglo XIV⁵⁹:

“Al bueno y al mal caballo, la espuela;
a la buena y a la mala mujer, un señor y,
de vez en cuando, el bastón.”

La Edad Media, esforzada en limitar las capacidades jurídicas de las mujeres y su acceso al poder, recibe con los brazos abiertos y de manos de los árabes todo el *corpus* aristotélico. Aristóteles, a través de la lectura que hace de él Tomás de Aquino y otros, ofrece a las construcciones mentales del medioevo una justificación teórica coherente y bien sistematizada. Aristóteles fundamenta la jerarquía de los sexos, la debilidad

⁵⁹ Cfr. Paolo da Certaldo, *Libri di buoni costumi*, n° 209; en: *Mercante scrittori*, Milán, Ed. Biondi, 1986, p. 43; transcripto por Jaques Dalarun, “La mujer a los ojos de los clérigos”, en: HM3. *op. cit.*. p. 26.

constitutiva de la mujer y la necesidad de su sometimiento al varón. La mujer está sobredeterminada por su “naturaleza” fisiológica, es incapaz de manejar sus afectos, sus deseos y sus relaciones, por lo cual al varón le corresponde domarlos. En el pensamiento medioeval lo femenino se opone a lo masculino como la Naturaleza a la Cultura. En tanto ser “natural”, la mujer lo es por entero, es primordialmente instrumento de la continuidad de la raza humana. Todo el lenguaje medioeval registra la pertenencia del ser femenino a la “materia”. Esta es una aseveración que contiene en sí misma toda una carga negativa y la implícita reprobación de los varones, especialmente los miembros de la iglesia, cuya vocación se expresa en liberarse de los vínculos con la materia⁶⁰.

Una profusa literatura describe a la mujer con una imagen de siempre inquieta y caprichosa, inconstante, inestable, mudable. Frágil, irracional y pasional, le agrega la descripción aristotélica; húmedas, blandas y móviles, les había adosado el médico Galeno. Vagando tras la novedad y faltas de decisión, la mujeres requieren ser “custodiadas”: reprimidas en sus malsanas tendencias, vigiladas como un peligro siempre acechante, aleccionadas en los buenos hábitos a seguir, enclaustradas y ocultas como un tesoro frágil... también amadas y protegidas. Se describe a las mujeres como con una predisposición natural al temor y al recato, con una timidez y un pudor congénitos. Son aleccionadas por predicadores y moralistas a permanecer tímidas e inseguras en sus relaciones sociales, a retraerse y ruborizarse, a mantenerse en una ponderada animalidad. Se requiere custodiarlas con la sumisión a la autoridad del varón, el límite de las leyes y el temor a Dios⁶¹.

Los comentaristas de los textos de Aristóteles, son también los intérpretes del relato bíblico de la creación y de la caída de nuestros primeros padres. La sumisión de la mujer al varón es reconocida como una instancia de ordenamiento jerárquico entre Dios y la humanidad, entre el varón y la mujer. Adán y Eva y su comportamiento ofrece el fundamento divino a múltiples convicciones: la subordinación de la mujer al varón, el

⁶⁰ Cfr. Claude Thomasset, “La naturaleza de la mujer”; en: HM3, *op. cit.*, pp. 61-92.

⁶¹ Cfr. Carla Casagrande, “La mujer custodiada”; en: HM3, *op. cit.*, pp. 93-131.

cuerpo de la mujer como inferior por ser creado en segunda instancia y a partir del cuerpo de Adán, la mujer ofrecida al varón como un don de Dios para ayudarlo. La diferencia es interpretada como orden de jerarquías.

Dentro de todo este contexto cultural, las explicaciones aportadas por *Tomás de Aquino* han sido determinantes hasta nuestros días. Junto con Agustín se ha convertido en “palabra de autoridad”. Tomás de Aquino, gran sintetizador de las opiniones medievales, dedica párrafos substanciosos de su amplia obra literaria a explicar el motivo de la “producción de la mujer”. Apelando al relato bíblico de la creación, funda su opinión de que fue hecha como ayuda del hombre. A continuación amplifica su pensamiento para refutar a los ^{que} podrían entender esta ayuda en sentido amplio y diverso, para aclarar que sólo para la generación debe entenderse esa ayuda.

En la *Summa Teológica*, Primera Parte, cuestión 92, Tomás aborda la “producción de la mujer” explayándose en las funciones para las cuales fue formada:

“...fue necesario que fuese hecha la mujer, como dice la Escritura, para ayuda del hombre; no para ayudarlo en algún otro trabajo, como algunos pretendieron, pues para cualquiera otra obra mayor auxilio podría encontrar en otro hombre que en una mujer, sino para su cooperación en la generación...”⁶².

No agrega demasiado a lo ya predicho por Agustín. También corrobora la opinión de que la “virtud activa” de la generación compete al varón, mientras que el rol de la mujer es simplemente pasivo. Apoya la necesidad de esta ayuda, y por ende la diferenciación de roles entre los sexos, en la curiosidad intelectual propia del varón y la dedicación de tiempo que a él le supone, para lo cual la mujer debe “servirlo”. Así este rol subsidiario de la mujer, de colaboración con el varón sólo en la esfera reproductiva, además de inferiorizarla coloca al varón en una posición de mayor independencia en el proceso de reproducción y crianza de los hijos, favoreciéndolo para poder dedicarse por entero a la aventura intelectual del conocimiento.

Tomás adhiere acríticamente a los postulados de la biología aristotélica: el varón es el procreador, la mujer es el varón imperfecto. Aristóteles había mostrado gran

⁶² Tomás de Aquino. *Suma Teológica*, Ira. Parte, cuestión 92, art. 1; en: *op. cit.*, Tomo 1, p. 751.

preocupación por clasificar la diferencia de los sexos y transformarla o bien en dos términos equivalentes, o bien en una simple alteración de uno de ellos, colocándolos bajo la categoría de una naturaleza común⁶³. La virtud activa de la generación es masculina, es el arte superior que da la forma, mientras que la virtud generativa de la mujer solo aporta la materia. La sangre de la mujer provee el nutriente del embrión, tarea que después del parto realiza la leche materna. La mujer es una “cosa imperfecta y ocasional”, un varón fallido o defectuoso; su existencia es producto de una falla en el proceso productivo.

Tomás adopta sistemáticamente todos los supuestos de la biología aristotélica. Esta teoría se transforma en el argumento *a priori* de toda afirmación acerca de la inferioridad de la mujer, a partir de Eva.

“...Diremos que por relación a la naturaleza particular la mujer es alguna cosa imperfecta y ocasional, porque la virtud activa del sexo (*in semine*) masculino tiende a producir su semejante perfecto del mismo sexo; y la causa de que resulte engendrada hembra es la debilidad de la virtud activa, o alguna indisposición de la materia, o acaso alguna transformación procedente de fuera, como de los vientos australes, que son húmedos.”⁶⁴

Aristóteles, recién traducido por completo, ofrecía a los teólogos del siglo XIII, incluido Tomás, una razón genética y originaria para “iluminar” la inferiorización de la mujer, al considerarla un “varón ocasionado” o “frustrado” o “incompleto” o “fallido” o “defectuoso”. La mujer debe su existencia a un descarrilamiento, a una falla en su proceso de producción.

Siguiendo a Aristóteles, Tomás sostiene que el varón generaría algo tan perfecto como él mismo, a no ser que intervenga un obstáculo externo: una condición ambiental adversa o bien la simple necesidad funcional de hembras que acojan y nutran embriones. La mujer es producto de una “segunda intención”, mientras que el primer sexo, el normativo, es el varón.

Según el axioma de que “todo principio activo produce algo semejante a sí”, Aristóteles y después Tomás, deducen que consecuentemente siempre deberían nacer varones. Si nacen mujeres es porque alguna circunstancia desfavorable distorsiona el proceso y se producen varones fallidos, es decir hembras. Aristóteles llama a la mujer

⁶³ Este presupuesto de que el varón tiene la exclusividad en la procreación reconoce antecedentes en Esquilo (n. 525 a.C.) que en su tragedia “Orestíada”, 3^{ra} Parte, registra la opinión de varios personajes, entre los cuales Apolo dice. “La madre no es fuente de vida para el hijo que la llama madre, sino que cría el joven germen; el padre procrea, ella conserva el retoño”. Citado por Uta Ranke Heinemaun, *op. cit.* p. 171.

⁶⁴ Tomás de Aquino, *Suma Teológica* : en: *op. cit.*, Tomo 1, p. 752.

“varón frustrado” (en *De animalium generatione* 1.2, c.3) y Tomás traduce “varón caído o ocasionado”, indicando que es un defecto que no se corresponde con la intención de la naturaleza⁶⁵. Las circunstancias adversas que esgrime Tomás para que el varón, como único principio activo, no procrea algo tan perfecto como él mismo pueden ser cierta debilidad o ciertas condiciones atmosféricas, como el húmedo viento del sur con abundantes precipitaciones, que seguramente produce seres con mayor contenido de agua y por ende más volubles.

Tomás repite esta argumentación al preguntarse acerca de si en el estado original paradisiaco hubieran podido nacer hembras, dado que no cabría la existencia de defecto alguno en la potencia activa de Adán, ni indisposición en la materia por parte de Eva. Elude la encrucijada apelando a la única salida que le resta: la polución ambiental.

“...Que la generación de la hembra no acontece exclusivamente por defecto de la potencia activa o por indisposición de la materia, como insinúa la objeción; sino que algunas veces proviene de algún accidente extrínseco, según dice Aristóteles que ‘el viento septentrional coadyuva a la generación de los machos, y el austral a la de las hembras.’”⁶⁶

A la razón ambiental añade una razón “funcional” que explique la posibilidad de multiplicación de la especie humana en los orígenes:

“Por consiguiente convenía que todos engendrasen, y no sólo los primeros padres; de lo que parece seguirse que se habrían engendrado tantas hembras como varones.”⁶⁷

La mujer es un producto secundario de la naturaleza, que se da cuando fracasa la primera intención, que apunta a la perfección, es decir al varón. Pero Dios cuenta con esa imperfección, con ese fallo casual por una razón utilitaria: la procreación.

“... nada impide que una cosa sea contraria a la naturaleza en cuanto a su primera intención, [...] como toda corrupción y defecto y la vejez misma es contraria a la naturaleza, según dice el Filósofo, porque la naturaleza tiene por objeto el ser y la perfección; sin embargo no es contraria a la segunda intención [...]; y cuando la naturaleza no puede llegar a la mayor perfección induce a la menor, así como cuando no puede producir un macho produce la hembra que es un macho imperfecto (occasionatus)...”⁶⁸

De acuerdo a lo antedicho, la mujer queda ligada a la “segunda intención”, a la corrupción, al defecto, a la putrefacción, y a la decrepitud de la vejez. Puesto que la mujer sólo puede colaborar con el varón en la procreación, no tiene ninguna posibilidad de injerencia en la vida intelectual o espiritual del varón.

Por su falta de virtud y su carencia de razón, debe ser gobernada por el varón, el más perfecto, talentoso y virtuoso. Por su falta de juicio, la mujer puede ser equiparada a

⁶⁵ *Ibid.*, p. 750. Cfr. latín : *occāsus* = caída, mina, decadencia.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 800.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 801.

⁶⁸ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Suplemento de la III Parte, cuestión 52, art. 1; en Tomo 5 p. 248. El subrayado es nuestro.

los niños, a los insensatos y a los enfermos mentales. La mujer es el equivalente a la hembra animal, un “defecto” necesario.

La mujer posee menor fuerza física y espiritual que el varón y requiere, por tanto, ser gobernada por él. El varón, en cambio, posee una razón más perfecta y una virtud más fuerte:

“... la mujer no sólo necesita del varón para la generación, como en los demás animales, sino también del gobierno, ya que él es más perfecto en la razón y más fuerte en la virtud.”⁶⁹

Aquí el término latino *virtūs* (de *vir* = varón) es tomado en un sentido tan amplio que incluye tanto la fuerza física, la energía, el valor, como también el talento, la perfección moral, la virtud. No caben dudas de que quienes poseyeron la fuerza física capaz de triunfar en la guerra y consagrarse como señores y amos de los más débiles, se atribuyeron a sí mismos la gloria y el honor de ser “virtuosos”. En consecuencia los varones, por tener mayor fuerza física (*virtūs*), creen poseer mayor virtud (*virtūs*)⁷⁰.

La debilidad del sexo femenino es tal para Tomás, que no puede ser admitida como testigo en asuntos testamentarios:

“... y esto ya por defecto de la razón, como se ve en los niños, insensatos y mujeres...”⁷¹.

Lo antedicho confirma que la mujer queda equiparada a los niños y a los enfermos mentales. Con este argumento se la excluye de testificar en asuntos tan importantes como el reparto de los bienes hereditarios.

Hablando de la certidumbre de la providencia divina, Tomás utiliza el ejemplo de la existencia de la mujer para diferenciar la “naturaleza particular” de la “naturaleza universal”, y la necesidad de cosas imperfectas, defectuosas y contingentes para asegurar el bien de la totalidad universal:

“... la generación de la hembra está al margen de la intención de la naturaleza particular, o sea, de la virtud que hay en este semen, cuya tendencia es perfeccionar cuánto más pueda el feto; pero es tendencia de la naturaleza universal, [...] en orden a la generación de los inferiores, que se engendre la hembra, sin la cual no puede realizarse la generación de muchos animales. Y, del mismo modo, la corrupción, la disminución y todo defecto responden a la intención de la naturaleza universal...”⁷².

Tomás no duda al señalar que Cristo se encarnó varón por ser el masculino el sexo más noble; pero por condescendencia con la mujer admitió de María virgen la “carne”.

⁶⁹ Tomás de Aquino, *Suma contra los Gentiles*, Libro 3, cap. 123, (traducción de Jesús M. Pla Castellano); en Tomo II, Madrid, B.A.C., 1953, p. 441.

⁷⁰ Cfr. el término *virtūs* en cualquier diccionario de latín, como por ejemplo el *Diccionario Ilustrado Latino- Español* (5° edición), Barcelona, Ed. Spes, 1960, p. 549.

⁷¹ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección II, II Parte, cuestión 70, art. 3; en Tomo 3, p. 443. Recordemos que el Derecho Canónico excluye a las mujeres de dar testimonio en las causas criminales y testamentarias, no así en los asuntos civiles, invocando la causa de la debilidad de su sexo.

⁷² Tomás de Aquino, *Suma contra los Gentiles*, Libro 3, cap. 94; en: Tomo II, p. 352. El subrayado es nuestro.

En su tratado acerca de la encarnación de Cristo, Tomás describe los roles paterno y materno en la generación, y justifica a un Cristo varón:

“... puesto que el sexo masculino es más noble que el sexo femenino, por eso tomó [Cristo] la naturaleza humana en el sexo masculino. Sin embargo, para que no se despreciara al sexo femenino, fue conveniente que tomara la carne del cuerpo de una mujer.”⁷³

En el caso particular del nacimiento de Cristo, Tomás reafirma: “Y por esto se dice haber sido formado el cuerpo de Cristo de la castísima y purísima sangre de la Virgen.”⁷⁴

De esta manera la maternidad de María es “natural”, pero el principio activo de su concepción, que es el Espíritu Santo, la transforma en “sobrenatural”.

“... porque de la Virgen María lo fue materialmente, pero del Espíritu Santo efectivamente; y, por lo tanto, no tuvo aquí lugar la mezcla.”⁷⁵

Siguiendo el ejemplo aristotélico, el organismo femenino es comparado con el masculino, considerando a éste como la “norma” y el ser humano ejemplar. Las diferencias son interpretadas como inferiorizaciones.

2. 7 Tomás de Aquino y la “caída”: Eva ... una ayuda perversa

De los tres actores del drama de la tentación y la caída, la serpiente, Eva y Adán, corresponde a la mujer ser el instrumento de la tentación, por su cualidad de más débil y más fácil presa de la seducción, por una parte, y por poder intermediar la caída de Adán. Tomás describe a Eva como carente de “la luz de la sabiduría”, como la vía “sensible” de tentación para Adán.

En el acto mismo de la tentación el agente protagonista es el diablo, mientras que el rol de la mujer es puramente instrumental. El ataque va dirigido a ella:

“... en el acto de la tentación el diablo era como el agente principal; mientras que la mujer era empleada como instrumento de la tentación, para hacer caer al hombre, y porque la mujer era más débil que el hombre y por consiguiente podía ser más

⁷³ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III Parte, cuestión 31, art. 4; en: Tomo 4, p. 408. El subrayado es nuestro.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 409.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 417.

fácilmente seducida; ya también porque a causa de su unión con el hombre podía principalmente el diablo seducir por ella a Adán.”⁷⁶.

Tomás agrega a la descripción de Eva tentada por la serpiente:

“... y tentando a la mujer, en la que era menor el don o la luz de la sabiduría.”⁷⁷

Así la tentación da comienzo por la parte inferior y más falible de la pareja humana, es decir la mujer.

Tomás hace de Eva la protagonista absoluta del proceso de tentación y caída. Su pecado es de soberbia, de curiosidad, de gula, de infidelidad y de desobediencia. Además Eva carga con la culpa de hacer su pecado extensivo a Adán.

En el *Compendio de Teología*, Tomás describe el proceso de tentación y caída como protagonizado exclusivamente por el demonio y la mujer, y finalmente, por extensión, llega a Adán.

“La mujer deseó la elevación y la perfección de la ciencia prometidas, y a esto se unieron la bondad y la hermosura del fruto, que la incitaron a comer de él...”⁷⁸.

La culpabilidad múltiple resultante fue:

“En primer lugar, es pecado de **soberbia**, porque la mujer deseó la elevación de una manera desordenada; en segundo lugar, es pecado de **curiosidad**, porque mediante ella aspiró a la ciencia más allá de los límites que le estaban marcados; en tercer lugar, es pecado de **gula**, porque fue incitada a comer el fruto a vista de suavidad; en cuarto lugar, es pecado de **infidelidad**, porque desconfió de Dios y confió en las palabras del demonio; en quinto lugar, es pecado de **desobediencia**, porque infringió el precepto de Dios.

La persuasión de la mujer hizo extensivo su pecado al hombre...”⁷⁹.

El obstáculo con que se encuentra Tomás, al querer probar como más grave el pecado de Eva, son sus afirmaciones previas de la inferioridad de la mujer, que la harían inimputable dada su ignorancia congénita. Pero hace un rodeo jurídico y explica que, como todo castigo es proporcional a la gravedad de la culpa, Eva es más pecaminosa porque su orgullo es mayor, porque arrastró al pecado a Adán y porque ningún atenuante la favorece, como a Adán que lo hizo por “benevolencia” con ella y aspirando a “la elevación y a la ciencia”.

Tomás dedica también un extenso párrafo de su *Summa* a medir y comparar la gravedad del pecado de Adán y de Eva, preguntándose cuál de los dos fue más grave.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 974.

⁷⁷ Tomás de Aquino, *Compendio de Teología*, cap. 189, *op. cit.*, p. 150. El subrayado es nuestro.

⁷⁸ Tomás de Aquino, *Compendio de Teología*, cap. 190, *op. cit.*, p. 151.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 151. El subrayado y las negritas son nuestros.

Partiendo de sus anteriores afirmaciones acerca de la inferioridad intelectual de Eva, tiene que dar un largo rodeo para intentar probar que el pecado de Eva fue más grave, puesto que a primera vista puede parecer, dice, que si el pecado de la mujer fue por su ignorancia el pecado del varón, en cambio, fue a ciencia cierta y por lo tanto más grave. Sin embargo, Tomás parte de la premisa de que la mujer fue castigada más gravemente que el hombre, y como toda pena es proporcionada a su culpa, concluye que debe ser porque Eva pecó más gravemente. Esgrime tres razones:

“1ro. Porque fue mayor el orgullo de la mujer que el del hombre, pues la mujer creyó que era verdadero lo que la serpiente le aconsejó [...] pero el hombre no creyó que esto era verdadero [...]; 2da. Porque la mujer no solamente pecó ella, sino que también sugirió al hombre el pecado, y por consiguiente pecó contra Dios y contra el prójimo; 3ra. En que el pecado del hombre fue aminorado por cuanto ‘consintió en él por cierta amigable benevolencia’ ...”⁸⁰.

La descripción y la caracterización de la mujer son contradictorias. Aparece suficientemente lúcida como para interpretar las palabras de la serpiente como provenientes de un poder sobrenatural que le ofrece ser semejante a Dios. Además de ser seducida, aparece como exclusiva tentadora del varón, que hasta ahora parece ajeno a la situación. Adán tiene, en cambio, como atenuantes para su culpabilidad, su amor por Eva y su sentimiento solidario a lo que se suma el no haberse dejado engañar por las promesas de la serpiente.

La argumentación es totalmente inconsistente, y puesto que la falibilidad de la mujer con respecto a la perfección del hombre, podría llegar a tomarse como un atenuante a su culpabilidad, el recurso extremo a que apela Tomás es acusarla de “un orgullo más fuerte” o una mayor arrogancia, o bien por la responsabilidad de arrastrar al hombre a pecar. A lo sumo, Tomás admite cierta seducción del diablo al varón, pero hacia “bienes superiores”, y actuando, al pecar, sólo por imitación:

“El hombre fue seducido por la promesa del demonio, aspirando indebidamente a la elevación y a la ciencia. Su voluntad fue extraviada por este medio de la rectitud de la justicia, y queriendo mostrarse complaciente con su mujer, la imitó en la transgresión del precepto divino comiendo del fruto vedado.”⁸¹

El castigo del pecado no modifica para la mujer el régimen jerárquico ya existente, de Adán que ordena y Eva que obedece, pero la disparidad se acentúa y la dominación del poderoso sobre el débil se hace ahora compulsiva, inobjetable.

⁸⁰ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección II, II Parte, cuestión 163, art. 4; en Tomo 3, pp. 964s. El subrayado es nuestro.

⁸¹ Tomás de Aquino, *Compendio de Teología*, cap. 191, *op. cit.*, p. 151.

En cuanto a la transmisión hereditaria del pecado original, Tomás, fiel a su modo de argumentación escolástica, queda nuevamente atrapado en otro callejón intelectual. Conforme a la teoría fisiológica aristotélica, sostiene que sólo el semen paterno es el principio activo de la generación y por tanto la causa instrumental de la transmisión de este “pecado de naturaleza”. Plantea la cuestión hipotética del destino de la humanidad en caso de que sólo Eva hubiese pecado y no Adán, con lo cual la descendencia de ambos estaría exenta de culpa. Nuevamente hace un rodeo y responde que, puesto que la madre provee la materia, transmitiría al embrión la muerte y la vulnerabilidad corporal, pero no la culpabilidad. Esto transforma en perversa su inducción a Adán a que comiera del fruto prohibido. Así el género humano quedó irremisiblemente perdido.

Tomás dedica un extenso artículo a considerar la hipótesis del destino humano en el caso de que solamente Eva hubiera pecado y no Adán. Invocando la teoría fisiológica de Aristóteles del rol activo del semen viril y el rol pasivo de la madre. Tomás queda enredado en la cuestión.

La respuesta que esboza, aunque poco convincente, es que, puesto que la madre sólo suministra la materia, ésta transmitiría al embrión los “defectos naturales” de la mortalidad y la pasividad, pero no transmitiría la culpa ni el castigo, reservados al alma:

“...si, pecando Eva, Adán no hubiera pecado, los hijos estarían exentos de culpa: sufrirían no obstante la necesidad de morir y otros padecimientos provenientes de la necesidad de la materia, que suministra la madre, no bajo el carácter de castigo, sino como ciertos defectos naturales.”⁸²

Por lo tanto, la caída de Eva no hubiera podido afectar en nada el destino de la humanidad, motivo que acrecienta su culpa por haber inducido a Adán a pecar. En este caso su función de “ayuda” del varón fue ejercido de manera perversa, demostrando un orgullo desmedido y un afán de autodeterminación impensable para su rol de subordinación frente al jefe del género humano.

La subordinación de Eva -considerada como normal, aceptada *a priori*, y nunca cuestionada-, antes del pecado original, era una pacífica realización de su naturaleza. Después de la caída se convierte en una auténtica sumisión servil, padecida con angustia y sufrimiento, como castigo por su pecado. Ya sea para salvar una deficiencia natural, o bien para cumplir un imperioso mandamiento divino, Adán y a partir de él los varones,

⁸² Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección I, II Parte, cuestión 81, art. 5; en Tomo 2, p. 544.

detentan una autoridad indiscutible para gobernar a su voluntad a las mujeres. Ellas, en cambio, deberán practicar todas las virtudes propias de la sumisión: pasividad, humildad, mansedumbre, obediencia, modestia en los gestos y laboriosidad para alejar el peligro del ocio lascivo y fantasioso.

Toda la literatura medioeval acerca de la mujer gira en círculo, rumia los conceptos ya vertidos por los Padres de los primeros siglos, hace lo nuevo con lo viejo, aborrece la idea misma de la novedad. La tendencia manifiesta es hacia un saber apriorístico, fraccionario, apto para ser objeto de moralización y mantenimiento del “orden”. Los sabios medievales llevan a “la Mujer” al pináculo de la gloria, en su adhesión y desarrollo del culto popular a la Virgen María, pero al mismo tiempo condenan a la mujer común, a la inmensa mayoría, casi al anatema. El relato genesiaco de la creación y la caída de Adán y Eva es leído y releído para escrutar sus secretos; se repensaba sin cesar la pareja originaria preguntándose como había sido posible que Eva sedujera a Adán y nos dejara tan terribles consecuencias. Como respuesta, el modelo femenino era presentado con convicción y dentro de un discurso coherente, justificado por la exégesis del relato bíblico, bien fundado en la autoridad de la tradición eclesial, confirmado por la indiscutible teoría aristotélica, y capaz de responder a la perfección a las demandas de los clérigos en particular y de los varones en general.

A pesar de todo lo discutible de su doctrina, Tomás, comparado con sus contemporáneos, puede ser considerado un “moderado” en sus conceptualizaciones acerca de la mujer. Esto no lo disculpa por el peso de que han sido investidas sus conclusiones, al considerarlo una “autoridad” de la tradición eclesiástica. Otros monjes y sacerdotes, casi contemporáneos suyos, han escrito páginas mucho más gravosas para la mujer. Retirados al universo masculino de los claustros y facultades de teología, en el seno de comunidades de “iguales”, muchos se las imaginan, se representan a las mujeres a la distancia, en la ajenidad y el temor. Abrogándose a sí mismos la responsabilidad de pensar en la humanidad y orientar a la sociedad o a sus comunidades hacia la perfección y la salvación, algunos opinan:

“Este sexo ha envenenado a nuestro primer padre, que era también su marido y su padre, ha decapitado a Juan Bautista y llevado a la muerte al valiente Sansón. En cierto modo, también, ha matado al Salvador, pues, si su falta no se lo hubiera exigido, nuestro Salvador no habría tenido necesidad de morir. ¡Ay de ese sexo, en el que no hay temor, ni bondad, ni amistad, y al que más hay que temer cuando se lo ama que cuando se lo odia!”⁸³

Otro abad, que escribe para sus monjes tratando de fortalecerlos en su elección celibataria y su alejamiento de todo referente de Eva, los advertía acerca del señuelo de la belleza femenina:

“La belleza del cuerpo sólo reside en la piel. En efecto, si los hombres vieran lo que hay debajo de la piel, la visión de las mujeres les daría náuseas[...]. Puesto que ni con la punta de los dedos toleraríamos tocar un escupitajo o un excremento, ¿cómo podemos desear abrazar este saco de heces?”⁸⁴

Un obispo, se dirige a su audiencia en dos ciudades de Francia, reconveniendo a los fieles:

“La mujer, una cosa frágil, nunca constante, salvo en el crimen, jamás deja de ser nociva espontáneamente. La mujer, llama voraz, locura extrema, enemiga íntima, aprende y enseña todo lo que puede perjudicar. La mujer, *vil forum*, cosa pública, nacida para engañar, piensa haber triunfado cuando puede ser culpable. Consumándolo todo en el vicio, es consumida por todos y, predadora de los hombres, se vuelve ella misma su presa.”⁸⁵

Esto escribían hombres santos y sabios, considerándose a sí mismos depositarios de los valores morales de la sociedad. Las mujeres son convertidas en un “objeto de opinión”, en un *locus* teórico y un campo de experimentación de las ideas y las prácticas, donde la sociedad medioeval piensa y verifica sus conceptos acerca del pecado y de la diferencia de los sexos.

⁸³ Geoffroy de Vendôme (n. 1132), abad del monasterio benedictino de la Trinidad, Vendôme, Francia; transcripto en: HM3, *op. cit.*, p. 34.

⁸⁴ Odón de Cluny (n. 942), *ibíd.*, p. 35.

⁸⁵ Hildeberto de Lavardín (n. 1133), obispo de Le Mans y luego de Tours, Francia; *ibíd.*, pp. 37s.

2. 8 La mujer vista a la luz de la Reforma de Lutero: ... poco cambia.

Martín Lutero considera al matrimonio como el estado primordial, un estado de origen divino y una vía de salvación. Sostiene que Dios creó al hombre y a la mujer distintos para que “permanezcan unidos, se multipliquen, engendren hijos, los alimenten y los eduquen”.

La relación de los esposos, la institución divina del matrimonio, la procreación y el peligro de adulterio, son abordados por Lutero en muchos de sus sermones y también en el *Catecismo Mayor*. En su sermón del 8 de enero de 1531, conocido como "La agradecida estimación del estado matrimonial", expresa:

"El primer honor que distingue al matrimonio es el hecho de tener a su favor la palabra de Dios, y de ser un quehacer de origen divino. [...]

Más si se habla del matrimonio en términos cristianos y divinos, se lo distingue con los honores máximos por cuanto en el marido y en la esposa hallas inscrita la palabra de Dios. [...] Dios mismo es el que te asigna la esposa, o el marido, y le place a Dios que ésta sea tu esposa, o que éste sea tu marido. No hay pues en el matrimonio ningún adorno que supere al adorno éste; pues si te atenes a la palabra de Dios que os unió, con buena conciencia puedes vivir con tu esposa, dormir con ella y engendrar hijos."⁸⁶

En su *Catecismo Mayor* (1529), Lutero hace una extensa disquisición acerca del sexto mandamiento: "No cometerás adulterio". Lutero centra la atención en como honra y ensalza a Dios el estado matrimonial, preservándolo mediante su mandamiento.

"Despréndese de esto, que Dios quiere que también nosotros lo honremos, lo consideremos y lo adoptemos como un estado divino y salvador, ya que fue instituido antes que todos los demás estados y para tal fin creó Dios al hombre y a la mujer distintos, como está a la vista: no para la villanía, sino para que permanezcan unidos, se multipliquen, engendren hijos, los alimenten y los eduquen para la gloria de Dios."⁸⁷

Con respecto a la creación de Eva, Lutero sostiene que fue creada por Dios como “una ayuda sociable del hombre, en especial , para dar a luz hijos”. Aquí Lutero apenas da un paso más, considerando a Eva, y en consecuencia a la mujer, no sólo como co-procreadora sino también como una compañía humana y social para el hombre.

En su sermón de mayo de 1519, publicado como "Un sermón acerca del estado matrimonial", comienza recreando el texto de Génesis 2 para describir que el hombre y

⁸⁶ Martín Lutero, "La agradecida estimación del estado matrimonial"; en: *Obras de Martín Lutero* (trad. Erich Sexauer), tomo IX, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1983, pp. 384s. El subrayado es nuestro.

⁸⁷ Martín Lutero, "Catecismo Mayor"; en: *Obras de Martín Lutero* (trad. Carlos Witthaus y Manuel Vallejo Díaz), tomo V, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1971, p. 77. El subrayado es nuestro.

la mujer provienen de Dios, que han sido unidos por él, que la mujer fue creada como auxiliar del varón en especial para la procreación:

"...la mujer fue creada para ser una ayuda sociable del hombre, en especial . para dar a luz hijos. Y esto no ha cambiado hasta hoy día, sólo que desde la caída en pecado se le ha mezclado la sensualidad, y que ahora el deseo del hombre hacia la mujer y viceversa ya no es puro. Pues se busca no sólo la compañía humana y los hijos, único fin con que el matrimonio fue instituido, sino que hay una muy marcada tendencia hacia la voluptuosidad."⁸⁸

Después del pecado original, en cambio, el amor de los cónyuges dejó de ser puro para transformarse en “voluptuoso”, convirtiéndose el matrimonio en un remedio contra la fornicación y el adulterio, al obligar a optar por “un compañero de cama único”. El matrimonio es el medio que asegura relaciones sexuales legítimas y evita las relaciones sexuales múltiples.

En el mismo sermón, Lutero agrega:

2) "...el matrimonio es un pacto de fidelidad. [...] Por cuanto, pues, el uno se liga y se entrega al otro de tal manera que le corta a la carne todos los demás caminos y se contenta con un compañero de cama único, por tanto Dios toma en cuenta el hecho de que la carne es reprimida hasta el punto de no permitirsele hacer desenfrenadas correrías por la ciudad, y en su gracia consiente en que donde se guarda tal fidelidad, se le haga alguna concesión al placer, aún más allá de lo necesario para la procreación, pero siempre que uno se modere con toda seriedad y no convierta las relaciones matrimoniales en un estercolero y revolcadero de puercos."⁸⁹

A comienzos del siglo XVI, cuando Martín Lutero hizo oír su “protesta” y su reclamo de una fe verdadera, cuando proclamó el sacerdocio universal de todo cristiano, célibe o casado, varón o mujer, muchas mujeres piadosas cristianas respondieron al llamado. Una de ellas fue Katharina von Bora, su futura esposa. La misma fractura del cristianismo occidental en múltiples opciones, favoreció el entusiasmo religioso y la participación, demostrando su fervor y lealtad, tanto del lado reformado como del católico, en nombre de la “verdadera” fe. Pero esta efervescencia creativa duró poco tiempo. Las tradiciones heredadas de la cultura europea abreviaron cualquier posible interludio de “igualdad”. Surgieron prontamente las antiguas premisas y los roles

⁸⁸ Martín Lutero, "Un sermón acerca del estado matrimonial", en: *Obras de Martín Lutero* (trad. Erich Sexauer), tomo III, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1974, p. 20. El subrayado es nuestro.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 21-24. El subrayado es nuestro.

restrictivamente definidos. Imponer el nuevo orden supuso situar a la mujer en un lugar conveniente. La familia patriarcal, según el modelo tradicional, reemplazó al amparador cuidado del claustro monacal. Una vez obtenido el reconocimiento y la legitimación oficial, las mujeres protestantes fueron “consagradas” al claustro hogareño.

Distanciados en innumerables cuestiones teológicas, tanto los católicos como los protestantes coincidían unívocamente en la inferioridad de la mujer y en la condena de aquéllas que no querían permanecer dentro de las esferas a ellas asignadas. Lutero, líder de la Reforma protestante, reitera los viejos argumentos patrísticos y escolásticos de la inferioridad básica de la mujer, de su “intelecto mucho más débil”, de su incapacidad para igualar “la dignidad y la gloria del varón”.

Así como difiere en tantas cuestiones esenciales con sus contemporáneos de la ortodoxia católica, Lutero se une a ellos en su conceptualización de la mujer. Apelando al Génesis Lutero explica:

“Por tanto es evidente que la mujer es un animal distinto del hombre, no sólo por poseer miembros distintos, sino también por un intelecto mucho más débil. Pues, aunque Eva era una creación muy noble, igual que Adán, en lo que respecta a la imagen de Dios, [...] así la mujer, aunque la obra más hermosa de Dios, no iguala la dignidad y la gloria del hombre.”⁹⁰

El modelo social de los siglos XVI y XVII da al matrimonio un lugar preeminente. El elogio al matrimonio y a la familia cristiana es un dato insoslayable. Protestantes y católicos exaltan y enaltecen las glorias del matrimonio y de la maternidad para las mujeres.

Lutero considera la unidad doméstica como el lugar propio de la mujer, donde ella debe estar exclusivamente confinada “como un clavo clavado en la pared”, mientras que el mundo exterior es territorio exclusivo de padres y esposos, que pueden entrar y salir del espacio doméstico.

En su propio testimonio de vida, Lutero manifiesta su elección del estado matrimonial, contrayendo nupcias a los 42 años con una ex-monja de 26 años

⁹⁰ Citado por Ian Maclean, *The Renaissance Notion of Woman: A Study of the Fortunes of Scholasticism and Medieval Science in European Intellectual Life*, Nueva York, Cambridge University Press, 1980, pp. 9-10; reproducido en: *Historia de las Mujeres: una historia propia*, volumen 1, 3ª parte, Barcelona, Ed. Crítica, 1992, p. 279. El subrayado es nuestro.

Katharina von Bora, el 13 de junio de 1525. Así se convirtió en el primer reformado que contrajo matrimonio, y ella en el primer modelo de esposa y madre. Respecto a las relaciones dentro de la familia ideal, escribe:

“El gobierno reside en el marido y la esposa está obligada a obedecerle por mandamiento de Dios. El gobierna la casa y la hacienda, hace la guerra, defiende sus pertenencias, cultiva el suelo, construye, planta, etc. Por otro lado la mujer es como un clavo que se clava en la pared [...] así la esposa deberá permanecer en casa y cuidar de los asuntos domésticos, como alguien que ha sido privado de la capacidad de administrar los asuntos externos que conciernen a la hacienda.”⁹¹

El marido es la figura central del matrimonio, mientras que la obligación de la esposa es rendirle sumisión y reverencia, y estar a su servicio. Dentro de él, su función maternal es la principal y la que la redime de su pecado. La procreación es su compromiso continuado, en una sucesión agotadora, tanto física como psíquica, de embarazos y partos, muchas veces difíciles. En su rol maternal se cumple la perspectiva a la vez trágica y gloriosa de la condenación bíblica.

Con respecto a la función maternal de la esposa, Lutero se permite una comparación de la mujer con Eva:

“Son maestras en la procreación y la lactancia y el cuidado de sus vástagos. De este modo Eva es castigada, pero [...] es un agradable castigo si consideráis la esperanza de vida eterna que se les ha concedido.”⁹²

Parece como si la mujer no pudiera limpiar su pecado a través de la fe, como la multitud de los creyentes varones, sino a través del parto. Como si cumpliendo la función biológica que se le asignara la mujer se acercara a lo divino.

Katharina von Bora cumplió a la perfección con la consigna. Se ocupaba diligentemente de su casa, parió y crió los seis hijos de Lutero, lo cuidó durante su enfermedad y su muerte, administraba su casa y sus tierras extramuros, atendía a los numerosos huéspedes. Mientras tanto Lutero escribía, predicaba y se sentaba a la mesa del comedor a hablar con sus discípulos. Por toda esta dedicación, y a manera de cariñoso reconocimiento, se la nombraba como “caballero señor Käte”⁹³. Es decir, se le

⁹¹ Citado por George H. Tavard, *Woman in Christian Tradition*, University of Notre Dame Press, 1973, p. 174; reproducido en: *ibid.*, p. 284. El subrayado es nuestro.

⁹² Citado por John A. Phillips, *Eve: The History of an Idea*. Nueva York, Harper & Row Publishers, 1984, p. 105; reproducido en: *ibid.*, p. 285.

⁹³ Cfr. Rodolfo Obermüller, “Katharina von Bora”; en: David Arcaute y otros, *Lutero: ayer y hoy*, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1984, pp. 309-311.

hacia el máximo honor a una mujer que vivía entre los varones del siglo XVI, calificándola positivamente con el único medio disponible. un apelativo masculino, elevándola a la categoría viril.

2.9 Eva en el Concilio de Trento: la gran ausente

El magisterio eclesiástico reunido en la ciudad de Trento, a poco de comenzadas las sesiones del Concilio ecuménico, dedica una sesión de dos días a debatir y promulgar el decreto sobre el pecado original.

Convocado por el papa Paulo III, la asamblea conciliar inició sus sesiones el 13 de diciembre 1545 en la ciudad italiana de Trento. Prolongó las mismas durante dieciocho años, sesionando en tres periodos: 1545-1547; 1551-1552 y 1562-1563, separados por largos intervalos.

Durante el primer período, en su sesión V, celebrada entre el 24 de mayo y el 17 de junio de 1546, de debatió y promulgó el decreto sobre el pecado original.⁹⁴

Luego de un estudio previo, a cargo de treinta y dos teólogos menores, se reunió la congregación general para el debate. Frente a las divergencias entre las distintas líneas (agustiniana, tomista, etc.) se resolvió no discutir sobre la esencia del pecado original y, ateniéndose a las disposiciones de los concilios anteriores, limitarse a refutar la doctrina de los reformadores. Tras el acuerdo, una comisión se encargó de redactar el decreto para ser sometido a su debate final y aprobación.

El texto final, votado y promulgado los días 16 y 17 de junio de 1546, respectivamente, quedó constituido por un prólogo, cinco cánones y una declaración final sobre la inmaculada concepción de María.

Su mayor aporte, en la temática que nos concierne, es que en todas las referencias al pecado de los orígenes siempre aparece Adán como único protagonista, citándolo por su nombre propio en cuatro de los cinco cánones.

Los cánones 1, 2, 3 y 4 se refieren a Adán citándolo de la siguiente forma:

Canon 1º: "...Adán, el primer hombre..."

Canon 2º: "...el pecado de Adán le dañó a él solo..."

Canon 3º: "...el pecado de Adán que es uno en su origen..."

Canon 4º: "...del pecado original de Adán..."

⁹⁴ Cfr. M. Flick - Z. Alszeghy, *El hombre bajo el signo del pecado*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1972, pp. 155s y 162- 166.

Eva, su compañera y coprotagonista en la caída, no aparece ni una sola vez ni tan siquiera en una alusión indirecta. Adán, en cambio, no es representado en términos genéricos de raza o género humano, o humanidad primera, sino como un personaje con una presencia totalmente real en el paraíso original. Adán es quien comete el pecado y quién nos lo transmite.

El documento conciliar aborda, en primer lugar, el pecado de los orígenes en la figura de Adán. Aparece representado como una realidad histórica precisa e individual: primer hombre y antepasado físico del género humano. No obstante de haber sido constituido por Dios en santidad y justicia, por su desobediencia transgredió el mandamiento de Dios en un acto también histórico, sucedido una vez y en un lugar dado: el paraíso. Por ese acto ofendió a Dios, suscitó su cólera y su indignación y perdió su estado original, siendo cambiado totalmente en cuerpo y alma a un estado peor. Se acarreó la muerte y la servidumbre bajo el poder del demonio.

Eva es dejada en el silencio mas absoluto, en la total indiferencia. No se la nombra ni siquiera para acusarla de algo. Visto positivamente podría entenderse como un descargo tácito de la mujer, representada en Eva; visto negativamente, en cambio, como la más devastadora negación de lo femenino en los orígenes de la humanidad. Lo cierto es que esa parquedad resulta curiosa, pues en el curso de la historia las mujeres han sido despreciadas, desheredadas, explotadas, pero nunca “borradas”.

El lenguaje parco de los cánones conciliares, que evita la frondosidad descriptiva en la que fácilmente caen los Padres o los teólogos escolásticos, llega al extremo de eliminar del escenario edénico a Eva. Como contrapartida, agrega a los cánones una declaración sobre la inmaculada concepción de María. Donde Eva, la mujer primordial y humana, desaparece, es reemplazada por María, la mujer celestial, virgen y madre, y concebida sin pecado original⁹⁵.

⁹⁵ Esta declaración va a ser convertida en Dogma de la Inmaculada Concepción de María en 1854.

Declaración final

“Declara no obstante el mismo santo Concilio, que no es su intención comprender en este decreto, en que se trata del pecado original, a la bienaventurada, e inmaculada virgen María, madre de Dios; sino que se observen las constituciones del Papa Sixto IV de feliz memoria, las mismas que renueva; bajo las penas contenidas en las mismas constituciones.”⁹⁶

La misma transferencia hereditaria del pecado original se realiza por vía de la procreación. Nombrarlo simplemente a Adán, lleva implícita la vieja acepción de que sólo el semen paterno tiene cualidades procreativas y transmisoras de herencia genética. Adán es quién transmite la “naturaleza humana” caída.



⁹⁶ Cfr. *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento* (trad. del latín de Ignacio López de Ayala), París, Librería de Rosa y Bouret, 1860, p. 43.

CAPITULO 3

EL MAL

Este tercer capítulo está dedicado al tema del origen del mal en el mundo, y en particular a los vehículos donde supuestamente se visualiza su presencia de manera recurrente. Trazaremos la línea hermenéutica del discurso escrito acerca del mal, en aquellos aspectos en que se hace presente por intermedio de lo corporal o de lo femenino; es decir, cuando “cuerpo” y “mujer” son transformados o identificados como vehículos preferenciales del mal. Esta autolimitación deliberada deja al margen de esta investigación cualquier otro aspecto del mal, por simples razones metodológicas de alcance y pertinencia.

Para mantener la coherencia, recorreremos un arco temporal semejante al de los capítulos precedentes (siglo III a.C.- siglo XVI).

El PECADO ORIGINAL, como ocasión privilegiada de protagonismo del mal en los orígenes de la humanidad, atacando los “flancos débiles de la corporalidad y de lo femenino”, será nuestro objeto de estudio y reflexión.

3.1 El diablo-serpiente y los ángeles perversos

Revisando las ideas, interpretaciones y explicaciones que la literatura del judaísmo intertestamentario ofrece acerca del origen del mal, merecen citarse varias obras: en primer lugar la *Septuaginta* y, dentro de la apocalíptica judía, el *Libro de los Jubileos*, el *Libro de Henoc* y la *Vida de Adán y Eva*.

La *Septuaginta* pone en boca de Eva una descripción de la serpiente que se aparta un poco del original hebreo. Mientras que en este último, la serpiente condensa los símbolos de la inmortalidad y de la sabiduría¹, la *Septuaginta* ya le agrega la

¹ Cfr. José Severino Croatto, *op. cit.*, p.131.

comunicación negativa del engaño, de la mentira. Hace más potente la capacidad maligna de la serpiente, más protagónica su astucia para arrastrar hacia el mal.

Cuando la mujer, después de la caída, explica a YHWH que la interroga el motivo de su pecado, ella responde (Gn 3:13b) diciendo:

הַנָּחָשׁ אֵרָאָה וְאָכַל מִפְּרִי הַיָּדָעַתַּי

que transliterado es: hānājās hiššī' anū wāōkēl
y traducido: *la serpiente me tentó, y comí.*

La Septuaginta, en cambio, pone en boca de la mujer:

Ὁ ὄφις ἠπάτησέν με, καὶ ἔφαγον

que traducido es: *La serpiente me engañó, y comí*

pues usa la 3^{ra} persona singular del aoristo del verbo griego ἀπατῶ: engañar. Mientras que “tentar” alude a invitar a una prueba, a un reconocimiento mediante el sentido del tacto, a un intento, la *Septuaginta* parece referir a una persuasión con engaño, con mentiras, a una inducción al otro a tener por cierto lo que no es². Deja subyaciendo la idea de que toda tentación es engañosa y de que el mal presente en la serpiente es evidente.

El tema del mal es retomado por la *Septuaginta* en dos libros deuterocanónicos. En el libro de la *Sabiduría* la presencia simbólica de la serpiente es ya identificada como “diablo”, como “*Satán*”, como demonio. Es una divinidad caída, que desune y siembra discordia³, es un espíritu del mal. El animal astuto ya es una personificación de gran poder y protagonismo maléfico, que entra en una competencia envidiosa con el Creador. Utiliza la figura del diablo (διαβολου, en griego)⁴. La envidia del diablo ante la incorruptibilidad del hombre parece ser la causante del advenimiento de la muerte⁵. La muerte y el mal ya son una consecuencia del accionar del “otro” en el jardín del Edén, dando por supuesto que antes de la tentación y la caída, la muerte no estaba prevista para Adán, Eva y sus descendientes. El *Eclesiástico*, por su parte, se ocupa de asociar el mal con la mujer, subrayando el protagonismo femenino en la entrada del mal en el mundo. (Ecb. 25:24).

² Cfr. Julio Casares, *Diccionario Ideológico de la Lengua Española* (2^o edición), Barcelona, Ed. G. Gilli, 1994, pp. 806 y 332.

³ Cfr. Juan Corominas, *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* (3^o edición), Madrid, Ed. Gredos, 1994, pp. 204 y 212, y *Sab 2:24*.

⁴ Esta es una traducción que del hebreo “*Satán*” había hecho la *Septuaginta* en Job 1:6 y 7.

⁵ Cfr. José Severino Croatto, *op. cit.*, p. 189.

Dentro de la literatura apocalíptica judía, el midrás que reinterpreta los libros del Génesis y Éxodo, conocido como *Libro de los Jubileos*, sitúa el origen del mal no en la unión de Adán y Eva y su caída en el Edén, sino que lo posterga hasta la aparición de los “ángeles perversos”. Estos, uniéndose sexualmente con mujeres terrestres, engendraron los gigantes, criaturas tangentes a dos naturalezas distintas, verdaderos “engendros” que corrompieron el género humano⁶. Esta unión impropia de especies diferentes contaminaron a toda la naturaleza humana. El mal se desplaza desde Adán y Eva hacia los engendrados de gigantes, pero su aparición en el mundo no sale de la órbita de lo sexual. Las mujeres cedieron su cuerpo a lo diabólico.

El *Libro de Henoc* retoma el motivo mítico de los ángeles y demonios rebeldes que poblaban los cielos y bajaron a la tierra a unirse sexualmente con las mujeres, engendrando a los gigantes. Muchos de los secretos de la cultura urbana fueron enseñados por ellos a la humanidad, incluso las prácticas guerreras y la fabricación de armas. Los arcángeles, otros seres celestiales pero fieles a Dios, los derrotaron. El mal es de origen celestial y los hombres sus víctimas incautas. El mal procede del mundo celeste revelado contra Dios y los hombres son permanentemente inducidos por los malos espíritus.

Nuestros primeros padres, Adán y Eva, fueron expulsados del paraíso por su transgresión, pero ésta no tuvo consecuencia para las generaciones posteriores. En ninguna de las partes de Henoc aparece la noción de pecado humano de los orígenes. La referencia a los primeros padres, Adán y Eva, cuenta que comieron del árbol de la ciencia, destacado por su hermosura entre los otros árboles del paraíso. Por ello adquirieron sabiduría y se les abrieron los ojos por lo cual advirtieron que estaban desnudos, y así fueron expulsados del Paraíso. Nada permite deducir que por este acto de desobediencia de los primeros padres se haya extendido el pecado sobre todas las

⁶ Cfr. F. Corriente - A. Piñero, “Libro de los Jubileos”, § 5, 1-2; en: A. Díez- Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo II, Madrid, Ed Cristiandad, p. 94.

generaciones⁷. Recién al final del libro, el mal está asociado a la acción del hombre y a su naturaleza humana. En el *Libro de las Enseñanzas y Castigos o Carta de Henoc* se atribuyen el origen del mal y todos los pecados al hombre, y no a seres celestiales⁸, destacándose la naturaleza humana del mal y las funestas consecuencias de la libertad mal utilizada.

La *Vida de Adán y Eva*, asocia diablo con serpiente, identificada ésta como un animal macho (¿quizá alguna alusión fálica?). El mal es preexistente a nuestros primeros padres, ya está allí, aunque fuera del jardín custodiado del Edén. Es la actitud de Eva, la que le abre la puerta, y por lo tanto la responsable de su acceso al hábitat humano. Encaramándose en el muro del paraíso, cuenta el relato, la serpiente comenzó a dialogar con Eva, que con curiosidad irrefrenable se había asomado y la dejó entrar al paraíso. Allí Eva cedió ante la incitación a comer del árbol que permite conocer lo bueno y lo malo, siendo como dioses.

3. 2 El hereje ángel apóstata que veja a la humanidad

Los cristianos del siglo II también vivían en un mundo poblado de espíritus invisibles, unos actuaban como colaboradores, pero otros eran demonios. Algunos cristianos rezaban en extrañas lenguas y se sentían vehículos de comunicación del Espíritu de Dios mediante el don de la profecía. La posesión era una experiencia fuerte, íntima pero manifiesta físicamente, que se repetía con frecuencia. Otros, en cambio, asumían una posición más cautelosa y ortodoxa.

Entre estos últimos, cabe comenzar por el apologeta cristiano *Justino* mártir. Se cuenta entre los primeros escritores cristianos que abren su mensaje al público pagano culto, con la intención de refutar las calumnias contra el cristianismo y exponer la verdadera naturaleza del mensaje cristiano. Inscripto en la misma perspectiva de cielos

⁷ Cfr. F. Corriente - A. Pinero, "Libro 1 de Henoc (etiópico y griego)", § 32, 6; en: A. Díez-Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo IV, Madrid, Ed. Cristiandad, p. 64.

⁸ *Ibid.*, § 98, 4: pp. 130s.

habitados por ángeles y demonios, Justino atribuye el problema del mal en el mundo, la existencia de crueldades sanguinarias y sacrificios humanos, los desórdenes sociales del Imperio Romano, a los ángeles caídos de Génesis 6. La maldad de éstos y su perversidad, se patentiza en que “violaron a las mujeres y corrompieron a los jóvenes”, y su poder, en que fueron adorados como dioses por los paganos. Justino exime a Adán y Eva de habernos acarreado tales males.

Frente a la magnificencia y brutalidad de los cultos a los dioses de Roma, Justino desenmascaró su identidad oculta: los consideró, más bien, ángeles caídos según Gn 6, expulsados de los cielos al principio de los tiempos.

“Pues vamos a decir la verdad, y es que, en lo antiguo, unos demonios perversos, haciendo sus apariciones, violaron a las mujeres y corrompieron a los jóvenes y mostraron espantajos [cosas terribles] a los hombres. Con ello se aterraron aquellos que no juzgaban por razonamiento las acciones practicadas, y así, llevadas del miedo, y no sabiendo que eran demonios malos, les dieron nombres de dioses...”⁹.

Justino atacaba a los dioses por su arrogancia e inmoralidad, e indirectamente atacaba a los gobernantes romanos. Más que centrar el origen del mal de este mundo en la vida de Adán y Eva en el jardín de Edén, Justino lo hacía en Gn 6:2-4, en aquellos ángeles caídos que seducieron y estupraron mujeres.

Ciertamente que sus observaciones se inscribieron dentro del importante espacio que el siglo II dio a la demonología en esa búsqueda de respuestas al problema del mal o a la existencia de los desórdenes.

Por su parte *Ireneo de Lyon*, oriundo de las comunidades cristianas de Asia Menor, interpreta el problema del mal y su redención como traído por una virgen, Eva, y liberado por otra virgen, María. La virginidad parece un dato esencial, paradójicamente tanto en uno como en otro caso. Imaginándose a Adán y Eva en el jardín del Edén, plantea que el mal transformó una desnudez inocente y casta en una efervescencia de “deseos voluptuosos y placeres vergonzosos”. El mal y quién lo encarna, el demonio, es un ángel caído y apóstata que seduce al hombre, ya sea atrayendo su mente o mediante el deseo sexual.

En cuanto a la identificación del promotor de la desobediencia del hombre, Ireneo apunta:

⁹ Justino: *Apología I*, 5, 2; en: Daniel Ruiz Bueno (textos y traducción), *Padres Apologistas Griegos (s. II)*, Madrid, B.A.C., 1954, p. 186.

"El demonio, siendo un ángel apóstata, no puede hacer más de lo que hizo en un principio, es decir, seducir y atraer la mente del hombre para que traspase los mandatos de Dios, obcecando paulatinamente los corazones de aquéllos que se disponen a servirle, de suerte que se olviden del verdadero Dios..."¹⁰.

De la seducción mental pasa a la sexual, del corazón del hombre pasa a sus órganos genitales, al describir, como una forma de castigo por el primer pecado, el hecho de cubrirse con hojas irritantes.

Por último, Ireneo identifica a Satanás como inspirador de herejías y apostasía, diferenciándolo de la tradición ortodoxa procedente de Cristo a través de la sucesión apostólica.

Ireneo, en sus áridas controversias con las corrientes gnósticas, exagera su juicio acerca de la iglesia verdadera, que procede de Cristo y pasa por la sucesión apostólica a partir de Pedro, frente a la iglesia herética, que procede de Satanás a través de Simón el Mago:

"Todos aquéllos que de alguna manera corrompan la verdad y perjudiquen las enseñanzas de la iglesia son los discípulos y sucesores de Simón el Mago de Samaria [...] transmitiendo a sus oyentes el veneno amargo y maligno de la gran serpiente (Satanás), el gran autor de la apostasía."¹¹

Aquí Ireneo apela al dualismo bien-mal para defender la tradición ortodoxa (sucesión apostólica), la única iglesia verdadera de otra tradición que identifica como proveniente de Satanás, el Maligno, "padre de todas las herejías", y se remonta al maestro gnóstico antes citado y toda su sucesión herética.

El oriente mediterráneo *Orígenes*, miembro relevante de la escuela de Alejandría, explica el motivo de la caída de Adán y Eva desde la esfera de la elección libre y voluntaria del hombre. Lo describe como producto de la "desidia y el cansancio" en el esfuerzo de guardar el bien.

En su obra fundante, *De Principiis*, Orígenes expresa:

"...Pero la desidia y el cansancio en el esfuerzo que requiere la guarda del bien, y el olvido y descuido de las cosas mejores, dieron origen a que [las naturalezas racionales] se apartaran del bien... [y] entregarse al mal..."¹².

Volviendo al polo cultural latino, *Tertuliano* personifica al mal como "diablo" describe su palabra como un "semen" que "se metió dentro de Eva" y la llevó al destierro. El trabajo humano de la tierra, después del pecado, es visto también como una

¹⁰ Ireneo, *Adversus Haereses* V, 24, 3: en: José Vives, *op. cit.*, p. 174.

¹¹ Ireneo, *Adversus Haereses* I, 27, 4, citado por, Elaine Pagels, *Los Evangelios Gnósticos*, (trad. Jordi Beltrán), Barcelona/México, Ed. Crítica/Grijalbo, 1994, pp. 88s.

¹² Orígenes, *De Principiis* II, 9, 2: en: José Vives, *op. cit.*, p. 277.

vejación de su virginidad. La virginidad, tanto de la tierra como de Eva son, para Tertuliano, datos inequívocos del paraíso. Por ende, la redención de Cristo deberá operarse de manera que la Palabra de Dios fecunde a una virgen, María.

Tertuliano ofrece una visión muy particular del jardín del Edén y del diablo, entrelazada con conceptos acerca de la virginidad y la sexualidad:

"Porque cuando surgió el hombre, la tierra era virgen y no había sido vejada por el trabajo humano ni se le había introducido semilla alguna: de esta tierra virgen se nos dice que Dios hizo el hombre para que fuera un ser viviente [...]. Este segundo [el nuevo Adán: Cristo], pues, salió de una tierra virgen -la carne que no había sido todavía abierta a la generación-, para que fuera un espíritu vivificante [...]. Porque la palabra del diablo, artífice de la muerte, se metió dentro de Eva cuando ésta era todavía virgen: paralelamente la Palabra de Dios, constructora de la vida, tenía que meterse dentro de la Virgen [María] para que se restableciera la salud del hombre por el mismo sexo por el cual había venido al hombre la perdición. [...] Porque la palabra del diablo fue el semen por el que ella tuvo luego que parir desterrada..."¹³.

3.3 La lucha entre la luz y las tinieblas

Durante los primeros siglos de nuestra era, los cristianos se diseminaron en un amplio espectro geográfico, interpretando y apoyando tradiciones muy diversas. Unos se abroquelaron en lo que más tarde se autodenominó "ortodoxia", mientras que otros grupos fueron denunciados como heréticos.

Dentro de las corrientes consideradas heréticas por la ortodoxia cristiana, el *maniqueísmo*, originario de Medio Oriente, ha tenido gran influencia en el occidente mediterráneo. Postula la existencia de dos principios originarios y opuestos, el bien y el mal. uno es la luz y la sabiduría, el otro la tinieblas y la ignorancia; uno es identificado con el espíritu y el otro con el cuerpo y la materia. En cuanto a la creación de Adán y Eva, la doctrina maniquea sostiene que la unión del espíritu del mal con un demonio femenino es el origen de la humanidad primera.

¹³ Tertuliano, *De carne Christi*, 17; en: José Vives, *op. cit.*, pp. 386s. El subrayado es nuestro.

"El espíritu del mal, a fin de evitar que la luz pueda liberarse de las ligaduras de la materia, reunió toda la que pudo y la unió a un demonio femenino (*Namrale*), engendrando los dos primeros hombres: Adán (*Gêhmurd*) y Eva (*Murdiyânag*)¹⁴.

Deliberadamente se produce la asociación de lo femenino con lo diabólico en un acto engendrador de vida.

3. 4 De la concupiscencia al orgullo, de la lascivia a la soberbia

La iglesia cristiana de fines del siglo IV y comienzos del V es ya substancialmente diferente de la de los tres siglos anteriores. De movimiento perseguido por el poder imperial romano, el cristianismo se convirtió en religión de los emperadores gobernantes. Al clima de transitoriedad ante el desenlace de una parusía inminente, fue sucediéndole el de la seguridad y el poder. El marco referencial forjado en torno al martirio quedó desactualizado y otras preocupaciones, como el nombre, las posesiones, el matrimonio, el estatus social, etc., tomaron valor.

A comienzos del siglo V, y habida experiencia de las bondades y limitaciones del "imperio cristiano", la ingenua celebración original de la simbiosis iglesia-estado, va dejando lugar a una posición más crítica y cautelosa. El estado ya no es tan "malvado", pero la iglesia tampoco parece ser tan "santa". Una figura paradigmática de este tiempo es el obispo de Hipona, *Aurelio Agustín*.

En cuanto a su interpretación del mal paradisiaco, el pensamiento de Agustín sufre una evolución. Antes de su conversión, Agustín identifica el mal de su alma con la "lascivia" que lo mantiene esclavo de las mujeres. Su mismo proceso de conversión al Dios de los cristianos es una liberación al hábito de saciarla. El bien paradisiaco, en cambio, es la compañía de los ángeles, la vida feliz y la inmortalidad. El mal, después de la transgresión, es la vida bestial y la esclavitud de la concupiscencia. La serpiente del relato genesiaco es identificada simbólicamente como la incitación diabólica al mal. En casos particulares, la asocia a la herejía maniquea. Es un "ángel caído", alejado de Dios por su

¹⁴ Enrique D. Dussel, *op. cit.*, p. 125; haciendo referencia a la obra de H. Puech, "La religión de Mani", en: *Cristo y las religiones del mundo*.

orgullo, que se arrastra contorsionándose, resbaladizo y capaz de entenderse con la próxima animalidad de la mujer. El diablo cautiva y seduce a Eva, introduciendo en ella la "causa de la concupiscencia".

Agustín narra cómo el ángel caído, "alejado de Dios por su orgullo", escogió a la culebra, "animal lúbrico que se mueve con tortuosos meneos" para seducir a la mujer¹⁵.

"Cautiva, pues, el diablo, rescata Cristo; cautiva el seductor de Eva, rescata el Hijo de María; cautiva el que por la mujer se introdujo en el hombre, rescata aquél que nació de mujer que no conoció varón; cautiva el que introdujo en la mujer la causa de la concupiscencia, rescata aquél que fue concebido en la mujer exenta de concupiscencia."¹⁶

No obstante esta relativa personificación del diablo, Agustín nunca saca el pecado original de la órbita de la responsabilidad última de nuestros primeros padres. En su pensamiento más maduro afirma que cayeron en la tentación por amor propio, por estar ya inflamados de soberbia. No coloca al cuerpo como origen del mal, sino a la libertad humana. La naturaleza es falible pero buena, dice Agustín en consonancia con la antropología bíblica. Sólo el hombre puede corromper el orden natural, precisamente por poseer libertad.

A pesar de lo antedicho, cabe apuntar una afirmación certera que hace Agustín, preguntándose acerca del principio de la mala voluntad de nuestros primeros padres que, exentos de libido, fueron incapaces de cumplir un precepto tan sencillo de observar como el evitar comer de ciertos árboles. Su respuesta es que obraron por soberbia, por un "apetito de celsitud perversa":

"No hubiera, pues, el diablo sorprendido al hombre en un pecado tan claro y manifiesto, que consistió en hacer lo que Dios había prohibido, si él no hubiese comenzado a agradarse ya a sí mismo. Por eso le encantó la idea: 'Seréis como dioses'. Y hubieran podido serlo mejor manteniéndose obedientes a su verdadero y soberano principio que constituyéndose ellos mismos principio para sí por la soberbia."¹⁷

3. 5 Una por delectación ..., el otro por aspiración intelectual

Fruto del despliegue del patrimonio intelectual y artístico del siglo XIII, que tiene por escenario a las nacientes universidades de las principales ciudades europeas, Tomás

¹⁵ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 11, § 2; en: *Obras de San Agustín*, tomo XVI-XVII, *La ciudad de Dios*. Madrid, B.A.C., 1958, pp. 952s.

¹⁶ Agustín, *De la gracia de Jesucristo y del pecado original*, libro II, cap. 40, § 45; en: *Obras de San Agustín*, tomo VI, Madrid, B.A.C., 1949, p. 447.

¹⁷ Agustín, *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 13, § 2; en: *op. cit.*, p. 957.

de Aquino dedicó toda su vida a la investigación y a la docencia. Es un intelectual que perteneció simultáneamente a dos grandes instituciones de la época: la universitaria y la eclesiástica. La enseñanza universitaria desarrolló su propio método: la escolástica, que dio como fruto de sus ejercicios intelectuales una vasta obra literaria (enciclopedias, *summae*, compendios, manuales). Tomás de Aquino es un digno representante de la élite intelectual de la época.

Abocado a desarrollar todas las temáticas posibles que conciernen al hombre, el tema del mal no está ausente en su obra. En la primera parte de su *Compendio de Teología*, Tomás de Aquino describe en detalle el mal y sus géneros. Luego narra la escena paradisiaca de la tentación y ~~tentación~~ ^{temptación} de Adán y Eva. Entre los actores de este relato, la serpiente simboliza la sensualidad y la concupiscencia, en la cual se delecta Eva y a la que adhiere el consentimiento de Adán. El diablo es el agente principal de la tentación, y se dirige a la mujer por ser la presa más fácil.

Tomás describe el proceso de tentación y caída como protagonizado exclusivamente por el demonio y la mujer, y finalmente, por extensión, llega a Adán.

“La mujer deseó la elevación y la perfección de la ciencia prometidas, y a esto se unieron la bondad y la hermosura del fruto, que la incitaron a comer de él...”¹⁸.

El diablo tentó a la mujer, asediándola en diferentes puntos débiles: su soberbia, su curiosidad, su gula, su infidelidad a Dios y su desobediencia a sus prescripciones.

La culpabilidad múltiple resultante de la mujer fue:

“En primer lugar, es pecado de **soberbia**, porque la mujer deseó la elevación de una manera desordenada; en segundo lugar, es pecado de **curiosidad**, porque mediante ella aspiró a la ciencia más allá de los límites que le estaban marcados; en tercer lugar, es pecado de **gula**, porque fue incitada a comer el fruto a vista de suavidad; en cuarto lugar, es pecado de **infidelidad**, porque desconfió de Dios y confió en las palabras del demonio; en quinto lugar, es pecado de **desobediencia**, porque infringió el precepto de Dios.

La persuasión de la mujer hizo extensivo su pecado al hombre...”¹⁹.

¹⁸ Tomás de Aquino, *Compendio de Teología*, cap. 190, Madrid, Ed. Hyspamérica, 1985, p. 151.

¹⁹ *Ibid.*, p. 151. Las negritas son nuestras.

Para la caída del varón el diablo tuvo que preparar un doble ardid: sensitivo, por intermedio de la seducción de Eva, e intelectual, pues Adán “aspiraba indebidamente a la elevación y a la ciencia.”²⁰

En cuanto a la caracterización del pecado original, Tomás no duda en calificarlo de pecado de soberbia, dejando en segundo término otras caracterizaciones como las de desobediencia, gula, curiosidad e infidelidad.

“El pecado del primer hombre fue la soberbia en aspirar a cierto bien espiritual superior a su propia condición.”²¹

3. 6 El diablo lanza dardos de fuego al corazón del hombre

Los siglos XIV y XV son considerados habitualmente una etapa de transición que marca el ocaso de la Edad Media y el nacimiento de la Edad Moderna, constituyendo un eslabón. Todo el sistema cultural europeo de este período, al igual que los siglos inmediatamente anteriores, mantiene un carácter religioso. La religión inspira al arte y a la filosofía, plasma la moral e influye en todos los aspectos de la actividad humana, fuese social, política o económica. Para el común de los fieles la continuidad de la existencia después de la muerte es un dato cierto. Pero la acentuación no está puesta en los premios celestiales sino en los castigos del infierno, descritos de muchas maneras, tanto por el arte pictórico como por los tratados teológicos.

El cristianismo es un sistema cultural hegemónico, con dominio efectivo de cuantiosos bienes y vigilancia de las opiniones teológicas y filosóficas. Pero también surgen críticos al sistema eclesiástico, preocupados por purificar la teología y las prácticas cristianas. Finalmente es el monje agustino de nacionalidad alemana *Martín Lutero*, la figura capaz de articular la formulación teológica que dé respuesta a los requerimientos de reforma de su tiempo. Mediante su doctrina de la justificación por la fe, Lutero desplaza la desesperación por la segura condenación frente a un Dios temible,

²⁰ *Ibid.*, p. 151.

²¹ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Sección II, II Parte, cuestión 163, art. 1; en: Tomo 3, p. 960.

reemplazándola por la alegre certeza de la salvación, que es gratuitamente ofrecida por un Dios misericordioso mediante la fe.

Como todos sus contemporáneos, Lutero hace referencia en muchos de sus escritos al pecado de Adán y al pecado del hombre, tanto en sus sermones, como en sus prefacios a los textos bíblicos, en sus catecismos o bien en obras polémicas como los artículos de Esmacalda o el tratado del siervo arbitrio contra Erasmo. El pecado es para Lutero una entrega total del hombre a las fuerzas del diablo, que traen la muerte y el infierno. La caída de Adán fue causada por "la maldad del diablo".

En su obra publicada como *Prefacios a los libros de la Biblia* (1522-1541) Lutero apunta consideraciones de interés, especialmente en su introducción al Antiguo Testamento. Allí comenta:

"En el primer libro enseña como han sido formadas todas las creaturas y -lo que es el principal motivo de su escrito- de dónde provienen el pecado y la muerte, es decir, por la caída de Adán, a causa de la maldad del diablo, Génesis 3. Pero pronto, antes de que viniera la ley, Moisés nos enseña de dónde ha de venir la ayuda para expulsar el pecado y la muerte, es decir, no por la ley o la obra propia, porque todavía no existía la ley, sino por la simiente de la mujer, por Cristo, prometido a Adán y a Abraham. Así, desde el comienzo de la Escritura y en todo su contenido se ensalza la fe sobre toda obra, ley y mérito. Así pues, el primer libro de Moisés contiene casi exclusivamente ejemplos de fe y de incredulidad y qué frutos acarrear, siendo casi un libro evangélico."²²

El diablo, el mundo y nuestra carne, son quienes nos seducen y nos llevan a una fe errónea y a la desesperación. La labor del diablo se dirige principalmente a la conciencia y a las cosas espirituales, induciéndonos a despreciar la palabra y la obra de Dios. Intenta "arrancarnos de la fe, de la esperanza y de la caridad" para llevarnos a "la superstición, a la desesperación" y a la blasfemia de Dios. El diablo lanza su ataque al corazón y no a la carne.

Comentando la oración del Padrenuestro, en su sexta petición: "y no nos dejes caer en la tentación", Lutero acota:

"Dios, en verdad, no tienta a nadie; pero con esta petición le rogamos que nos guarde y preserve, a fin de que el diablo, el mundo y nuestra carne no nos engañen y

²² Martín Lutero, "Prefacio al Antiguo Testamento", en: *Obras de Martín Lutero* (traducción de Carlos Witthaus), tomo VI. Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1979, pp. 50s.

seduzcan, llevándonos a una fe errónea, a la desesperación y a otras grandes vergüenzas y vicios"²³.

Y en su Catecismo Mayor, luego de explayarse acerca de la carne y del mundo, comenta:

"[...] A esto se agrega que viene el **diablo**, azuza y provoca por todas partes. Pero, principalmente se dedica a lo que concierne a la conciencia y a las cosas espirituales, es decir, que se arroje y se desprecie tanto la palabra como la obra de Dios. Así trata de arrancarnos de la fe, de la esperanza y de la caridad, de llevarnos a la superstición, falsa arrogancia y obstinación o, por otra parte, a la desesperación, a la renegación y blasfemación de Dios y a otras innumerables cosas aborrecibles. Son las sogas y redes, o más bien, los verdaderos "dardos de fuego" (Ef. 6:16) lanzados al corazón no por la carne y la sangre, sino por el diablo en la forma más ponzoñosa."²⁴

Explicando el sacramento del Bautismo, en su Catecismo Menor, Lutero enseña:

"El bautismo efectúa perdón de los pecados, redime de la muerte y del diablo y da la salvación eterna a todos los que lo creen, tal como se expresa en las palabras y promesas de dios. [...]"

Significa que el viejo Adán en nosotros debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios, y que debe morir con todos sus pecados y malos deseos: asimismo, también cada día debe surgir y resucitar el hombre nuevo, que ha de vivir eternamente delante de Dios en justicia y pureza."²⁵

La transgresión a las prescripciones de Dios en el paraíso, es obra de Satanás, que indujo al hombre a desear lo prohibido. Satanás es el príncipe del hombre caído.

En su sermón del 8 de enero de 1531, conocido como "La agradecida estimación del estado matrimonial", Lutero advierte contra Satanás, que se esfuerza en denigrar el matrimonio ya desde el mismo paraíso terrenal:

"En el paraíso, el Señor mandó a Adán y Eva comer de todo árbol del huerto (Génesis 2: 16). En consecuencia, si Adán hubiese contemplado con fe los árboles cuyo fruto le estaba permitido comer, habría visto inscrita en ellos la palabra de Dios. Pero así no le gustó ninguno. En cambio, el árbol que no estaba incluido en el permiso expresado por la palabra de Dios, y que por lo tanto debiera haber sido para Adán el más aborrecible, ¡éste le pareció el más hermoso!. Análogamente, tu propia esposa te parece la más fea de todas, y en cambio, te deslumbra la belleza de la mujer de otro. Sin embargo, es sólo *a tu propia mujer* a la que Dios engalanó para ti con honores y adornos. Y más de una esposa hay que mira con desdén a su marido, y en cambio le gusta el esposo de otra. Los frutos que Dios te prohibió, éstos te parecen apetecibles; el árbol del cual Dios no te permitió comer, te atrae más que cualquier otro. Esto es obra de Satanás."²⁶

²³ Martín Lutero, "Catecismo Menor"; en: *Obras de Martín Lutero* (traducción de Carlos Witthaus y Manuel Vallejo Díaz), tomo V, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1971, p. 24.

²⁴ Martín Lutero, "Catecismo Mayor"; en: *ibid.*, pp. 124-126. La negrita es nuestra.

²⁵ Martín Lutero, "Catecismo Menor"; en: *ibid.*, pp. 25-26.

²⁶ Martín Lutero, "La agradecida estimación del estado matrimonial"; en: *Obras de Martín Lutero* (trad. Erich Sexauer), tomo IX, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1983, p. 389.

Lutero va clarificando su posición teológica, a pesar de que ello lo enfrente a otros grandes pensadores de su época. La polémica más desafiante es la que sostiene frente a Erasmo. Lutero increpa a Erasmo por colocar tanto a Dios como al diablo a enorme distancia del hombre, y presentarlos como actuando como simples espectadores del rol protagónico de la libre voluntad humana.

La polémica con Erasmo es parte de un proceso de clarificación de la doctrina luterana que lo va haciendo tomar distancia de algunos de sus primeros partidarios y colaboradores. En efecto, Erasmo, uno de los hombres más cultivados y respetados de su tiempo, había contribuido a la Reforma tanto por su trabajo en la revalorización de los estudios clásicos, bíblicos y patristicos, como por sus acusaciones a la iglesia denunciando los abusos eclesiásticos, la ignorancia de los clérigos y el oscurantismo intelectual. Pero Erasmo, heredero de la tradición del humanismo optimista, de un espíritu refinado y recto, que soñaba con hacer retornar a la iglesia por el camino de la sencillez bíblica y de la pureza intelectual, no pudo menos que terminar enfrentado a los mismos reformadores. No pudo menos que subestimar la inevitable sujeción al pecado de los mortales más inferiores, preconizada por Lutero y su doctrina de la "Sola Gracia".

Cuando la ruptura de Lutero con la iglesia de Roma está definitivamente consumada, Erasmo toma distancia de Lutero. En 1524 publica su *Diatriba sobre el libre albedrío*, donde defiende el poder de la libertad humana para abocarse a la salvación o a la condenación del hombre y aduce que el pecado original si bien corrompió la voluntad y la inteligencia humanas no las ha extinguido en cuanto a medios para favorecer la salvación eterna. Nunca dejó de ser un humanista. Lutero respondió a Erasmo un año después con el tratado *De servo arbitrio*, también conocido como el siervo albedrío o la voluntad determinada. La misma oposición de los títulos es bien explícita. Lutero replica con un lenguaje áspero y desafiante, brutal en su forma pero poderoso en su lógica:

"La Disquisición siempre nos pinta a un hombre que es capaz de hacer lo que se ordena, o que al menos reconoce que no puede hacerlo. Pero un hombre tal no existe en ninguna parte. Si lo hubiese, entonces sí o sería ridículo darle órdenes imposibles de cumplir, o el Espíritu de Cristo sería algo inútil. La Escritura en cambio nos presenta al hombre no sólo como un ser atado, miserable, cautivo, enfermo y muerto, sino uno que a causa del obrar de Satanás, su príncipe, añade a sus otras miserias esa miseria de su ceguedad que le hace creerse libre, feliz, desatado, fuerte, sano y vivo."²⁷

Para Lutero, el amor a sí mismo es el instinto primordial y vital que acompaña al hombre en todas sus expresiones de la vida moral y religiosa, tratando de volcar hacia su propio provecho aquello que debe ser querido por simple amor hacia Dios y

²⁷ Martín Lutero, "La voluntad determinada"; en: *Obras de Martín Lutero* (trad. Erich Sexauer), tomo IV, Buenos Aires, Ed. Paidós, pp. 152s.

conformidad con su voluntad. Siempre ve presente en el hombre una sutil y acechante veta de amor propio, de “concupiscencia”. Ni el esfuerzo de la voluntad, ni las nobles intenciones, ni el imperio de las leyes morales, pueden liberar al hombre de ese estado pecaminoso. En la negación del libre albedrío, en la idea de la invencibilidad de la “concupiscencia original”, se manifiesta el carácter personalista y ético del mal. La idea de pecado como debilidad, como enfermedad que debe ser sanada mediante la gracia santificante de Dios, tan propia de Agustín, es asumida en un comienzo por Lutero. Pero a medida que su pensamiento madura y va cobrando propia originalidad, Lutero se va alejando del presupuesto de enfermedad que se contagia por vía hereditaria, para describir al pecado como arrogancia, como soberbia que debe ser arrancada por obra de Dios²⁸.

Frente a la Escolástica que enseñaba que el hombre puede conocer el bien en general, pero fracasa en el intento de conformar a él sus decisiones concretas, Lutero, en cambio, insiste en que el hombre persigue su propio bien y no el bien universal. Su voluntad, si bien es psicológicamente libre, por surgir del amor propio, está oscurecida al punto de ser incapaz de discernir; es una voluntad esclava, un siervo arbitrio. Negando que se trate de una voluntad coaccionada, Lutero expone que la voluntad del hombre está ineludiblemente gobernada, o bien por Dios o bien por Satanás. Uno y otro le indica la dirección a seguir.

“Así la voluntad humana es puesta en medio, cual bestia de carga: si se sienta encima Dios, quiere lo que Dios quiere y va en la dirección que Dios le indica [...]; si se sienta encima Satanás, quiere lo que Satanás quiere y va en la dirección que Satanás le indica. Y no está en su libre elección correr hacia un jinete u otro y buscarlo, sino que los jinetes mismos se disputan su adquisición y posesión.”²⁹

Lutero, en cambio, magnifica el poder de intervención del diablo y su rol directivo de la esclava voluntad del hombre, que queda empequeñecida frente a tamaños poderes. La voluntad del hombre caído es “una bestia de carga de Satanás”, a menos que Dios lo

²⁸ Cfr. los conceptos vertidos por Giovanni Miegge, en su obra *Lutero*, vol. I, Torre Pellice, Librería Editrice Claudiana, 1946, pp. 143-150.

²⁹ Martín Lutero, “La voluntad determinada”; en: *op. cit.*, tomo IV, p. 87.

destrone. El pecado original acabó con todo posible libre albedrío. Lutero se muestra rendido ante la enorme Majestad de Dios, que no necesita de ninguna colaboración humana. En su polémica contra Erasmo, Lutero llegó al fondo de su pensamiento, y es así que en su conclusión agradeció a Erasmo la oportunidad que le brindaba:

"...de todos mis adversarios, tú eres el único que atacó el problema mismo, esto es, el punto esencial de mi doctrina, y que no me cansó con aquellas cuestiones periféricas acerca del papado, del purgatorio, de las indulgencias y otras por ese estilo que son bagatelas más bien que cuestiones serias [...]. Tú, solamente tú llegaste a discernir el punto cardinal de todo lo que actualmente está en controversia, y me echaste la mano a la garganta, por lo que te agradezco desde lo profundo de mi corazón [...]."³⁰

3. 7 Arrastrados por el “enemigo perpetuo del humano linaje” al imperio de la muerte, según Trento

El concepto de pecado original fue objeto de varias declaraciones conciliares, pero fue el *Concilio de Trento* el que promulgó, en 1546, el decreto que le diera forma definitiva. La formulación acerca del pecado original que afirma Trento tiene una enorme consistencia: todos nacemos pecadores, no lo adquirimos por simple imitación del pecado de Adán sino por herencia, y morimos irremediablemente si no nos redime el Bautismo.

Canon 3º

"Si alguno afirma que este pecado de Adán, que es uno en su origen, y transfundido en todos por la propagación, no por imitación, se hace propio de cada uno; se puede quitar por las fuerzas de la naturaleza humana, o por otro remedio que no sea el mérito de Jesucristo, Señor nuestro, único mediador, que nos reconcilió con Dios por medio de su sangre, 'hecho justicia, santificación y redención para nosotros' [1 Cor 1, 30]; o niega que el mismo mérito de Jesucristo se aplica así a los adultos, como a los niños por medio del sacramento del bautismo, administrado según el uso y la forma de la Iglesia, sea excomulgado: porque 'no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado a los hombres, por el que debemos salvarnos' [Hech. 4, 12]. De aquí es aquella voz: 'He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo' [Jn. 1, 29]. Y también aquellas: 'Todos los que fuisteis bautizados, os revestisteis de Jesucristo' [Gal 3, 27]."³¹

³⁰ *Ibid.*, p. 332.

³¹ *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento* (traducción del latín de Ignacio López de Ayala), París, Librería de Rosa y Bouret, 1860, pp. 40s.

Tal como es presentado, el daño que causó a la humanidad original tiene grandes proporciones: nos privó de la inmortalidad y de la inmunidad ante el sufrimiento, nos dejó librados a las garras de la concupiscencia y en el dominio del demonio.

Canon 1º

"Si alguno no confiesa que Adán, el primer hombre, cuando quebrantó el precepto de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que fue constituido [*constitutus fuerat*], e incurrió por la culpa de su prevaricación [*praevaricationis*] en la ira e indignación de Dios, y consiguientemente en la muerte con que Dios le había antes amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder del mismo que después tuvo el imperio de la muerte, es a saber, del demonio; y no confiesa que todo Adán pasó por el pecado de su prevaricación [*praevaricationis*] a peor estado en el cuerpo y en el alma; sea excomulgado."³²

El pecado original queda convertido en un dogma de fe. No es una mera acción pecaminosa, sino un verdadero estado de culpa que se transmite por generación natural.

Como contrapartida a este ensalzamiento del hombre primordial, crece en forma compensatoria la figura del demonio. La serpiente es nombrada en el prólogo del Decreto tridentino como "enemigo perpetuo del humano linaje".

Proemio:

"Para que nuestra fe católica, sin la cual es imposible agradar a Dios, purgada de todo error, se conserve entera y pura en su sinceridad, y para que no fluctúe el pueblo cristiano a todos vientos de nuevas doctrinas; constando que la antigua serpiente, enemigo perpetuo del humano linaje, entre muchísimos males que en nuestros días perturban a la Iglesia de Dios, aun ha suscitado no solo nuevas herejías, sino también las antiguas sobre el pecado original y su remedio; el sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento, congregado legítimamente en el Espíritu Santo, y presidido de los mismos tres Legados de la Sede Apostólica, resuelto ya a emprender la reducción de los que van errados, y a confirmar los que titubean; siguiendo los testimonios de la sagrada Escritura, de los santos Padres, y de los concilios más bien recibidos, y el dictamen y consentimiento de la misma Iglesia, establece, confiesa y declara estos dogmas acerca del pecado original."³³

Su figura demoníaca se acrecienta si describimos al hombre primordial gozando de la "santidad y la justicia de Dios", pues su poder de sugestión para hacerlo pecar debió ser enorme. Este poder del demonio de hacer equivocar al hombre, Trento lo actualiza en su capacidad de "suscitar nuevas herejías", con lo cual manifiesta el

³² *Ibid.*, p. 39.

³³ *Ibid.*, pp. 38s.

trasfondo contrareformista que lo preocupaba. No obstante, el decreto tridentino parece más dirigido contra la herejía pelagiana, condenada mil años atrás, que contra los planteos de los reformadores protestantes, contemporáneos a su promulgación...como si viejos demonios cobraran vida nuevamente. Esto también se evidencia en su afán por afirmar la necesidad del bautismo de los niños, para salvarlos del infierno.

Canon 4º

"Si alguno niega que los niños recién nacidos se hayan de bautizar, aunque sean hijos de padres bautizados; o dice que se bautizan para que se les perdonen los pecados, pero que nada participan del pecado original de Adán, de que necesiten purificarse con el baño de la regeneración para conseguir la vida eterna; de donde es consiguiente que la forma del bautismo se entienda respecto de ellos no verdadera, sino falsa en orden a la remisión de los pecados; sea excomulgado: pues estas palabras del Apóstol: 'Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y de este modo pasó la muerte a todos los hombres por aquél en quien todos pecaron' [Rom. 5, 12]; no deben entenderse en otro sentido sino en el que siempre las ha entendido la Iglesia católica difundida por todo el mundo. Y así por esta regla de fe, conforme a la tradición de los Apóstoles, aun los niños que todavía no han podido cometer pecado alguno personal, reciben con toda verdad el bautismo en remisión de sus pecados; para que purifique la regeneración en ellos lo que contrajeron por la generación: 'Pues no puede entrar en el reino de Dios, sino el que haya renacido del agua y del Espíritu Santo' [Jn 3, 5]."³⁴

Asumiendo como objetivo principal la defensa de la práctica del bautismo de los niños, su redacción es prácticamente una reedición del canon 2º del concilio de Cartago (año 418)³⁵. Reitera la cita apostólica de Rom 5: 12 y su interpretación tradicional.

Trento presupone que el peor mal que aqueja a la humanidad -su condición mortal- deviene del pecado original. Esta aseveración es muy arriesgada, más que de una fuente bíblica parece provenir de la literatura intertestamentaria judía, como la *Vida de Adán y Eva*, más conocido como *Apocalipsis de Moisés*.



³⁴ *Ibid.*, pp. 41s.

³⁵ Cfr. *Decretos del concilio de Cartago*; en: Charles Baumgartner, *op. cit.*, p. 145.

CAPITULO 4

ICONOGRAFIA

Después de conocer el hilo del discurso verbal que los hombres sostienen acerca de la corporalidad, de la mujer y del mal, escrutando los rincones de los textos o el mensaje de los relatos referidos al pecado original de nuestros primeros padres, intentaremos esbozar someramente las figuras de esos cuerpos, de esas mujeres y del mal, tal como han sido representados por los artistas de las diferentes épocas a las que pertenecen tales discursos. Intentaremos reconocer las siluetas de Adán y Eva, sus gestos, el protagonismo de uno o de otro, las descripciones del ambiente paradisíaco, las formas concretas en que el mal se personifica, el uso deliberado del color o de las sombras, la perspectiva, el movimiento, las leyes geométricas de composición del cuadro, etc.

Nos adentraremos en el lenguaje formal del dibujo y la pintura, cuyo vocabulario y sintaxis les son propios. Para evaluar el arte como lenguaje, como comunicador de mensajes, apelaremos a un modelo semiológico que nos permita recrear el proceso intelectual que produjo tales obras de arte, o bien simplemente el universo fenoménico que se actualiza por su intermedio. Al respecto nos acota el semiólogo Juan A. Magariños de Moretín:

“La obra estética es una forma de conocimiento que no busca demostrar la racionalidad de sus logros, sino asombrar por hacerlos posibles. No debe explicar cómo ha llegado a ellos, sino proponerlos y lograr que la sustitución se produzca y se difunda comunitariamente...”¹.

Nos interesa particularmente el análisis semántico, la problemática de la significación, con lo cual excluirémos el análisis técnico de las obras o su valoración estética, por no considerarlos pertinentes a esta investigación. Dentro del análisis del

¹ Juan A. Magariños de Moretín, *El cuadro como texto. Aportes para una semiología de la pintura*, Buenos Aires, Ed. Tres Tiempos, 1981, p. 81. El subrayado es nuestro.

significado, profundizaremos dos aspectos, el simbólico y el imaginario. La significación simbólica por cuanto toda obra de arte pictórica o escultórica de carácter representativo o “realista” plasma por sustitución un universo, simboliza seres y objetos mediante su representación icónica. La significación imaginaria por cuanto el arte construye un entorno inexistente, hace real un ámbito que no se corresponde con realidad alguna, propone a los sentidos una forma de lo imaginario, un espejismo, un acontecer. Cada cuadro nos abre una ventana que nos invita a participar en una escena y en un tiempo diferentes al nuestro. La imagen toma distancia de la realidad y se constituye en discurso acerca de la realidad. Convierte al observador en intérprete².

Así como la característica del lenguaje verbal es la “linealidad”, la temporalidad, es decir que necesita tiempo para desarrollar su discurso, la característica de la obra de arte pictórica o escultórica, entendida como texto, es su percepción como “simultaneidad”, su captación como globalidad. Por ello requiere sosiego en la percepción y demora en el deleite estético. Puesto que toda imagen terminada condensa en sí misma una gran síntesis expresiva, invitamos a detenerse largamente en la contemplación de cada una de las reproducciones pictóricas o escultóricas de la muestra que ofreceremos a continuación, en el convencimiento de que todo lo que desde aquí podamos agregar como comentario va a ser necesariamente parcial, pobre y limitado. Invitamos a “mirar”, comprensiva y escrutadoramente, seguros de que no debemos desatender el don que poseemos de comprender las cosas a través de lo que los sentidos, y en particular la vista, nos dicen de ellas. El acto de mirar no es sólo un relevamiento topográfico, sino que implica delimitar un campo, asignarle a cada componente un lugar en la totalidad, una ubicación en el espacio, una magnitud en cuanto a tamaño, a distancia, a luminosidad, a colorido, una actitud de reposo o de tensión. En fin, estamos convencidos de que todo acto de visión es en realidad un juicio visual. Adherimos a la advertencia que Rudolf Arnheim postulara en 1957:

² Cfr. los conceptos vertidos por el autor antes citado acerca de la significación simbólica y la significación imaginaria; en: *ibid.*, pp. 73-83 y 90-102, respectivamente.

“El concepto se separa del percepto y el pensamiento se mueve entre abstracciones. Los ojos se están reduciendo a meros instrumentos de medir e identificar; de aquí la escasez de ideas expresables en imágenes y la incapacidad de descubrir significado en lo que vemos. [...] La capacidad innata de entender por los ojos se ha adormecido y debe ser despertada. [...] Todo acto de percibir es al mismo tiempo pensar; todo acto de razonar intuición; todo acto de observar invención.”³

Revisaremos una muestra de dibujos y pinturas para desentrañar los modelos que se reiteran, las reelaboraciones sucesivas de un mismo motivo, o bien la innovación, la invención de motivos o detalles iconográficos y de nuevas estructuras compositivas. Cuanto más realista o “naturalista” se pretenda la imagen -y las de este recorrido lo son-, tanto más fácilmente podremos comparar las imágenes concretas con el discurso textual de los capítulos que anteceden. Comprobada anteriormente la coherencia de ese discurso en lo esencial, veremos ahora si las representaciones plásticas siguen también el mismo derrotero, asumiendo idénticos estereotipos, o si proponen algo diferente, o bien qué aspectos se ocupan de resaltar en particular.

Haremos un breve y rápido recorrido, plasmado en veinte obras seleccionadas como muestra, que va desde las primeras manifestaciones artísticas del cristianismo primitivo, en su mayor parte constituido por frescos que ilustran escenas en las paredes de las catacumbas, pasando por relieves de piedra o murales del arte paleocristiano y gótico, hasta llegar al esplendor que cobra la pintura de caballete en pleno período renacentista. Veremos obras de pintores que se enrolan en la ortodoxia católica, y obras de quienes adhieren a las propuestas de la Reforma; obras de artistas imbuidos de un espíritu profundamente religioso, y también de otros de conducta francamente mundana. Unos y otros han “ilustrado”, tanto a un público culto, como a las grandes masas analfabetas de esos tiempos.

Por razones meramente instrumentales, y también para respetar la libertad interpretativa del lector, ofrecemos a continuación la totalidad de las reproducciones de las imágenes que hemos seleccionado, ordenadas cronológicamente. Como paso

³ Rudolf Arnheim, *Arte y percepción visual. Psicología de la visión creadora* (trad. Rubén Masera), 9ª edición, Buenos Aires, Ed. Eudeba, 1985, pp. VII-X.

siguiente presentaremos un breve comentario orientador respecto de cada una de ellas, cerrando el capítulo con un cuadro sinóptico y una síntesis de ideas o de líneas recurrentes de interpretación, como aporte a un entendimiento global.

4. 1 Secuencia de ilustraciones

- a. FIGURA 1. Adán y Eva (año 300/400)
- b. FIGURA 2. Adán y Eva (año 359).
- c. FIGURA 3. Escenas de Adán y Eva (año 850).
- d. FIGURA 4. La batalla de los vicios y las virtudes (\pm año 1090).
- e. FIGURA 5. La Scala delle Virtù (año 1100).
- f. FIGURA 6. La tentación de Eva (año 1120).
- g. FIGURA 7. Adán y Eva ante el árbol de la ciencia del bien y del mal (a. 1130).
- h. FIGURA 8. La tentación de Adán y Eva (año 1270-80).
- i. FIGURA 9. La garganta del infierno (\pm año 1300).
- j. FIGURA 10. Adán y Eva cogiendo el fruto prohibido (\pm año 1400).
- k. FIGURA 11. Adán y Eva (año 1430).
- l. FIGURA 12. El Juicio Universal (\pm año 1450).
- m. FIGURA 13. Adán y Eva (año 1455).
- n. FIGURA 14. El Pecado Original (años 1468-1470).
- o. FIGURA 15. Adán - Eva (año 1507).
- p. FIGURA 16. La creación del hombre (años 1508-1512).
- q. FIGURA 17. Adán y Eva expulsados del paraíso (años 1508-1512).
- r. FIGURA 18. Adán y Eva (año 1531).
- s. FIGURA 19. Adán y Eva (\pm año 1515).
- t. FIGURA 20. Adán y Eva (\pm año 1550).

En las páginas siguientes, presentamos las ilustraciones, sobre las cuales haremos con posterioridad la descripción interpretativa.



a. FIGURA 1. Adán y Eva (año 300). Mural al fresco del siglo IV, sito en la catacumbas de los santos Pedro y Marcelino, Roma.



b. FIGURA 2. Adán y Eva (año 359). Talla en piedra del sarcófago de Junius Bassus, Grutas vaticanas, Roma.



c. FIGURA 3. Escenas de Adán y Eva (año 850). *Biblia de Carlos el Calvo*, conservada en San P. blo. extramuros, Roma.

Misericordia
y avaricia



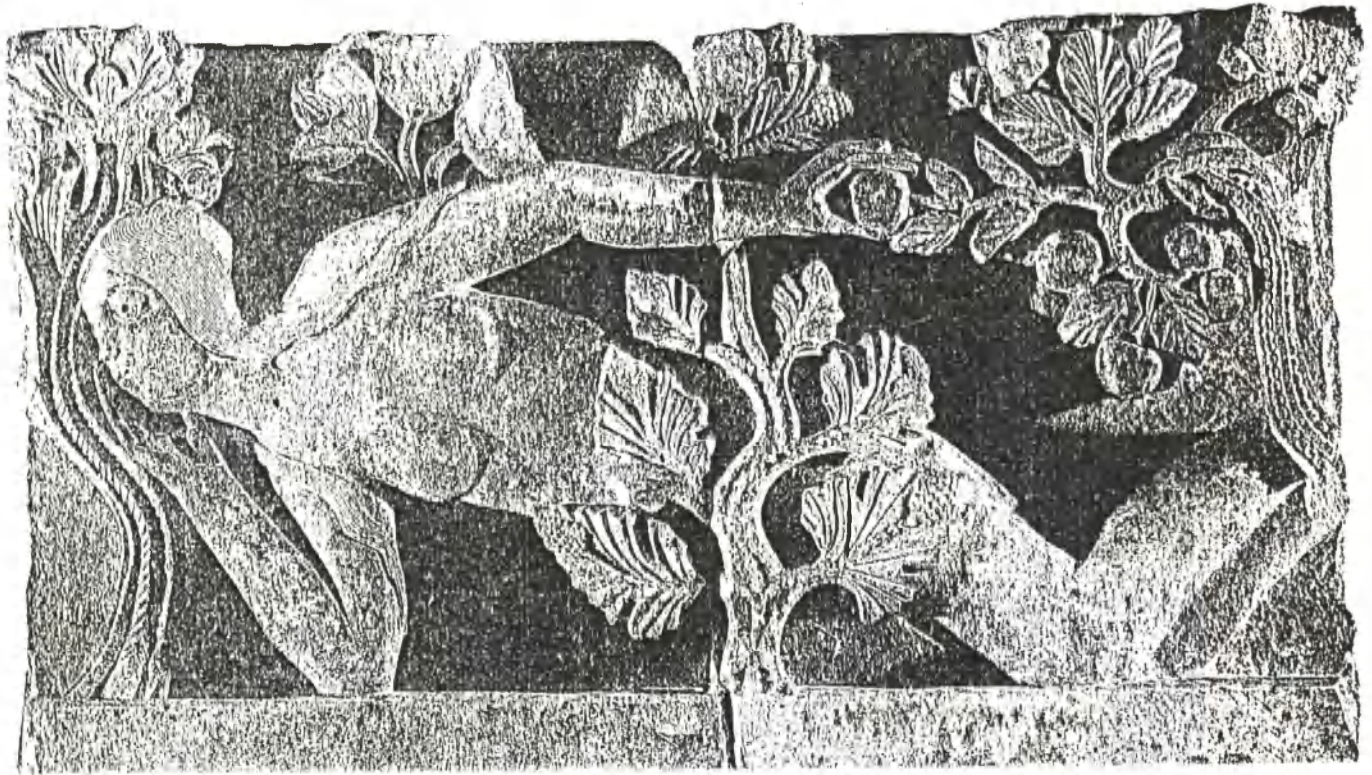
Castidad
y lujuria



d. FIGURA 4. La batalla de los vicios y las virtudes (± año 1090). Ilustración de un manuscrito de Ambrosio Autperto, Biblioteca Nacional, París. Manuscrito 2077, folio 170 r. y 173r



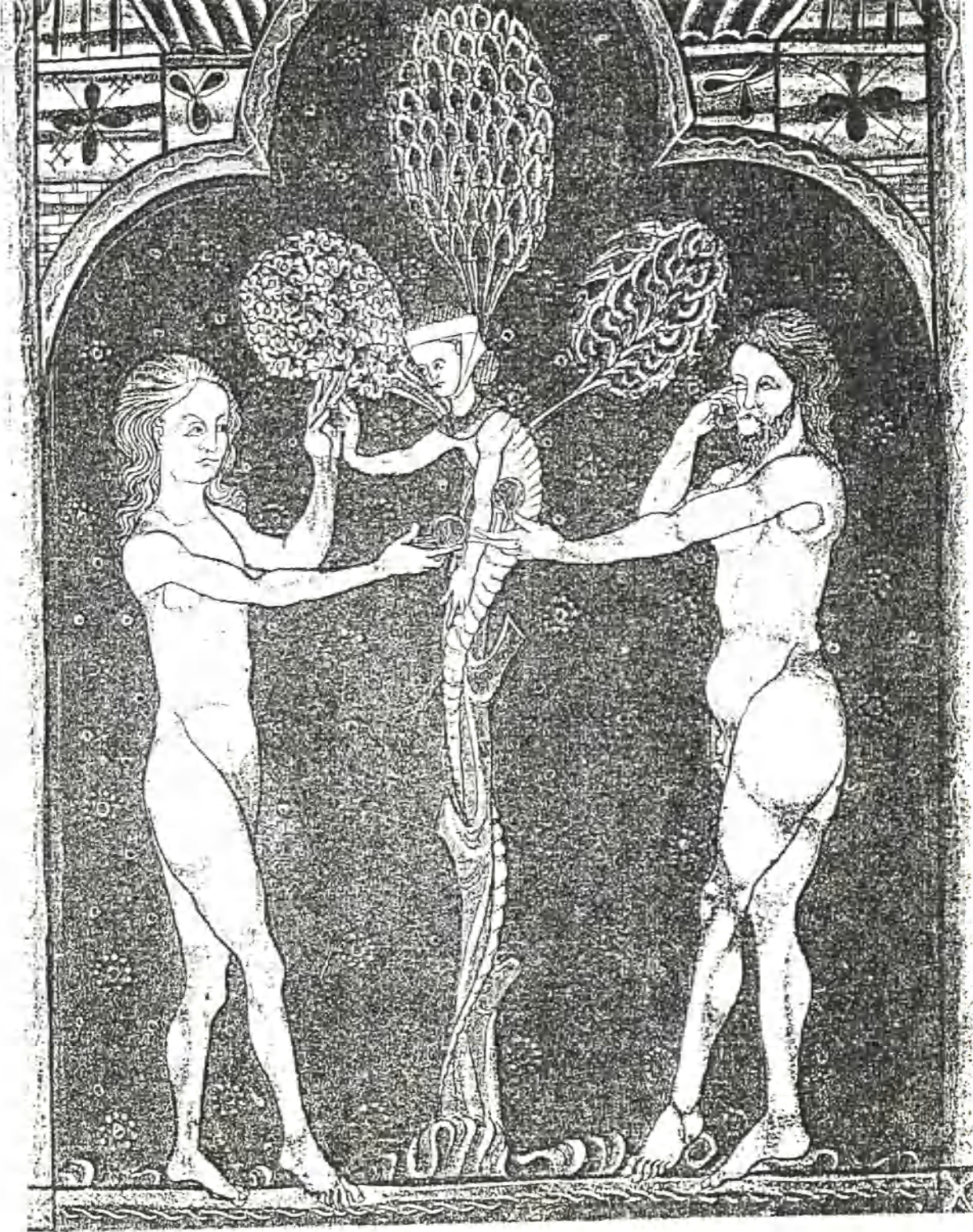
e. FIGURA 5. La Scala delle Virtù (año 1100) o escalera de las virtudes. Dibujo en miniatura de A. de Bastard d' Estaing, incorporado al texto del "Hortus deliciarum" o Jardín de las delicias, de Herrad de Hohenburg. Biblioteca Municipal de Estrasburgo.



f. FIGURA 6. **La tentación de Eva** (año 1120). Atribuida a Gislebertus, es un relieve que se encuentra sobre la portada de la catedral de Saint Lazare, Amón. Actualmente lo conserva el Museo Rolin.



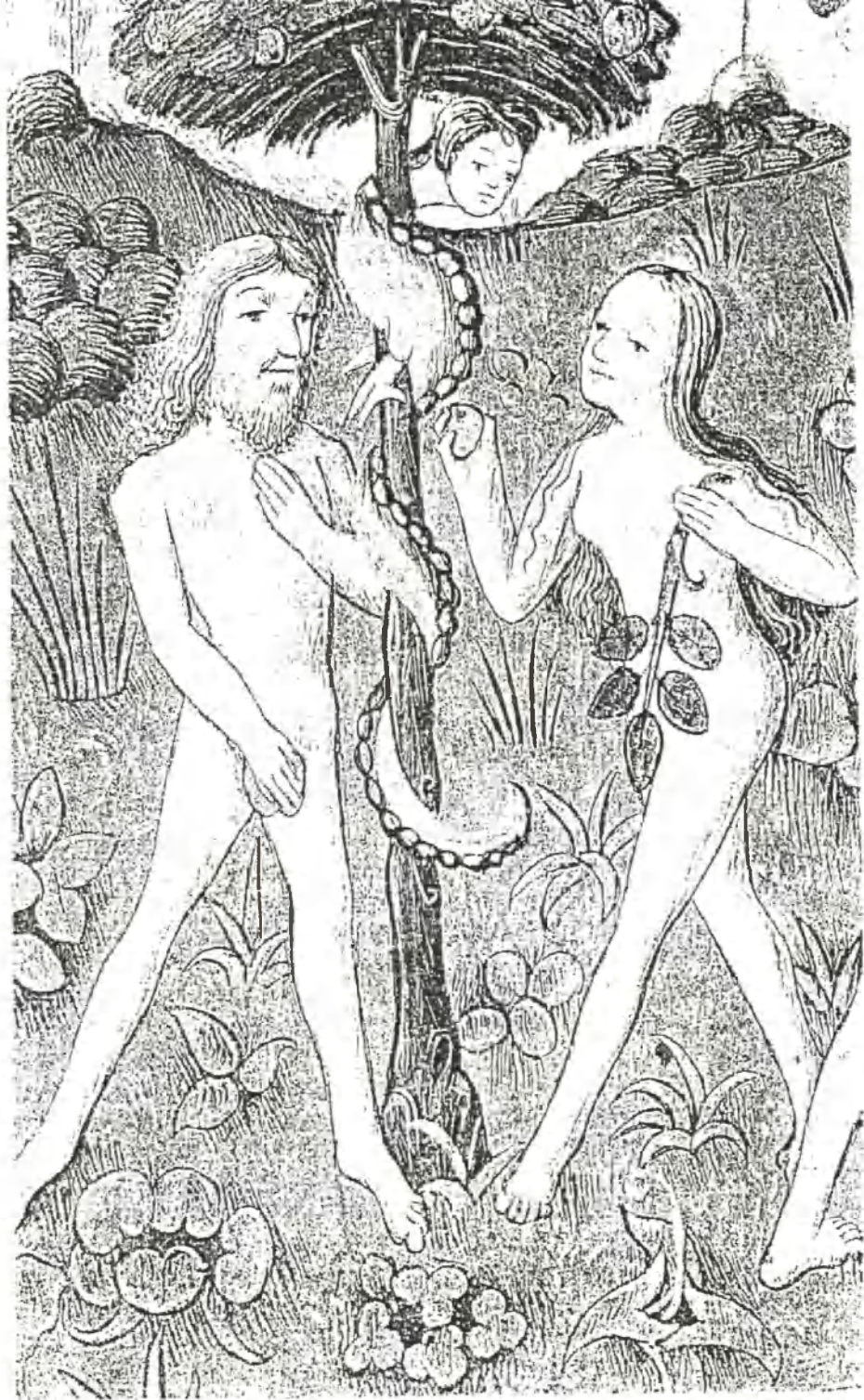
g. FIGURA 7. Adán y Eva ante el árbol de la ciencia del bien y del mal (año 1130) (498 x 450 cm.). Pintura mural de la ermita de la Vera Cruz de Maderuelo, Segovia. Actualmente se encuentra en el Museo del Prado, Madrid.



h. FIGURA 8. La tentación de Adán y Eva (año 1270-80). *Mminiatura de un Salterio. St. John's College, Cambridge. Manuscrito K 26 (213), folio 4r.*



i. FIGURA 9. **La garganta del infierno** (± año 1300). *Detalle de un fresco del arco triunfal de la iglesia Santa María Maggiore, Viterbo, Toscana.*



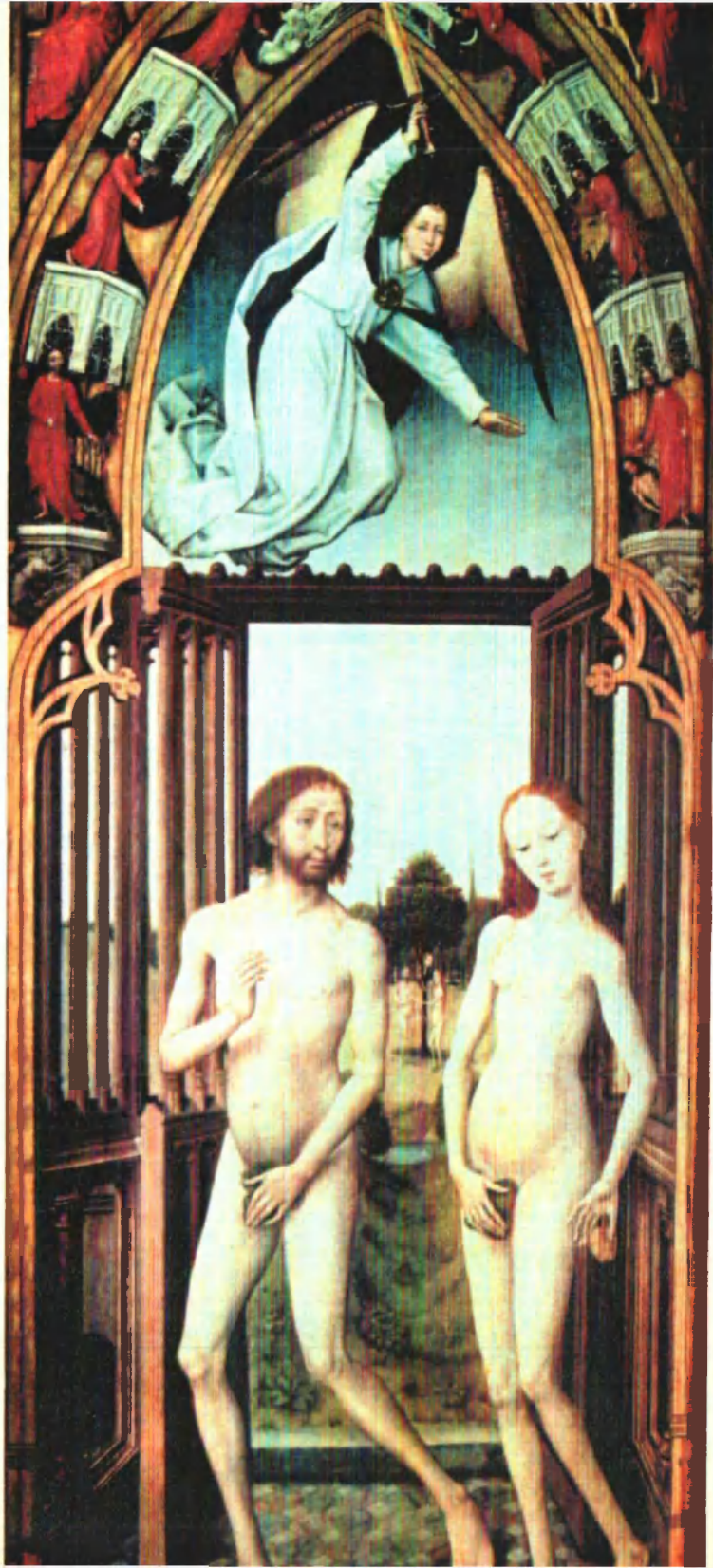
j. FIGURA 10. Adán y Eva cogiendo el fruto prohibido (± año 1400). Miniatura del libro "Des cas des nobles hommes et femmes" de Giovanni Boccaccio, atribuida al Maître du champion des Dames, Carpentrás, Biblioteca Ingumbertine.

FIGURA 11. Adán y Eva (año 1430). *Fresco de la Capilla Brancacci, en la Iglesia del Carmen, Florencia. Autor: Masolino da Panicale (1383-1440).*





1. FIGURA 12. **El Juicio Universal** (± año 1450). *Pintura, Pinacoteca Nacional, Siena.*
Autor: Giovanni di Paolo (1403-1482).



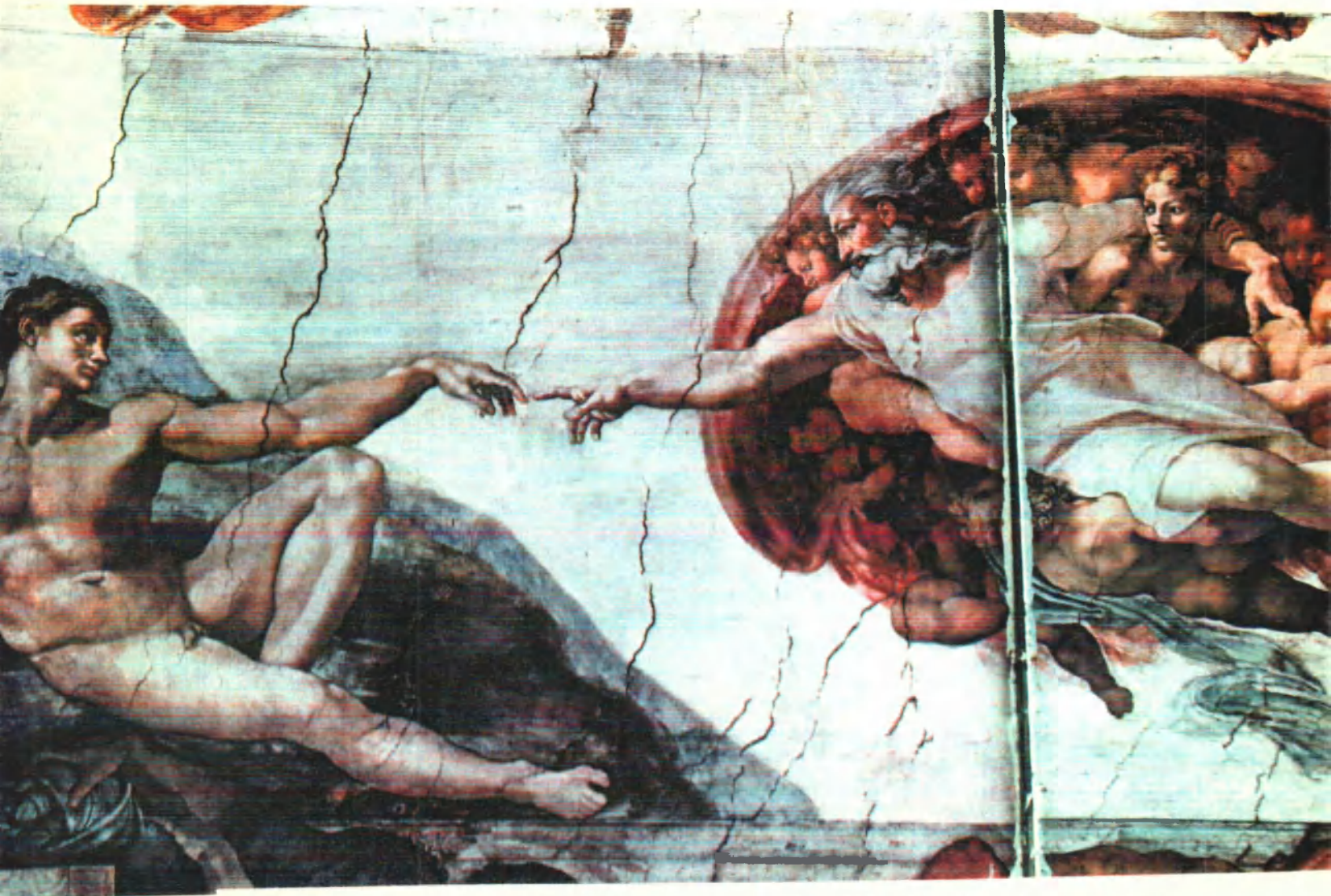
m. FIGURA 13. **Adán y Eva**
(año 1455). *Una de las partes
del Tríptico de la Redención,
Museo del Prado, Madrid.*
*Autor: Rogier van der
Weyden (1397-1464).*



n. FIGURA 14. **El Pecado Original** (años 1468-1470). *Tabla de 35,5 x 23 cm., Museo de Historia del Arte, Viena. Autor: Hugo van der Goes (1440-1482).*



o. FIGURA 15. Adán - Eva (año 1507). Dos obras equivalentes de tamaño natural (209 x 81 cm. cada una), Museo del Prado, Madrid. Autor: Alberto Durero (1471-1528).



p. FIGURA 16. **La creación del hombre** (años 1508-1512). *Detalle del fresco de la bóveda de la Capilla Sixtina. Autor: Miguel Angel Buonarroti (1475-1546).*



q. FIGURA 17. Adán y Eva expulsados del paraíso (años 1508-1512). *Detalle de la bóveda de la Capilla Sixtina. Autor: Miguel Angel Buonarroti (1475-1546).*



1. FIGURA 18. Adán y Eva (año 1531). (35 x 51 cm.) Staatliche Museum, Berlín.
Autor: Lukas Cranach (1472-1553).



s. FIGURA 19. **Adán y Eva** (± año 1515). (202 x 152 cm.) *Museo Regional, Brunswick*
Autor: Palma el Viejo (1480-1528).



t. FIGURA 20. **Adán y Eva** (± año 1550). (240 x186 cm.) Museo del Prado, Madrid.
Autor: *Vecellio Tiziano* (1477-1576).

4.2 Descripción interpretativa

a. FIGURA 1. **Adán y Eva** (año 300-400) *Mural al fresco del siglo IV, sito en la catacumbas de los santos Pedro y Marcelino, Roma*¹

Esta pintura mural al fresco, del siglo IV, puede considerarse una de las primeras representaciones de esta escena bíblica del Edén. Iniciado en la oscuridad y el silencio de las catacumbas, el arte paleocristiano es un arte simple, tosco, más artesano que artístico, un arte hecho en la clandestinidad y con apuro. Nace de la necesidad de expresión de la nueva fe. Cuando Constantino da la paz a la nueva Iglesia, la pintura se explaya en los muros con frescos, como el presente. El estilo es directo, sin efectismos ni dramatismo en la situación. El color es monocromático, suave y la pincelada suelta, de impronta.

La escena del Edén aquí representada tiene una composición simétrica, con ambos personajes uno a cada lado del árbol, definido sólo por grandes trazos. Adán y Eva son equivalentes, tanto por su tamaño corporal, por su gesto de cubrirse los genitales, como por su mirada gacha en gesto de vergüenza por el pecado cometido. No hay rol protagónico, sino simetría de roles. La serpiente, dibujada al pie del árbol como un reptil, se inclina curiosamente hacia Adán, que es quien está levemente más cerca del árbol. Todos los elementos se distribuyen de manera que resulte un estado de equilibrio, donde las fuerzas se compensan mutuamente para alcanzar el estado de reposo.

Tanto Adán como Eva, como el árbol y la serpiente se encuentran en un mismo plano frontal. No hay fondo de escena ni perspectiva, todo es simultáneo. El árbol, que dibuja una suave curva, marca el eje central vertical, donde se localiza en centro de gravedad de la imagen. Las dos masas de mayor peso son las figuras de Adán y de Eva, protagonistas de la escena y que se constituyen en los dos centros gemelos de la obra. La

¹ HISTORIA DE LA PINTURA, (dirigida por Guillermo B. Floria), Barcelona, Ed. Plaza & Janes, Vol. I, 1974, p. 77.

situación es estática y nos constituye en testigos tardíos de algo importante que ya ha sucedido con anterioridad: la transgresión ya ha sido consumada. Al gesto altivo del árbol y de la serpiente, se contraponen el gesto vencido de Adán y de Eva. El color es monocromo.

b. FIGURA 2. **Adán y Eva** (año 359). *Talla en piedra del sarcófago de Junius Bassus, Grutas vaticanas, Roma*²

En este detalle de un sarcófago cristiano, datado alrededor del año 359, se representa la escena de la expulsión de Adán y Eva del Edén. Por detrás se recorta el árbol de la ciencia del bien y del mal en medio de una naturaleza pródiga en cereales y frutos. La serpiente enroscada en él, un reptil de gran tamaño, alude al pecado cometido.

Un portal exquisitamente tratado, con columnas talladas y dintel a dos aguas, marca la separación entre un antes y un después, entre la vida y la muerte, tema muy apto para un recipiente funerario cristiano como es este sarcófago. Atrás queda el jardín paradisiaco; adelante está lo desconocido. Adán y Eva caminan hacia adelante, para atravesar el portal, en una acción de gran dinamismo. El cuerpo en movimiento, la mirada hacia adelante, crean un efecto de tensión dirigida que los empuja hacia afuera. Con rostros entristecidos y cubriéndose los genitales, ambos se abisman en el sentimiento de su pecado. Cada uno de ellos toman un rumbo diferente. Se distancian, rompiendo así la unidad original. Cada uno de ellos deberá enfrentar, en un mundo hostil, la parte del castigo que le toca. La escena goza de un equilibrio dinámico, con dos masas gemelas en un simétrico movimiento diagonal que los aleja y a su vez los separa del centro. Las antiguas fronteras imaginarias entre los sexos están reforzadas en este relieve funerario.

² HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, (dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby), Buenos Aires, Ed. Taurus, 1991, Tomo I, p. 288.

c. FIGURA 3. **Escenas de Adán y Eva** (año 850). *Biblia de Carlos el Calvo, conservada en San Pablo Extramuros, Roma*³.

El florecimiento cultural del siglo IX en torno al emperador Carlomagno se conoce como Renacimiento Carolingio. La miniatura, que ilustra libros y pergaminos, adquiere gran desarrollo, con una clara predilección por las escenas tipológicas.

La que nos ocupa, es una miniatura de una Biblia que recrea todo el relato genesiaco de la creación a la caída, datada alrededor del año 850. Es una narración lineal, del tipo de la historieta, dividida en tres bandas horizontales: la primera está dedicada a la creación de Adán, la segunda a Eva y la caída, y la tercera a la expulsión del Edén. Comienza con la creación de Adán, un individuo de sexo masculino, y su sueño, circunstancia de la cual Dios le extrae una costilla. Todo acontece en un huerto paradisiaco lleno de árboles. En la segunda parte representa la creación de Eva, en posición equivalente a la de Adán, y su entrega a éste, que la recibe gustosamente. La contraparte simétrica e inmediata es la escena de Eva entregando el fruto prohibido a Adán, que se lo lleva a la boca. Ambos están desnudos y cubriéndose, uno a cada lado del árbol donde se enrosca la serpiente, un reptil de gran tamaño que mira a Eva. Dios advierte como testigo la escena. La tercera y última parte trata de la expulsión de Adán y Eva, desnudos y con taparrabos, del paraíso. Ni siquiera Dios los ha cubierto con abrigos. Adjunta a ella está representada la vida fuera del Edén, donde Adán trabaja la tierra y Eva amamanta un hijo. Unas “boas” de pieles cubren su desnudez. La tierra, sin embargo, se muestra tan verde y generosa como antes.

El estilo pictórico es colorido y plano, sin perspectiva. Las figuras están yuxtapuestas. De los tres estadios horizontales, el central está dedicado a Eva, protagonista del momento más denso de la narración. Eva, la creada por Dios, es al mismo tiempo la que lo traiciona, a pesar de su advertencia. La figura de Dios, un joven con aura, manto rojo y libro bajo el brazo, aparece tres veces en la primera banda, tres

³ HISTORIA DE LA PINTURA, *op. cit.*, Vol. I, p. 95.

en la segunda, y desaparece por completo en la última, donde Adán y Eva quedan librados a su suerte.

d. FIGURA 4. **La batalla de los vicios y las virtudes** (± año 1090). *Ilustración de un manuscrito de Ambrosio Autperto, Biblioteca Nacional, París. Manuscrito 2077, folio 170 r. y 173r.⁴.*

En un manuscrito medioeval de Ambrosio Autperto, datado a fines del siglo XI, dedicado a describir los vicios y las virtudes que se contraponen a ellos, aparecen estas dos ilustraciones. En la primera se representa la Misericordia y la Avaricia, y en la segunda la Castidad y la Lujuria. Los vicios están representados a la derecha y las virtudes a la izquierda del cuadro.

a) Misericordia v Avaricia: la avaricia se muestra a través de un hombre que descarga una bolsa de oro y monedas en una ánfora, sin prestar ninguna atención a un mendigo que le pide ayuda suplicante. Mantiene bajo su yugo al campesino que con su trabajo y en una posición de total inferioridad trabaja la tierra que produce la riqueza. La virtud contrapuesta de la misericordia se representa con un hombre bien ataviado que, con una espiga en la mano y mirando al cielo, atiende a un hombre desnudo.

b) Castidad v Lujuria: la lujuria está escenificada con una mujer ricamente vestida y rodeada de demonios. Uno de ellos le coloca una corona en su cabeza, mientras que otro de doble cabeza la sujeta por un pié y la inflama con las llamas de sus fauces. Ella intenta desvestirse frente a un hombre que se le insinúa con la ropa levantada y un movimiento obsceno. La castidad es también representada con una mujer bien ataviada, que sostiene una espiga con su mano y está victoriosamente parada sobre un demonio vencido y con cuerpo humano.

⁴ HISTORIA DE LAS MUJERES, (dirigida por Geoges Duby y Michelle Perrot), tomo 4, Madrid, Ed. Taurus, 1992, p. 52.

La eterna lucha entre el bien y el mal está aquí alegorizada en duplas de vicios y virtudes. Cabe observar que en la primera escena -la dupla avaricia-misericordia-, sólo intervienen personajes masculinos. La actitud de iniciativa y la acción, aún desenfocadas, son atributos del varón; también lo es su virtud contrapuesta. En cambio en la dupla lujuria-castidad, las escenas son protagonizadas por personajes femeninos, con la anuencia del varón.

Pero lo más curioso es que los personajes demoníacos sólo aparecen en esta segunda escena. Pareciera como si la avaricia y su superación se entendieran dentro de la órbita de lo puramente mundano y humano, como si fuera posible superarla con un esfuerzo de buena voluntad y de perfeccionamiento humanos. Pero la lujuria y su contraparte, la castidad, entran en el estadio en donde el bien y el mal juegan su batalla definitiva. Aquí el demonio vence o es vencido, pero en cualquiera de los dos casos su rol es protagónico. Aquí el mal es una fuerza palpable que aprisiona, que sujeta contra la voluntad, y que ofrece glorias apetecibles. Venciendo la lujuria, el mal está vencido. La castidad es la virtud suprema que puede vencer al mismo diablo.

e. FIGURA 5. **La Scala delle Virtù** (año 1100) o escalera de las virtudes. *Dibujo en miniatura de A. de Bastard d' Estaing, incorporado al texto del "Hortus deliciarum" o Jardín de las delicias, de Herrad de Hohenburg. Biblioteca Municipal de Estrasburgo*⁵.

Esta miniatura, que ilustra un texto dedicado a describir el Jardín de las delicias, presenta una escalera a la que todos los cristianos, representados según su opción de vida, intentan subir para llegar a la meta superior. Las inscripciones en latín complementan la explicación del dibujo.

⁵ *Ibid.*, p. 44.

La escalera de las virtudes asciende en diagonal desde el ángulo inferior izquierdo, donde se encuentra acechante el dragón, símbolo del mal, hasta el ángulo superior derecho, donde Dios ofrece la recompensa celeste de la “corona de la vida”. Divide el cuadro en dos triángulos: en el superior izquierdo están graficados todos los demonios que dificultan el ascenso y los ángeles custodios armados con escudo y espada; en el triángulo inferior derecho están representados todos los bienes materiales: un hermoso castillo o palacio, armaduras, caballerías, vajilla, joyas y objetos preciosos, comidas abundantes y mobiliarios suntuosos.

De los ocho personajes que se esfuerzan para ascender por la escalera, siete sucumben en el intento y sólo uno avanza con paso seguro próximo a la meta. Entre los que caen de la escalera, algunos han alcanzado los niveles superiores y, en cambio, otros lo hacen al comenzar el ascenso, lo cual establece una jerarquía de aptitudes. La pareja de laicos, varón y mujer, son los primeros en caer del escalón inferior, fascinados por todas las delicias de la vida mundana. En segundo lugar está el clérigo, atraído por su amiga (*amaica clerici*) que lo llama desde el palacio. En tercer lugar se precipita la monja de largo turbante, seducida por el presbítero que le ofrece recompensas en oro. En cuarto lugar está el monje, atraído por los bienes mundanos. En quinto y sexto lugares se precipitan el recluso y el ermitaño, uno vencido por el deseo de una cama confortable y mullida, y el otro por la atención obsesiva de la huerta que le da su sustento. En los estratos inferiores la caída de los personajes se produce casi naturalmente, es más bien un negarse a subir el caso de los laicos o la monja. Pero en los estadios superiores la caída es más trágica, con cuerpos retorcidos y demonios apuntándoles con flechas. Por último, el séptimo lugar lo ocupa una doncella, que estira su mano para recibir la corona de la vida eterna, ofrecida por la mano de Dios. Pero casualmente, la inscripción aclara que sólo es una figura simbólica que representa la “virtud de la caridad”. ¡no podía ser una mujer la que alcanzara la meta!

En su conjunto, este gráfico ofrece toda una enseñanza moral y da una clara escala de valores. Las tentaciones más groseras y mundanas corresponden a los laicos comunes

casados, mientras que en el otro extremo de la escala, los ermitaños parecen sucumbir por motivos tan exquisitos como el afán por cuidar un simple huerto, lo cual manifiesta la delicadeza de conciencia a que pueden aspirar. El orden de ascenso describe con claridad el nivel de virtud posible de alcanzar por distintos estados de vida. En orden ascendente están laicos, clérigos, monjas y monjes, reclusos y ermitaños. Los personajes femeninos ocupan únicamente los primeros estratos de la escala, de allí en más el ascenso es sólo posible para los varones; salvo la figura simbólica, representada como femenina, que está más allá de cualquier personaje de la vida real.

f. FIGURA 6. **La tentación de Eva** (año 1120). *Atribuida a Gislebertus, es un relieve que se encuentra sobre la portada de la catedral de Saint Lazare, Autún. Actualmente lo conserva el Museo Rolin⁶.*

En este relieve, que formaba parte de la portada de la catedral de San Lázaro, en la ciudad de Autún, datado alrededor del año 1120, están representados Eva, el árbol de la ciencia del bien y del mal, y la serpiente.

El árbol, cargado de frutos y donde se enrosca la serpiente, está a la derecha. Otras dos plantas, una a la izquierda y otra en el centro, complementan el cuadro. Pero Eva es la exclusiva protagonista de la escena. Puesto en posición horizontal, su cuerpo se ondula serpenteante como un reptil al tomar el fruto prohibido. Su ubicación, levemente oblicua, sugiere un movimiento actual o potencial, pues se desvía de la posición de reposo. El efecto de tensión se acentúa porque el personaje sale de su actitud normal, desvirtuando la huella que persiste en la memoria de la posición habitual de un ser humano (de pie y con los brazos extendidos lateralmente en reposo). Su extraña posición y movimiento convierten a Eva en el más intenso foco visual de atención. El moverse

⁶ HISTORIA DE LAS MUJERES, tomo 3, *op. cit.*, p. 271.

hacia la izquierda, asimismo, va a contramano del hábito de recorrido visual de izquierda a derecha, adquirido por la lectura.

Si bien en algunos grabados veremos aparecer a la serpiente con cabeza de mujer, como una forma de asociar a la mujer con el diablo, en este relieve la identificación es total: la misma mujer es en realidad una personificación del diablo, actúa como tal, adopta sus maneras. La belleza de la mujer podía ser una trampa mortal para el hombre; la mujer podía actuar como una encantadora del hombre, llevándolo a su perdición. La premisa parece ser: nada es impunemente bello, ni inocentemente seductor; toda mujer debe ser sospechada de diabólica.

g. FIGURA 7. **Adán y Eva ante el árbol de la ciencia del bien y del mal** (año 1130). (498 x 450 cm.). *Pintura mural de la ermita de la Vera Cruz de Maderuelo, Segovia. Actualmente se encuentra en el Museo del Prado, Madrid*⁷.

Esta pintura mural, fechada en el primer tercio del siglo XII, cubre un muro de una ermita en Segovia, España. Como el resto de la pintura románica, manifiesta la influencia de la pintura continental europea de raíz carolingia. Dentro del esquematismo románico, se destaca la preocupación anatómica presente en las fuertes líneas que dibujan las masas musculares y los rasgos de las figuras desnudas. El decorativismo ornamental se hace presente en el arbusto retorcido y fantástico donde se enrosca la serpiente. Las figuras tienen contornos bien definidos y no existe la perspectiva ni la luz ambiental.

A pesar de su trazado en el hemicírculo de la bóveda, el autor acusa la búsqueda del equilibrio en la escena, como medio para evitar la ambigüedad y la dispersión en un espacio de forma triangulada y difícil para una composición simétrica. Una figura de peso, como la de Adán, cierra la escena por la izquierda, lo sigue el árbol de la ciencia

⁷ HISTORIA DE LA PINTURA, *op. cit.*, Vol. I, p. 121.

del bien y del mal con la serpiente, luego Eva levemente inclinada y, por último, otro arbusto más pequeño. La serpiente es un simple reptil que está enroscado en el árbol y dirige su mirada directamente a la mujer, ofreciéndole el fruto. Eva tiene en su mano el fruto prohibido, en ademán de entregárselo a Adán y éste de recibirlo. El movimiento es lento, pausado y elocuente, sin intenciones escondidas en gestos sospechosos, con un matiz mayor de intensidad en Eva, que se inclina hacia Adán. Las figuras de Adán y Eva tienen tallas equivalentes por lo que Eva debe necesariamente extenderse oblicuamente. Ambos se cubren los genitales con una mano, aunque una mancha algo borrosa complementa la cobertura. Por su estado deteriorado, parece un agregado posterior o bien el haber sido ejecutado con una pintura de calidad inferior. Resulta curioso que las figuras estén cubiertas en el mismo instante en que prueban el fruto prohibido, como una anticipación del desenlace.

No hay demasiadas alegorizaciones en la escena relatada. Su fin es pedagógico, el mensaje es simple y elocuente, su expresionismo enseña conmoviendo pero trata de ser literal.

h. FIGURA 8. **La tentación de Adán y Eva** (año 1270-80). *Miniatura de un Salterio. St. John's College, Cambridge. Manuscrito K 26 (213), folio 4r.⁸*

En esta miniatura, que forma parte del prólogo de un Salterio inglés y está datada a fines del siglo XIII, se representa la secuencia de la tentación y la caída de Eva y de Adán en una única escena simultánea.

Rígidamente enmarcado en un rectángulo con tres arcos superiores, a manera de tríptico, se nos abre un hueco oscuro y profundo hacia un tiempo inmemorial. Dentro de una composición simétrica y estáticamente equilibrada, se encuentran Eva y Adán, uno a cada lado del árbol de la ciencia del bien y del mal. Ambos están desnudos en una

⁸ HISTORIA DE LAS MUJERES, tomo 4, *op. cit.*, p. 46.

posición semejante y tienen largas cabelleras. La talla del cuerpo de Adán es levemente mayor. El árbol domina el centro de la escena. Frente al realismo con que están dibujados tanto Eva como Adán, éste parece un árbol fantástico, con tres ramas ornamentales, y entrelazado con un animal también fantástico. Esta figura diabólica tiene la mitad inferior de su cuerpo en forma de reptil o de lagarto y la mitad superior, es decir torso, brazos y cabeza, en forma de mujer.

En el centro de gravedad del cuadro tiene lugar el acontecer que rompe la quietud aparente del conjunto. El movimiento va desde la mano del demonio hacia la de la mujer, luego ella extiende su otro brazo hacia el varón, quien toma el fruto y con el otro brazo lo acerca a su boca, completando el ciclo simétrico. El puente de los dos brazos extendidos de Eva y de Adán, uno que da y otro que toma, se lee en primer plano. Nos sentimos testigos de una secuencia organizada en fases sucesivas, cuyo momento crucial es el del convite.

Llama la atención que el diablo esté aquí antropomorfizado en tal medida, quizás con reminiscencias de Sirena (otro símbolo recreado en el medioevo). Podría pensarse que el autor haya querido viabilizar el diálogo entre la serpiente del Génesis y la mujer, y por ello haya apelado al símbolo de la sirena tentadora, que susurraba al oído de los marinos. Pero esto no parece muy lógico, puesto que si de lo que se trataba era de seducir a Eva hubiera sido más eficaz hacerlo con la figura de un bello joven apolíneo que le hablara al oído. Más bien parece que la intención clara es transmitir la idea de que existe una asociación directa entre lo diabólico y lo femenino, entre el diablo y el cuerpo de mujer. Aquí se alude directamente, y sin explicación posible, a una caracterización femenina del mal. Pero por si pudiera suscitarse alguna duda en su reconocimiento como mujer, su cabellera, a diferencia de la de Eva, está ataviada según la usanza de la época: cofia con redcilla que recoge el cabello y se une bajo el mentón. Con lo cual se está realizando una actualización del símbolo.

Para todos los usuarios del Salterio -y convengamos que los salmos se usaban en la oración, en la catequesis infantil, en las meditaciones y en la liturgia- quedaba en

evidencia la peligrosidad del sexo femenino y su asociación con lo demoníaco. La potencia de este mensaje gráfico y su uso colectivo, tiene un poder de difusión que supera largamente cualquier elaboración teológica docta. Este es el mensaje que la Iglesia ha transmitido a la masa de sus fieles.

i. FIGURA 9. **La garganta del infierno** (\pm año 1300). *Detalle de un fresco del arco triunfal de la iglesia Santa María Maggiore, Viterbo, Toscana*⁹.

Esta pintura mural contiene una representación del infierno, un tema recurrente en la Edad Media. Un gran lobo abre sus fauces para tragarse a las víctimas que caen en ellas, mientras diablos con tridentes las empujan. Un grupo de mujeres están siendo devoradas por el monstruo de gruesos y afilados dientes. Su vestimenta en forma de hábito denota que son monjas. alguna de ellas, con desesperación, rasga con sus uñas sus mejillas. Las fauces del demonio, abiertas en ángulo agudo, acentúan la pendiente descendente en un movimiento vertiginoso e irremediable. Todos los personajes se precipitan hacia su garganta.

La cualidad expresiva es el contenido primordial de esta visión del infierno. Puesto que nuestros sentidos se han desarrollado no sólo como mecanismos de registro que nos ponen en contacto con el medio, sino como ayuda para reaccionar adecuadamente ante las fuerzas activas y los riesgos del medio circundante, el efecto del conjunto es aterrador y tiene la definida intención de conmover al observador.

Las monjas son las que están mas cerca de caer en las fauces del diablo seguramente porque, habiendo hecho la opción de vida mas apropiada para su salvación, la han traicionado. Como el castigo es proporcional a la falta, deben ser castigadas con dureza y su ejemplo usado para aleccionar a sus hermanas en Cristo.

⁹ *Ibid.*, p. 42.

Si el observador del fresco es un varón, podrá percatarse del peligro femenino, pues incluso las consideradas más santas pueden engañar y conducir al infierno. Si la observadora es mujer, esta escena contribuye a la internalización de una imagen negativa de sí misma, y de que ninguna opción de vida puede redimir la condición miserable y pecaminosa de la mujer.

j. FIGURA 10. **Adán y Eva cogiendo el fruto prohibido** (± año 1400). *Miniatura del libro “Des cas des nobles hommes et femmes” de Giovanni Boccaccio, atribuida al Maître du champion des Dames, Carpentrás, Biblioteca Ingiumbertine*¹⁰.

Esta miniatura es una ilustración de un libro del poeta italiano Giovanni Boccaccio (1313-1371), autor del *Decámeron*. En este caso ilustra su libro *Des cas des nobles hommes et femmes* y el dibujo está atribuido al Maître du champion des Dames.

De trazos muy simples, el dibujo representa la escena de Adán y Eva en torno al árbol de la ciencia del bien y del mal. El jardín edénico es una pradera ondulada con plantas y árboles muy frondosos. Entre ellos se destaca un árbol central, cargado de frutos apetecibles y en cuyo tronco está enroscado un corpulento animal, con cuerpo de serpiente, cresta y patas de lagarto y cabeza de mujer. Esta bestia antinatural y diabólica enfrenta su rostro a la mujer. Eva, de larga y suelta cabellera y grácil figura, inclina su cuerpo hacia Adán. Le da a comer del fruto prohibido, pero éste con gesto esquivo parece dudar en recibirlo. Eva avanza con rostro seductor, en un movimiento de aproximación hacia Adán y éste se estira hacia atrás, cubriéndose. El pie de una figura desconocida indica que alguien más presencia lateralmente la escena.

El parentesco de la mujer con el ser diabólico queda fuera de toda duda. Como si el demonio gustara disfrazarse de joven hermosa para aumentar su eficacia en la tentación del varón, débil presa de la hermosura femenina. Eva aquí es la tentadora,

¹⁰ HISTORIA DE LAS MUJERES, tomo 3, *op. cit.*, p. 55.

hechicera, serpiente y raíz de todo pecado. Esta asimilación de la figura de la mujer con la serpiente es característica del período tardomedieval.

k. FIGURA 11. **Adán y Eva** (año 1430). *Fresco de la Capilla Brancacci, en la Iglesia del Carmen, Florencia. Autor: Masolino da Panicale (1383-1440)*¹¹.

Orfebre, escultor y pintor, Masolino da Panicale, es autor de este mural al fresco para la capilla de un burgués florentino, en la iglesia del Carmen. El sabor arcaico de esta obra de Masolino parece remitirnos al *Trescento* italiano, con colorido de matiz intenso y continuo y ademanes tiernos y afectuosos. El relato es vivaz y fluido, fácil de interpretar y sin dramatizaciones ni difíciles perspectivas.

Adán y Eva están representados como dos figuras rosadas y tiernas, felices en su paraíso. La escena circundante del jardín edénico está simplificada al punto de convertirse en un simple fondo oscuro verde. A la derecha, eludiendo la simetría, se esboza un árbol cargado de frutos en el cual se enrosca un animal fantástico con cuerpo de reptil, también verde, y cabeza de mujer. Para restablecer el equilibrio de masas a ambos lados del cuadro, la serpiente estira su cabeza rubia al centro de la escena, enmarcando en su movimiento a la mujer. Eva es una mujer rubia de carácter indefinido (la serpiente también tiene rubia cabellera), que juega entrelazándose con el árbol del conocimiento del bien y del mal, formando una trilogía inseparable con él y la serpiente. Adán en cambio está aislado, con gesto interrogativo. Es un joven barbado de rubia cabellera y presencia pulcra. Eva tiene el fruto prohibido en su mano, como para llevárselo a la boca, mientras que Adán, que también lo tiene, parece preguntarse ¿yo también debo probarlo?. Una rama del árbol, en gesto pudoroso, se estira horizontalmente para cubrir los genitales de ambos.

¹¹ PINACOTECA DE LOS GENIOS, fascículo 74: *Masolino*, Buenos Aires, Ed. Codex, 1965, lámina III.

I. FIGURA 12. **El Juicio Universal** (± año 1450). *Pintura, Pinacoteca Nacional, Siena. Autor: Giovanni di Paolo (1403-1482)*¹².

Este detalle del cuadro del Juicio Universal, de Giovanni di Paolo, pinta la escena de aquéllos que han sido absueltos y gozan de los beneficios de una vuelta al estado paradisiaco. Una sucesión de árboles cargados de frutos, al igual que en el jardín del Edén, lo atestigua como fondo de la composición.

A la izquierda de Dios se despliega una multitud de personajes alineados horizontalmente y conversando con gran animación entre sí. Junto al trono de Dios hay un grupo de niños, los santos inocentes. A partir de una figura angélica que acoge al último en llegar, un clérigo, se suceden personajes de todas las edades y jerarquías sociales: dieciocho en total, atendidos por dos ángeles. Entre ellos pueden reconocerse, de izquierda a derecha, tres jóvenes burgueses, un anciano venerable, un monje, un alto dignatario eclesiástico, dos monjas de negros hábitos, dos doncellas virginales, tres extranjeros de exóticas y suntuosas vestimentas, con sombrero o turbantes, un dignatario real, tres hombres adultos de diversas profesiones y buena posición social, y el clérigo mencionado anteriormente. Es decir que de un total de dieciocho personas que alcanzan la salvación, catorce son varones y sólo cuatro son mujeres (apenas un 22%). De las cuatro mujeres que se salvan, dos son monjas y las otras dos son doncellas. La virginidad o la continencia son el denominador común para ellas. No hay ningún lugar reservado para las mujeres casadas o las madres solteras. Seguramente se han de ir todas al infierno por la sola práctica de su sexualidad. Por supuesto que tampoco están los pobres, ni los campesinos, ni los artesanos, lo cual demuestra el exclusivismo con que los cultos entienden y expresan la posibilidad de la Salvación.

¹² HISTORIA DE LAS MUJERES, tomo 4, *op. cit.*, pp. 146s.

m. FIGURA 13. **Adán y Eva** (año 1455). *Una de las partes del Tríptico de la Redención, Museo del Prado, Madrid. Autor: Rogier van der Weyden (1397-1464)*¹³.

En la pintura flamenca del siglo XV, tuvo un gran desarrollo la corriente realista, basada en una detallada observación de la realidad. El escenario adquiere tanta importancia como la escena misma. El uso de la pintura al óleo permite la aplicación de cálidos colores nítidos y brillos transparentes.

Aquí, el relato del jardín del Edén sirve de motivo a un minucioso estudio de la estética corporal en dos desnudos, uno masculino y otro femenino. Las figuras de Adán y Eva se alargan, en el primer plano, con sus curvas bien delineadas y un exquisito ensayo de proporciones. Brazos, piernas, manos y pies se mueven con destreza. Han atravesado el portal que separa el tiempo histórico del tiempo paradisiaco, y un ángel guardián con espada custodia la puerta. Por detrás se vislumbra un jardín fugado en perspectiva, con árboles y estanques, donde la escena anterior reproduce dos figuras humanas desnudas comiendo los frutos de un árbol donde se enrosca una serpiente demonizada con un rostro humano. Es la mujer la que come el fruto y da de comer al varón.

El portal del primer plano remata en un arco ojival, donde el autor pinta una secuencia de escenas protagonizadas por un personaje varonil, con túnica y manto rojos, que representa al Dios Creador. Una vez traspasado el portal, tanto Adán como Eva se cubren los genitales con hojas de higuera. Adán alza la vista, en un gesto inquisidor pero sin respuesta, mientras que Eva baja vergonzantemente su mirada y lleva oculta la fruta que ha sido ocasión de pecado y expulsión. No cabe duda de que el autor la hace sentir responsable de la caída y a su vez deja caer la sospecha de su falta de arrepentimiento real, por guardarse secretamente el fruto que ha sido la ocasión de pecado y llevarlo fuera del paraíso, de manera de que pudiera seguir siéndolo en el futuro. Adán, en cambio, estira su pierna como para alejarse de Eva. Subyace aquí el tema de la belleza

¹³ HISTORIA DE LA PINTURA. *op. cit.*, Vol. I, p. 164.

femenina, que preocupa mucho a los hombres de iglesia, como ocasión de pecado y también el de la tozudez de la mujer o su inclinación casi irrefrenable al pecado.

n. FIGURA 14. **El Pecado Original** (años 1468-1470). *Tabla de 35,5 x 23 cm., Museo de Historia del Arte, Viena. Autor: Hugo van der Goes (1440-1482)*¹⁴.

Su autor, Hugo van der Goes, desarrolló su actividad pictórica en Gante, ciudad flamenca de gran prosperidad económica en el siglo XV. Adulto ya, ingresó a un convento agustino de los alrededores de Bruselas, donde permaneció hasta su muerte.

Esta obra, que él mismo titula *Pecado Original*, es un tablero de 35,5 x 23 cm., pintado en su mediana edad. Constituía un díptico con otra obra suya, *El llanto del Cristo Muerto*.

Obedeciendo a la importancia que la pintura flamenca otorga al escenario, a la realidad inmediata, Adán y Eva se sitúan en un Edén lleno de verdor. El paisaje se alarga en una profunda fuga hacia el ángulo superior izquierdo, con una verde pradera, árboles y arbustos bajo un cielo azul y límpido. En primer plano se recortan los personajes y el árbol del conocimiento del bien y del mal: un árbol frutal cargado de manzanas. Parado verticalmente junto a él, y sujeto por sus garras, un animal fantástico de enormes proporciones, con cuerpo de lagarto y cabeza de mujer peinada con trenzas, representa simbólicamente al tentador. Eva y Adán completan la escena principal en una línea oblicua ascendente hacia la izquierda, que establece el orden geométrico de la composición, acompañando paralelo al del paisaje.

Los tres personajes tienen rasgos pronunciados, denotando una voluntad bastante acentuada de caracterización por parte del autor. Eva ocupa el eje central de la escena. Presenta una figura sensual, donde los senos, el abdomen y los glúteos se destacan por su voluminosidad con vibrantes contornos. Una cabellera exageradamente larga y suelta

¹⁴ PINACOTECA DE LOS GENIOS, fascículo 81: *Van der Goes*, Buenos Aires, Ed. Codex, 1965, lámina II.

le agrega un tono de sensualidad salvaje e incontenida. La flor de una planta se ocupa de cubrirle el pubis, que desvergonzadamente muestra desnuda. En sinuoso movimiento corporal, que pone frontalmente al descubierto todo su cuerpo, Eva gira y extiende su brazo hacia la derecha para tomar el fruto prohibido. Rompe con su traza perpendicular el orden geométrico oblicuo establecido. Una primera manzana ya mordida está sujeta en su otra mano, lo que hace suponer que esta otra es la destinada a Adán. Con gesto hierático, Adán se yergue vertical e inmóvil, con la mirada perdida en la lejanía, una mano cubriéndose el sexo y la otra abierta en gesto lánguido como para recibir lo que Eva le ofrezca sin discusión alguna. Su figura es esbelta, con formas poco pronunciadas y un tono de tez levemente más oscuro que el de Eva.

Si dudas, Eva constituye el centro del relato, es la transgresora por excelencia. No sólo es la que protagoniza toda la teatralización de la escena sino ^{que} también es la que transgrede el orden geométrico de la composición. Eva es la que “rompe” la imperturbable felicidad paradisíaca.

o. FIGURA 15. **Adán - Eva** (año 1507). *Dos obras equivalentes de tamaño natural (209 x 81 cm. cada una), Museo del Prado, Madrid. Autor: Alberto Durero (1471-1528)*¹⁵.

Durero, considerado el más importante pintor y grabador del Renacimiento alemán, es el autor de este juego de dos pinturas sobre tablas de madera, de idénticas proporciones, y donde retrata de cuerpo entero a los padres primordiales. Por sus proporciones (209 x 83 cm.), constituyen los primeros desnudos de tamaño natural de la pintura alemana. Fueron realizados en la ciudad alemana de Nüremberg, de alto nivel cultural y económico, después de sus viajes de estudio por los Países Bajos e Italia.

¹⁵ HISTORIA DE LA PINTURA, *op. cit.*, Vol. II, p. 255.

En su insaciable búsqueda de la belleza clásica del desnudo, Durero apela al tema paradisiaco de Adán y Eva para expresar las debidas proporciones del cuerpo humano, tanto masculino como femenino. Sus esfuerzos dan por resultado dos de los más bellos y perfectos desnudos de toda la historia de la pintura. En su *Tratado de las proporciones del cuerpo humano*, escrito a posterioridad, teorizará sobre este tema. Ambos desnudos siguen exactos cánones proporcionales, de manera que algunos críticos los consideran reminiscencias del “Apolo” y la “Venus” clásicos. Se han transformado en canon de las proporciones perfectas. Son casi una sublimación de la figura humana. La penetrante capacidad de observación de Durero, se pone de manifiesto en estas dos obras paralelas a través de sus numerosos detalles, analizados con una minuciosidad obsesiva.

Sobre un fondo inexistente y sombrío, se recortan las figuras de Adán y de Eva. Un fuerte trazo lineal, derivado de su tradición de dibujante y grabador, recorta y define a ambas figuras. Se trata de dos jóvenes de rostro ingenuo, piel tersa y gran flexibilidad en sus movimientos. Eva, con pie seguro, toma la fruta prohibida de boca de la misma serpiente que, enroscada en el árbol aledaño, se la entrega en propia mano. Su mirada inquisidora se dirige a su compañero, anticipando con su mano derecha inquieta y tensa, el gesto de entrega del fruto prohibido a Adán. Su cabellera es larga y sensual y parece despreocupada de su cuerpo desnudo, ya que el árbol mismo se ocupa de cubrir sus genitales y salvar así su falta de pudor manifiesta.

Adán, por su parte, detenta una postura inestable, con un sólo pie apoyado en el suelo. Su mirada de adolescente ingenuo se pierde a la distancia. Tiene en su mano la fruta entregada por Eva, retorciendo su muñeca para cubrir pudorosamente con la rama sus genitales. Su otra mano, con gesto crispado, expresa una situación de expectativa, de alerta ante lo desconocido, gesto que reitera su boca entreabierta.

A pesar del peso equivalente de ambas figuras, de la idéntica proporción y tamaño, la de Eva parece protagonizar la escena de la caída, pues fue la elegida por el autor para colocar su tarjeta de presentación con epígrafe incluido.

p. FIGURA 16. **La creación del hombre** (años 1508-1512). *Detalle del fresco de la bóveda de la Capilla Sixtina. Autor: Miguel Angel Buonarroti (1475-1546)*¹⁶.

Al genio creador de Miguel Ángel Buonarroti, escultor, pintor, poeta y arquitecto florentino, debemos este fresco pintado en la bóveda de la Capilla Sixtina. Miles de personas han pasado por allí para gozar de sus frescos, que constituyen su obra maestra y el mayor conjunto pictórico del *Cinquecento* italiano y tal vez del Renacimiento. Esta fracción de bóveda, la “La creación del hombre”, ha sido reproducida, además, en un número infinito de láminas, esquelas, postales, portadas de libros, cuadros, etc., siendo su difusión de carácter realmente masivo. De aquí la importancia del mensaje que transmite, de su función catequética.

La configuración visual de la escena es dinámica, nos ofrece la percepción de una acción. Dios extiende su brazo hacia el brazo de Adán y una chispa vivificadora, que pasa de dedo a dedo, se transmite del Creador a la creatura. La redondez oblonga del manto que circunda a Dios es una forma con dinamismo, acentuado por el movimiento de avance que le da la posición diagonal de su cuerpo. Como contrapartida, un trozo plano e incompleto de tierra, cuya pasividad se expresa en la inclinación de su contorno, cobija a Adán. El cuerpo de Adán se relaja en una curva cóncava, su figura yace lánguida. El brazo de Dios, cargado de energía, tiende el puente que una a ambas figuras. Un poder activo establece contacto con un objeto pasivo, el cual cobra animación por la energía que recibe.

La composición pictórica incluye dos personajes protagónicos: el Dios Creador y el primer ser humano. Dios está representado como un varón maduro y barbado, cubierto con una túnica y de gran energía en su gesto. Adán, en cambio, es un joven imberbe, de gesto lánguido. El “hombre”, recién creado, es claramente un individuo de sexo masculino, un “Adán” con nombre propio, lo cual queda atestiguado por las proporciones de su torso desnudo y por sus genitales expuestos deliberadamente. La

¹⁶ *Ibid.*, Vol. II, p. 224.

creación del hombre es claramente la transmisión de la vida de un Dios masculino a un ser humano masculino. Los detalles anecdóticos casi no existen, dando una enorme potencia al episodio principal, con el empleo de recursos técnicos como el estudio anatómico, las posiciones en escorzo y el uso de planos de luces y sombras.

q. FIGURA 17. **Adán y Eva expulsados del paraíso** (años 1508-1512). *Detalle de la bóveda de la Capilla Sixtina. Autor: Miguel Ángel Buonarroti (1475-1546)*¹⁷.

En la misma bóveda de la Capilla Sixtina, Miguel Angel pinta el fresco de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso. Sus torsos desnudos manifiestan el conocimiento anatómico y las dotes de escultor de su autor.

Tanto Adán como Eva expresan en sus gestos contracturados la intensidad de la escena. Sus músculos están tensos, sus brazos agitados, su mirada inquieta. Adán observa erguido, con tristeza y desesperación en su mirada, y Eva retuerce sus miembros en actitud crispada y torso agachado. La composición geométrica apela reiteradamente a las líneas oblicuas, que producen un efecto dinámico y cargado de energía, pues son una desviación de la horizontal o vertical, que denotan reposo. En la transición de la pintura renacentista a la barroca, los trazos oblicuos van dominando paulatinamente. En esta obra, una línea oblicua descendente de izquierda a derecha ordena jerárquicamente la escena, mientras que su perpendicular divide a los dos personajes. Ambas se cruzan en el centro de gravedad del cuadro. Los dos personajes, Adán y Eva, transmiten que la pérdida es fatal y toda la escena cobra un intenso dramatismo, la típica *terribilità* miguelangelesca.

¹⁷ *Ibid.* Vol. II, p. 228.

r. FIGURA 18. **Adán y Eva** (año 1531). (35 x 51 cm.) *Staatliche Museum, Berlín*.
*Autor: Lukas Cranach (1472-1553)*¹⁸.

Contemporáneo de Durero, Lucas Cranach es autor de esta obra de 35 x 51 cm. de dimensión. Fue realizado en su madurez como artista. De un humanismo y religiosidad eclécticos, Cranach pinta simultáneamente para la Reforma luterana como para los cardenales católicos. Es reconocida su amistad con Lutero. En su formación cultural se mezclan la herencia medioeval con las conquistas renacentistas, las tradiciones germánicas con las sugerencias italianizantes, el luteranismo y el catolicismo.

Como pintor de la Reforma prefirió las escenas bíblicas del Antiguo Testamento. En este caso eligió a Adán y Eva en el jardín del Edén. El escenario paradisiaco está representado curiosamente como un lugar selvático, de frondosa vegetación, y en donde conviven armoniosamente el león y el ciervo. Es un fondo de espesura, color verde oscuro, donde se recortan los dos protagonistas, Adán y Eva, a cuyo lado se asoman los dos animales. El árbol de la ciencia del bien y del mal está expuesto en su mínima expresión, como un ángulo superior derecho que enmarca la escena. Es un manzano donde se enrosca una serpiente que balbucea en el oído de Eva.

Cranach afronta aquí la representación de los desnudos masculino y femenino. Su moderación denota un espíritu verdaderamente clásico. Las figuras carecen de peso y de profundidad, son gráciles siluetas suspendidas en una atmósfera intemporal. Poseen una gracia frágil e infantil, recortadas con un contorno nervioso e inquieto. Eva, de escorzo, ofrece una silueta bien delineada, tanto en sus glúteos, en su abdomen, o en sus senos pequeños. Una larga cabellera rubia se suelta sensual sobre sus espaldas. Su sonrisa maliciosa dirigida a Adán, parece dar cuenta de ser consciente de la aventura peligrosa a la que lo invita a participar, degustando el fruto prohibido. Por caso de que la manzana fuera rechazada, esconde otra en su mano izquierda.

¹⁸ LOS GRANDES PINTORES, fascículo 68: *Cranach*, Buenos Aires, Ed. Viscontea, 1979, lámina V.

Adán, de frente y con una tez un poco más oscura, mira con resignación a Eva, como condescendiendo en la acción. Toma el fruto prohibido y con un gesto refinado cubre los genitales de ambos con una rama del árbol. La manzana a degustar y la rama que cubre la desnudez, se ubican en el eje central del cuadro.

s. FIGURA 19. **Adán y Eva** (± año1515). (202 x 152 cm.) *Museo Regional, Brunswick. Autor: Palma el Viejo (1480-1528)*¹⁹.

Jacopo Nigreti, apodado Palma, es autor de esta obra de grandes proporciones (202 x 152 cm.), donde recrea en tamaño natural la escena de Adán y Eva en el Paraíso. Palma, junto con Giorgione y Tiziano, es un digno representante de la escuela veneciana. De origen pueblerino, Palma no posee temple de innovador, pero supo intuir el curso de los acontecimientos y participar de la corriente que modernizó el arte veneciano.

Sometido a las fuertes influencias de los grandes maestros de su siglo, Palma se inspira en esta obra en el díptico que Durero dedica a ambas figuras míticas. Palma las reúne en un mismo cuadro, apelando al tamaño natural al igual que su antecesor.

El fondo oscuro y penumbroso tiene escasa definición, pero permite imaginar un paraíso de fronda espesa y profusa arboleda. Entre todos los ejemplares vegetales, se destacan tres árboles frutales, uno de los cuales es una higuera. En el árbol frutal que corta verticalmente la escena en dos partes, se enrosca un reptil con cabeza de demonio, de orejas puntiagudas y afilado pico. Ello permite identificarlo como el árbol de la ciencia del bien y del mal. Las figuras frontales de Adán y Eva, de gesto lánguido y cabezas reclinadas, emergen de la penumbra una a cada lado, adquiriendo volumen merced al juego dramático de luces y sombras. La luz desciende del ángulo superior izquierdo, bañando los torsos desnudos en suaves ondulaciones. Eva, candorosa,

¹⁹ PINACOTECA DE LOS GENIOS, fascículo 72: *Palma el Viejo*, Buenos Aires, Ed. Codex, 1965, lámina II.

cubriéndose el pubis con una hoja de higuera, entrega el fruto mordido a Adán. Este parece no querer recibirlo, pues esconde su brazo y cierra su mano en ademán de rechazo. También cubre sus genitales con una rama de higuera al igual que el Adán de Durero. Su mirada se pierde a la distancia, en gesto idéntico.

t. FIGURA 20. **Adán y Eva** (± año 1550). (240 x186 cm.) Museo del Prado, Madrid. Autor: *Vecellio Tiziano (1477-1576)*²⁰.

Su autor, Vecellio Tiziano es, junto con Lorenzo Lotto y Giorgione, uno de los tres genios de la pintura veneciana. La concepción dramática y monumental de sus obras, se hace manifiesta en esta pintura donde reproduce la escena paradisiaca. Todo participa de una intensa expresividad y un gran dinamismo, casi enervante.

El paisaje de fondo no es neutro, incluye prados, montañas, flores, plantas, árboles rocas y hasta animales, bajo un cielo nuboso y amenazante. Un árbol de gran porte se destaca en medio de la escena. De él descende una extraña criatura, de torso infantil y angelical y doble cola de reptil, que ofrece el fruto prohibido. Eva, esforzándose, se alarga para tomarlo, utilizando como apoyo una rama que dobla con el peso de su gesto ansioso. Tiene la boca entreabierta de deseos y la mirada fija en el objetivo de su acción. Sus pómulos enrojecidos, su larga y suelta cabellera, y su cuerpo carnosos dimanan sensualidad. Adán, por su parte, se agacha como para tomar distancia de la situación, apoyándose en una roca, y con su brazo trata de persuadir a Eva de que desista del intento. Sus músculos están crispados. Dos ramas bien dispuestas, una de higuera y otra del mismo frutal, cubren con discreción los genitales de Adán y de Eva, respectivamente.

Ambos personajes, en movimiento inestable, se inclinan en diagonal hacia la izquierda. Y esta tensión dirigida debe ser equilibrada por la inclinación opuesta de los

²⁰ GRANDES MUSEOS DEL MUNDO: Museo del Prado, Buenos Aires, Ed. Codex, s/f., p. 148.

dos árboles y sus ramas., produciendo como resultado un entrecruzamiento de direccionales. El efecto de tensión subyacente está acentuado al máximo porque todo escapa a la dirección horizontal o vertical de equilibrio estático, y los personajes salen de su posición habitual de reposo. Tanto los poderes cósmicos del universo, como la tragedia de la vida y de la muerte, se patentizan en este juego de cuerpos contorsionados, proponiendo una solución pictórica de dramática plasticidad. El estudio del movimiento de los cuerpos, e incluso el leve desequilibrio de masas con que compone la escena, ya constituyen un precedente del estilo barroco.

4. 3 Sinopsis iconográfica

A continuación, se reúnen en dos tablas de contenidos, a manera de cuadros sinópticos, datos acerca de las ilustraciones descriptas, tanto de elementos de identificación de las obras como de contenidos interpretativos. Se las incorpora porque facilitan una lectura sintética y a la vez comparativa de todas las obras, según temas de interés.

En ambas tablas, los datos están ordenados en columnas, según distintos encabezados, y contienen tantas filas horizontales como número de obras analizadas anteriormente.

A) Datos de identificación: título de la obra, fecha de composición, lugar donde se encuentra, autor (con alguna referencia personal si es pertinente), dimensiones de la obra y técnica utilizada.

B) Contenidos interpretativos: se seleccionaron aquéllos que remiten a la manera en que fue representada la escena general, el árbol/fruto, la serpiente/diablo. Eva, Adán, Dios (si aparece), y otros elementos de segundo orden incorporados.

SINOPSIS ICONOGRAFICA

A. DATOS DE IDENTIFICACION

Nº	título	fecha	lugar	autor	ref.pers.	tamaño	técnica / color
1	Adán y Eva	300	catácumba en Roma	anónimo	-	-	fresco monocromático
2	Adán y Eva	359	sarcófago en Roma	anónimo	-	-	talla pétrea -color natur.
3	Escenas de Adán y Eva	850	Biblia en Roma	anónimo	-	página de libro	dibujo coloreado -tonos vivos
4	La batalla de los vicios y las virtudes	1090	libro en París	anónimo	-	páginas de libro	dibujo lineal s/ fondo blanco
5	La Scala della Virtu	1100	libro en Estrasburgo	A. de Bastard d'Estaing	-	pág. de libro	dibujo en miniatura
6	La tentación de Eva	1120	portada de la Catedral de Autún	Gislebertus	-	-	relieve en piedra color natural
7	Adán y Eva ante el árbol de la ciencia del bien y del mal	1130	Ermita de la Vera Cruz -Segovia	anónimo	-	498x450 cm	mural de masas delineadas- tonos vivos
8	La tentación de Adán y Eva	1270-80	salterio /Cambridge	anónimo	-	pág. salterio	dibujo en miniatura
9	La garganta del infierno	1300	iglesia Santa María Mayor- Toscana	anónimo	-	-	fresco s/pináculo del arco triunfal
10	Adán y Eva cogiendo el fruto prohibido	1400	libro en Carpentrás	Maitre du champion des Dames	-	página de libro	dibujo en miniatura
11	Adán y Eva	1430	Iglesia del Carmen Florencia	Masolino da Panicale (1383-1440)	artista	-	fresco mural de tonos intensos
12	El Juicio Universal	1450	Siena	Giovanni di Paolo (1403-1482)	artista	-	detalle de pintura
13	Adán y Eva	1455	Flandes-Madrid	Rogier van der Weyden (1397-1464)	artista	-	tríptico al óleo- tonos suaves
14	El Pecado Original	1468-70	Gante-Viena	Hugo van der Goes (1440-1482)	monje	35,5x23 cm	díptico al óleo s/tabla
15	Adán - Eva	1507	Nüremberg-Madrid	Alberto Durero (1471-1528)	artista	2 x209x83	óleos s/tablas
16	La creación del hombre	1508-12	Capilla Sixtina-Vaticano	Miguel Angel Buonarroti (1475-1546)	artista	-	fresco de bóveda- tonos medianos
17	Adán y Eva expulsados del Paraíso	1508-12	Capilla Sixtina-Vaticano	Miguel Angel Buonarroti (1475-1546)	artista	-	detalle de fresco de bóveda
18	Adán y Eva	1531	Wittemberg-Berlín	Lukas Cranach (1472-1553)	amigo de Reforma	35x51 cm	pintura al óleo
19	Adán y Eva	1515	Venecia-Brunswich	Palma el Viejo (1480-1528)	artista	202x152	óleo -tonos oscuros
20	Adán y Eva	1550	Venecia-Madrid	Vecellio Tiziano (1477-1576)	artista	240x186	óleo -tonos oscuros

B. CONTENIDOS INTERPRETATIVOS

Nº	escena	árbol / fruto esquemático	serpiente / diablo	Eva	Adán	Dios	otros	
1	fondo neutro	esquemático	reptil al pie del árbol	mujer desnuda cubriéndose el pubis	varón desnudo cubriéndose el pubis	-	-	
2	portal enmarcando huerto c/espigas	copa frondosa c/frutos	reptil grande enroscado al árbol	mujer saliendo desnuda y cubriéndose el pubis	varón saliendo desnudo y cubriéndose el pubis	-	-	
3	paisaje c/plantas, árboles, montañas y cielo	árbol frutal	reptil enroscado al árbol	mujer desnuda	varón desnudo	aura, manto y Biblia	querubín c/espada	
4	-	-	demonios antropomórficos o con cuerpo de lagarto	diversos personajes masculinos y femeninos			-	
5	escalera que sube del mundo al cielo	-	diablo=dragón y demonios antropomorfizados c/flechas	desfilan personajes varios: laicos, clérigos, monjas, ermitaños			mano entre nubes	querubín c/espada
6	fondo liso donde se recortan árboles	árbol con grandes frutos	reptil enroscado al árbol	mujer reptando	-	-	-	
7	fondo neutro c/árboles	herbácea c/flores y frutos	reptil enroscado al árbol	mujer desnuda cubriéndose el pubis	varón desnudo cubriéndose el pubis	-	-	
8	fondo oscuro enmarcado	árbol ornamental	monstruo c/torso de mujer y resto de lagarto	mujer desnuda	varón desnudo	-	-	
9	fantasia infernal	-	lobo c/fauces abiertas- diablos c/tridentos	varias monjas desesperadas			-	condenados
10	prado c/lomas, árboles, arbustos y plantas	árbol frutal estilizado	lagarto c/cabeza de mujer	mujer de larga y suelta cabellera -seductora	varón barbado c/gesto reticente	-	testigo presencial	
11	fondo verde oscuro	árbol frutal frondoso	reptil c/ cabeza de mujer rubia	mujer rubia desnuda	varón pulcro c/gesto interrogativo	-	-	
12	fondo de árboles frutales (=Paraiso)	-	-	18 personajes: 14 varones bien ataviados y 4 mujeres			h. sentado en trono	dos ángeles
13	pórtico custodiado- jardín c/ árboles y estanque	árbol frutal	reptil c/ cabeza de mujer	mujer c/mirada baja y escondiendo fruto	varón desnudo c/mirada alta e inquisidora	h. barbado c/túnica	querubín c/ espada	
14	monte c/ árboles, arbustos y plantas b/cielo azul	árbol frutal c/manzanas	lagarto enorme c/cabeza de mujer	mujer desnuda, sensual, atrevida y transgresora	varón serio, impávido y cubriéndose el pubis	-	-	
15	fondo neutro azulino	árbol robusto de manzanas	reptil enroscado al árbol c/manzana	mujer desnuda, joven, segura y sensual	varón desnudo, joven, ingenuo y pudoroso	-	tarjeta c/ autógrafo	
16	dos masas nubosas: rojo celestial-gris terreno	-	-	-	varón desnudo, imberbe y lánguido	h. maduro y barbado	jóvenes angélicos	
17	fondo neutro y claro	-	-	mujer c/gesto recogido y crispado	varón c/gesto triste y contracturado	-	-	
18	fronda espesa c/león y ciervo	manzano c/frutas	serpiente enroscada al árbol	mujer rubia desnuda, desvergonzada y maliciosa	varón desnudo, pudoroso y resignado	-	león y ciervo	
19	fronda espesa y oscura	árbol frutal	reptil c/cabeza de demonio	joven mujer, candorosa y lánguida	joven varón temeroso	-	-	
20	prado c/flores, plantas, árboles y montañas	árbol frutal de gran porte	monstruo c/torso infantil y cola de reptil	mujer carnosa y sensual, c/gesto ansioso	varón barbado de gesto desconfiado y reticente	-	perro o lobo	

4. 4 Síntesis del recorrido iconográfico

El conjunto de veinte imágenes pictóricas o escultóricas, cuyas representaciones hemos observado e interpretado someramente, abarcan un tiempo histórico que va desde el año 300, aproximadamente, hasta el año 1550, cenit del Renacimiento. Abarcan desde los frescos de las catacumbas romanas, con que los primeros cristianos expresaban su fe y su adhesión al nuevo culto, hasta el apogeo de la pintura renacentista veneciana, en la obra de su pintor más reconocido, Tiziano.

El criterio de selección de las imágenes, además de que su cronología acompañe la cronología de los textos citados en el capítulo anterior, ha sido que constituyan obras cuya reproducción y difusión las colocan al alcance del público en general. Es decir que el material no se obtuvo en bibliotecas especializadas ni en tratados eruditos sobre el arte o la pintura, sino reproducido en fascículos coleccionables de distintos autores o bien en grandes manuales de historia de la pintura, que tienen carácter de material de divulgación masiva. El motivo de esta elección es que, por estar dirigido a un público no erudito, se trata de una selección de las obras más ampliamente conocidas de los autores. Esto garantiza no sólo el posible reconocimiento que se les haya dado en su época de realización, sino la importancia que aún detentan por su impacto ante el público en general. Y como lo que nos ocupa es precisamente la labor pedagógica, catequética e ilustrativa del mensaje que estas imágenes entrañan, creemos que constituyen una muestra apta y suficiente.

Con respecto a la muestra en sí, se han seleccionado, en primer lugar, aquellas obras pictóricas o escultóricas que representan la escena de Adán y Eva en el Edén, antes, durante o después de la caída. Títulos homónimos tienen trece de las veinte obras (figuras 1, 2, 3, 7, 8, 10, 11, 13, 15, 17, 18, 19 y 20). Una de las obras representa únicamente la tentación de Eva (figura 6), y otra se titula "Pecado Original", seguramente porque su autor ha absorbido los conocimientos teológicos que corresponden a su condición de monje agustino (figura 14). Complementando esta

descripción, se ha incorporado el fresco de Miguel Ángel “La creación del hombre” y otras cuatro obras que recrean concepciones de la época referidas a las virtudes y los vicios, al Juicio final y al Infierno, que agregan información acerca del imaginario construido en torno al problema del mal y de la perdición del hombre, así como del bien y de su salvación.

Con respecto a la datación geográfica de las obras, puede corroborarse que todas se localizan en el escenario europeo. Abarcan un arco que va desde Segovia, España, hasta Viena, Austria, en el eje este-oeste, y desde Berlín, Alemania, hasta Roma, Italia, en el sentido norte-sur. En cuanto al reconocimiento de su autoría, casi la primera mitad de las mismas no registran referencias acerca de sus autores, mientras que la segunda mitad ya verifica datos ciertos de quienes las han realizado. Es evidente que la individualidad ya está reconocida en estos siglos, y las manifestaciones artísticas van dejando de ser hechos colectivos anónimos, para transformarse en producción personalizada. De todos los autores identificados, la mayoría revisten la categoría de artistas independientes o bien sostenidos por príncipes, reyes o autoridades eclesiásticas, quienes les encargan las obras. De su filiación religiosa o formación teológica no tenemos datos. Uno de ellos, Hugo van der Goes, sí asume un compromiso religioso definido, al hacerse monje agustino, y otro, Lukas Cranach, es conocido por su amistad personal con Lutero y su simpatía hacia la Reforma. Esta afinidad puede extenderse también a Alberto Durer.

Las características de materialización de las obras son variadas. Contamos con tallas o relieves en piedra de muros o sarcófagos funerarios, con dibujos en miniatura que ilustran libros o salterios, con frescos que cubren muros o bóvedas de catacumbas e iglesias, y con pinturas sobre tablas de madera o lienzos enmarcados; desde dibujos en tinta, frescos monocromáticos o policromos, de tonos suaves, hasta óleos de vivos colores.

Enfocando ahora los contenidos interpretativos de las imágenes seleccionadas, es decir del mensaje que transmiten en cuanto a su representación de los sucedido en el

jardín del Edén, cabe realizar una reflexión detallada del conjunto. En principio puede apreciarse que en ningún caso parece que se dudara acerca de la historicidad del acontecimiento (= sucedido al principio de los tiempos), ni de la concreticidad de los personajes intervinientes (= Adán y Eva son dos individuos, un varón y una mujer), haciéndose una interpretación literal del texto bíblico.

Si nos detenemos a analizar el contenido temático, es conveniente detenernos en cada una de ellos:

- la **escena del Edén**, en algunos casos es un simple fondo neutro, de colores claros u oscuros según la técnica y el gusto empleados, y en otros llega a estar bien caracterizado. Cuando lo está, remite a una pradera, a un monte o a una jungla, con vegetación bastante próxima a la real en la mayoría de los casos (figuras 3, 7, 10, 11, 13, 14 y 19). Algunos autores acentúan su carácter fantástico incorporando animales extraños como leones, ciervos lobos o perros, alejándose totalmente del texto genesiaco (figuras 16 y 20). Otros autores agregan un portal o instancia de paso, muy fuertemente definido y con un ángel custodio, como para acentuar la salida de Adán y Eva del paraíso después de la transgresión, y su posterior entrada a un lugar y una dimensión diferentes (figuras 2 y 13).

- el **árbol de la ciencia del bien y del mal**, suele estar representado como un árbol frutal, con sus frutos a la vista que, en algunos casos, pueden identificarse como manzanas (figuras 13, 14, 15, 16 y 20). Algunas veces está esquematizado como un árbol ornamental o hierba gigante, pero en la mayoría de los casos es un árbol bien reconocible. Ocupa el eje vertical central de la composición, en un ordenamiento simétrico entre Adán y Eva (figuras 1, 2, 3, 7, 8, 10, 13, 19 y 20), o bien se sitúa a la derecha de Eva y sobre el margen derecho de la escena (figuras 11, 14, 15 y 16). En todos los casos sirve de soporte a la serpiente o sus símbolos equivalentes.

- el **maligno**, por su carácter de trans-real, se presta a las más variadas alegorizaciones. Aparece mayormente como reptil enroscado en el árbol, pero también

como lagarto o como lobo. Admite además muchas variaciones de personajes antropomorfizados: como serpiente con cabeza de mujer, en dos casos (figuras 11 y 13), o como lagarto con cabeza o torso de mujer, en tres ocasiones (figuras 8, 10 y 14), y también como serpiente con cabeza de demonio (figura 19), o como niño con cola de serpiente (figura 19). De las antropomorfizaciones del demonio, la más repetida es la de asociar lo diabólico con la mujer, en un personaje mixto. Esto se repite en cinco de los casos, lo cual le da total predominancia. El personaje simbólico del mal, en cualesquiera de los casos, siempre se dirige a la mujer y está próximo a ella. En otras de las láminas lo diabólico aparece representado como un dragón o un lobo de grandes fauces (figuras 4 y 9), y los demonios menores están representados con cuerpo humano o animal y cara demoníaca (figuras 4 y 5).

- Eva siempre aparece representada como una mujer desnuda. En la mayor parte de los casos se la muestra de pié junto a Adán, en torno al árbol de la ciencia del bien y del mal. La escena compuesta los coloca preferentemente uno a cada lado del cuadro (figuras 1, 2, 3, 7, 8, 10, 11, 13, 15, 16, 18, 19 y 20), equilibrando las masas. Salvo en la figura 8, en todas las demás Eva ocupa la mitad derecha del cuadro, la de mayor fuerza compositiva y por tanto mayor protagonismo. En un caso particular, el de la figura 14, Eva está en el eje central vertical de la escena y es la protagonista absoluta del cuadro. Se trata de la figura nominada “teológicamente” por su autor, un futuro monje, como *Pecado Original*, lo cual le agrega a la fuerza comunicativa de la imagen pictórica un plus de contenido interpretativo teológico. El caso más llamativo es, sin embargo, el que representa el cuerpo femenino de Eva en forma horizontal y en un movimiento serpenteante, que la asemeja a un reptil. Aquí se produce deliberadamente la asociación inversa: no es la serpiente la que se antropomorfiza como mujer, sino la misma mujer la que se visualiza como reptil-diablo. Eva es una mujer, unas veces joven y tímida, pero mayormente adulta, sensual y maliciosa, con larga cabellera y anatomía bien desarrollada. Aparece algunas veces pudorosa y cubriéndose su pubis (figuras 1, 2, 3, 7, 10, 13 y 19), y otras veces indecorosa y transgresora (figuras 8, 11, 14, 15, 16 y 20). En

estos últimos casos es la misma vegetación o bien Adán quienes reciben del autor de la obra el encargo de cubrir su desnudez. Eva es quien, aleccionada por la serpiente-diablo, toma el fruto prohibido, lo muerde, y lo entrega después a Adán, con gesto convincente (figuras 3, 8, 10, 11, 13, 14 y 15), y persuadiéndolo a que él también lo pruebe, actitud que especialmente se verifica en las figuras 10, 16, 19 y 20.

- **Adán** aparece representado como un varón desnudo. Para alejar cualquier posibilidad de duda de que pudiera tratarse de un ser humano genérico, o de un ser original asexuado o hermafrodita, o de un andrógino, en las representaciones de la creación de Adán, y antes de que Eva se incorporara a la escena paradisiaca, Adán es siempre un individuo de sexo masculino (figuras 3 y 17). No se trata de la creación de un “ser humano” en general, e indiferenciado, se trata de la creación de un varón con genitales expuestos. De aquí en más, siempre va a ser visto así, ya sea joven o maduro, con pelo corto o largo, aliñado o salvaje, con barba o sin ella, rubio o morocho. En la escena de la caída, junto a Eva, normalmente su gesto es de duda o de falta de convencimiento, o bien de franco rechazo, como atestiguando que toma el fruto forzado por las circunstancias (figuras 8, 10, 11, 14 y 15), gesto que es acentuado en las figuras 16, 19 y 20. Si alguna rama del árbol o de la vegetación circundante no le cubre su sexo, él se ocupa muy bien de ocultarlo pudorosamente (figuras 1, 2, 3, 7, 10, 13, 14, 15, 16 y 19), haciendo su gesto extensivo a Eva en algún caso (figura 16). Estando en compañía de Eva se lo representa a Adán del lado izquierdo de la escena en todos los casos salvo uno (figura 8). Se lo coloca en la mitad izquierda por ser la de menor peso compositivo del cuadro, como para indicar que él no es el protagonista del suceso, sino que es casi un adherente pasivo.

- **Dios** está representado en unas pocas figuras (fig. 3, 4, 12, 13 y 17). Es un personaje de larga túnica, manto rojo, aureola en la cabeza y portando un libro bajo su brazo (fig. 3), o bien es una mano que descende entre nubes para entregar la corona de la vida (fig. 4). Es representado como un patriarca barbado sentado en un trono (fig. 12),

o como un varón de mediana edad, barba y larga túnica roja (fig. 13). La imagen más desarrollada es, sin embargo, la pintada por Miguel Ángel en el fresco de la creación del hombre (fig. 16). Allí el Dios creador está representado como un hombre maduro, de larga cabellera y barba blanquecinas, vestido con una túnica etérea y transportado por los aires por querubines. Dios es, sin ninguna duda, un ser masculino, un personaje cuya virilidad está fuera de discusión.

De los otros personajes que aparecen en las escenas, el más repetido es el del querubín o ángel custodio, que guarda la entrada del Edén después de la expulsión de Adán y Eva, (fig. 3, 5 y 13). Otras dos figuras angélicas aparecen atendiendo a los salvos en el Juicio Universal (fig. 12).

Las restantes imágenes (fig. 4, 5, 9 y 12) agregan matices interesantes a la cuestión: que la lujuria es el peor de los vicios y está asociada a lo diabólico, y que las mujeres son las que conducen a los varones a ese pecado (fig. 4); que en la escala jerárquica de los virtuosos hay pocas posibilidades de ascenso para las mujeres, y menos aún si son laicas casadas (fig. 5); que aún siendo monjas es muy fácil que las mujeres caigan en las fauces del diablo por su apostasía (fig. 9); y que, por último, después del gran Juicio Universal tienen sólo un 22 % de posibilidades de gozar del Paraíso recreado o de la Jerusalén Celeste (fig. 12).



SINTESIS CONCLUSIVA

Cerrada la etapa de análisis interpretativo, corresponde realizar, en primer lugar una breve síntesis de cada una de las tres líneas hermenéuticas elegidas, acompañadas de conclusiones parciales, para luego intentar verificar sus convergencias y arribar a conclusiones finales.

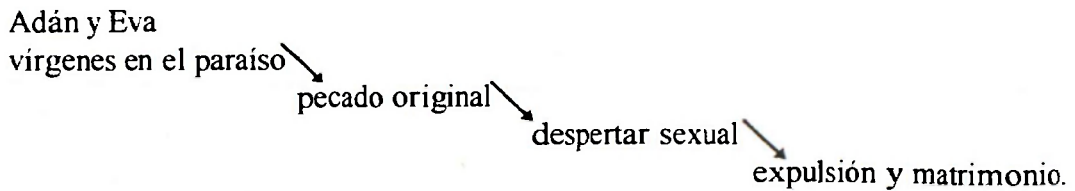
El **CUERPO** es territorio de múltiples elucubraciones en relación al pecado original. Aparece valorizado por la *Septuaginta* que, en su incorporación del *Libro de la Sabiduría*, considera al hombre creado como “incorruptible”, es decir de una materialidad indiscutible y resguardada. Pero, como contrapartida, sitúa a Adán y Eva en un “paraíso” de placeres deliciosos, tomando el matiz de estar entregados a los deseos saciados sin esfuerzo alguno. La filosofía hebrea tardía, en la visión de *Filón de Alejandría*, en cambio, acentúa la dicotomía cuerpo-alma, planteando una doble creación: celeste para el ser inteligible y terrestre para el ser corporal. La apocalíptica judía le agrega a la corporalidad connotaciones negativas, al hablar de “partes verendas” y de desnudez vergonzante, al identificar al mal como acto sexual entre ángeles caídos y mujeres terrenas. Pero el *Libro de Adán y Eva*, contrapone a esa negatividad la promesa de una verdadera resurrección corporal después de la muerte.

La literatura patristica también ofrece opiniones contrapuestas. Predomina, sin embargo, la desvalorización de la corporalidad:

- *Ireneo de Lyon* describe al hombre como un compuesto, donde el alma es el “artífice” y el cuerpo la “materia”.

- *Atanasio* entiende al matrimonio como un castigo por la transgresión y acusa a Eva de concebir al pecado “llena de placer”.

- *Gregorio de Niza* afirma que el hombre fue creado como un ángel y que la diferenciación sexual es una posterior añadidura a su naturaleza. Define la secuencia paradisiaca en etapas sucesivas:



Así, el sexo es una adaptación secundaria de la naturaleza humana, una defensa natural ante la posibilidad de muerte sin descendencia.

- *Jerónimo* recrea la idea de Adán y Eva en el “paraíso de la virginidad”, contraponiéndolo a su experiencia ascética donde la tentación se hacía presente en su “cuerpo incendiado de apetitos”.

- *Orígenes* también interpreta la corporalidad como castigo, como cárcel, como encadenamiento, como una consecuencia del pecado original.

La concepción de lo corporal oscila entre la inmaterialidad angélica, la indiferenciación sexual, y la dicotomía que desvaloriza el cuerpo en relación al alma. El ejercicio de la sexualidad es admitida con posterioridad al pecado original, como consecuencia de esa caída, como castigo por la transgresión y a la vez como defensa ante la posible extinción de la especie humana.

Pero, en sentido positivo, la literatura patristica también agrega opiniones interesantes:

- *Orígenes*, además, presenta la ~~transgresión~~ ^{abstención} original como producto de la “desidia y el cansancio”, del olvido y el descuido de las cosas mejores, sacándola de la órbita de lo sexual.

- *Clemente*, de la misma escuela alejandrina, identifica lo corporal como “imagen” y lo espiritual como “semejanza” de Dios. También niega que la relación sexual sea fruto del pecado original.

- *Tertuliano* identifica al hombre como totalidad alma-carne, íntimamente entremezclados por el Creador, como “barro hecho glorioso por la mano de Dios”. Todo el hombre pecó, y el pecado original es fruto tanto de la concupiscencia del alma como del placer de la carne.

El *pensamiento gnóstico* manifiesta frente a la corporalidad, multitud de apreciaciones pero, en su mayoría, son coincidentes en menospreciarla. La salvación es vista como liberación del cuerpo; se considera que sólo el espíritu es lo auténtico, que sólo el alma es pasible de redención. Se describe al cuerpo como prisión del espíritu y sede de apetitos libidinosos, como causa perdida, como molde corrompido.

Agustín, en el siglo IV, es el gran sistematizador del pensamiento cristiano acerca del pecado original. A la repulsa al placer y al descrédito de lo corporal, ya vigentes, Agustín agrega una sospecha teológica: hace de la unión sexual de los cuerpos la vía de transmisión del pecado original. Sólo el pánico que provoca en la actualidad la posibilidad de contagio del SIDA, vía genital, puede ser comparable al terror sembrado respecto a la contaminación del hijo con el pecado original, merced a la relación sexual placentera de los progenitores.

En el marco de su autobiografía, Agustín experimenta y describe el deseo sexual como una cadena esclavizante. Como contrapartida imagina a Adán y Eva en el Edén sin relaciones sexuales, luego evoluciona a considerarlos con sexo pero con un fin procreativo y engendrando su prole “sin el morbo de la libido”. En el paraíso todo parece estar bajo el dominio de la voluntad. Cometida la transgresión todo cambia radicalmente: los órganos corporales, en especial los sexuales, se revelan desobedientes. Adán y Eva se ruborizan, cubren “sus vergüenzas” y sienten como indecente su desnudez. La procreación es la vía transmisora del desorden y la condena a la descendencia. Después del pecado original sobreviene la muerte. La libido se encarna como prototipo de todas las pasiones y el instinto sexual, y su satisfacción, se convierten en la “luz” investigadora de la conciencia del hombre. Al matrimonio sólo le resta la virtud de poder ser asilo para la debilidad humana; la procreación es su único fin aceptable.

Irónicamente podríamos decir que la biogenética actual, con sus prácticas de inseminación artificial que produce bebés de probeta, podría asimilarse al ideal de Agustín de procreación escindida de una relación coital placentera. La violación

también podría ser otro arquetipo, que al menos eximiría de culpa a la mujer forzada. La poligamia, que usa de la fecundidad de muchas mujeres, debería ser preferida, desde esta perspectiva, a un amor exclusivo por una mujer, si éste fuera excesivamente apasionado.

En el medioevo, *Tomás de Aquino* describe así el supuesto estado de inocencia primitiva de Adán y Eva: en ellos el cuerpo estaba sometido al alma, el alma a la razón y la razón a Dios. La creación del hombre tuvo lugar en dos instancias diferentes y simultáneas: creación del alma y formación del cuerpo; una es la forma y el otro la materia. Las actividades corporales, como el ejercicio de la genitalidad, son peligrosas para el varón pues atentan contra su ánimo viril, roban energía al alma, oprimen la razón y provocan un embotamiento del espíritu. En cuanto al pecado original, Tomás atribuye a la tentación el apelar a una doble vía: sensual, a través de Eva, e intelectual ofreciéndole semejanza divina. Eva cede por delectación; Adán por consentimiento. El pecado original es, para Tomás, fundamentalmente la falta de justicia original, y materialmente la concupiscencia. Forma y materia coadyuvan a ese fin.

Las consecuencias del pecado original también se encolumnan en esos dos órdenes:

--orden corporal de la materia → enfermedad y muerte.
--orden espiritual → falibilidad intelectual y turbación por los apetitos sensitivos.

Después del pecado original los órganos sexuales del cuerpo se convirtieron en “ignominiosos” y en el lugar privilegiado donde se manifiesta la rebelión de la carne contra el espíritu.

Rompiendo la clausura mental de la cristiandad tardomedieval, *Marctín Lutero* inicia el derrotero de la Reforma protestante. A diferencia de sus contemporáneos, pone énfasis en que el matrimonio es un estado divino y salvador, el más universal y más noble, el instituido en primer lugar y el apropiado para el común de la gente. Pero no logra escapar de la obsesión medioeval contra el “placer carnal”, agregándole

condiciones de cubrir la vergüenza del ejercicio sexual, de que el débito conyugal debe ser usado con moderación y al solo efecto de la procreación.

En cuanto a su conceptualización del pecado, se registra una evolución en su pensamiento. Lo considera ligado no solamente a la exterioridad corporal, sino básicamente a la incredulidad en lo íntimo del corazón. Pero muchas veces carga su argumentación en la lucha del espíritu con la carne y en matar los apetitos corporales, casi asimilando los conceptos de **carne** y **cuerpo**. No obstante evoluciona hasta ampliar su concepto de tentación a tres órbitas: la carne, el mundo y el diablo (cabe aclarar que por **carne** entiende impudicia, pereza, gula, borrachera, avaricia, fraude y engaño). Madurando en su pensamiento, Lutero define el pecado original como una profunda corrupción de la naturaleza humana, que se manifiesta en la incredulidad o el desprecio de Dios. El hombre entero es “carne”, afirma. La existencia del hombre se sitúa en radical rebeldía contra Dios, en un estado de egoísmo existencial que rehusa abrirse al amor de Dios y del hermano. Lutero ratifica la totalidad, radicalidad y universalidad del pecado. Este “estado corrupto” del hombre por efecto del pecado original, este encontrarse fatalmente enredado en la culpabilidad y el castigo por un pecado cometido en un tiempo remoto, creemos que corre el riesgo de cargar de un tinte demasiado oscuro la condición creatural del hombre. Lutero queda demasiado prisionero de su obsesión por el pecado, en el cual centra la necesidad de la redención y de la gracia. Frente a la “enormidad” de la gracia de Dios, parece haberse sentido obligado a magnificar la imagen opuesta de pecado.

El *Concilio de Trento*, constituyó la base doctrinal de la existencia del pecado original, cometido y transmitido por Adán. Consagró la inmortalidad corporal de Adán en el paraíso, anterior a la transgresión, y dejó en firme la convicción de que el Adán “caído” nos legó la muerte y las penas corporales, vía hereditaria. El acto sacramental del bautismo, en función de los méritos de Jesucristo, nos lo perdona. Sólo nos queda la “concupiscencia”, como una marca de fuego.

Como sedimento de las tantas interpretaciones recorridas, el **cuerpo** se visualiza como un gran protagonista de los sucesos que devienen en el pecado original. Además de ser un pesado lastre para el alma parece convertirse en la ocasión de perdición del hombre.

La preponderancia del cuerpo, inmerso en la problemática del pecado original, está muy ligada a la utilización de un modelo empírico para explicar el origen del pecado: Adán como primer hombre, padre único de toda la raza humana, personaje histórico dotado de singulares prerrogativas, creado por Dios en “santidad y justicia”. Ya no es sostenible la historicidad del estado original superlativo, atribuido a Adán, ni la idea de un pecado que pueda propagarse por generación hereditaria. Hoy, toda la “teología de Adán” requiere ser desactivada, y con ello la imagen corporal del Adán pecador quedará desdibujada.

Reconozcamos que la corporalidad de este hombre universal primigenio, que tantos mitos y aun sistemas filosóficos recrean, no nos ha servido de ruta esclarecedora para la comprensión del pecado original. La promesa de la “resurrección de la carne” no necesita de la imagen contrapuesta de una carne adámica corrompida por un primer pecado. La obra salvadora de Cristo se explica por sí misma, sin necesidad de la teología de Adán tradicional. El hombre necesita de la redención precisamente por la desproporción entre el fin a que está ordenado -la salvación, la Vida eterna- y su incapacidad real de alcanzar dicho fin por sus propias fuerzas. Al concepto de gracia restauradora de la ruina, liberadora del pecado, debemos sumarle, actualizada, la dimensión preventiva, elevadora, deificante de la gracia de Dios. A la visión excesivamente centrada en Adán y su pecado, podemos oponerle una visión centrada en Cristo y en la gratuidad de Dios. Lo primero no es el pecado, sino la llamada gratuita de Dios y su deseo de salvar al hombre.

Demasiado reiteradamente, el pecado se describe como “carnal”, como lujurioso, como de índole sexual, quedando impregnado de esas connotaciones. Aquí, el sentido de *concupiscencia* que, para teólogos de la talla de Karl Rahner, en la órbita católico

romana¹, o Paul Tillich, en la órbita protestante², debe entenderse como una manifestación de las fuerzas apetitivas del hombre en sentido integral, abarcando todas sus energías (hambre, sexo, conocimiento, poder, riqueza, etc.), queda limitado a una única faceta: lo sensible, lo sensual, lo sexual. Este fijismo, que previene contra todo lo sensible, espontáneo y pasional, y coloca lo pecaminoso en lo material, se ajusta muy poco al pensamiento bíblico, donde el verdadero pecado parece situarse en lo íntimo del corazón.

Reconocemos en todo hombre un constitutivo amor a sí mismo, una fuerte tendencia egoísta, egocentrista, narcisista; y al mismo tiempo una motivación a la alteridad, a la superación de su egoísmo, a la trascendencia. No obstante, dicha tensión no puede ser equiparada a la materialidad- espiritualidad, a una supuesta tensión entre “miembros inferiores” y parte superior del hombre. El pecado no radica en la naturaleza corporal y sensible del hombre, sino en lo íntimo de la persona, en su opción libertaria de adhesión a Dios o de rechazo.

Pareciera como si la lucha entre la virtud y el vicio, entre la razón y las pasiones, en lugar de librarse en el ámbito de lo público, se librara en el ámbito de lo privado. Pareciera como si el escenario primordial del pecado dejara de ser “el foro”, para trasladarse a “la alcoba”, dejara de ser el Parlamento, los Tribunales de Justicia, los organismos de gobierno, las cúpulas sindicales, la Bolsa de Comercio, la Policía, los Directorios de las Empresas, etc., para trasladarse al dormitorio conyugal. Pareciera como si el escenario primordial del pecado humano, en lugar de ser “la guerra”, fuese “la cama”. El mundo exterior quedará así librado a sí mismo, mientras que el claroscuro de la intimidad será vigilado hasta en sus aspectos más recónditos.

¹ Cfr. la obra de Karl Rahner: *Sobre el concepto teológico de concupiscencia: apuntes críticos en torno al concepto hoy usual de concupiscencia*, pp. 382-390, citada por Alejandro Villalmonete, “El pecado original. Veinticinco años de historia: 1950 - 1975”; en : revista *Naturaleza y Gracia*, vol. XXIV, mayo - agosto de 1977, fasc. II, pp. 252s.

² Cfr. la obra de Paul Tillich: *Teología Sistemática II. La existencia y Cristo*. Salamanca, Ed. Sígueme, 1981, pp. 76-81.

La **MUJER**, prefigurada en Eva, es blanco de un sinnúmero de comentarios. Unos tratan de ignorarla, mientras que otros la hacen culpable de la caída por antonomasia.

La *Septuaginta* se manifiesta impaciente en la individuación de Adán como varón, mientras que demora la personificación de Eva, manteniéndola en una nebulosa orgánica al nombrarla como "Vida". *Filón de Alejandría* la considera el origen de la vida culpable del hombre. Y el autor de la *Vida de Adán y Eva* la muestra autoculpándose reiteradamente por haber cedido a la tentación, tanto por su estupidez como por su gesto deliberado contra Adán. En la posición más imaginativa y extremosa, el *Libro de Henoc* la acusa de relacionarse con el ángel perverso que le enseñó a fabricar "armas mortíferas". De aquí en más, siguiendo esta línea argumental, podría pensarse que la bomba atómica tiene autoría femenina, o bien podría sugerírseles a las Fuerzas Armadas que adopten a Eva como patrona.

En la literatura patristica, el mensaje es mayoritariamente despectivo en su descripción de Eva como mujer primordial. Sólo *Clemente de Alejandría* muestra cierta dubitación, al considerar a las mujeres como creaturas de Dios, discípulas de Jesucristo, e iguales a los varones en virtud y posibilidades de participación eclesial. Pero agrega que por su naturaleza vergonzante deben concurrir a la iglesia con la cara cubierta por un velo. *Ireneo* no duda en construir el par de oposición: Eva - María; la virgen desobediente - la virgen obediente; incredulidad - fe; muerte - liberación. *Tertuliano* califica a las mujeres como "puertas del diablo", desertoras de la ley divina y destructoras del hombre. *Jerónimo* agrega la polaridad continencia / Dios <---versus---> sexo con mujeres / diablo.

El *gnosticismo cristiano* alterna entre dos connotaciones opuestas: por un lado incorpora el elemento femenino en la representación de lo divino y el protagonismo de mujeres; pero, por otro lado, llega al extremo de considerar a Eva como producto de una polución nocturna de Adán y a sugerir que deberá reinsertarse en la costilla de Adán, afirmando un regreso a lo masculino, así como que toda mujer deberá hacerse varón para poder acceder al Reino de los Cielos.

Agustín relata ya en su autobiografía su relación con las mujeres: a su madre, abnegada servidora y esclava de su esposo, le sigue en orden de importancia su amante innombrable, su concubina y madre de su hijo. Su relación con ella la describe como de “amor lascivo”. Después de su conversión se posiciona en las antípodas, abandona a su amante y pone de manifiesto su desprecio al sexo y su fobia hacia la mujer. La mujer es definida mayoritariamente como objeto de placer y no como posible compañera en la vida.

Eva, según Agustín, es creada como ayuda para la procreación, su rol es pasivo, su función es subordinada, es la receptora de la semilla viril. Entiende la armonía de la creación como basada en el orden jerárquico de la prioridad del varón y la subordinación de la mujer. La caída en pecado original tiene también una doble explicación: Eva es seducida por su falta de lucidez y su pobre inteligencia, mientras que Adán cede condescendiendo con ella por solidaridad, por un amor incondicional a Eva. De aquí concluye que es necesario reforzar la autoridad del mejor cualificado (orden jerárquico) en pos de la concordia entre los que mandan y los que obedecen. Esto nos previene del peligro de las mujeres altivas, que se creen “dignas” por el sólo hecho de poder ser madres.

Tomás de Aquino, varios siglos después, no duda en repetir que Eva fue creada con la única finalidad de ser una ayuda para la procreación. La mujer es solo un varón ~~caído~~, imperfecto, una cosa ocasional, es el producto de una segunda intención de la naturaleza, su creación está en orden a la generación de los inferiores. Por ello la mujer debe ser gobernada por el varón, puesto que él posee una razón más perfecta y una virtud más fuerte.

Pero en ocasión de la tentación, Eva se constituyó en una ayuda perversa. Tomás describe a Eva como la protagonista por antonomasia del proceso de tentación ~~y conversión~~. No obstante su carencia intelectual, Eva pecó por soberbia, por curiosidad, por gula, por infidelidad y por desobediencia. No conforme con ello, se ocupó después de persuadir a

Adán, que accedió por benevolencia con ella y aspirando “a la elevación y a la ciencia”. El pecado de Eva es de enormes proporciones: pecó contra Dios y contra el prójimo.

A la luz de la Reforma luterana, la conceptualización sufre cambios, pero pocos. *Lutero* considera que la mujer fue creada como una ayuda para el hombre, pero a su contribución procreativa le añade su compañía social. El matrimonio es un estado primordial y salvífico, en especial por constituirse en resguardo contra las relaciones múltiples e ilegítimas. La inferioridad de la mujer es un dato indiscutido: su intelecto es más débil y su dignidad no iguala a la del varón. Las mujeres protestantes son consagradas al espacio doméstico, al claustro hogareño, negando su participación en los asuntos externos. La procreación se convierte en su compromiso continuado, es su manera de cumplir con el castigo bíblico a ella asignado. El parto, además de la “sola fe”, es su manera de expiar su pecado.

El *Concilio de Trento* toma una singular posición respecto a Eva en su decreto sobre el pecado original. Simplemente omite citarla, la ignora. Adán es el único protagonista de la cuestión. Adán es quien comete el pecado original y quien nos lo transmite, es una realidad precisa e individualizada. Eva no es nombrada en ningún momento, queda eliminada del escenario edénico. Sólo María aparece en el lugar de la mujer.

Como síntesis parcial, cabe señalar que el concepto de **mujer** que dimana de estas interpretaciones del mito adámico y del pecado original, tiene una base de negatividad insoslayable. Por una parte, la construcción de la polaridad varón-mujer no parece relacionarse con la condición de creaturas de Dios, como dos modalidades diferentes del ser humano creado a imagen de Dios. Dicha polaridad más bien se desliza hacia la condición humana después de la transgresión. Parece devenir como una alternativa que, después de una caída ya previsible, sirve para garantizar la supervivencia de la especie humana en su carácter de mortal.

El punto de partida es totalmente androcéntrico. Se fundamenta en la total identificación:

ser humano = varón

Adán, como varón primero, pasa a ser un concepto normativo del ser humano, se identifica como “ser ejemplar”. Este Adán creado primero, supuestamente varón, es el argumento utilizado para subrayar la dependencia de Eva, formada o construida a partir de su costilla. Ella es de menor dignidad simplemente por ser diferente.

Un “lugar común” en las opiniones vertidas en el ~~segundo~~ capítulo de esta investigación, es la subordinación de la mujer considerada como normal y aceptada como un saber apriorístico incuestionable. La mujer, lo oral, lo corporal, lo maléfico, lo irracional ... están fuera de lo que es lo normativo, son “lo otro”, ocupan la misma ajenidad desprestigiada. Y puesto que quien detenta el poder de lo escrito, construye también la imagen del “otro”... ¡qué cruel sociedad es ésta, cuya palabra tiene el poder de encerrar a media humanidad en el cerco de una imagen detestable!

La condición de la mujer, que en la sociedad patriarcal es experimentada como de carácter servil y subordinado, queda aquí arquetípicamente justificada e identificada con el “orden de la creación”. Del análisis de las diferencias como un hecho de la naturaleza, se pasa a la justificación de las desigualdades como hecho cultural indiscutible. Estas mismas diferencias parecen entendidas como provenientes de “dos naturalezas”, una para el varón y otra diferente para la mujer: ella estaría determinada por su naturaleza corporal, mientras que él estaría representado por lo racional y lo espiritual.

El varón está llamado a desempeñar el rol principal y está llamado a la soberanía; mientras que la mujer es apenas una actriz “de reparto”, por constituir un ser humano derivado. El concepto *mujer* se explica por oposición o disminución del concepto *varón*. Esta es la tradición principal de la teología oficial en el período estudiado, es la voz que se impone, frente a otras tradiciones contrarias que se dejan de lado.

Indudablemente que la cualidad de ser imagen y semejanza de Dios de ambos sexos no está negada, pero podemos decir que con respecto al género femenino sufre limitaciones. Muy ligeramente se argumenta en contra de Eva: ... que Adán es creado

directamente a imagen de Dios y la mujer, en cambio, lo es indirectamente a través del varón... ¡cómo si el original se borraría con las sucesivas copias!; ... que Adán es más inteligente y espiritual, por lo cual Eva tiene que estarle subordinada... ¡cómo si el polvo de la tierra pudiera constituir una materia prima de mejor calidad que la costilla humana con que fue construida Eva!. Si bien la igualdad está garantizada en la redención, la desigualdad creatural la incapacita a Eva para señorear la creación... ¡deberá posponerse y conformarse con el premio en la eternidad!.

Por otra parte parece que la explicación de la caída, del fracaso de la humanidad a su vocación original, se convierte en el lugar más propicio para verter la mayor carga de celos, de sospechas y de rencores ancestrales contra la mujer, prefigurada en Eva. Como en muchas otras esferas de la vida, el momento del fracaso es la ocasión ideal para el “pase de facturas”, para la exacerbación de las acusaciones mutuas. Y como la que hemos oído es “palabra de varones”, la mujer queda convertida en la pecadora por excelencia, en la seductora del varón, queda constituida en la depositaria máxima de la culpa original y en la merecedora del peor de los castigos. El pecado de Adán llega a ser convertido casi en una “falta por caballerosidad”, dada su simpatía y amistad con la Eva culpable. Pero ella no merece consideración ninguna, pues peca no sólo contra Dios y contra sí misma, sino también contra su prójimo -Adán-, al inducirlo al pecado.

Interceptando los dos estereotipos antes mencionados, el del cuerpo y el de la mujer, se esboza la interpretación del **MAL**, presente en el mito adámico y en el dogma del pecado original. En muchos de los casos el mal aparece enlazando ambas vertientes.

La *Septuaginta*, tanto en su traducción del Génesis como en el *Libro de la Sabiduría* que incorpora, enfatiza el poder del diablo, personifica su protagonismo maléfico. La apocalíptica judía se muestra, en cambio, cautelosa: el *Libro de Henoc* no considera hereditaria la transgresión de Adán y Eva; el *Libro de los Jubileos* saca el origen del mal de la escena paradisiaca; y el *Libro de la Vida de Adán y Eva* lo sitúa

temporalmente allí pero lo coloca fuera del jardín de Edén. Es Eva quien lo introduce, seducida ante la promesa de conocer el bien y el mal y ser como dioses.

Entre los primeros apologetas cristianos, *Justino* mártir tampoco sitúa el origen del mal en la escena de Adán y Eva, y lo traslada a los “ángeles perversos” que estupraron a las mujeres terrenas. *Ireneo* actualiza la caracterización del mal como autor de la apostasía y fabricante de herejías, afirmando la tradición ortodoxa. *Orígenes*, en cambio, lo coloca en la esfera de la elección libre y voluntaria del hombre, como fruto de la desidia y el cansancio. Es una elección propia de las “naturalezas racionales”. Pero *Tertuliano* se manifiesta con firmeza en la personificación del mal como “diablo”, cuya palabra es “artífice de la muerte”. Entremezclando conceptos acerca de la virginidad, entrevé la tierra creada como “no vejada por el trabajo humano” y la palabra del diablo como un “semen” que se introdujo en Eva. Esta supuesta capacidad sexual del diablo de vincularse con mujeres es una idea recurrente. A ella se va a apelar en ocasiones tan funestas para la historia de la Iglesia como lo fue la denominada “caza de brujas” (dicha relación sexual supuestamente constituiría el pacto formal entre las brujas y el demonio), cuyas consecuencias no necesitan ser detalladas aquí³.

En el siglo IV, *Agustín* contrapone el bien paradisiaco de una vida feliz, gozando de inmortalidad y en compañía de los ángeles, con el mal después de la caída, puesto de manifiesto en una vida bestial y esclava de la concupiscencia. El mal es, para Agustín, un ángel caído, alejado de Dios por su orgullo. En su edad temprana lo experimenta en la lascivia que lo mantiene esclavo de las mujeres, pero en su madurez apunta una

³ El fenómeno conocido como “caza de brujas” tuvo lugar durante la Baja Edad Media y se extendió hasta el siglo XVIII, cobrándose aproximadamente un millón de víctimas, de las cuales más del 80 % fueron mujeres. La bruja mujer, en relación carnal con el demonio, fue la fantasía fundamental de lo orgiástico-diabólico. Para una mejor comprensión del tema, confrontar las obras de Rosemary Radford Ruether, *Mujer nueva, Tierra nueva. La liberación del hombre y la mujer en un mundo renovado*, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1977; como así también la obra de Marvin Harris, *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*, Madrid, Ed. Alianza, 1974.

afirmación certera y lo coloca en el ámbito de la libertad y la responsabilidad humanas, del lado del amor propio y la soberbia.

Tomás de Aquino, en el siglo XIII y firme en su método escolástico, se ocupa de describir en detalle el mal y todos sus géneros. En cuanto a la escena paradisíaca, Tomás señala al diablo como el agente principal de la tentación. La serpiente simboliza la sensualidad y la concupiscencia en la cuales se deleita Eva. Pero Tomás afina su pensamiento cuando caracteriza al pecado original como pecado de soberbia en primer lugar, dejando otras calificaciones en segundo término.

Martín Lutero condensa su visión del pecado como una entrega total del hombre a las fuerzas del diablo. La “maldad del diablo” es la causa de la ^{depravación} ~~depravación~~ de Adán. La labor del diablo dirige prioritariamente a la conciencia, al espíritu. Sus “dardos de fuego” son lanzados al corazón y no al cuerpo, para arrancarnos de la fe, de la esperanza y de la caridad, y llevamos a la superstición, a la desesperación y a todo tipo de vergüenzas y vicios. Polemizando con Erasmo, con respecto a la libertad/esclavitud de la voluntad humana, Lutero niega el poder de la libertad del hombre para procurarse la salvación. Considera a Satanás el príncipe del hombre caído, y describe a éste último como “atado, miserable, cautivo, enfermo y muerto”. Pero el engaño de Satanás lo hace creerse “libre, feliz, desatado, fuerte, sano y vivo”. No admite una simple coacción de la voluntad, sino una verdadera esclavitud frente al pecado. Lutero describe al hombre caído como cautivo de su amor propio y de su concupiscencia. Va evolucionando en su pensamiento, y de considerar al pecado como enfermedad, pasa a conceptualizarlo como arrogancia, como soberbia. No hay posibilidades intermedias: o gobierna Dios, o gobierna Satanás.

El *Concilio de Trento*, al dedicarle un decreto a este tema, le otorga al pecado original una gran importancia. De la interpretación de ~~todo~~ ^{todo} pasa a la formulación dogmática del magisterio eclesiástico. El pecado original después de Trento toma una enorme consistencia: todos nacemos pecadores; no lo adquirimos por simple imitación sino por transmisión hereditaria; morimos irremediamente si no nos redime el sacramento del bautismo. El pecado original causó a Adán y Eva, y por ellos a su

descendencia, un daño mayúsculo: la pérdida de la inmunidad ante el sufrimiento y la pérdida de la inmortalidad. De un estado de “santidad y justicia” pasó el hombre a un estado de culpa que se transmite de generación en generación; de un estado mejor pasó a un estado peor. Frente a esta aseveración crece la imagen del hombre primordial y, junto con él, crece la figura del demonio, cuya vitalidad le permite seguir suscitando herejías. Trento afirma que la condición mortal de la humanidad deviene del pecado original de Adán.

La interpretación del mal, relacionándolo con el mito adámico y el pecado original, presenta muchos y variados matices. En algunos casos su poder maléfico se enfatiza y el diablo se personifica, pero en otros se desdibuja, colocándose en el marco de la elección libre y voluntaria del hombre. Salvando las interpretaciones extremas, como la de Tertuliano, la mayoría de ellas elige este último derrotero. En algunos casos el origen del mal ni siquiera se sitúa en el escenario edénico, sino que se traslada más adelante.

En la presentación tradicional, la historia religiosa de la humanidad da comienzo con la narración de una caída fatal que destruyó el porvenir del ser humano para todos los siglos posteriores. Parece como si el judeo-cristianismo fuese el anuncio de una “mala noticia” sobre el origen de todos los males, en lugar de la “buena nueva” de la salvación. Una indebida objetivación historicista, e incluso metafísica, ha pretendido entender Gn 2-3 como queriendo explicar el origen del mal, o bien dando razón del porqué del pecado original. Numerosas, abigarradas, contrapuestas y sorprendentes explicaciones se han suscitado durante más de quince siglos. Se ha avasallado el texto genesiaco con exégesis inadecuadas, con presupuestos propios, con *a priori* metodológicos, lo cual demuestra que no se trata simplemente de una cuestión exegetica, sino de un verdadero problema de teología sistemática.

El texto bíblico de Génesis 2-3 es tan cauto, que deja el dilema del mal en el misterio, al igual que lo hace el Libro de Job. Sencillamente narra que el mal proviene de la decisión humana, no de Dios, cuyos designios son la salvación. La función del

seductor está adscripta únicamente a la serpiente, un ser creado por Dios. Su carácter enigmático justamente expresa que no es posible dar razón del origen del mal. El hombre genesiaco es un ser seducible, y es un hombre que en su desmesura e insolencia encuentra el fracaso y el castigo: la expulsión del Edén y con ella la experiencia de lejanía respecto de Dios⁴.

Sin embargo, la enseñanza tradicional parece haberse dirigido hacia la etiología del pecado original, construyendo un enorme edificio teológico dividido en dos cuerpos: un antes y un después de la caída. De un estado fantástico de privilegio e inmortalidad, parece pasarse a un estado de muerte, dolor, fatiga y pecado. Entonces la obra del maligno se magnifica, su poder se hace enorme, más que un seductor pasa a ser un “diablo”, un Satán, un poder demoníaco.



Así se construye una fabulosa imagen de simetría axial, usando como polos opuestos el tiempo paradisiaco y el fin de los tiempos; como también la "caída" y su correlativo en la redención de Cristo, la bondad de lo creado y la maldad de la historia.

Muchos de los autores citados comienzan por colocar el mal en la esfera de la lascivia, de la concupiscencia, de la sensualidad, especialmente vinculándolas con la figura de Eva. Pero cuando su pensamiento se aguza no dudan en trasladarlo a la esfera del amor propio, del orgullo, de la soberbia. La opinión es unánime en cuanto que el pecado original de Adán y Eva acarrió la muerte a la humanidad.

En el recorrido por la **MUESTRA ICONOGRAFICA**, en búsqueda de significados, hemos constatado el universo simbólico plasmado por la representación

⁴ Cfr. el gran comentario exegético de C. Westermann a Gn 1-11, donde el autor se extiende sobre el tema; en: Claus Westermann, *Genesis 1 - 11: A Commentary* (trad. Al inglés de John J. Scullion), Minneapolis, Augsburg Publishing House, 1984, pp. 237- 278.

pictórica, y también los mundos imaginarios que recrea. Lo narrado en el mito edénico adquiere un realismo casi histórico. La interpretación, en algunos datos, es casi literal: Adán y Eva son dos individuos, un varón y una mujer; el Edén es un jardín, un monte o una jungla; el árbol de la ciencia del bien y del mal, es un árbol reconocible como tal.

Las imágenes son abundantes: ocupan tablas de madera, lienzos, murales funerarios, páginas de libros, y hasta arcos de bóvedas en las iglesias. El relato paradisíaco y el pecado original parecen un motivo inagotable de representaciones artísticas. También las imágenes son contundentes en cuanto a su supuesta historicidad. Es tan “realista” la representación de Adán y Eva en el paraíso, que quien pretenda regresarla a su categoría mítico - simbólica deberá enfrentar una ardua tarea. Para mantener el relato genesíaco en la plasticidad, flexibilidad e indeterminación de un mito - símbolo, deberá dismantelar la rigidez y concreticidad que le han conferido tanto los teólogos especulativos como los artistas plásticos.

A partir del pecado original se dispara el juego de las interpretaciones. Algunas imágenes acentúan el paso de un antes a un después, mediante un portal divisorio entre el paraíso y el mundo. Así se construye la imagen visual de la polaridad paraíso original - mundo terrenal.

Adán y Eva son dos personajes desnudos: él es mayormente un joven dubitativo y decoroso, que cubre sus genitales y los de Eva, y cuyo rol es secundario; ella es una mujer sensual y maliciosa, algunas veces pudorosa pero en la mayoría de los casos indecorosa y transgresora. Es la protagonista de la escena, la que toma el fruto prohibido, lo prueba y lo entrega a Adán con convencimiento de lo que hace.

El motivo de la desnudez bíblica toma una gran envergadura. Lo evidencia la sola presencia de dos enormes torsos desnudos, un varón y una mujer, ocupando la mayor parte del primer plano del cuadro. Pero se trata de una desnudez muy particular: la volcada hacia la preocupación por la genitalidad recíproca. Si bien el texto bíblico los muestra descubriendo su desnudez después del pecado, en sentido integral, y

ocultándose de la vista de Dios por temor⁵, las imágenes precedentes, en cambio, más bien parecen apuntar a una vergüenza recíproca entre Adán y Eva por el hecho de tener expuestos los genitales. Parece una vergüenza que tiene que ver con el decoro, especialmente de Adán.

La representación del mal como “diablo” es la que cobra más alto vuelo. Si bien en los “dichos” el lenguaje racional hace al discurso más cauto, aquí se lo imagina como un animal fantástico, mayormente un reptil o un lagarto. También se lo antropomorfiza en un personaje mixto, agregándole a un cuerpo animal una cabeza de mujer. Esta es una asociación contundente, donde el mal y la mujer quedan imbricados tan estrechamente como para constituir una misma entidad. Esto escapa a cualquier posible aproximación bíblica, pero es el mensaje que “alegremente” han transmitido las imágenes, sin ninguna censura teológica. Dios, por su parte, cuando aparece representado, es un varón maduro, un personaje indudablemente masculino.

Con respecto a la figuración del maligno, la soltura interpretativa escapa a toda regla. Es donde más se evidencia que la construcción teológica del pecado original queda definitivamente lastrada de las peores excrescencias culturales. La polaridad



queda perfectamente construida. Lo diabólico, si ocasionalmente se antropomorfiza, lo hace a través de la mujer, mientras que lo divino elige siempre la forma masculina.

Lo que los textos teológicos no se animaron a decir directamente, sino recurriendo a elípticas descripciones, el discurso pictórico lo afirma sin ningún complejo ni ambigüedad. Asume acriticamente toda la carga cultural misógina dominante. Pero lo que es más grave es que la sitúa en el ámbito de la hermenéutica teológica, con lo cual quedan “sacralizados” todos sus presupuestos.

⁵ Cfr. el Excurso 3, dedicado al tema de la desnudez, de José Severino Croatto, *op. cit.*, pp. 131-135 y también en la obra del mismo autor: *La sexualidad en los textos bíblicos*, Rosario, Ed. Metanoia, 1991.

Si a los “dichos” sumamos las “imágenes” de todo el itinerario recorrido, la conclusión que extraemos es que las sucesivas interpretaciones del mito adámico y del pecado original han constituido un campo de cultivo fértil para viciar al cuerpo con connotaciones vergonzantes, para señalar a la mujer como la culpable por antonomasia de la caída del hombre, y para plasmar la asociación de lo masculino con Dios y de lo femenino con el mal.

Seríamos demasiado ingenuos, si pensáramos que todo lo antedicho es obra de la casualidad o del simple error humano. Detrás de todo este enorme malentendido puede entreverse una carga ideológica muy importante, una construcción compleja de actitudes y comportamientos que, a partir del poder dominante, rigen las relaciones de varones y mujeres en su existencia individual y social.

Quienes detentan el poder, en todo tiempo y lugar, han ocupado mayormente los lugares de gobierno, han tomado las decisiones económicas, han impartido “justicia”, han dictado las leyes, se han abrogado a sí mismos los valores de prestigio y honor social, han concentrado la riqueza, y, en fin, han dirigido las instituciones guardianas del orden moral. Quienes detentan el poder (del latín *possum*: ser capaz de), es decir, quienes tienen la capacidad de desarrollar un sistema de ideas y hechos que permiten una acción contrapuesta a la que intentan otros en el mismo campo, pero en sentido inverso, y logran imponer ese sistema, muchas veces se han autoasignado a sí mismos la cualidad de **autoridad** (derivado del latín *auctor*: autor, responsable, garante, consejero)⁶. Ciertamente que la autoría puede entenderse como una razón válida para prevalecer; y el fundamento de toda autoridad es su reconocimiento y aceptación. Sin embargo, la experiencia histórica nos ha hecho testigos en demasiadas ocasiones de cómo la autoridad ha sido lamentablemente subsumida en el poder.

Acordamos con quienes acotan:

“Todos los sistemas de poder han inventado un sin fin de fábulas relativas al beneficioso efecto producido por su despotismo sobre sus subordinados, tenuemente

⁶ Cfr. *Diccionario Ilustrado Latino Español, op. cit.*, pp. 381 y 48, respectivamente.

percibidos como respetados subalternos cuya servidumbre ennoblece la vida de sus superiores.”⁷

Y entre esas “fábulas” pueden enmarcarse muchos de los contenidos de las sucesivas interpretaciones del mito adámico y del PECADO ORIGINAL.

El cuerpo, lo femenino, y entre ambos lo maléfico, se han constituido en la coartada ideal para, en la búsqueda de culpables, desviar la atención de la esfera de quienes detentan el poder en todas sus formas, hacia quienes son en verdad sus víctimas. Se da entonces una inversión de agentes intervinientes: de victimario a víctima y viceversa.

El cuerpo, y no la sed de poder y su ejercicio, se convierte en el lugar del pecado y de la culpa ... y la mujer en la pecadora por excelencia. Así se plasma el modelo de inferiorización del cuerpo y de la sexualidad, en general, y de lo femenino en particular. Puesto que es de resultado incierto adoctrinar por igual y simultáneamente al varón y a la mujer, a la sociedad le ha resultado mucho más útil dividir las aguas y adoctrinar para la sumisión sexual a las mujeres y para el dominio y la recompensa a los varones. Así la mitad de la humanidad quedó colocada en situación de inferioridad, y el género femenino resultó el domado y el gestador, aquél al que se le asignan las tareas más desagradables y se lo sacrifica sin remedo para que expie su culpa aborrecible.

Tanta actualidad tiene todo lo antedicho que, con indisimulada complicidad, suelen pasar inadvertidos aun en nuestras iglesias cristianas, la explotación de los pobres, el hambre de los marginales, la arrogancia de los poderosos, la omnipotencia de los dirigentes, la incomprensión de los jóvenes, el maltrato de los niños, y tantas otras facetas de la crueldad y la injusticia. La explotación humana, en las formas más serviles de relación laboral y en los hechos más ocultos de violencia y opresión, como la doméstica, parecen ser fácilmente soslayados. Sin embargo, la infidelidad conyugal, el divorcio o el aborto suelen suscitar aun un gran alboroto; despiertan el desprecio de los

⁷ Israel Stolovitzky - Carmen Secades, *Sexualidad y poder*, Buenos Aires, Ed. Puntosur, 1987, p. 93.

implicados y una acuciante sed de sanción a los culpables. ¿Curiosa jerarquización de valores y disvalores?. Focalizando al sexo como la “medida” de la conducta moral, y a la mujer como su inductora, se desvía la vista de las causales más profundas de la miseria humana y de sus verdaderos agentes.

No quisiera cerrar este trabajo con una perspectiva tan penumbrosa y desalentadora. No pueden desconocerse los aportes de las ciencias bíblicas contemporáneas, de las ciencias auxiliares (géneros literarios, arqueología, estructuralismo, fenomenología de las religiones, antropología, etc.) y el legado de la hermenéutica crítica y la teología feminista o desde la perspectiva de la mujer. Nuevos instrumentos exegeticos nos facilitan hoy la posibilidad de una lectura del texto bíblico menos teñida de aditamentos filosóficos y culturales foráneos, descalificadores de la mujer y de lo corporal. La misma corporeidad es ahora valorada como un medio de expresión y comunicación de la persona, como un componente fundamental y determinante del ser humano. Por su parte las teólogas mujeres han abierto un amplio campo de “sospechas” hacia el paradigma científico y los modelos interpretativos “oficiales” del saber académico y eclesial tradicionales. Sería extensa la lista de obras y autores cuya contribución a una nueva hermenéutica bíblica y a una nueva teología de estos textos ha sido, y aún son, de gran valor. Baste mencionar, a manera de ejemplos, a Claus Westermann, a José Severino Croatto, a Elisabeth Schüssler Fiorenza, a Elaine Pagels, a Paul Ricoeur, a José Luis Segundo, a Ivone Gevara, a María Teresa Porcile, por no nombrar muchos más.

Sin embargo, lo cierto es que el bloque mitico-especulativo del PECADO ORIGINAL se ha cristalizado en una “creencia” en la mentalidad cristiana corriente de muy fuertes trazos; ha aglutinado un conjunto de convicciones y de presupuestos históricos y culturales, recibidos en forma espontánea, prerreflexiva y precritica del medio religioso-cultural circundante, y que, lamentablemente, constituye una verdadera aporía teológica y un elemento alienante de la fe cristiana.

La manzana mordida, ... la mujer ofreciéndola seductivamente, ... Adán cediendo por concupiscencia carnal, ... y la "caída" consumada... se han hecho más "reales" en el imaginario y la simbólica cristianas, que cualquier otra versión más ajustada al texto bíblico.

Después de tantos siglos de "entrenamiento" en lecturas adulteradas, en imágenes intencionadamente capciosas, creemos que se requiere un esfuerzo colosal para lograr, mayoritariamente, una "vuelta" al texto originario. Sólo un cambio cultural, una nueva conceptualización de la corporalidad, de la sexualidad y de la mujer, identificados como bien y no como mal, y sus prácticas consecuentes, podrán evitarnos el caer en la trampa interpretativa de la lujuria, y así abrir un nuevo horizonte de comprensión. Se requiere una verdadera ruptura epistemológica, una modificación del paradigma interpretativo, que nos proporcione un nuevo marco, una nueva matriz disciplinaria donde organizar datos, hechos, dichos e imágenes en una estructura interpretativa coherente, comprometida y liberadora, que nos ayude a comprender el mundo y su evolución con una mirada renovada. Se requiere, en fin, según el decir de E. S. Fiorenza⁸, una verdadera conversión intelectual.



⁸ Elisabeth Schüssler Fiorenza, *In memory of her. A feminist theological reconstruction of christians origins*, Nueva York, The Crossroad Publishing Company, 1987. Versión castellana: *En memoria de ella. Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo* (trad. María Tabuyo), Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1989, p. 25.

BIBLIOGRAFIA

- AGUSTIN: *Confesiones*, México, Ed. Paulinas, 1979.
- AGUSTIN: *De bono coniugali*, en: *Obras de San Agustín*, Tomo XII, Madrid, B.A.C., 1954.
- AGUSTIN: *De civitate Dei*, en: *Obras de San Agustín*, Tomo XVI-XVII, Madrid, B.A.C., 1958.
- AGUSTIN: *De Genesi ad litteram*, en: *Obras de San Agustín*, Tomo XV, Madrid, B.A.C., 1957.
- AGUSTIN: *De Genesi contra Manichaeos*, en: *Obras de San Agustín*, Tomo XV, Madrid, B.A.C., 1957.
- AGUSTIN: *De la gracia de Jesucristo y del pecado original*, en: *Obras de San Agustín*, Tomo VI, Madrid, B.A.C., 1949.
- AGUSTIN: *De Trinitate*, en: *Obras de San Agustín*, Tomo V, Madrid, B.A.C., 1948.
- ALTANER, Berthold: *Patrología*, (3^o edición), Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1953.
- ANDERSON, Bonnie S. - ZINSSER, Judith P.: *Historia de las Mujeres: una historia propia*, Volúmenes I-II, Barcelona, Ed. Crítica, 1992.
- ARIES, Philippe - DUBY, Georges (dirección): *Historia de la vida privada*, Tomo I, Buenos Aires, Ed. Taurus, 1991.
- ARNHEIM, Rudolf: *Arte y percepción visual. Psicología de la visión creadora* (9^o edición), Buenos Aires, EUDEBA, 1985.
- ATKINSON, James: *Lutero y el nacimiento del protestantismo*, Madrid, Ed. Alianza, 1987.
- BAUMGARTNER, Charles: *El pecado original*, Barcelona, Ed. Herder, 1981.
- BIBLIA DE JERUSALEN, Edición española, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1978.
- BROWN, Peter: *El Cuerpo y la Sociedad. Los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo*, Barcelona, Muchnik Editores, 1993.
- CAMPENHAUSEN, Hans von: *Los Padres de la Iglesia*, Tomo I: *Padres Griegos*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1974.
- CASARES, Julio: *Diccionario Ideológico de la Lengua Española* (2^o edición), Barcelona, Ed. G. Gilli, 1994.
- COMBLIN, José: *Antropología cristiana*, Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1985.
- COMBY, Jean: *Para leer la Historia de la Iglesia*, Navarra, Ed. Verbo Divino, 1990.

- CONCILIO DE TRENTO: *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, traductor del latín: Ignacio López de Ayala, Paris, Librería de Rosa y Bouret, 1860.
- COROMINAS, Juan: *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* (3ª edición), Madrid, Ed. Gredos, 1994.
- CORRIENTE, F. - PIÑERO, A.: "Libro 1 de Henoc (etiópico y griego)"; en: A. Díez-Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo IV, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1984.
- CORRIENTE, F. - PIÑERO, A.: "Libro de los Jubileos"; en: A. Díez-Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo II, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1983.
- CROATTO, José Severino: *Crear y amar en libertad. Estudio de Génesis 2:4 - 3:24*, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1986.
- CROATTO, José Severino: *La sexualidad en los textos bíblicos*, Rosario, Ed. Metanoia, 1991.
- CUENTOS de Canterbury, Barcelona, Ed. Planeta, 1984.
- DANIELOU, Jean. "Desde los orígenes al Concilio de Nicea", en: J. L. Rogier y otros (dirección), *Nueva Historia de la Iglesia*. Tomo I, Madrid, Ed. Cristiandad, 1964.
- DELUMEAU, Jean: *La Reforma*, Barcelona, Ed. Labor, 1985.
- DICCIONARIO ILUSTRADO LATINO-ESPAÑOL (5ª edición), Barcelona, Ed. Spes, 1960.
- DIEZ-MACHO, Alejandro (editor): *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo II y IV, Madrid, Ed. Cristiandad, 1983/1984.
- DUBY, Georges - PERROT, Michelle (dirección): *Historia de las mujeres*, Tomos I-IV, Madrid, Ed. Taurus, 1992.
- DUSSEL, Enrique D.: *El dualismo en la antropología de la cristiandad*, Buenos Aires, Ed. Guadalupe, 1974.
- EQUIPO "FACULTAD DE TEOLOGIA DE LYON": *Flavio Josefo. Un testigo judío de la Palestina del tiempo de los apóstoles*, Estella, Ed. Verbo Divino, 1982.
- FERNANDEZ MARCOS, N.: "Vida de Adán y Eva"; en: A. Díez-Macho (editor), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo II, Madrid, Ed. Cristiandad, 1983.
- FILON, de Alejandria: *Obras Completas de Filón de Alejandria*, Tomos I-V, Trad. José María Triviño, Buenos Aires, Acervo Cultural Editores, 1975/1976.
- FLICK, Mauricio - ALSZEGHY, Zoltan: *El hombre bajo el signo del pecado. Teología del pecado original*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1972.

- FLORIA, Guillermo B. (dirección): *Historia de la Pintura*, Volúmenes I-II, Barcelona, Ed. Plaza & Janes, 1974.
- FORTUNY, Francisco J.: Introducción a Tomás de Aquino, *Compendio de Teología*, Madrid, Ed. Hyspamérica, 1985.
- GONZALEZ, Justo L.: *Historia del pensamiento cristiano*, Tomo I, Buenos Aires, Ed. Methopress, 1965.
- GRANDES MUSEOS DEL MUNDO, *Museo del Prado*, Buenos Aires, Ed. Codex, s/f.
- HARRIS, Marvin: *Vacas, Cerdos, Guerras y Brujas. Los enigmas de la cultura* (8ª edición), Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- JEDIN, Hubert: *Manual de Historia de la Iglesia*, Tomo I, Barcelona, Ed. Herder, 1966.
- JERONIMO: "Carta 22, A Eustoquia, 7"; en: *Cartas de San Jerónimo*, Vol. I, Madrid, B.A.C., 1962.
- JEWETT, Paul K.: *El hombre como varón y como hembra*, Miami, Ed. Caribe, s/f.
- LE GOFF, Jacques: *La Baja Edad Media*, en : *Historia Universal siglo XXI*, Tomo 11, 20a. Edición, México, Ed. Siglo XXI, 1992.
- LEIPOLD, Johannes - GRUNDMAN, Walter: *El mundo del Nuevo Testamento*, Tomo I, Madrid, Ed. Cristiandad, 1973.
- LEONARD, Emile G. : *Historia General del Protestantismo*, Tomos I-IV, Madrid, Ed. Peninsula, 1967.
- LOS GRANDES PINTORES, fascículo 68: *Cranach*, Buenos Aires, Ed. Viscontea, 1979.
- LUTERO, Martín: *Obras de Martín Lutero*, Tomo I; traducción: Carlos Witthaus, Buenos Aires, Ed. Paidós / Pub. El Escudo , 1967.
- , *Obras de Martín Lutero*, Tomo II; traducción: Carlos Witthaus/ Erich Sexauer, Buenos Aires, Ed. Paidós / Pub. El Escudo , 1974.
- , *Obras de Martín Lutero*, Tomo III; traducción: Erich Sexauer, Buenos Aires, Ed. Paidós / Pub. El Escudo , 1974.
- , *Obras de Martín Lutero*, Tomo IV; traducción: Erich Sexauer, Buenos Aires, Ed. Paidós / Pub. El Escudo , 1976.
- , *Obras de Martín Lutero*, Tomo V; traducción: Carlos Witthaus y Manuel Vallejo Díaz, Buenos Aires, Ed. Paidós / Pub. El Escudo , 1971.
- , *Obras de Martín Lutero*, Tomo VI; traducción: Carlos Witthaus, Buenos Aires, Ed. La Aurora / Pub. El Escudo , 1980.
- , *Obras de Martín Lutero*, Tomo VII; traducción: Carlos Witthaus/ Erich Sexauer, Buenos Aires, Pub. El Escudo , 1977.

- , *Obras de Martín Lutero*, Tomo VIII; traducción: Erich Sexauer, Buenos Aires, Ed. La Aurora / Pub. El Escudo, 1982.
- , *Obras de Martín Lutero*, Tomo IX; traducción: Erich Sexauer, Buenos Aires, Ed. La Aurora / Pub. El Escudo, 1983.
- , *Obras de Martín Lutero*, Tomos X; traducción: Erich Sexauer, Buenos Aires, Ed. La Aurora / Pub. El Escudo, 1985.
- MAGARINOS DE MORETIN, Juan Angel: *El cuadro como texto. Aportes para una semiología de la pintura*, Buenos Aires, Ed. Tres Tiempos, 1981.
- MARTINEZ VIGIL, Ramón: *Introducción a Tomás de Aquino, Suma Teológica*, Tomos I, Madrid, Ed. Moya y Plaza, 1880.
- MIEGGE, Giovanni: *Lutero*, Volumen I, Torre Pellice, Librería Editrice Claudiana, 1946.
- OBERMÜLLER, Rodolfo: "Katharina von Bora"; en: David Arcaute y otros, *Lutero: ayer y hoy*, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1984.
- PAGELS, Elaine: *Adán, Eva y la serpiente*, Barcelona, Ed. Crítica, 1990.
- PAGELS, Elaine: *Los Evangelios Gnósticos*, Barcelona/Mexico, Ed. Crítica/Grijalbo, 1994.
- PAUL, André: *Intertestamento* (2º edición), Estella, Ed. Verbo Divino, 1979.
- PIETRANTONIO, Ricardo: "Lutero como profesor y hermeneuta de la Biblia"; en: David Arcaute y otros, *Lutero: ayer y hoy*, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1984.
- PINACOTECA DE LOS GENIOS, fascículo 72: *Palma el Viejo*, Buenos Aires, Ed. Codex, 1965.
- PINACOTECA DE LOS GENIOS, fascículo 74: *Masolino*, Buenos Aires, Ed. Codex, 1965.
- PINACOTECA DE LOS GENIOS, fascículo 81: *Van der Goes*, Buenos Aires, Ed. Codex, 1965.
- PORCILE SANTISO, María Teresa: *La mujer, espacio de salvación*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 1995.
- QUASTEN, Johannes: *Patrología*, Tomos I y II, Madrid, B.A.C., 1961/1962.
- RADFORD RUETHER, Rosemary: *Mujer nueva, Tierra nueva*, Buenos Aires, Ed. Megápolis/ La Aurora, 1977.
- RANKE-HEINEMANN, Uta: *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*. Madrid, Ed. Trotta, 1994.
- RICOEUR, Paul: *Finitud y Culpabilidad*, Madrid, Ed. Taurus, 1982.

- RICOEUR, Paul: *Hermenéutica y Estructuralismo*, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1975.
- ROUSSELLE, Aline: *Porneia. Del dominio del cuerpo a la privación sensorial*, Barcelona, Ed. Península, 1989.
- RUGGIERO, Romano - TENENTI, Alberto: *Los fundamentos del Mundo Moderno: Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma*; en: *Historia Universal siglo XXI* (22º edición), Tomo 12, México, Ed. Siglo XXI, 1992.
- RUIZ BUENO, Daniel: *Padres Apologistas Griegos (siglo II)*, Madrid, B.A.C., 1954.
- SCHOÖNEMBERG, Piet : “El hombre en Pecado: El pecado original”; en: *Historia de la Salvación, MYSTERIUM SALUTIS*, Tomo II, Madrid, Ed. Crsitiandad, 1969.
- SCHÜSSLER FIORENZA, Elisabeth: *En memoria de ella*, Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1989.
- SEGUNDO, Juan Luis: *Teología abierta para el laico adulto. Tomo 5: Evolución y culpa*, Buenos Aires, Ed. Carlos Lohlé, 1972.
- SEPTUAGINTA, Alfred Rahlfis (editor), Volumen I (5º edición), Stuttgart, 1952.
- STOLOVITZKY, Israel - SECADES, Carmen: *Sexualidad y poder*, Buenos Aires, Ed. Puntosur, 1987.
- TILLICH, Paul: *Teología Sistemática II. La existencia y Cristo*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1981.
- TOMAS de Aquino: *Compendio de Teología*, Madrid, Ed. Hyspanamérica, 1985.
- TOMAS de Aquino: *Suma contra los Gentiles*, Tomos I y II, Madrid, B.A.C., 1953.
- TOMAS de Aquino: *Suma Teológica*, Tomos I-V, Madrid, Ed. Moya y Plaza, 1880.
- VILLALMONTE, Alejandro: “El pecado original. Veinticinco años de historia: 1950 - 1975”; en: revista *Naturaleza y Gracia*, vol. XXIV, mayo - agosto de 1977, fasc. II.
- VIVES, José: *Los Padres de la Iglesia. Textos doctrinales del cristianismo desde los orígenes hasta san Atanasio*, Barcelona, Ed. Herder, 1988.
- WALKER, Williston: *Historia de la Iglesia Cristiana*, Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1957.
- WESTERMANN, Claus: *Genesis 1 - 11: A Commentary*, Minneapolis, Augsburg Publishing House, 1984.

NOTAS ACLARATORIAS

Nota 1:

Con respecto al tratamiento dado a las hermenéuticas propuestas por el gnosticismo cristiano, cabe hacer algunas aclaraciones (Ver Capítulo 1, pp. 36- 41; Cap. 2, pp. 90- 93 y Cap. 3, pp. 126s.). Dada la cantidad y variedad de literatura que puede ser englobada bajo esta tradición religiosa y teológica, y la dificultad de su clasificación en orden de preeminencia, se tomó conciencia de que manejar un *corpus* bibliográfico de tal magnitud y complejidad excedía en gran medida el espacio necesario y suficiente para un trabajo de investigación como el presente. Por otra parte se pensó que excluirlo no era tampoco la solución adecuada. Por tal motivo, en lugar de un exhaustivo trabajo con fuentes primarias, se recurrió a un breve contacto con fuentes secundarias confiables, como Enrique E. Dussel o Elaine Pagels, entre otros autores citados. Esto no exime de la posibilidad de realizar un mayor desarrollo de la investigación, con posterioridad a la presentación de este trabajo.

Nota 2:

En dos ocasiones se menciona la experiencia de los Padres del Desierto, diferenciándola de la experiencia real de Jerónimo, como eremita ocasional (Ver Capítulo 1, p. 33 y Cap. 2, p. 88). Esto se debe a que, independientemente de la opinión que tengamos formada acerca de esta fuerte experiencia religiosa, no consideramos a Jerónimo un ejemplo paradigmático y menos aún una autoridad en la materia.

No obstante cabe aclarar que, entre quienes han investigado el fenómeno, algunos autores siguen subrayando la importancia de la “lucha contra la fornicación” y otros, más cautos y a cuya opinión adherimos, señalan que era la falta de comida y no la sexualidad la principal preocupación del eremita, siendo el ayuno y el trabajo los protagonistas de su “cura de privación”. Superadas las exigencias del vientre, el corazón del asceta quedaba purificado de los humores personales y las intenciones particulares.

La preeminencia de la privación sexual era sólo una fase inicial de una larga experiencia de vida y apenas afectaba a un estrato superficial del asceta. La automortificación era sólo un esfuerzo preliminar que lo enfrentaba cara a cara con su propia voluntad y obstinación, incrustada en el mismísimo fondo de su corazón. La meta final era la “sencillez de corazón”.

Nota 3:

Los autores citados reflejan “una mirada de varones cristianos” acerca del tema en cuestión. No constituyen la única opinión monolítica, aunque sí la de mayor peso, difusión y aceptación y la de mayor pervivencia en el tiempo (Cfr. Introducción, p. 12). Otras tradiciones iconográficas y otras fuentes literarias han propuesto derroteros diferentes, pero su influencia ha sido francamente menor. Mujeres ilustres como **Hildegarda de Bingen**, en el siglo XII, que expresó su experiencia espiritual de unión con Dios mediante sus *Visiones*, o **Catalina de Siena**, en el siglo XIV, que apeló al lenguaje corporal para expresar su contacto “oral” con Dios en el éxtasis místico, desarrollaron una sintaxis nueva donde el cuerpo y los afectos se unían con la palabra. Y en el campo secular **Christine de Pizan**, en el siglo XIV, una joven viuda de buena posición social, a pesar de su “...osar yo, mujer...” encontró un modo de escribir “que le fuera natural”. Es decir que, en un medio cultural donde la palabra de mujer es sospechada de engañadiza y temeraria, excluida de toda posible dimensión pública, confinada a la esfera de lo privado, donde debe ser “custodiada” por confesores y directores espirituales, en ese medio adverso algunas personalidades por demás brillantes han encontrado un resquicio, una grieta por donde poder filtrar su discurso personal. Adentrarnos en ese lenguaje de naturaleza totalmente diferente, creemos que requiere la utilización de otras herramientas de análisis, por lo cual la confrontación con los autores citados en el cuerpo de este trabajo de investigación ofrecería muchas dificultades. Por otra parte han sido “estrellas fugaces” en un universo donde el “sistema solar” es masculino.

Nota 4:

Tal como lo expresa la Introducción, este trabajo de investigación sólo se ocupa de la “deconstrucción” del discurso descalificador del cuerpo, de la mujer y del mal supuestamente presente en ellos, desarrollado a través de las muchas hermenéuticas del constructo colectivo identificado como PECADO ORIGINAL.

La tarea ha sido ardua. Al cerrarse el último capítulo el lector podrá formularse el interrogante de ...¿y después de la deconstrucción... qué?. Aceptamos el desafío de reemplazar el “viejo edificio conceptual” por otro más acorde a los tiempos actuales y a las nuevas herramientas exegéticas y hermenéuticas a nuestra disposición hoy. Pero permítasenos recuperar energías antes de comenzar tamaña empresa, seguramente tan exigente como esta primera.

También será oportuno recuperar la serenidad de ánimo necesaria como para que, después del recorrido por tantas interpretaciones adulteradas y capciosas, no cedamos a la tentación de construir, vía sarcasmo e ironía, la fábula inversa, ... donde la mujer aparezca como el cenit de la creación, por ser la última creatura, o la formada con la materia prima más excelsa (hueso en lugar de polvo de la tierra) lo que garantizaría su mayor perfección, o tantas otras fantasías que pudieran tejerse con ánimo vengativo. Superado el apasionamiento, seguramente recuperaremos la “mirada luminosa”.

